El muro de Indíbil

JOAQUÍN GARCÍA ALBERO

El muro de Indíbil

Joaquín García Albero

El muro de Indíbil

FAUNOS EDICIONES

Faunos Ediciones
faunosediciones@gmail.com
Título original: El muro d'Indíbil
Edición en español: enero de 2023

Diseño de la cubierta:
Yolanda Vives Jordana
yolandavives72@gmail.com
Composición:
Faunos Ediciones

Índice

1

Hace dos días que llegó la niebla. De nuevo la ventana de mi aposento amaneció tapiada por esa cortina de humo mojado que todo lo ciega. Ha borrado la ciudad entera, ha ocultado celosa sus calles y edificios. Sólo la memoria es capaz de escamparla, de quitarle su húmedo embozo. Ilumina así los recios sillares de la catedral a medio construir, el regio contorno de la Zuda, majestuoso alcázar árabe que señorea la ciudad, el río de las casas desiguales vertiéndose ladera abajo hasta dar en las murallas que lame el impetuoso Segre y, ahí enfrente, la colina arbolada de Gardeny, donde se alza el recinto amurallado de los hermanos templarios. Allí viví, hace ya demasiado tiempo, con mi venerado maestro Guillermo de Féval. Allí desperté de mi ingenua mocedad y fui testigo de uno de los más extraordinarios hallazgos de esta época.

De tal modo rompen mis recuerdos los muros grises de esta niebla que marchita el ánimo y llena de pereza el espíritu. Ya hace años, sin embargo, que desapareció aquel desvalido desasosiego que sentía cuando, puntual a su cita, la niebla amanecía en la ciudad y permanecía en ella meses enteros con la terquedad sostenida de una mula ciega. Hace años que soy demasiado viejo para sentir ese hiriente desamparo. Troqué ese sentimiento por el de la nostalgia, a la que tan aficionados somos la gente de edad provecta. Se acerca inexorable el final de mis días y se va acrecentando en mí esa resignada y casi dulce añoranza. Pronto daré mi alma al Dador, partiré en el barco que no ha de tornar. Como esta fría niebla, ese día ha de llegar en silencio, sin ningún aviso. De pronto, ya no tendré ojos ni memoria para ver en las horas interminables de silenciosa calígine. Entonces, ya nada será nada en medio de la más oscura de las brumas.

Antes de que eso ocurra es necesario que trate de dejar constancia y memoria de los extraordinarios sucesos que viví en esta ciudad de Lérida hace ya más de cincuenta años. Quisiera con ello no sólo salvar de la sepultura del olvido unos hechos dignos de perdurar en la memoria de los hombres, sino también cumplir con la promesa que entonces hiciera al hermano Guillermo de Féval, sin duda el hombre más sabio y avisado de cuantos vivieron en aquel tiempo. Muchas veces a lo largo de mi vida intenté poner en obra tal

encargo, pero en todas ellas terminé por renunciar, pues al avivar los rescoldos de mi memoria me acometía al pronto la más hiriente de las melancolías. No otro sentimiento podía alumbrarse en mí al recordar el apasionante tiempo que pasé con aquel excepcional hombre. El caso es que ahora ya no es posible que postergue más esta tarea, pues en breve ha de llegar la oscura niebla que nunca escampa, y no quisiera rendir mi alma a Dios habiendo faltado, descortés y desagradecido, a la promesa dada a mi maestro y mentor. Fuimos hombres de libros, que son memoria renovada de gentes y momentos pasados. Armas prodigiosas para combatir al tiempo, al impasible hacedor de polvo y ruinas. Por eso escribo, para que el nombre de mi maestro no se convierta en hierba de las eras, en cenizas y humo que el viento ha de esparcir caprichoso en el desierto del olvido. Pues es de justicia que las generaciones venideras tengan entera noticia de vida tan singular como tuvo fray Guillermo.

Ruego humildemente a Nuestra Señora para que me ayude en tal empeño, permitiendo que pueda contar aquellos sucesos tal cual en verdad pasaron. No deje que me vuelva en estas horas olvidadizo y me conceda poder recordarlo todo con la misma claridad con la que ahora mismo leo en el pergamino de mi memoria, escrito con trazo firme y letras indelebles, el día en que vi por primera vez a Guillermo de Féval.

A mí me llamaban entonces Ramón, sin otro apelativo, pues con escasos meses de vida fui abandonado de mis padres, arrojado desnudo, para buitrera, en una peña fragosa muy cerca del monasterio de Obarra. Sobre mi blanco y menudo pecho, dejaron un cuchillo mangorrero, quebrado en dos partes, todo sucio de tierra. Quiso Nuestra Señora, que es infinita piedad, que por ahí pasase, de vuelta de San Victorián, un monje benedictino, el cual, alertado por mi abundante llanto, se adentró en aquella breña, salvándome así de morir de frío y de ser devorado por las alimañas. Llevado al monasterio de Santa María, el prior de entonces, que era el muy venerable Martín de Aínsa, decidió que no cumplía entregarme a familia alguna, para que me criase, sino que era menester que quedara yo en el cenobio, y ello determinó al ver una señal de nacimiento, que tengo en el pecho izquierdo, la cual semeja mucho una cruz. Por esta marca, que bien pudiera ser cicatriz de algún fiero rasguño, convino el prior Martín en que yo era niño destinado de nacimiento a la vida monacal, y que el haberme hallado, milagrosamente, cerca del monasterio, era

certera prueba divina de ello. Pidió el prior licencia al abad de San Victorián, lugar del que depende esa comunidad de Obarra, y, concedida, vine yo al cabo a criarme en tan solitario y hermoso lugar.

Perdido su antiguo esplendor, de cuando fuera cabeza espiritual y sepultura de los condes de Ribagorza, el monasterio de Santa María de Obarra apenas albergaba entonces, entre monjes y algún presbítero, a una decena de religiosos. Era pues lugar muy alejado del mundanal ruido, al que rara vez llegaban nuevas sobre las guerras que se libraban contra el infiel muslime algo más al sur o allá en la remota Tierra Santa. Lejos quedaban también las razias de los musulmanes de al-Ándalus que, años atrás, de cuando en cuando, subían desde Graus y asolaban los campos, las aldeas y las humildes iglesias. Ajeno pues a cuanto ocurría más allá de los estrechos congostos que nos aislaban del mundo, recogido, orando y laborando según precepto de nuestro fundador San Benito, pasé los años de mi ya lejana niñez. Y he de decir que jamás fui yo rapaz bullicioso ni dado a travesuras, pues de natura salí sosegado y muy devoto de la virtud de la obediencia, de suerte que con solo catorce años empecé el noviciado que habría de permitirme procesar en la orden de los benedictinos. Y a punto estaba de hacerlo, siendo ya mozo de casi dieciséis años, el día en que vi acercarse al monasterio a Guillermo de Féval.

Estaba desde antes de la hora nona trabajando en un pequeño huerto que tenía el monasterio, muy cerca del río, en el camino a Ballabriga, cuando aparejándome para regresar a tiempo para la cena vi aparecer, tras un altozano que salvaba el camino, a un monje que venía a lomos de una mula de paso. Ya de lejos se veía que era un hombre en extremo alto y corpulento, pues iba el cuero de sus sandalias levantando el polvo del camino. No otra cosa pude apreciar desde esa lejanía, sino que vestía con la túnica y el escapulario negros de los benedictinos. Terminé de recoger mis aperos y fui a aguardarle al margen de la senda. Cuando me alcanzó le di el *Dios te salve,* a lo que contestó con un escueto *ten salud,* hermano. En el gesto y la voz bien noté que era extranjero, de alguna región del norte, allende los Pirineos. Era rubicundo y tenía los ojos de ese verde acuoso de las ranas. El mentón barbado encubría el remate de una horrenda cicatriz que desde la frente, por el lado diestro de la prominente nariz, le

partía el rostro. Más parecía por todo ello hombre con oficio de armas que religioso que hubiese llevado vida humilde y recogida. Tampoco su mirada tenía esa serenidad y dulzura que de común tenían los monjes de mi cenobio, fruto de tener el espíritu en paz y en continua oración con Nuestro Señor. Era la suya, por el contrario, una mirada adusta, algo torva, que lo escudriñaba todo con recelo, en permanente alerta, como si le acechasen por doquier invisibles peligros. Más tarde le vi, sobre todo cuando él creía que nadie le observaba, trocar esa expresión amenazante por un mirar quedo, perdido en el estrecho horizonte de aquellas majestuosas montañas, con la pétrea pesadez de una tristeza infinita.

Bajamos juntos hasta el monasterio sin mediar palabra. En ese breve espacio no dejé de mirar con extrema curiosidad los dos grandes fardos de arpillera que colgaban de ambos lomos de la recia mula. Era del todo inusual ver a un benedictino acarrear tanto fardaje, habida cuenta de que hasta la basta y raída ropa con que vestíamos era de la comunidad, y por ende no poseyendo nada, cuando alguno de nosotros viajaba lo hacía con poco más que un salterio para cumplir con los santos oficios y alguna cogulla velluda de repuesto por si fuese menester dormir al raso. Viendo mi terca indiscreción en mirar aquellos bultos, en llegar al pequeño puente que atravesaba el río Isábena frente al monasterio, me dijo que además de algo de ropa lo más que traía eran libros, lo cual me maravilló aún más, ya que en nuestro monasterio, sin contar esos que llaman becerros, donde se anotan las pertenencias, privilegios, donaciones, ventas y truecos del cenobio, apenas teníamos una docena de libros, entre Vulgatas, salterios, reglas y breviarios. Pero por toda respuesta a mi evidente perplejidad, me preguntó cómo me llamaba.

–Ramón. Soy novicio del monasterio.

–Guillermo –contestó sonriéndome levemente.

El hermano Arnaldo, que al ser el monje de más edad hacía las labores de portero, condujo al fray Guillermo hasta la sala capitular, donde quedó encerrado un breve espacio con el prior, a la sazón el hermano Lorenzo de Estada, hombre muy virtuoso y recto, espejo de toda santidad, al que Nuestro Señor tenga en Su Gloria. Merodeé en

torno a la puerta, como por acaso, muerto de curiosidad por tener noticia de aquel extraño y misterioso monje. Salieron cuando era la hora de la colación, poco antes del atardecer. En los ojos enrojecidos del prior persistía la huella húmeda del llanto. Me pareció que miraba a fray Guillermo con una mezcla de piedad y devoción. Supe tiempo después la razonable causa de tal perturbación en un ánimo tan sosegado como el del prior Lorenzo de Estada. No de otro modo había de afectar a un hombre devoto poder ver y tocar un trozo del *Lignum Crucis*, un pedazo de la sagrada madera en que por nuestra salvación aceptó ser crucificado Nuestro Señor Jesucristo.

El prior y el hermano Guillermo caminaron a par, muy juntos, por el corredor que daba al refectorio. Anduve detrás de ellos, con la cabeza humillada y el oído aguzado, presto a percibir el menor susurro. Fue así cómo pude oír al hermano Guillermo murmurar como para sí:

–Al atravesar ese desfiladero pensé en las palabras del Señor. Angosto es el camino que conduce a la vida.

Ya en el refectorio, antes de que el hermano lector de aquella semana abriese las Sagradas Escrituras para iniciar la *lectio divina*, el prior nos presentó a fray Guillermo, diciéndonos que era un venerable franco que había procesado nuestro hábito en la abadía de Saint-Remi, en Reims, donde había sido varios años hermano bibliotecario.

–Luego, por su fama de hombre sabio, fue requerido por el obispo de la ciudad de Chartres, en cuya escuela catedralicia hizo de maestro algún tiempo. Hasta el día en que oyó la llamada de Nuestro Señor, para ir a servirle a Tierra Santa, de donde ha regresado después de casi diez años. Quiere ahora acabar sus días lejos de bullicios y humanales ambiciones, en recogida oración. Me ha dicho que hace unos años, en San Juan de Acre, soñó con este lugar una noche en que estaba aquejado por unas fiebres. Vio con claridad el congosto y esta roca a cuya protectora falda se halla nuestro cenobio, peña ardua que llamamos La Croqueta. Y soñó asimismo las ruinas de ese antiquísimo castro que la coronan. Ha ido de monasterio en monasterio, como monje errante, preguntando si por ventura alguien conocía tal lugar. Hace poco, un monje de San Miguel de Cuixá supo darle noticia de nosotros. Sea bienvenido.

Algunos hermanos se miraron entre sí con la sonrisa condescendiente del

incrédulo. Pero nadie dijo una palabra, todos inclinamos la cabeza en señal de aprobación. No podía ser de otro modo. En el capítulo sexagésimo primero de la Regla, nuestro fundador, San Benito, dejó escrito que si un monje peregrino, venido de provincias lejanas, quería habitar en un monasterio como huésped, y aceptaba gustoso el modo de vida de aquel lugar, sin perturbar al cenobio con sus exigencias, debería ser recibido todo el tiempo que quisiera. Y dijo el santo asimismo que si más tarde ese monje decidiera fijar en el monasterio su estabilidad nadie habría de oponerse a tal deseo.

El prior no nos dijo nada entonces de la Santa Reliquia, de aquel trozo del *Lignum Crucis* que fray Guillermo le había dejado en custodia, pero sin duda aquel hecho hubo de pesar también en su voluntad a la hora de acoger con tanta premura y cordialidad a aquel extraño monje.

Fue así como llegó al monasterio de Obarra el hermano Guillermo de Féval. Y lo hizo, por designio y voluntad de Nuestro Señor, para cambiar inevitablemente mi vida.

1

En Grañena, ocho de septiembre del año de Nuestro Señor de 1146.

Gentil hermano Robert de Craon, Maestre del Templo:

Por dar contestación a vuestra solicitud, os escribo para informaros del estado de los asuntos de nuestra Orden en esta Provincia de Aragón, Cataluña y Provenza. Debéis saber que en pocos años nuestra expansión y poder en estos lugares ha sido rápida y medianamente plácida. Desde que uno de los nueve fundadores del Temple, el otrora conde de la Champagne, Hug Rigalt, convenciera al conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, para que ingresara en la Milicia de Cristo, nuestra Orden no ha dejado de crecer y de enriquecerse. Os recordaré que a cinco días de su muerte, ese conde catalán quiso como postrera voluntad tomar nuestro hábito blanco y ser sepultado con él. Como es obligado, para su ingreso donó a la Orden su caballo, un precioso alazán árabe que llamaba Dank, y todas sus armas personales. También nos legó este castillo de Grañena, en la frontera occidental con los muslimes. Allí, meses más tarde, para honor y fama de nuestra hermandad, comandados por los hermanos Hug Rigalt y Roberto el Senescal, los templarios resistimos la baldía embestida de la furiosa morisma. El Temple ni capitulaba ni se rendía, o vencíamos por las armas o éramos muertos por ellas. Como el fuego en el grano de la alhóndiga, rauda corrió la nueva de aquella troyana resistencia. Como pago a esta inquebrantable voluntad de batallar a los moros, no tardaron en entregarnos las llaves del alcázar de Barberá. No hubo desde entonces una sola familia noble que no tuviese por un gran honor que alguno de los suyos tomase nuestro hábito. Por esta consideración, dos años más tarde, el rey de Aragón, Alfonso I, ese a quien llamaban el Batallador, nos dejó en heredad una gran parte de su reino. Como bien sabéis, el ahora rey de Aragón y conde de Barcelona y Provenza, el ínclito Ramón Berenguer IV, nos reunió hace tres años en Gerona por buscar una concordia que le permitiese regir toda la Corona de Aragón, en virtud de las capitulaciones matrimoniales que habrían de unirle más tarde con la princesa Petronila, la hija de Ramiro II, el Monje. Asistí a aquel concilio en calidad de maestre de Provenza e Hispania, junto al Maestre de Francia, el gentil hermano Evrard des Barrès.

Por renunciar a los bienes testados por Alfonso I, en aquella ciudad catalana se firmó un documento por el cual los templarios recibiríamos una quinta parte de cuantas tierras se conquistasen en adelante a los moros, más la décima parte de lo que correspondiese al rey, además del diezmo eclesiástico que se implantase en los territorios cristianizados y una pequeña parte de los tributos que el rey moro de Valencia pagaba entonces al conde de Barcelona. Y nos donó nuestra presea más valiosa: la villa y el castillo de Monzón. Creo que en vista de lo acordado en Gerona, fue un gran acierto haber renunciado a esa enorme donación testamentaria, pues de otro modo, al desmembrar el Reino de Aragón, sin duda se hubiese aflacado tanto su poder que hubiese hecho casi imposible las inminentes conquistas a los moros. No pasa mes en que no se tomen nuevas villas y fortalezas a los infieles, y en todas esas batallas, en su vanguardia, ondea el gonfalón de los Pobres Caballeros de Cristo.

Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam.

El hermano Pere de Rovera, Maestre de Provenza e Hispania.

2

Los primeros meses desde su llegada, en el verano y el otoño de aquel ya lejano 1193, los pasó fray Guillermo en mucho recogimiento y oración, el más del tiempo encerrado en su celda o arrodillado al pie del altar de nuestra iglesia. Apenas se le veía por las huertas y eras del cenobio, no iba a los corrales ni participaba en los muchos quehaceres manuales con que los otros monjes combatíamos la ociosidad (que es enemiga del alma), a par que mirábamos con ello por la economía y sustento de nuestro monasterio. Incluso faltaba muchas veces al refectorio, quedándose días enteros en ayuno, lo cual vino al cabo a volverle flaco de carnes y huesudo. Pero el prior, que era en todo caso quien debía reprobarle tal abandono y ociosidad, no le decía nada, pues como hombre sabio que era bien entendía que, de ese modo, el hermano Guillermo trataba de reconciliarse con Dios, de aquietar el desasosiego de su espíritu, antes de empezar una nueva vida. A la mayoría de los monjes, sin embargo, esta actitud esquiva y retraída nos apesadumbraba, pues ardíamos en deseos de poder preguntarle por sus viajes y su vida en Tierra Santa.

Un día en que vi al prior con el ánimo distraído, pensando que así habría de disculpar que quebrantase la norma de silencio que como novicio me estaba casi impuesta, osé preguntarle si creía que el hermano Guillermo había matado a infieles en Tierra Santa.

–Esa cicatriz parece tajo de espada, y ese infatigable y desconsolado rezar...

–No sé, Ramón, pero a buen seguro ha visto cosas terribles, a hombres de negro corazón cometer atrocidades en el falso nombre de su Dios.

–Es extraño que haya aparecido por este remoto lugar. Un hombre tan sabio, que ha vivido tanto… Algunos hermanos murmuran que se esconde de alguien o de algo.

–Calla –me atajó el prior–. Guárdate de palabras ociosas y apaga en tu corazón la llama de la curiosidad. El hermano Guillermo reza para hallar el perdón de Dios. *Te manifesté mi delito y no oculté mi injusticia. Dije: confesé mis culpas al Señor contra mí mismo, y Tú perdonaste la impiedad de mi corazón.*

Cuando llegó el crudo invierno, con sus blancos rigores, obligando a confinarnos la mayor parte del tiempo en el interior del recinto monacal, el hermano Guillermo pareció salir al pronto de su letargo y empezó a frecuentar el calefactorio. En esa sala, frente a una gran chimenea, sentados en escabeles de quejigo, pasábamos los monjes muchos ratos, entre los oficios divinos, leyendo las Sagradas Escrituras. Por primera vez desde su llegada, fray Guillermo parecía buscar nuestra compañía. Se le veía inquieto, con el ánimo laborioso, aquejado de una inusual diligencia. Se prestaba a acarrear los leños, a atizar el fuego, a leer en voz alta o a ayudar al hermano semanero de la cocina. Este repentino cambio, tan inesperado, vino a avivar los recelos de algunos monjes, sobre todo de uno que se llamaba Teobaldo.

–Ahora que estamos aislados, pues la abundante nieve y las continuas ventiscas hacen infranqueables los puertos y temerario el paso de los congostos, hete aquí que este hermano sale de su reclusión y ya no mira de través, desconfiado. Si ayer huidizo, hoy se arrima halagüeño a nosotros, y parece que de pronto ya no teme ningún peligro.

–Puede que finalmente esté en paz con Dios –mediaba yo, si por azar oía comentarios de esa manera.

–Calla, Ramón –me respondían según era ya costumbre–. Esa conducta es propia del que tiene cuentas con la justicia.

–Tiene engañado al prior… –añadía otro, sacudiendo la cabeza en señal de resignada reprobación.

A mí tales insinuaciones me parecían injustas y me dolía ver cómo el hermano Teobaldo, lleno de una malquerencia nacida seguramente de la envidia, intentaba predisponer a otros en contra de fray Guillermo. Por eso un día pedí licencia al prior para hablarle privadamente y, encerrados en la sala capitular, le conté cuanto había oído y cómo me preocupaba que a la postre aquello pudiese suponer algún quebranto en la concordia entre los monjes. Al principio el hermano Lorenzo me miró con un cierto asombro, pero pronto le volvió ese habitual gesto afable y sosegado con que trataba al prójimo, y me dijo que no debía preocuparme, que era del todo normal que en una comunidad tan pequeña como la nuestra causase algún recelo la llegada de extraños, máxime si el nuevo era en todo muy singular y distinto.

–Pero el hermano Teobaldo…

–Líbrate de acusar a nadie, Ramón. Es el desconocimiento del otro el que alumbra temores y engendra suspicacia. Dentro de unos meses, todas esas sombras habrán desaparecido.

Pero el bueno del hermano Lorenzo se equivocaba. Cuando en un corazón logra arraigar la simiente de la inquina, raro es que tarde o temprano no acabe brotando una cizaña que arteramente confundida con el trigo venga a arruinar el sembrado.

Una tarde, después de comer, en que el prior y fray Arnaldo quedaban en la sala capitular repasando las cuentas del monasterio, estando los demás en el calefactorio, ocupados como mandaba San Benito en lecturas pías, tuve la osadía de pedirle al hermano Guillermo, en voz alta, si por ventura podía decirnos qué libros eran esos que había traído consigo.

–¡Oh sí! –exclamó al pronto el hermano García de Artasona, monje algo mayor que yo y aquejado igualmente por la agitación de la curiosidad–. Y sería muy agradable que nos leyese alguno de ellos. Si acaso son piadosos, claro –añadió, con el gesto compitiendo en color con las ascuas que crepitaban en el hogar.

–Quizás no sean libros que puedan ser mostrados… –contestó maliciosamente el hermano Teobaldo.

–Raro es el libro donde no se halle algo de provecho –le repuso fray Guillermo, serenamente–. Hasta en aquellos que nos parecen más ociosos y alejados de la doctrina cristiana. Pues el avisado, tomando de modo ejemplar cuanto lee, ya sea *a pari*, ya *a contrario*, sabrá aprender de ello y así sacará algún pro que sea de utilidad para su alma.

Empezamos entonces todos a discutir, sin ningún orden ni concierto, sobre aquel comentario, y a nuestras muchas voces y alboroto, no tardaron en llegarse ahí el prior y fray Arnaldo. Tal como tenía por costumbre, para no parecer riguroso por caprichoso arbitrio, fray Lorenzo nos recitó por aburrida vez aquel capítulo de nuestra *Regula*:

–*Durante las horas en que los hermanos se dedican a la lectura, nómbrese un anciano para que vea si acaso no hay algún hermano perezoso que se entrega al ocio y a la charla, que no atiende a la lectura, y que no sólo no saca ningún provecho para sí, sino que aun distrae a los*

demás. Si se halla a alguien así, lo que ojalá no suceda, repréndaselo una y otra vez, y si no se enmienda, aplíquesele el castigo de la Regla, de modo que los demás teman.

Callamos los monjes, humillando un tanto la cabeza, por mostrar fingida vergüenza y arrepentimiento. Las amonestaciones del prior quedaban siempre en advertencias formales. Eran una obligación que se imponía cumplir por lealtad a los preceptos de la Orden, pero no olvidaba que en un lugar tan pequeño y apartado, las más de las veces había que olvidarse de capítulos y obrar con diligencia y sensatez, en pro de la concordia.

Pero el caso es que aquel escándalo y ruido eran desusados en nuestro cenobio, por lo que tras recordarnos aquel precepto nos preguntó contrariado la causa de aquella vocera discusión.

Le contó el hermano Guillermo cuanto había pasado, y luego le pidió licencia para traer ahí los libros que habían sido motivo de disputa.

–Os lo ruego, hermano Lorenzo –dijo con humildad–. Es normal la curiosidad de los hermanos y justo que vean que aquí no hay sigilo ni secreto proceder, para que de este modo no anden más con vanas imaginaciones y oscuros recelos.

–Sea entonces –contestó el prior, con cierto fastidio–. Aunque a mi entender hay en todo esto más aburrida curiosidad que sospecha. Nace de la pereza de ánimo, en los más jóvenes, por la falta de ejercicios corporales a la que por estos lares nos tiene condenado el invierno.

Los hermanos nos miramos con mal disimulada satisfacción.

–Yo mismo iré a buscarlos –dijo el prior sin dejar de mirar con severidad al hermano Teobaldo–. Guardo esos fardos en el arcón viejo de la sala capitular, desde que me los confiara el hermano Guillermo el día de su llegada.

Aguardamos su regreso en silencio, con inquieta expectación, sino fray Guillermo, que sonría no sé si complacido o burlón.

El prior entró en el calefactorio arrastrando un fardo en cada mano. Dejó uno a nuestras espaldas y se acercó con el otro donde estaba sentado el hermano Teobaldo.

–Ábrelo, saca de él un libro y léenos su principio –le dijo.

Se fue luego a tomar asiento, en tanto Teobaldo hacía lo que le había mandado. Y fue que al abrir un libro que tomó al azar, puso al pronto cara de

asombro, lo hojeó nervioso, miró al hermano Guillermo, y para nuestra sorpresa lo devolvió contrariado al fardo de arpillera sin habernos leído palabra alguna. Sacó otro y ocurrió lo mismo. Y aun un tercero, que retornó al rimero de libros con ademán disgustado.

–Están vacíos –dijo–. No hay palabra que leer en ellos.

Ahora el prior se veía francamente divertido, se diría que al borde de la indigna risa.

–En el otro fardo hay unos calzones raídos, una escudilla, tres pequeños pinceles, una pluma de ganso, una de esas extrañas piedras, que llaman pómex, y varios trozos de cuero de cabra –dijo.

–Y siete libros que sí pueden ser leídos… –añadió el hermano Guillermo, visiblemente entretenido con aquello.

Y ya se levantó y fue al otro fardo, del que trajo aquellos libros. Se sentó en el escabel, dejándolos en su regazo, uno encima del otro.

–¿Podría leer yo…? –le pregunté tímidamente.

–Nada me complacería más, Ramón –me contestó, alcanzándome al punto uno de los libros.

Era un hermosísimo códice miniado, pero estaba escrito con trazos indescifrables para mí.

–¿Es algarabía? –me aventuré a preguntar, temeroso de que el hermano Guillermo me tuviese por necio y poco instruido.

–Lo es. Es la lengua de los muslimes. El libro es una parte del *Kitab al Qanûn fi Al-Tibb* del sabio Avicena, médico en fama igual al griego Galeno. Este otro es *De intellectu,* de Al-Kindi, en traslación latina hecha hace unos años en Toledo por el avisado Domingo Gundisalvo. Ésta es *La guía de perplejos,* obra de extraordinaria sapiencia escrita hace muy poco por un judío español que ahora vive en al-Fustat, en la corte del emir Saladino. Maimónides, le llaman los cristianos. Aquí tengo la *Disciplina clericales,* un ameno libro de ejemplos, compuesto por Pedro Alfonso de Huesca. Éste, que traigo algo ratonado, es la *Dictys Cretensis, Ephemerides belli troiani,* compuesta por el gentil Septimius. Y éste es un libro que me dio hace muchos años mi entonces amigo Chrétien de Troyes, el *Eric et Eride,* romance en verso escrito de su propia mano.

Mientras nombraba esos libros, los iba dejando con cuidado en el suelo.

Del último que quedó en su falda no dijo nada. Era un ejemplar más pequeño que el resto, pues tendría apenas cinco pulgadas de alto. Estaba fuertemente atado a lo ancho con varios tendones de animal, que apretaban unas tapas al uso, de madera recubierta con cuero. Al dejarlo sin más en el suelo, junto a los otros, todos pudimos ver, estampado en gofrado, sobre lo que parecía plata blanca, la cruz roja de los templarios.

2

En Lérida, uno de diciembre del año de Nuestro Señor de 1149.

Fray Evrard des Barrès, Maestre del Templo:

Debéis saber que hace una semana, por Voluntad de Dios, tomamos a los muslimes la espléndida ciudad de Lérida. Los hermanos que estaban algo más al sureste, en los sitios de Fraga y Mequinenza, nos han escrito diciéndonos que también han caído esas plazas. Hace ya dos años que iniciamos la campaña militar en esta comarca que llaman del Segriá. Entonces, no sin gran esfuerzo, tomamos la portentosa fortaleza de Almenar y muchas otras, entre ellas esa de Corbins, de tan infausta memoria para el conde catalán, pues en ella los almorávides habían derrotado severamente a su padre Ramón Berenguer III. De modo que en la primavera de este año, reconquistados ya la mayoría de los lugares de los alrededores, tomadas sus fortalezas y repoblados sus campos y aldeas con gente cristiana, el conde de Barcelona y el conde de Urgell, Ermengol VI, se decidieron a acometer el asalto final a la ciudad de Lérida. Avanzamos lentamente sin encontrar apenas resistencia. A nuestro paso los taladores iban arrasando los bosques para evitar futuras emboscadas. El grueso del ejército entró por aquel camino de Corbins, en el que está la puerta que llaman Ferrisa (pues está bellamente chapada), y rodeó la ciudad por donde se alza la portentosa Zuda, alcázar que tenía fama de inexpugnable. Hallamos los arrabales de esa parte totalmente vacíos y sin vituallas ni cosas de valor que tomar. Y las puertas de las murallas que se abrían a ese lado, la del Sas, en el camino a Tamarite, la de Montagut, la de Monzón y esa que llaman de Foradana, estaban todas tapiadas, por estorbar por ahí la entrada a la ciudad de los nuestros. Mientras avanzábamos se unían a nosotros los villanos cristianos que vivían en una aljama extramuros que los muslimes llaman del Romeu. Asentamos los reales en esta colina de Gardeny, que el conde ha prometido entregarnos a los templarios. Este cerro se halla a unos setecientos pasos de las murallas de la ciudad y desde él se domina su mayor parte, por lo que desde allí es fácil dar al pronto sobre aquellos que tratan de salir de sus muros. Sería baladí tratar de nombrar a todos los nobles y señores, catalanes, aragoneses,

provenzales y francos que hay aquí. Este ha sido a buen seguro el ejército cristiano más numeroso que jamás hayan visto los muslimes de estas tierras. Que esta campaña es una guerra santa contra el infiel lo ha atestiguado la presencia del arzobispo de Tarragona y de los obispos de Vic, de Tortosa y de Roda de Isábena.

El caso es que pusimos guarniciones en todos los caminos, a media legua de cada una de sus puertas, y una mesnada de Guillem Ramón de Moncada, Senescal de Barcelona, alzó su campamento al otro lado del puente romano que cruza el río Segre. De esa manera, sitiada tan fuertemente la ciudad, nos preparamos para darle el más fiero de los asaltos. Al día siguiente, mientras los otros preparaban los pertrechos para la guerra, los ochenta y nueve caballeros templarios que allí estábamos, guiados por algunos mozárabes, hicimos una batida por las numerosas granjas que hay aquí. Todas ellas tienen su torre de defensa y sus sótanos y pasadizos bajo tierra donde ocultarse en caso de ataque. La mayoría estaban desiertas, sin ganado en los cercados y establos, ni trigo en los graneros ni pan o salazones en las cocinas. Esto atestiguaba que los moros, si no daban por perdida la ciudad, sabían que retenerla les iba a costar mucho tiempo y no pocas vidas. Sólo en alguna de esas granjas hallamos resistencia de sus moradores, que desde los matacanes de las torres nos arrojaban piedras y agua hirviendo. Pero no tardábamos en derribar sus puertas y entrar a degüello. Los más eran ancianos que prefirieron morir a dejar su hacienda. Los intentos de entrar en la ciudad los hicimos por esa parte del camino de Gardeny, en los muros de la puerta de Foradana, y al otro extremo, en la puerta de Corbins, pues eran éstos los lugares donde había peor defensa. Con tres catapultas, varios arietes y dos almajeneques, las huestes de Ramón Berenguer IV empezaron a hacer mella en aquellos gruesos paramentos, recibiendo no poco daño de los defensores, que los hostigaban con fiereza desde las almenas y las torres albarranas. Una semana después de nuestra llegada, el alcaide Almudéfar, a quien el caudillo Abin Ganya había dejado al cargo de la ciudad, envió un trujamán a Gardeny para decirles a los condes de Barcelona y de Urgell que si levantaban el sitio les daría cien mil dinares de oro y otros tantos dirhames de plata, y que de otro modo les daría la más fiera de las guerras. Las risotadas de los cristianos cruzaron este arrabal del Royal,

que está frente a Gardeny, subieron el Mohallakat, *loma que los cristianos llaman el Podio de los Ahorcados, y llegaron a los oídos de los muchos moros que estaban en los adarves de las murallas. El conde de Barcelona mandó decirle a Almudéfar que no era menester que se lo diese, pues pronto cogería por su mano ese dinero. Antes del amanecer siguiente, los musulmanes salieron por la puerta principal, que nosotros llamamos de los sarracenos, y amparados por la oscuridad fueron a atacar aquel campamento del Senescal de Barcelona, al otro lado del río. Al mismo tiempo, unos cien arqueros y otros tantos caballeros tomaron aquel Podio de los Ahorcados, por hostigar y asaetear a los cristianos de Gardeny que fuesen en auxilio de Ramón Guillem de Moncada. Dada la alarma, salimos prestos los templarios, antes de que los otros ni siquiera se hubiesen aparejado para el combate. Al amanecer, comandados por el hermano Pere de Rovera, conseguimos alcanzar aquella loma. Viendo el poco número de los que veníamos, había salido en tropel de la ciudad una ingente morisma de peones y caballeros. En tal hora, los monjes caballeros de la Orden del Temple causamos asombro en los cristianos y espanto en los muslimes, pues conseguimos mantener aquella plaza a pesar de ser en mucho inferiores en número. Cuando llegaron en nuestro acorro las huestes de Gardeny, habíamos matado a más de cuatrocientos infieles, habiendo perdido tan solo a veintinueve de los nuestros. Dios los tenga en su Gloria. El Senescal de Barcelona, al que consiguieron socorrer el conde Ponce Hugo de Ampurias y el vizconde Hugo Folc de Cardona, pudo desbaratar a aquella batalla que había cruzado el río. Esa fue la última vez que los muslimes salieron a acometernos. No hubo más escaramuzas extramuros. A finales de julio logramos derribar los muros de una barbacana, en la parte siniestra de la puerta de Foradana. Y en poco, arruinamos el lienzo de la muralla de dentro. Muchos de los villanos corrieron a refugiarse en la Zuda, en tanto algunos decidieron quedarse a defender sus casas. Durante una semana lucharon aguerridamente, como sólo pelean los desesperados que tratan de salvar su hacienda y la vida de los suyos. Muchos cristianos murieron al entrar en casas que creían vacías o en emboscadas que nos tendían en las intrincadas callejas del Cañeret. Buena parte de la ciudad ardió en llamas tras ser saqueada. Encerrados en su alcázar, los musulmanes rezaban porque viniese en su auxilio alguno de los señores*

moros de los reinos y taifas musulmanes del sur. Pero la Larida mora quedaba demasiado lejos y estaba aislada, rodeada ya de cristianos. Su caída era inminente. Sólo había que ser pacientes y aguardar sin más riesgos. La noche en que entramos en la ciudad me dirigí sin demora, tal como vos me habíais indicado, a aquella gran biblioteca que se alza en el antiguo foro de los romanos, junto a los baños principales. Era visible que habían abandonado el edificio precipitadamente, pues hallé su puerta principal abierta y tras ella estaban los anaqueles llenos de libros. Además había bastantes pergaminos extendidos por las distintas mesas y todavía ardían exiguos candiles de piquera. Aquel médico andalusí que capturasteis camino de Damasco no os engañó. Tal como os dijo, las chapas de plomo estaban encerradas en una caja de plata que se hallaba oculta en el hueco de un sillar quebrado por dentro. Son diez y están en efecto grabadas en una lengua extrañísima, si acaso no se trata simplemente de dibujos o garabatos. Y lamento deciros que en ninguna de ellas está trazado ningún mapa, carta, o cosa que pudiera parecerlo. Con vuestro permiso se lo enseñaré al hermano Pere de Cartellá por si él supiese hallar en estas chapas algo que yo no alcanzo a ver. Yo sólo puedo deciros que, por su distribución y por unas rayas verticales que anteceden a muchas de sus líneas, tengo la impresión de que podría tratarse de una especie de inventario. Me apena no poder servir mejor a mi maestre. Por otra parte, cuando el alcaide moro Almudéfar rindió finalmente el alcázar, entré en él acompañando a Pere de Rovera y pude ver aquella piedra azul de la que me escribisteis. Os mando un dibujo de este extraño sillar, que he trazado lo mejor que mi poca habilidad ha podido.

El muro de Indíbil

JOAQUÍN GARCÍA ALBERO

La piedra está en el espléndido palacio moro, en una puerta que se abre a un patio que llaman de los Leones. De un azul cielo insólito, el sillar forma la dovela central de un arco de herradura. Podéis apreciar cómo en su parte superior se ve una línea de extraños signos. Luego en su medio, un tanto a diestra, hay grabada una figura femenina oronda, de descomunales pechos. Está tumbada boca arriba, con la cabeza en el lado derecho. Alrededor de esta mujer, por toda la piedra, hay cincelados varios agujeros, distribuidos acá y allá, sin ningún orden ni concierto. Al verla, le pregunté a un criado muslim que estaba cerca si sabía qué piedra era aquélla y me dijo que la llamaban La Piedra Azul de Andobeles.

Vuestro servidor, el caballero monje fray Arnau de Torroja.

3

Al ver aquella cruz patada de los poderosos caballeros de la Orden del Temple, se había formado en el refectorio un silencio denso, de piedra de cripta, pues todos recordábamos cómo el prior había dicho que aquel monje errante había pasado muchos años en Tierra Santa. No sé los demás, pero a mí, con la fértil imaginación de mi mocedad, se me ocurrió pensar que quizás fray Guillermo había sido un monje templario, que por algún oscuro motivo estaba huido de la disciplina de esa Orden, lo que explicaría razonablemente que hombre tan singular hubiese aparecido en tan recóndito lugar, con aquella actitud esquiva y recelosa de las primeras semanas. Y pensé asimismo que aquel pequeño libro, tan fuertemente cerrado, tenía mucho que ver con esa supuesta huida y con la consiguiente búsqueda de un lugar seguro donde ocultarse.

Bien debió entender fray Guillermo que podíamos barruntar cosas de esa guisa, pues no tardó en decirnos con gravedad:

–Cuando llegué aquí y pedí licencia a fray Lorenzo para ser vuestro huésped, en ningún momento me pidió cuentas de mi vida pasada, a pesar de lo cual yo le di cumplida noticia de lo más notable de ella. No creí necesario relatarla por extenso. Pero viendo ahora cómo me miráis con porfiada desconfianza y sabiendo que muchos de vosotros creéis que ando escondiéndome de algo o de alguien, os diré…

–No es necesario, hermano –le interrumpió el prior.

Desde el primer día, fray Lorenzo había protegido al hermano Guillermo de indiscreciones. Supimos meses después que entonces el monje errante le había hecho custodio de aquella Santa Reliquia, con promesa de que más tarde la dejaría al monasterio, y que había hecho aquello pidiéndole que lo mantuviese todo en gran secreto, hasta que él pensase cómo redactar un documento de donación que estorbase que el *Lignum Crucis* acabara en San Victorián, o en la vecina Roda de Isábena, o en la catedral que en breve iba a alzar el obispo Gombau de Camporrells en la Larida cristiana. El documento y la reliquia habrían

de salir a la luz sólo después de su muerte.

–Ya os dije que erais bien recibido en esta casa –prosiguió el prior tratando de zanjar aquel molesto asunto–. En tanto de ello no haya de venirle algún mal a este monasterio, no es a nosotros, sino a Dios, a quien cumple que deis cuenta de vuestros actos pasados.

–Sois un hombre prudente, hermano Lorenzo. Pero permitid que os dé noticia de mi vida en estos últimos años, para que entendáis por qué lleva este libro estampada la cruz del Temple.

–Supongo que el Señor sabrá perdonarnos un rato de distracción… –dijo el prior, con ademán resignado.

Creo que en el fondo sentía tanta curiosidad como nosotros por lo que fray Guillermo pudiera contarnos. Aunque, dada la singularidad de su vida, lo que nos relataría a continuación, lejos de disipar ese vivo interés que sentíamos por él, no iba a hacer sino acrecentarlo.

–Ya os explicó el prior que durante unos años fui maestro catedralicio en Chartres, siendo su obispo mi buen amigo Jean de Salisbury. Allí, además de enseñar a otros monjes la lengua de los antiguos griegos, aprendí el árabe con un físico cordobés, musulmán converso, al que llamaban Sarracino el Hispano. Con este hombre sabio trasladábamos al latín libros en griego o en árabe que traían de vuelta algunos cruzados, o a veces los comerciantes venecianos, ya de Bizancio, ya de Tierra Santa. Era el año de Nuestro Señor Jesucristo de 1179, cuando una noche me despertó en mi celda un ganapán que traía un recado del obispo Jean, para que fuese a verle sin demora al palacio episcopal. Temeroso de que hubiese acaecido alguna desgracia, fui allí a gran prisa. Y cuál no sería mi sorpresa, cuando allegado, vi que con mi señor obispo estaba un legado de Su Santidad el papa Alejandro III y un caballero templario, que resultó ser Arnau de Torroja, entonces Maestre Provincial del Reino de Aragón, Cataluña y del Condado de Provenza, y en apenas medio año, Maestre de Jerusalén, la más alta distinción en la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón. Muy solemnemente, el legado del Papa me comunicó que Su Santidad tenía un importante cometido para mí, que esperaba cumpliese con la máxima diligencia y discreción. Es de suma importancia para la Cristiandad, me dijo, y Su

Santidad cree que no hay nadie mejor que vos para llevar a cabo este delicado encargo.

Fray Guillermo hablaba en voz muy baja y con la espalda un tanto encorvada, lo que contribuía a dar a su relato un marchamo de confidencialidad, de revelación, que nos mantenía escuchándole, admirados, inmóviles y casi sin resuello.

–Mi encomienda sería buscar en papiros, pergaminos o libros antiguos datos que confirmasen o desmintiesen una leyenda, tan antigua como desconocida, que lamento no poder contaros, pues hice voto de silencio en este punto. No me obligarían a colgar el hábito benedictino, ya que el haber procesado otros votos monacales impide, según su Regla, poder entrar en la Orden del Temple. Pero, con secreta licencia de sus más altos dignatarios, vestiría las ropas de los templarios y me llamaría uno de ellos, para así no hallar ninguna puerta cerrada ni estorbos en mi cometido. Llevaría a tal efecto una carta del Senescal con el sello del Temple. «Aguardamos la pronto elección de un nuevo Maestre que suceda al hermano Eudes de Saint-Amand, muerto hace poco en Damasco, cautivo de los árabes; pero a buen seguro, sea quien sea, apoyará esta secreta encomienda», dijo sonriendo el que en efecto iba a ser nombrado poco después Maestre de Jerusalén, el catalán Arnau de Torroja. Nacido en la villa de Solsona, de muy noble linaje, ese Arnau era un hombre venerable, de edad ya muy avanzada, pues no tendría entonces menos de setenta años, pero que conservaba el vigor de espíritu y el don de la perseverancia de su juventud, de aquel tiempo en que se había significado como guerrero en las conquistas de Lérida y Tortosa.

»Acogí ese extraño encargo con gran contento, pues debéis pensar que siempre viví entre libros y que a éstos serví, por hacerlo a Dios, con entrega y devoción extremas. La idea de poder entrar en las bibliotecas de Bizancio llenaba mi espíritu de infantil alegría. Acceder a sus libros, leer aquello que escribieron los grandes sabios de la Antigüedad, visitar los *scriptorium* de sus muchos monasterios, el de aquel afamado de Studion, los de aquellos otros que se alzan en el Monte Athos… Ahí estarían, a mi disposición, libros extraordinarios de los que algunos monjes teníamos aquí cabal noticia, pero que jamás

había leído nadie en Occidente. Sólo me apenó pensar que para ver todas aquellas maravillas tendría que separarme de una sobrina que tenía a mi cargo, una criatura angelical de apenas cuatro años de edad, que se llamaba Alix.

Al pronunciar este nombre, a fray Guillermo se le quebró de súbito la voz. Era evidente que el recuerdo de aquella niña le embargaba el corazón con una mezcla de ternura y tristeza.

–Por desgracia –prosiguió tras vencer esa intensa emoción–, ninguno de los dos teníamos ya otra familia. La niña vivía en una casa, que a tal efecto tenía yo arrendada en Chartres, al cuidado de una anciana hilandera. Cada semana robaba algún rato a mis deberes en la catedral y en el monasterio y pasaba algunas horas de solaz en su tierna compañía… Como si supiese qué pensaba, Arnau de Torroja me dijo que no debía preocuparme por Alix, que los templarios de Francia la cuidarían como a una futura reina. ¿Y dónde?, pregunté. La hospedarían en una casa de Arville, muy cerca de la bailía de aquel lugar, con dos criadas que mirarían en todo momento por su bienestar. Y nombrarían a un hermano templario para que se encargase de proveerlas holgadamente.

»Un mes más tarde, en hábito templario, llegué con Arnau de Torroja al puerto que la Orden del Temple tiene en Tolón. Allí estaba aparejada para partir a Tierra Santa una flota de taridas, urcas y naos, repletas de peregrinos, monjes guerreros, equipamiento y caballos. Embarqué con el Maestre Provincial en una de las tres galeras de guerra que habían de proteger a aquellos barcos de los ataques de los piratas sarracenos. Días después atracamos en el puerto que los venecianos tenían en la isla de Rodas. Allí me despedí de Arnau de Torroja, que con aquella flota prosiguió el viaje hasta San Juan de Acre, en Tierra Santa. Quedé yo en compañía de tres jóvenes caballeros templarios, que habían de acompañarme y ayudarme el tiempo que durase mi cometido. Con ellos embarqué una semana después en una nao pisana que nos llevó a la soñada Bizancio.

Llegó la hora nona, por lo que el hermano Guillermo tuvo que interrumpir su relato para que todos pudiésemos cumplir con el oficio divino. Rezado el último salmo, le pedimos que nos hiciese la merced de proseguir, a lo que él accedió de buen grado. Creo que tras tanto tiempo de secretos y silencio, poder contar aquella parte de su vida, aunque fuese de modo tan sucinto, era

para él un bálsamo, una liberación que en parte aliviaba sus miedos y mitigaba sus remordimientos.

3

En Bizancio, dieciocho de junio del año de Nuestro Señor de 1182.

Gentil hermano Arnau de Torroja, Maestre del Temple:

Me complace mucho poder confirmaros que sin ninguna duda aquel Indíbil del que me pedisteis que buscase noticia fue un personaje real. Se trata de un reyezuelo ilergete que combatió contra los cartagineses y los romanos doscientos años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Tras estos dos años de infructuosa búsqueda, finalmente, hace apenas un mes, hallé en la biblioteca del monasterio de Studion unos libros de un antiguo gentil, de nombre Tito Livio, donde se habla de ese caudillo hispano. Es una magna obra sobre la historia de los romanos, que lleva por título Ab Urbe condita. *En sus libros XXI a LXV se narran los avatares de la Segunda Guerra Púnica. Estas guerras enfrentaron a los romanos y a los cartagineses por el dominio del Mediterráneo y tuvieron su principal campo de batalla en la rica Hispania. Es ahí donde Tito Livio habla de nuestro Indíbil. Por lo visto, los ilergetes eran un pueblo íbero que ocupaba una gran zona del valle del Ebro y que tenía su ciudad principal en la actual Lérida. Este Indíbil se alió primero con los cartagineses en su lucha con los romanos, hasta que el general púnico Asdrúbal Giscón le exigió como contribución a la guerra el pago de una enorme cantidad de oro y plata. Indíbil, que con la ferocidad y el valor de los suyos había contribuido decisivamente a derrotar en un primer momento a los romanos, se sintió razonablemente agraviado y se negó con rotundidad a tan humillante imposición. Como castigo y para asegurarse de que no se levantaría contra él, el general tomó como rehenes a sus hijas y a la mujer de Mandonio, el caudillo de los ausetanos, y las envió cautivas a Cartagena. Poco después llegaría a Hispania el general romano Escipión, luego apodado el Africano, que enterado del agravio que Asdrúbal les había hecho a los ilergetes, trató de ganarse su voluntad y alianza. De este modo, al apoderarse de la ciudad púnica de Cartagena, Escipión liberó a aquellas mujeres, colmándolas de regalos y cortesías. Como gratitud, y asombrados por las victorias de tan gran guerrero, los íberos le rindieron pleitesía. Cuando el*

general regresó a Roma, al reclamo de su senado, Indíbil, ofendido por las exigencias en hombres, dinero y vituallas a que le obligaban los romanos en prueba de vasallaje, volvió a alzarse en armas contra ellos. Los ilergetes fueron derrotados en la batalla de Baecula y su reyezuelo, Indíbil, apresado. Escipión perdonó a los instigadores de esta revuelta, pero a cambio exigió una fuerte contribución en oro para pagar la soldada de los legionarios de Roma. Indíbil se alzó de nuevo en armas, esta vez con la mayoría de los pueblos del noreste de la Hispania. Armó un portentoso ejército íbero de cuatro mil jinetes y treinta mil peones, a los que las legiones romanas derrotaron en la tierra de los sedetanos. Esta vez no habría piedad con los caudillos sublevados. Indíbil tuvo el honor de morir en la batalla. Pero Mandonio, rey de los ausetanos, y otros muchos caudillos e íberos principales que fueron capturados con vida serían crucificados para escarmiento y aviso de los pueblos de Hispania.

Esto es cuanto he hallado en ese Tito Livio. Pero este romano vivió muchos años después de los sucesos que narra, en la misma época que Nuestro Señor Jesucristo. En su relato se refiere muchas veces a un cronista griego de nombre Polibio, que sí parece haber vivido aquellos hechos. El hermano Zenón, de este monasterio de Studion, está seguro de que podré encontrar sus libros en alguna biblioteca de Bizancio. Él, por su parte, va a prestarme un pergamino de un romano de nombre Quinto Fabio Píctor. Cree recordar que este hombre escribió en griego una obra sobre aquella Segunda Guerra Púnica, en la que por lo visto luchó él mismo. Quizá en alguno de estos dos autores encuentre alguna mención a esa antigua leyenda, algún dato que nos permita inferir o incluso, ojalá, tener la certeza de que los ilergetes, para preservarlo de los romanos en caso de caer cautivos, ocultaron un gran tesoro antes de partir hacia esa batalla en la que su caudillo Indíbil encontraría la muerte.

Vuestro amigo, fray Guillermo de Féval.

4

–Estuve en Bizancio casi cinco años, en realidad tanto tiempo cuanto el Temple me permitió demorarlo. Pues allí no sólo traté de cumplir con el secreto cometido que me habían encargado, también aproveché mi estancia en aquel reino de sabios para trasladar del griego al latín muchísimos y provechosos libros de los antiguos, obras que enviaba al Obispo de Chartres cuando se aparejaba la ocasión para ello. Regularmente escribía también a Arnau de Torroja, Maestre de Jerusalén, cartas en las que le detallaba el resultado de mis pesquisas, los pasos lentos de las indagaciones que iba llevando a cabo. «Daos cuenta –le decía– de que es como buscar una aguja en un inmenso pajar». Os parecerá raro que no me urgiese terminar allí mi tarea para tener así excusa de ir a Tierra Santa, a rendir cuentas en persona al Maestre y proseguir si acaso mi escrutinio entre los libros que tuviesen los judíos y musulmanes del Reino de Jerusalén. Y allí, cumplir el sueño de todo cristiano. Rezar en el Santo Sepulcro, subir al Monte Sión, al Gólgota, visitar Jericó, el valle de Josafat, bañarme en las aguas del Jordán… Expiar así mis muchos pecados y renacer de nuevo en Cristo. Y en verdad ansiaba fervientemente pisar aquellos santos lugares donde vivió y murió Nuestro Señor. Pero pensaba que ya habría tiempo para ello. En realidad estaba atrapado en aquella suerte de laberinto de libros. El descubrimiento de una obra me llevaba a otra, cuya lectura a la vez me convencía de la necesidad de traducirla y enviarla a Occidente; y en el nuevo libro hallaba referencias a otros (o a algún autor hasta entonces desconocido para mí) a cuya búsqueda me lanzaba inmediatamente con ilusión siempre renovada… Me hallaba así en una espiral inagotable que me mantenía ocupado en una continua y enajenada excitación. Sólo empecé a salir de ella el día en que recibí una misiva lacrada de Arnau de Torroja. En ella, el Maestre me relataba por extenso las grandes dificultades que los cristianos estaban teniendo en Tierra Santa, por el hostigamiento del sultán de Egipto y Siria, Salah al-Din, ése a quien los cristianos

llamaban Saladino. Por ello el Maestre había decidido regresar a Europa con Roger de Moulins, Maestre de los Caballeros Hospitalarios, para instar al papa Lucio III a promulgar una nueva Cruzada y tratar luego de convencer a los reyes de Occidente para que la secundasen con hombres y dineros. Me daba un plazo de dos meses para que terminase mis diligencias, pasado el cual debería volver a Occidente para reunirme con él en la ciudad de Verona. Creo que entonces desperté de ese cautiverio libresco que me tenía aherrojado en las bibliotecas de Bizancio. Me acordé de la hermosa ciudad de Chartres, de la bella y cantarina sonrisa de mi sobrina Alix… Y ya mi corazón se llenó de doliente nostalgia. Deseé regresar.

–¿Habíais cumplido ya aquel encargo? –le interrumpí, vencido por la curiosidad.

–Sí, mi parte estaba más o menos concluida. Pero no era tan sencillo, yo había acabado de buscar en los libros, entonces empezaba el tiempo de buscar en la tierra –contestó enigmático.

Todos entendimos que había sido la inminencia de aquella posible proclamación de una nueva cruzada la que hizo que el maestre Arnau le hubiese apremiado a terminar tan largas pesquisas. Por mi parte, aquella alusión a buscar en la tierra me convenció de algo que había sospechado desde el principio de su narración. El hermano Guillermo nos sugería, de un modo más o menos velado, que aquella leyenda que le había llevado a Bizancio tenía que ver con algún tesoro oculto desde tiempos inmemoriales. Aunque entonces desconocía el motivo, tuve la certeza de que fray Guillermo quería que nosotros lo supiésemos, pero sin tener que faltar él al juramento de no revelar tal secreto.

No quiero, a tenor de esta cavilación, pasar por más avisado de lo que, dados mis pocos años, era yo entonces, pues simularlo sería señal de adolecer de la pestilencial tacha de la vanidad. Debo decir, pues, que la sospecha que albergué de entrada se debió en buena parte a la imagen fabulosa que ya tenía formada de los caballeros templarios. En mis pocas visitas a Roda de Isábena, había oído contar historias que hablaban de la sorprendente pujanza y rápida expansión de aquella Orden. Con la rareza de que, sin embargo, durante los primeros nueve años de su creación había estado formada por tan sólo nueve caballeros, comandados por el noble franco Hugo de Payns, su primer

Maestre. Un número sin duda ínfimo y casi grotesco, cuando su razón de ser no era otra que proteger a los peregrinos llegados de Occidente. Éstos eran, los más, gente humilde e indefensa que, desembarcada en la costa, tenía que aventurarse, hasta llegar a Jerusalén, por caminos que recorrían lugares inhóspitos, infestados de bandidos. Nueve hombres únicamente para tan desbordante empeño... Y a pesar de ello, el rey Balduino II les había donado la mezquita blanca de Al-Aqsa, que se levantaba en el solar donde antaño lo hiciera el Templo de Salomón. Se decía en Occidente que si al principio aquellos caballeros no habían admitido a otros era porque, con mucho secreto, habían pasado aquellos nueve primeros años encerrados en esa mezquita blanca, excavando concienzudamente sus entrañas. Por lo visto, ante tan curiosa actitud, pronto corrió el rumor de que estaban buscando el Arca de la Alianza, fuente de todo poder y sabiduría. Y se decía que durante aquella laboriosa búsqueda habían topado por casualidad con un fabuloso tesoro que, siglos atrás, los antiguos hebreos habían ocultado en una cámara subterránea para librarlo del pillaje de alguno de los muchos pueblos que a lo largo de los tiempos los habían invadido o conquistado. Sea como fuere, lo único cierto es que tras aquellos años de ocultación y reserva, los templarios amanecieron un día cargados de poder y riqueza, de suerte que ahora sus maestres podían fácilmente igualarse con el más temido y poderoso de los reyes de Oriente u Occidente. En aquellos ochenta años desde su creación, se habían extendido por toda Europa, habían recibido numerosísimas donaciones en feudos, castillos, tierras y personas; habían levantado bailías y encomiendas, construido iglesias y catedrales; habían incorporado a su Orden a los mejores caballeros de los más altos linajes cristianos. En suma, habían creado un sólido y perfecto armazón, cuyo fin último era proveer de hombres y riquezas a las encomiendas de Tierra Santa. Todo esfuerzo y sacrificio para mantener a los monjes caballeros de Tierra Santa, toda riqueza para sostener la guerra contra el infiel muslime. Y por lo visto, era tanta la carga que nunca parecían tener bastante.

De modo que, por cuanto he dicho, me fue fácil suponer que el encargo que los templarios habían hecho a aquel docto benedictino tenía que ver, por fuerza, con la búsqueda de algún legendario tesoro.

–Durante aquellos años, en un libro parecido a éste –prosiguió fray Guillermo, señalando aquel pequeño volumen–, había ido escribiendo

paso a paso el proceso que había seguido en mis pesquisas. Había copiado los fragmentos de las obras donde había hallado alusiones a aquella leyenda y transcrito asimismo cuanto pudiese ayudar a encontrar aquello que buscaban los templarios… También había hecho una lista con los títulos de algunas obras que no había podido encontrar, pero en las que creía que habría alguna noticia de aquella materia. Terminé de trasladar algunos libros que pensaba llevarme a Chartres, me despedí de los monjes y de los eruditos hebreos y musulmanes con quienes a lo largo de esos años había trabado una fraterna amistad, y ya estaba dispuesto a partir en el primer barco que me llevase a Italia, cuando a los tres caballeros templarios que me habían acompañado todo ese tiempo, les llegó la nueva de que el anciano Maestre Arnau había muerto en la ciudad de Verona, cuando iba al encuentro del Papa. El Senescal de la Orden, que era Gérard de Ridefort, les rogaba que viajasen sin dilación a Jerusalén, para ayudar en el capítulo que debía nombrar un nuevo Maestre. Y les decía que debían llevarme con ellos. De ese modo, esperando regresar a mi casa, me hallé viajando a Tierra Santa. Allí me postré y recé, roto en lágrimas por la emoción, ante el Santo Sepulcro, y visité esos otros sagrados lugares. Compartí la fervorosa devoción de aquellos centenares de peregrinos que llegaban cada día a Jerusalén, después de haber empeñado su hacienda y arriesgado sus vidas en viaje tan lleno de penurias y peligros. Y compartí con ellos, también, la tristeza de ver cómo tantos nobles y caballeros que imaginábamos fuertemente unidos, en cuerpo y alma, por tratar de mantener para la Cristiandad aquella Tierra Santa, andaban a la greña entre sí, cada cual mirando por su fortuna. Los pulanos abandonados a una vida de molicie, vicio, escándalos y lujos; y los francos cruzados, los más segundones de nobles familias, dedicados al saqueo y la rapiña, y más enemigos unos de otros que de los infieles. Para mi mal, y a la postre para el de los templarios, a poco de mi llegada a Jerusalén fue nombrado Maestre del Temple aquel Gérard de Ridefort, hombre en todo indigno de aquel honor, por elato, poco avisado y ajeno a la virtud de la templanza. Cuando me dio audiencia, una vez investido con la más alta dignidad maestral, me dijo que me había reclamado para que

fuese su intérprete y embajador ante los musulmanes. No se fiaba de pulanos, conversos, ni de nadie. Veía espías y traidores por doquier, lo cual en parte era normal, según era él hombre de ningún fiar. No salía de mi asombro. Tras recordarle el encargo que la Orden me hiciera años atrás, le mostré el libro donde había anotado mis averiguaciones. «No vine a Tierra Santa para leer leyendas, vine para escribir la Historia», dijo con el profundo desprecio del necio soberbio. Le recordé entonces que yo era un monje benedictino, que había aceptado esa encomienda por mandato del Papa, y que nada sabía de políticas, pues había pasado mi vida, recogido, entre libros. Me contestó desabridamente que le obedecería en todo cuanto me mandara, a no ser que quisiera ser acusado de traidor. Aquello me hizo sonreír, pues conocía perfectamente las normas de los templarios y sabía que la pena para los cobardes y traidores era la exclusión del Temple, con la obligación después de ingresar en una orden religiosa más estricta, como la de San Benito… El infame Gérard de Ridefort entendió la causa de mi sonrisa, pues se apresuró a amenazarme de un modo más manifiesto. «Son muchos los peligros en el viaje de regreso a Francia. Y aunque llegaseis sano y salvo, quizás no lo estuviese ya la persona que más ansiáis volver a ver…». Fue así cómo me vi obligado a servir a aquel loco perverso y exaltado. Por mucho que le importuné para que leyese aquel libro, nada quiso saber ni entonces ni más adelante de aquel largo y meticuloso trabajo. Mi labor resultó baldía, nada. Hecha al pronto empresa efímera como hierba de las eras. Hay un refrán árabe que dice que la desgracia del saber es el olvido.

»Estuve más de dos años al servicio de aquel botarate, baldón y ruina de la Orden del Temple. Fui testigo de los sucesos que terminarían, el dos de octubre de 1187, con la entrega de Jerusalén al sultán Salah al-Din. Antes, asistí a la muerte de aquel varón excepcional que fue el rey leproso Balduino IV, ejemplo de toda dignidad y perseverancia. Viví luego la entronización de su sobrino, Balduino V, un niño de ocho años, de naturaleza tan enfermiza que moriría un año después. Fue entonces cuando empezó el principio del fin de la Ciudad Santa de Jerusalén y la lenta, pero firme, agonía de los Estados Cristianos de Tierra Santa. El Conde de Trípoli, Raimundo

III, que había sido regente del rey niño durante aquel año, no consiguió evitar que a la postre fuese nombrado Rey de Jerusalén el advenedizo y oportunista Guy de Lusignan, un segundón franco de buen talle y poco seso, que había logrado desposarse con la princesa Sibila, la hermana del rey leproso. Ahí iba a terminar la delicada política de pactos de no agresión con los musulmanes, alianzas que había favorecido el anterior Maestre del Templo, Arnau de Torroja, juntamente con el sagaz y prudente Raimundo, Conde de Trípoli. Y pues es bien sabido que el cuervo se junta siempre con otros cuervos, no tardó aquel nuevo rey, Guy de Lusignan, en dejarse manejar a su antojo por el cruel y alevoso Reinaldo de Châtillon. Ni el prudente rey leproso había conseguido controlar a este vasallo díscolo y de naturaleza criminal. Nunca nadie hizo tanto por exasperar, y unir a la postre, a los musulmanes. Salteador de caminos, pirata y, ante todo, asesino, jamás nació hombre más aficionado al crimen que aquel Reinaldo de Châtillon. La osadía de este mentecato había llegado al extremo de armar una flota de corsarios, que embarcando en Elat atacó con furia Yambu, puerto de Medina, y luego Rabigh, cerca de La Meca. Por el camino hundió un barco de peregrinos musulmanes que iban a Yidda. Esto sacó de quicio al mundo muslime, que clamó venganza por ese intento de violar sus santos lugares. Cuando un tiempo después, Reinaldo se abatió como un ave de presa sobre una caravana de peregrinos y comerciantes árabes, que a resguardo de aquellas treguas con los cristianos, avanzaban tranquilamente por el camino a La Meca, matando a los hombres armados y llevándose cautivos al resto, el sultán Salah al-Din juró que lo mataría con sus propias manos. Y pues cuervo era también, el maestre Gérard de Ridefort no tardó en aliarse con aquel necio sanguinario. Por mi parte cumplí con cuantas embajadas me encargó, trasladé sus amenazas, insultos y sandeces, le acompañé en escaramuzas, asedios y asaltos. Hasta el día de la Batalla de Hattin, de tan infausta memoria para la Cristiandad. En aquellos malditos cuernos sucumbiría la práctica totalidad de un ejército de casi veinte mil cristianos. Muertos de sed y muy malheridos, los pocos que logramos sobrevivir a la fiereza de las huestes de Salah al-Din fuimos hechos cautivos. Al tomar el pabellón

de Guy de Lusignan, el sultán de Egipto se hizo con la Vera Cruz, que custodiaba el Obispo de San Juan de Acre. El Rey de Jerusalén, el Maestre del Temple y Reinaldo de Châtillon fueron capturados. Llevados a la tienda de Saladino, allí el Sultán cumplió su promesa de cortarle la cabeza, por su mano, al infame Reinaldo. A los otros dos les perdonó la vida. Serían enviados en cautiverio a Damasco, junto a otros nobles y caballeros. Con los monjes templarios, sin embargo, no habría clemencia. Cuando se le mentaba a la Orden del Temple, Salah al-Din solía decir: «Purgaré la tierra de esa raza impura». Los templarios luchan con furor aqueo, no retroceden, no se rinden, y, de ser capturados, nadie paga rescate por ellos. ¿Cómo liberarlos entonces? Son la presa más valiosa de los muslimes. Por eso aquel día el Sultán recompensó a sus soldados con cincuenta dinares por cada uno de los templarios que hubiesen capturado. Por la noche, cedió a las súplicas de los ulemas y clérigos sufíes que le rogaban tener el honor de decapitarlos. Limpiad de asquerosa basura esta tierra de los Creyentes, les dijo altanero, ante los gritos de júbilo de aquellos exaltados. Al amanecer, doscientos treinta caballeros templarios fueron obligados a arrodillarse, cada uno a una vara del otro. Tímidamente se les ofreció renegar de su religión y abrazar la de Mahoma, si por caso querían salvar la vida. Nadie apostató, nadie dijo nada, no se oyó ni una queja. Sólo cuando aquellos enardecidos clérigos alzaban sus afilados alfanjes, se oyó, como un susurro de enjambre primero y luego convertida en clamor, una corriente de voces que se alzó al unísono hasta el cielo de aquel desértico paraje. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam*. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam*. El filo de las espadas sajó de golpe la vena del grito. Asiéndolas de los cabellos, los clérigos recogieron de la arena las cabezas decapitadas de los caballeros templarios. Crispados por el odio, escupían a aquellos rostros sucios y sin vida, y les gritaban *Allahu Akbar*, *Allahu Akbar*. Alá es grande. Luego regalaron sus cuerpos yacentes a los lobos del desierto. Dios se haya apiadado de sus almas.

4

En Nazaret, cinco de agosto del año de Nuestro Señor de 1187.

Gentiles hermanos de la encomienda de Jerusalén:

Ahora que por voluntad de Dios me hallo cautivo del sultán Saladino, sin poder defenderme de amonestaciones ni reproches, ha llegado a mis oídos que muchos de los hermanos me estáis acusando abiertamente de haber procedido estos meses de modo desaforado e imprudente, poco menos que como necio loco. Decís que soy baldón del Temple, me llamáis mal maestre y os arrepentís de haberme nombrado en aquel último capítulo. Otros incluso murmuráis que he sido poco más que un monigote en las caprichosas manos de Reinaldo de Châtillon, el cual acaba de rendir su alma a Dios, muerto por el mismo Saladino en mi presencia.

Pues sabed que yo jamás obré sino catando por el bien de nuestra Orden, y que por servirla, y con ella a Dios, preferí siempre pecar por exceso que por mengua. Muchos olvidáis que los templarios nacimos para proteger a los peregrinos en los caminos a Jerusalén. Decidme, cuando caigan los Santos Lugares en manos de los muslimes, ¿a quién habremos de custodiar?, ¿qué sentido tendremos entonces los caballeros del Temple? No seremos nada, humo, verdura de las eras. En verdad os digo que si algún día nos vemos forzados a abandonar esta tierra y volver a Occidente, nuestra Orden no sobrevivirá mucho tiempo. Estos son momentos críticos, decisivos. Nuestra pavorosa derrota en aquellos Cuernos de Hattin, pone en peligro extremo la pervivencia de los cristianos en estos lugares. Es tiempo de combatir sin tregua, de derramar hasta la última gota de nuestra sangre. No puede ser de otro modo, si perdiésemos Tierra Santa no deberíamos vivir ni un solo día más para verla musulmana. De modo que aquellos que me acusáis de haber hecho la guerra de modo insensato os olvidáis de que no estamos aquí para pactar con los infieles, sino para echarlos de Tierra Santa. No debería haber con ellos ni agasajos ni galanterías ni trato alguno. O fuera de Tierra Santa o muertos en ella y arrojados a los lobos del desierto. Es por esto que, en el mes de abril de este año de mil ciento ochenta y siete, cuando vi cómo aquel imponente

ejército de Saladino campaba tan tranquilamente por la Baja Galilea, me hirvió la sangre de furia y cabalgué hasta Nazaret, donde conseguí reunir tan sólo a ciento cincuenta caballeros templarios. Sé que fue una temeraria osadía que nos lanzásemos contra la caballería ayubí, que no sumaba menos de siete mil hombres. Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam. *Pero lo hice por mostrarle a Saladino cómo los caballeros templarios le combatiríamos y hostigaríamos en tanto hubiese uno solo de los nuestros con vida. Cien veces muertos antes que ver nuestro hábito mancillado por la tacha de la cobardía, mil veces muertos antes que ver a los infieles hacer mofa de Cristo y pisotear y escupir sobre su Santo Sepulcro. De aquella batalla de Seforia sólo logramos salvarnos mi intérprete, otro caballero templario y yo. Todos los demás cayeron con honra y fueron decapitados luego. Para desgracia de toda la Cristiandad, dos meses más tarde, igualadas en número las fuerzas, fuimos derrotados en aquella infausta batalla de los Cuernos de Hattin. Y nos fue arrebatado el Lignum Crucis. Nos arruinaron la sed, el humo de las eras incendiadas por los muslimes, y en fin, la astucia de este condenado Saladino. Con gran honor y merecedores de Gloria Eterna murieron todos nuestros hermanos templarios. No me acuséis a mí de lo ocurrido, rezad los sesenta pater noster obligados, treinta por los hermanos muertos y otros tantos por los que seguimos vivos, y aprestaos a tomar ejemplo de los monjes caídos, pues este es nuestro deber y nuestra sola razón de existir: morir guerreando por Cristo. Pues debéis recordad que la muerte es el final de nuestras penas, nuestra merecida recompensa y nuestra eterna salvación.*

Respecto a esa habladuría que corre por los reinos cristianos de Oriente, os he de decir que en modo alguno es cierta y que debéis castigar severamente a quien repita o difunda tal infame rumor. Ningún caballero templario renegó de Cristo en Hattin por que le perdonaran la vida. Todos murieron proclamando la Gloria de Nuestro Dios Verdadero. Fue mi intérprete, el benedictino Guillermo de Féval, el único que por cobardía apostató en tal hora. Para mi deshonra fui testigo de ello. Cuando el ulema que tenía enfrente levantó su alfanje por cortarle la cabeza, fray Guillermo dio en gritar en árabe que él no era templario y luego con hiriente pasión empezó a repetir en voz alta Allahu Akbar. *Aquel sufí retrocedió un paso, apoyó la punta de la espada en la frente del benedictino y fue bajando el*

brazo despacio, abriéndole un gran tajo en medio del rostro. Fray Guillermo se desmayó, pero salvó su vida. Siempre fue un hombre poco piadoso, idólatra de libros y devoto de los antiguos paganos. Débil de voluntad y monje de poca fe, siempre lo tuve por muy amigo de los musulmanes, a quienes tiene por más instruidos y razonables que a nosotros los cristianos. La más terrible de las enfermedades se lo coma por dentro y luego rabie quemado en el infierno por toda la eternidad en compañía de los demás infieles. Amén.

Vuestro Maestre hasta la muerte, Gérard de Ridefort.

5

Hondamente conmovido y apesadumbrado por el recuerdo de aquella funesta jornada, el hermano Guillermo no fue capaz de contarnos cómo se había salvado él de muerte tan atroz, si llevaba como aquellos desgraciados caballeros el mismo hábito de los monjes templarios. Supusimos que debió de ser por su condición de trujamán del Maestre, o porque en sus embajadas habría trabado amistad con dignidades del entorno de Salah al-Din, los cuales en tal hora intercederían por su vida. El caso es que nos relató que había sido llevado a Damasco y que allí había permanecido cautivo casi tres años. Mucho tiempo más que Gérard de Ridefort, el Maestre Templario, liberado al poco de su captura, y muerto poco después durante el asedio a la fortaleza de San Juan de Acre, entonces en poder de Saladino. No tardaron los musulmanes de Damasco en darse cuenta de que Guillermo de Féval era un hombre avisado e instruido en toda suerte de materias, y sobre todo conocedor como pocos de los libros de historia y filosofía de los antiguos gentiles. Por ello fue de buen principio protegido de Osama Ibn Múnqid, un emir prudente y sabio, que sentía una gran curiosidad por el mundo de los francos. Antes de fallecer, lo cual acaeció a finales del año 1188, con noventa y tres años de edad, Osama hospedó a fray Guillermo en casa de un sobrino suyo, que era un físico muy tolerante y apacible. De modo que pronto frecuentó la Corte y trabó amistad con los muchos eruditos que a la lumbre del poder vivían en la fabulosa Damasco. Se movía por la ciudad como hombre libre. Por una conversación que había tenido con el anciano Osama sobre la barbarie y necedad de los médicos francos, decidió que aprovecharía el tiempo de aquel plácido cautiverio en trasladar al latín las obras de los más afamados médicos orientales. Y eso hizo.

Un día de septiembre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1192, fray Guillermo estaba en la Mezquita de los Omeyas, rezando ante el cristiano sepulcro de San Juan Bautista, cuando se le acercó un hombre, ataviado a la rica usanza de los comerciantes, que le preguntó en la aljamía de los mudéjares hispanos si acaso era él el franco Guillermo de Féval, amigo de Arnau de Torroja. Lleno de sorpresa, el benedictino le demandó quién era el

que quería saber aquello, a lo que el hombre le contestó que él era un comerciante muslime de la ciudad de Lérida, de nombre Mufamat, que estaba en Damasco comprando pieles de cebellina y armiño. «Quisiera hablaros de un libro», le dijo en voz baja. Se hospedaba en la calle de los cedros viejos, en casa de unos familiares que se sentirían muy honrados de poder ofrecerle leche de camella y dátiles, si hiciese la merced de visitarlos aquella misma tarde, al caer el sol. Allí fue puntual el hermano Guillermo, lleno de esperanzada curiosidad.

—Traigo un recado para vos –le dijo aquel Mufamat—. Es del monje templario Gilbert de Erill, Maestre Provincial del Reino de Aragón, Cataluña y del Condado de Provenza. Me lo encomendó hace ya dos años. No ha sido nada fácil encontraros. Tenía que deciros que los templarios de aquella provincia quieren el libro, ese que os encargaron escribir hace tiempo. No sé más.

Pero el libro, aunque materialmente existía, ya no era el mismo. A fray Guillermo se lo habían arrebatado al capturarle en aquella desastrada batalla de Hattin. Lo dio por extraviado o quemado, hasta que meses después, uno de los clérigos sufíes que habían escoltado hasta Damasco a los cristianos cautivos, había ido a su encuentro para devolverle aquel volumen que creía perdido. En la cubierta, el sello templario que llevaba antes, con los dos monjes montando el mismo caballo, había sido reemplazado por una media luna, y habían raspado el pergamino de su interior para reescribir sobre él los ciento catorce suras del Alcorán. Por desgracia, el clérigo sufí había creído que aquél era un libro religioso y había decidido *convertirlo* a la que él tenía por la fe verdadera. «Lamentablemente, ahora es un bello palimpsesto converso», le dijo con irónica pesadumbre. Mucho se afligió ese muslime leridano al saber aquello, pues sin duda los templarios le habían prometido un valioso galardón si conseguía llevarles el libro. Viendo esto, el sagaz fray Guillermo pensó que se le presentaba una ocasión propicia para salir de su cautiverio y regresar a Europa.

–Aunque, en rigor, hay otro libro… –dijo de pronto con tono misterioso–. Y es más detallado que aquél.

–¿Y lo tenéis vos? –preguntó Mufamat, con un brillo de esperanza y de codicia en los ojos.

–Sí –contestó fray Guillermo, antes de tocarse la sien derecha con la yema del dedo índice–. Aquí dentro.

Eran de nuevo tiempos de guerra y devastación. Tras la derrota de Hattin, el papa Gregorio VIII había promulgado la Tercera Cruzada para arrebatar Jerusalén de las impías manos de Salah al-Din. Otra vez por todo Occidente se oyó aquel aguerrido clamor exigiendo por voluntad de Dios la expulsión de los muslimes de los sagrados lugares. *¡Deus lo volt!* Y al poco, el emperador alemán Federico Barbarroja, el rey de Francia, Felipe Augusto y el rey de los ingleses, Ricardo I, sin duda los tres reyes más poderosos de la cristiandad, armaron tres descomunales ejércitos para dar la más fiera de las guerras al grandioso sultán ayubí. Para ello no habían dudado en empeñar su hacienda, en vender títulos y posesiones, en subir impuestos. Incluso habían creado uno nuevo, que habían dado en llamar el diezmo Saladino. Meses después arribaron a Tierra Santa con el ciego propósito de reconquistar Jerusalén.

Puntualmente llegaban a Damasco noticias sobre aquella nueva y descomunal riada de enardecidos cruzados. Un mes antes del encuentro entre fray Guillermo y Mufamat, se había sabido que Ricardo I, al que en poco iban a apodar Corazón de León, había conseguido tomar la fortaleza de San Juan de Acre. Como el fuego en las mieses secas, rauda corrió la fama de hombre brutal e inmisericorde de aquel rey inglés. Se decía que durante el asedio a la ciudad, enfermo de escorbuto, se distraía matando a sus propios guardias, disparándoles saetas de ballesta, en tanto era llevado en camilla, de aquí para allá, por su maestresala. Luego, ya rendida Acre, por no demorarse demasiado en la ansiada marcha hacia Jerusalén, Ricardo no había dudado en ordenar el degüello de los casi tres mil prisioneros musulmanes que se habían rendido en la ciudad. Con los caballeros templarios en la vanguardia, el ejército cristiano se había dirigido entonces a Jerusalén por la antigua calzada romana. Salah al-Din salió a su encuentro, sufriendo una severa derrota en Arsuf.

La nueva de esta pérdida causó una honda conmoción en los musulmanes, que además de compadecer a sus hermanos muertos, veían con espanto la renovada crueldad e impiedad de los francos.

En tales circunstancias, señoreando en Tierra Santa la muerte y la confusión, a Mufamat no le fue difícil sacar a fray Guillermo de Damasco y

llevarlo sin demasiados contratiempos a Beirut, ciudad entonces gobernada por el marqués Conrad de Monferrat. Hicieron el viaje por la ruta de Anyar, con una pequeña caravana de comerciantes que llevaban esclavas domésticas a los pulanos de Beirut. Disfrazado de mujer, ocultos tras fina seda su rostro barbado y sus cabellos rubicundos, el gigantón benedictino hizo el trayecto dentro de un carruaje con celosías, rodeado de inquietas muchachas. Escarmentado por el trato que le diera años atrás el maestre Gérard de Ridefort, no quiso fray Guillermo correr el albur de su liberación sin antes alcanzar del muslime leridano la promesa de que no iba a entregarlo a los templarios de Tierra Santa. En llegar a Beirut mudaría aquellas ropas femeninas por un hábito benedictino y en calidad de tal, como un pacífico peregrino, regresaría a Occidente. Una vez en Francia sólo hablaría con aquel Gilbert de Erill y lo haría únicamente si traía consigo a su sobrina Alix.

–No quiero volver a ver el horrendo rostro de la guerra –le había dicho a Mufamat–. Hace tiempo que Dios abandonó al demonio estas tierras. Soy un hombre de estudio, no conozco otras armas que mis libros.

El moro leridano prometió tratar de cumplir en todo la voluntad de fray Guillermo. Y el caso es que salvo ser muy devoto del pecado de avaricia, el tal Mufamat resultó ser un hombre de honor, en todo muy ingenioso y resuelto, de suerte que consiguió sortear cuantos peligros y contrariedades hallaron en tan largo camino de regreso. Fue durante ese viaje cuando fray Guillermo volvió a raspar el pergamino de aquel viejo libro y cambió la media luna de la cubierta por la cruz patada de los templarios.

En el mismo puerto de Marsella donde desembarcaron, les estaba aguardando el Maestre de Aragón y Cataluña, que era Ponç de Rigalt. Gilbert de Ridefort, Maestre de Francia, estaba a la sazón camino de Tierra Santa. Allí, unos meses más tarde, sería nombrado Maestre del Templo en sustitución del hermano Robert de Sablé.

En privado, fray Guillermo dio a Ponç de Rigalt sucinta noticia de cuanto había averiguado sobre aquella leyenda. Y le hizo promesa de escribir en aquel libro en blanco cuanto recordara que pudiera serles de utilidad. Luego pidió por su sobrina. ¿Por qué no la habían traído? ¿Se encontraba bien?

Fray Guillermo reprodujo aquellas demandas con un tono digno de lástima. Con el rostro crispado por una mueca de dolor, el benedictino pugnó por no desenfrenar al caballo indómito del llanto. Cuando logró sobreponerse,

nos dijo en voz muy baja:

–La misma noche en que cumplía doce años, un postulante templario, hijo bastardo del señor de Mondoubleau, entró furtivamente en su aposento. La forzó con enajenada violencia y luego la degolló para que no lo delatase.

Rompió a llorar. El prior empezó a musitar una piadosa letanía por el alma de aquella malograda inocente.

–Le cortó la garganta –dijo fray Guillermo entre sollozos–. Esa dulce garganta con la que me cantaba canciones de niños.

5

En Marsella, diez de febrero del año de Nuestro Señor de 1193.

Hermano Gilbert de Erill, Maestre del Francia:

Gentil hermano, espero que os encontréis ya sano y salvo en esa bendita Tierra Santa. Lamento informaros de que Guillermo de Féval ha escapado antes de que hayamos podido tan siquiera hablar con él de aquel asunto. Temo, además, que de encontrarlo y capturarlo, será difícil convencerle de que coopere con los hermanos de la encomienda de Lérida en la búsqueda de aquel muro. Este ocho de marzo Guillermo arribó al puerto de Marsella en una gabela de los hermanos hospitalarios. Lo acompañaba aquel muslime leridano que diera con él en Damasco. Nada más desembarcar los llevamos a nuestra encomienda. Allí pidió una y mil veces que le trajesen a su hija. En vano tratamos de engañarle, diciéndole que estaba en camino y exhortándole a hablar en tanto llegaba. Ante su terquedad en no decir palabra si no la veía antes, le amenacé con retenerla cuando llegase y retardar su reencuentro hasta que nos explicase por extenso cuanto queríamos saber. Me dijo que a perro viejo no cuz cuz y lleno ya de sombrías sospechas me rogó por Nuestro Señor que le dijese la verdad sobre su hija. Por aquella cristiana súplica confirmé que Guillermo de Féval parecía ignorar que los templarios sabemos que apostató en aquellos malditos Cuernos de Hattin y que ha vivido todos estos años muy conforme a las leyes y a la fe de los muslimes. De modo que le amenacé con revelar su crimen y con entregarlo a los benedictinos para que lo juzgasen con el rigor que tal delito merece. Sin embargo, no se sobresaltó al oírme ni mostró la menor señal de temor. Sólo hablaré cuando vea a mi hija, murmuró. Luego humilló la cabeza y ya no hubo manera de que dijese nada. Fue entonces cuando entendí que debía contarle la verdad, a riesgo de que, culpándonos de lo sucedido, pusiese cuanto sabe en sepultura de olvido y ya nunca más pudiésemos convencerle o exigirle que nos ayudase. Y así parece que ha ocurrido, por mi necedad. En la sala del comendador estábamos un escriba, dos caballeros templarios, aquel moro Mufamat y yo. Al oír que su hija Alix había muerto de modo tan horrible, Guillermo de Féval enloqueció. Se le subió el color de la ira al rostro, se le crisparon los

ojos y las manos. Se abalanzó sobre nosotros y nos derribó a todos a golpes y empellones, sin que en ningún momento pudiésemos aplacar una furia que parecía proveerle de una fuerza descomunal. De haber ido armado, ahí mismo hubiésemos rendido nuestras almas al Dador. Nos dejó magullados en el suelo, salió de la sala, la cerró con llave por fuera y se fue de la encomienda sin que nadie advirtiese lo que había sucedido. El monje benedictino se fue saludando muy cortésmente, me dijeron los hermanos y donados con los que se cruzó en esa casa. Estuvimos buscándole por Marsella, apostamos a frailes en todas las puertas y caminos. Pero ha sido en vano. Este Mufamat, con quien Guillermo de Féval ha hecho fraterna amistad, nos ha dicho que el fugitivo había venido con la intención de recoger a su hija y volverse con ella a Damasco. En aquella refinada ciudad ha hallado a gentes muy conformes en todo a él, hombres avezados a la filosófica plática, amantes de los libros y de las ciencias. Estaba dispuesto a contarnos cuanto averiguó hace años y a ayudarnos en lo que fuera si no estorbábamos luego que pudiese cumplir aquel designio. También nos ha dicho Mufamat que fray Guillermo lleva un pequeño libro que guarda siempre con celo extremo, quizás lleve escrito en él todo cuanto pensaba que podría ayudarnos... Tengo la certeza de que ahora se dirige al sur, a algún reino moro de España, desde el que poder hacer sin riesgo el viaje de regreso a Damasco. Hemos enviado aviso a todos los bailíos, comendadores y visitadores de esta Provincia un retrato de Guillermo de Féval y dado aviso de que extremen la vigilancia y pongan ojos y oídos por todas partes, con orden de apresarlo si diesen con él. Puede que consigamos atraparlo, el problema será cómo hacer para que colabore con nosotros.

Fray Ponç de Rigalt, Maestre Provincial de Provenza, Aragón y Cataluña.

6

Amaneció la primavera con su ruido exultante de aguas desatadas y su olor a boj húmedo. Las nieves y los sarrios se retiraron a las cumbres más altas. Volvieron a los prados los brotes tiernos de la achicoria y el gorjeo de las alondras. Y con ellos, los monjes salimos de nuestro invernal retiro, dando gracias a Dios por el nuevo rebrotar de la vida. Era el tiempo de reanudar nuestras tareas campestres, de volver a cultivar nuestros prados y huertos. Después de aquella tarde en que fray Guillermo nos relatara las vicisitudes de su ajetreada vida, el monasterio había vuelto a su rutina de silencio y rezos. Nada más se dijo de aquello. Tras tan dolorosa confesión no cabía más que vencer la natural curiosidad, callar y orar por el nuevo hermano. Aquella misma tarde, antes de ir al refectorio, el prior nos había encarecido que no contásemos nada sobre aquel monje foráneo a gente ajena al cenobio. Quería, dijo, evitar a toda costa llamar la atención de los seglares del lugar, pues ello sería sin duda en detrimento de nuestra tranquilidad y recogimiento. Era conveniente, por tanto, guardar silencio, y ello no sólo por el voto de obediencia a nuestro prior, al que estábamos obligados. Casi todos nos sentíamos profundamente honrados de que un hombre tan instruido como fray Guillermo hubiese elegido nuestro monasterio para retirarse del mundanal ruido y haríamos por eso cuanto pudiéramos por que hallase entre nosotros el sosiego y la paz que buscaba tras años de fatigas y quebrantos. Por mi parte, pensé que cuando llegase el buen tiempo a librarnos de aquel estrecho silencio, por fuerza coercitivo, ya habría ocasión de tratar a fray Guillermo y de aprender de su sabiduría. Y en verdad iba a ser así en breve.

Una tarde, después de la hora sexta, fuimos solos a labrar aquel huerto donde nos habíamos visto por primera vez. En un descanso, sentados a la sombra de una carrasca, fray Guillermo me dijo que había hablado de mí con el prior Lorenzo.

–Dice que eres mozo discreto, despierto y con buena membranza, que aprendiste a leer sin esfuerzo y que Dios te dotó de gran agudeza y de la virtud de la perseverancia, tan necesaria para dedicarse al estudio.

–Me halagan esas palabras del prior –contesté ruborizado–, aun siendo,

más que de la verdad, hijas del afecto.

–Veo ahora complacido que además atesoras la virtud de la humildad. Ramón, yo soy ya un hombre de edad avanzada, que nada posee, sino es la memoria de muchas cosas que he leído y vivido. Para que no se perdiesen las palabras, los pensamientos y las ideas de los sabios antiguos, unos pocos, entre los que me cuento, nos hemos dedicado a trasladar y copiar papiros, pergaminos, y hasta piedras, en los que el prodigio de la escritura había atrapado, como el ámbar al insecto, la voz excepcional de aquellos hombres. Con este propósito, desde que salí de Chartres, siempre he llevado conmigo libros en blanco, que yo mismo confecciono. Ya viste cuántos traigo en aquel fardo… En fin, he gastado mi vida y quebrantado mi vista por preservar el legado de aquellos eruditos de las manos del tiempo, que, hechas de polvo y cenizas, todo lo arruinan. Por desgracia hay muchos libros perdidos, que nadie logró resguardar del fuego de los necios. A mi muerte, muchas cosas que he aprendido se perderán sin remedio, como las gotas de nieve en los torrentes. Debe ser así. Pero hay algo que desearía que no se desvaneciera en ese río asolador del tiempo. Son las palabras de una lengua ya muerta, que nadie conoce, vocablos con los que nombraban el mundo los pueblos que habitaron el valle del Ebro y las costas del Levante, mucho antes de que llegasen ahí los gentiles, helenos, fenicios, cartagineses y romanos. Los llamaban íberos, en honor a ese gran río. Tenía esas palabras en unas cuartillas que desgajé de un libro antiguo. Pero las di al demonio del fuego, porque son la clave para que los templarios encuentren lo que buscan. Y yo no quiero ya que eso ocurra. No he de ayudar nunca más a gentes que levantan armas contra otros, tengan la fe que tengan. Pero quiero que tú las aprendas, para que pervivan en alguien. Si lo haces podrás leer ese libro que dije que estaba en blanco. Lo está para la mente de aquellos que no conocen la lengua de los antiguos íberos. No lo estará para ti. El libro será el legado que te dejaré a mi muerte. Un extraordinario texto, que llegado el momento sabrás leer.

En ese momento se levantó, cruzó el huerto y fue a encaramarse a una roca que señoreaba la vaguada en la que se erigía nuestro monasterio. Desde allí me hizo una señal para que me acercase. Subí junto a él.

–Mira el valle, la vega –me indicó–. *Ubar*. ¿Lo recordarás?

–*Ubar* –asentí.

Y siguió señalándome cosas aquí y allá.

–¿Ves aquel arroyo? Ibi. El agua es *ur*, aquella cueva, *aspe*. Mira el camino, *bide*, que atraviesa aquel bosque, *usi*. El congosto que nos aisla, *arru*. ¿Lo recordarás?

Le dije que creía que sí.

–Bien –contestó–. Dime ahora, ¿sabes por qué a este lugar se le llama Ubarra?

–De ser aquel pueblo antiguo quien le puso tal nombre –repuse con cautela–, quizás signifique la vega del congosto, el pequeño valle del barranco.

–No me he equivocado contigo –dijo, sonriendo complacido–. Cada día buscaré la ocasión para enseñarte siete nuevas palabras. Guárdalas secretamente en algún seguro arcón de tu memoria.

–Y algún día deberé entregar ese arcón, con el libro, a alguien de mi confianza, tal cual vos hacéis hoy conmigo... –contesté en voz baja, como para mí.

Fray Guillermo se rio con sonora franqueza. En verdad que no me he equivocado contigo, dijo.

Aquella carcajada me llenó de tal asombro que, además de enrojecerme el rostro, me hizo mirar a diestro y siniestro por asegurarme de que nadie podía vernos ni oírnos. En aquel tiempo todavía creía que la risa en un monje era una tacha reprobable que ofendía a Dios.

Cuando una hora después estábamos en el camino de vuelta al monasterio, me atreví a pedirle si me haría la merced de instruirme en los secretos de los libros.

–A mí también me gustaría ser uno de esos hombres que con su esfuerzo preserva para los venideros la sabiduría de los antiguos.

Sonrió y me dijo que lo hablaría con el prior Lorenzo.

Unos días después, poco antes de la colación, el prior nos reunió a todos en la sala capitular. Allí nos dijo que había pensado que era una lástima no usar en provecho del monasterio la mucha ciencia del hermano Guillermo. En aquellos tiempos de reconquista de los territorios de la antigua Hispania, estaban fundándose por doquier

iglesias, conventos y monasterios. Y todos tenían menester de libros píos, con los que cumplir los preceptos y los santos oficios. Tal como estaban haciendo ya otros muchos cenobios, Obarra podía ayudar también en la elaboración de Vulgatas, breviarios, salterios y *regulae monachorum*. Había pensado que fray Guillermo instruyese a los más jóvenes en la confección, escritura e iluminación de códices. Para ello, García de Artasona y yo, quedaríamos dispensados de otras tareas desde la hora nona hasta vísperas.

Aquella nueva me llenó de infantil entusiasmo. En tal estado no pude ver el gesto de pesadumbre y rencor con que aquel Teobaldo se quedó mirando largo rato al hermano Guillermo, al que culpaba de no haberle incluido en aquella nueva y apasionante labor.

Las semanas siguientes, con la ayuda de algunos señores de la comarca, estuvimos haciendo acopio de pieles de ovejas y de cabras. Cuando las recibíamos las manteníamos sumergidas varios días en el interior de unas tinajas llenas de agua y cal, por librarlas de grasa e impurezas. Después las poníamos a secar en unos bastidores de madera y allí, con pumita, las raspábamos cuidadosamente por ambos lados. Destramadas, las alisábamos con rodillos de piedra y ya cortábamos de ellas hojas del mismo tamaño. Si había pequeñas roturas, las cosíamos y luego pincelábamos las hojas, primero con ceniza, y después con bilis de buey. De ese modo, cuando hubiese que alumbrar el pergamino, el minio quedaría bien asentado. Para hacer este tinte de color, fray Guillermo no tardó en hallar alumbre de roca muy cerca del monasterio. También elaboramos grandes cantidades de tinta negra, mezclando polvo de humo con goma, y nos hicimos con varias plumas de cuervo, cuyas puntas metíamos en brasa de arena y después sumergíamos en agua hirviendo con un poco de alumbre, antes de cortar al sesgo su extremo. Fray Guillermo nos enseñó luego a usar los pinceles de cola de cibelina, con los que se habían de componer las miniaturas. Pronto descubrió cómo tenía yo una inusitada destreza para el dibujo, por lo que decidió que yo habría de ser, bajo su vigilancia, quien iluminase nuestro primer códice.

A finales de aquel verano, acabamos de componer ese primer códex miniado, una hermosísima Vulgata que el prior quiso regalar al

obispo de Lérida y Roda, Gombau de Camporrells. Fueron unos meses apasionantes, en los que fray Guillermo nos enseñó muchas de las cosas que él sabía sobre las más diversas materias, sobre la medicina de los árabes, su astrología y sus estudios matemáticos, la física y la retórica de los antiguos. Disciplinas que él había aprendido de los sabios con los que había tratado en Bizancio y en Damasco y de los muchos libros que desde joven había leído. Y durante todo el tiempo que duró aquel minucioso trabajo, tampoco dejó fray Guillermo de hallar cada día la ocasión para enseñarme secretamente siete nuevas palabras de la antigua lengua de los íberos. Yo buscaba ardides para no olvidarlas y las repetía después para mí muchas veces. Luego en mi lecho, antes de dormir, hacía lo propio con las del día anterior, y después con las del otro y con esas otras del pasado… Una tarde, fray Guillermo me dio una hoja enrollada de pergamino y me dijo que, cuando me fuese posible, borrase con miga de pan lo que estaba escrito en él. Al desenvolverlo, vi que una línea trazada con lápiz de plomo dividía la hoja en dos partes. A diestra estaban escritas en columna las letras del alfabeto latino, y a la altura de cada una de ellas, a siniestra, había dibujados unos signos extrañísimos. Tardé un rato en comprender que aquella era la antigua escritura de los íberos.

6

En Marsella, doce de febrero del año 570 de la Hégira.

Mi señor, el muy magnífico Al-Nāsir Salāh ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb, sultán de Egipto, Siria y Palestina:

Sabed que cumpliendo vuestras órdenes me presenté discretamente hace tres meses al renegado Guillermo de Féval, en tanto rezaba en la Mezquita de los Omeyas de Damasco. Tal como mandasteis, me hice pasar por ese espía emisario del Maestre de Hispania Gilbert de Erill, el almorávide de Madina Larida, Sahut al-Mufamat, a quien Vuestra Grandeza, sabio entre sabios, descubrió y capturó en Gaza. El franco converso no sospechó nada. Al decirle que podía liberarlo de su cautiverio, creyó en efecto que los templarios no sabían que había apostatado y que vivía entre nosotros como musulmán, por lo que vio aparejada la ocasión de regresar a Occidente en busca de una hija que dejó ahí hace años. Ya sabéis que no tuvimos ninguna dificultad en salir de Damasco y llegar a Beirut, donde nos embarcamos en una carraca de los francos de la Orden de los Hospitalarios. Si el renegado sabía que Gilbert de Erill estaba ya en Palestina como maestre de Jerusalén no lo dijo. Por otra parte, aquel Sahut al-Mufamat no mentía cuando os contó que tan solo sabían de él Gilbert de Erill y los templarios de Medina Larida, por lo que al llegar a Marsella no corrí riesgo alguno en ser descubierto y ejecutado. Debo deciros que durante la travesía hacia el país de los francos trabé una cierta amistad con el converso, que es hombre muy instruido y, la verdad, muy poco religioso. Supe así que su intención no era otra que recuperar a su hija y llevársela de vuelta a Damasco, ciudad que ahora ya considera suya. De hecho en la caravana que nos llevó a Beirut se hacía llamar Omar al-Damasquí, lo cual causaba grandes risas entre nosotros, pues nunca se vio sirio tan rubicundo y gigantón. Para poder traerse a su hija, que se llamaba Alix, debía dar primero una valiosa información a los caballeros del Temple de una provincia del Al-Andalús cristiano. No pude, sin embargo, sonsacarle de qué se trataba aquel libro, ni cuál era el encargo que le habían hecho esos infames monjes guerreros, pues tantas veces como le incitaba, como acaso, a que me lo contara, tantas otras me decía sonriendo

que estaba obligado por juramento a guardar silencio. De modo que nada supe hasta llegar hace unos días a esta ciudad franca de Marsella. Antes de contarles nada a los templarios que nos esperaban, Guillermo de Féval exigió que le trajesen a aquella hija suya. El caso es que la desdichada había muerto tres años atrás en manos de un novicio templario que la forzó primero. El converso enloqueció al oír tan desastrada nueva y empezó a golpearnos con la furia de una tormenta del desierto. Vociferaba que jamás les ayudaría a encontrar el tesoro de los ilergetes, que borraría todas las huellas, que destruiría aquella lengua ancestral y que nunca los templarios lograrían encontrarlo por sí mismos, pues además de homicidas eran unos necios soberbios. De este modo supe que los caballeros del Temple están buscando un fabuloso tesoro, con el que, me temo, han de acrecentar su poder y armar un descomunal ejército que expulsará por siempre a los musulmanes de lo que ellos llaman Tierra Santa. Nadie aquí ha sabido darme noticia de esos ilergetes, pero Su Grandeza, sabio entre sabios, convendrá conmigo en que debe de tratarse del pueblo cristiano que mora en la ahora perdida Madina Larida. Llevo ya quince días en Marsella, los caballeros del Temple no han dado aún con este Omar al-Damasquí, y se me antoja que les resultará difícil hacerlo, según es el renegado un hombre artero. Aquí ahora me siento inútil y triste por no poder serviros como merecéis. ¿Qué debo hacer, mi señor? ¿Regresar cuando me sea posible? ¿O debería ir a esa Madina Larida a recabar más información? Rezaré para que Alá y el Profeta me iluminen.

Vuestro siervo, Muhammad al-Fayturi.

7

No era voluntad de Nuestro Señor que durase mucho aquel tiempo de paz, enseñanza y delicioso trabajo. Cuando entró el otoño, la caprichosa Fortuna determinó que una tarde, el fuerte viento que soplaba afuera derribase furtivo una vela de sebo que ardía en la sala capitular, sin que a la sazón hubiese nadie en ella para sofocar las llamas. Muy pronto éstas prendieron una arqueta con hábitos raídos que había allí, y ya al poco desde el calefactorio alguien olió el humo, por lo que conoció que teníamos fuego en el monasterio. A la voz de alarma, y entendiendo bien la causa de ella, el prior dio en correr desaforado y fuera de sí hacia la sala capitular, en tanto gritaba como endemoniado: ¡Nuestro *Lignum Crucis*! ¡Hay que salvar nuestro *Lignum Crucis*! No tardamos nada en ahogar un fuego que apenas bastara para calentarse un rato las manos. Tan sólo ardió aquella vieja arca preñada de ropa y ahumó un tanto la pared del techo. El fuego no alcanzó las vigas, ni lamió los libros de fray Guillermo, ni la mesa del prior, ni la arqueta acerrojada de madera donde tenía oculto el trozo del *Lignum Crucis*. Pero bastó para alumbrar y desvelar el secreto de aquella reliquia, de modo que fray Lorenzo no tuvo otro remedio que explicarnos cómo fray Guillermo había traído consigo desde Damasco aquel trozo del *Lignum Crucis* y cómo pensaba donarlo al monasterio tras su muerte. Quizás arrepentido de haber obrado con tanta puridad, el prior trató de justificarse en virtud de la extraordinaria importancia de aquel regalo divino. Era menester poner sello de silencio sobre esa reliquia, pues de otro modo era mucho el riesgo de que nos la arrebatase alguna alta dignidad religiosa del país. Largamente habló el prior, pero fue muy en vano, pues los monjes apenas podíamos escucharle, al tener todos los sentidos ofuscados por la emoción de poder ver y tocar aquel trozo del *Lignum Crucis*. Envarados los cuerpos y las mentes, presas de una convulsa excitación, los hermanos nos dirigimos a la iglesia, donde al poco entró el prior con la reliquia. Nos arrodillamos, rezamos enfervorecidos, sollozamos. Tanta era la

emoción que sentí en aquella hora, que estuve varias veces al borde del desmayo. Me repetía maravillado que el Hijo de Dios había tocado aquel trozo de madera en su agonía. Cuando terminada la eucaristía, el prior nos acercó el *Lignum Crucis* y con infinita delicadeza nos lo dio a besar, mi vista se nubló y me zumbó en los oídos el chillido insistente de un águila remota. Un río de fuego tibio me recorrió el cuerpo. Creo ciegamente que ese día me rozó el hálito divino del Espíritu Santo.

Aquella semana era lector el hermano Teobaldo, hombre de mala voluntad a quien el Señor había marcado con las tachas de la envidia y el rencor. Durante la cena, tuvo el descaro de interrumpir el salmo que estaba leyendo y, rompiendo con ello el exigido voto de silencio, demandar al prior que obligase a fray Guillermo a contarnos cómo había conseguido aquella reliquia, si acaso era verdadera. Aducía que de ser auténtica, cosa que él ponía en seria duda, de su posesión podía venirnos más daño que provecho y que así había que asegurarse de que su adquisición hubiese sido lícita. Por el gesto del prior entendimos que en ningún momento le había pedido a fray Guillermo que le contase cómo se había hecho con ese fragmento del *Lignum Crucis*. No quiso el monje errante que aquello fuese a más, por lo que se alzó de súbito y nos refirió cuanto sigue:

–Cautivo de los muslimes, ayudé a copiar y alumbrar, para el gran cadí de Damasco, aquel famoso Corán de Otham que tanto estiman los árabes. En cuatro meses elaboramos, con algunos pintores y orfebres, un códice áureo de una arrebatadora belleza. El cadí, hondamente impresionado, me llamó a su palacio y delante de muchos principales de la ciudad me dijo que en pago a tan extraordinario trabajo me iba a dar un trozo de madera vieja. Rieron todos los presentes, menos yo, que llegué a pensar que a trueque de haber tocado su libro sagrado el cadí me iba a varear las espaldas con una buena fusta. A la sazón entró en aquella sala un joven ulema que llevaba un hatillo de seda, que me entregó con una ligera reverencia. Al abrirlo, vi efectivamente un trozo de madera ennegrecida, hecha casi piedra merced al paso del tiempo. Miré al cadí con cara de sorpresa, por mostrarle que no alcanzaba a entender la utilidad de aquel galardón. Entonces me dijo

que no había en el mundo cosa de más valor que la fe, y que aquel trozo de madera representaba la mía, pues era una parte ínfima de aquel *Lignum Crucis* que Saladino le había arrebatado al obispo de Acre en la batalla de Hattin. No creía que el generoso sultán fuese a echar en falta aquel pequeño trozo del brazo diestro. Entonces, profundamente conmovido, me arrodillé con los ojos arrasados en lágrimas y susurré un *Deo gratias* que ahogaron las sonoras carcajadas de aquellos musulmanes.

Cuando terminó de decir esto, humilló la cabeza, se sentó de nuevo y continuó cenando en actitud recogida. Poco a poco, los demás hicimos lo propio. Fray Teobaldo prosiguió su lectura, pero su voz no podía disimular ya un profundo resquemor. No sé si el contacto con el fragmento de la Vera Cruz me había aguzado la inteligencia, pero a mí, aquella explicación de fray Guillermo, con códice de por medio, me sonó a fantasía libresca. Tuve la certeza de que mi estimado monje estaba mintiendo, y pensé en qué otras cosas no nos habría dicho tampoco la verdad. Pero lejos de sentir decepción, se acrecentó en mí el respeto y la admiración que le profesaba. Fuere por lo que fuere, el bueno de fray Guillermo trataba sin duda de protegernos.

Al día siguiente, cuando nos levantamos en la oscuridad de la noche para rezar los maitines, el hermano Teobaldo había desaparecido. Se había llevado consigo el trozo del *Lignum Crucis*. Consternados, los frailes empezamos a dar voces, lamentando el leso proceder del indigno Teobaldo y la pérdida de tan venerable reliquia. Algunos se mesaban los cabellos y sollozaban como féminas mancilladas.

No perdí de vista a fray Guillermo mientras hurgaba nervioso entre sus fardos para ver si le faltaba algo, por lo que pude ver la cara de alivio que ponía al dar con aquel pequeño libro que decía que le habían borrado los muslimes. Una vez que hubo comprobado que estaba allí el libro, fray Guillermo volvió a atar el fardo.

–Me gustaría que el monasterio se quedase con el otro hato, donde están aquellos libros en blanco –le dijo al prior Lorenzo, que estaba consternado por el robo del *Lignum Crucis*–. Os serán útiles para proseguir la tarea que habíamos iniciado. Los monjes mozos sabrán cómo llenarnos de palabras. Yo debo irme, aunque me pese. De otro

modo en breve traería la ruina a este apacible lugar.

El prior no alcanzaba a articular palabra, en los ojos el proemio acuoso del llanto.

–Quedad con Dios, hermanos –dijo fray Guillermo.

Me miró un instante con el afecto paternal con que solía.

–Recuerda, Ramón. Sobre todo, recuerda –me dijo sonriendo.

En ningún momento me pareció que se despidiera de mí. Era más bien como si me insistiera una vez más en no descuidar aquel cargo diario de grabar en mi memoria las recias palabras de los íberos.

Cuando atravesaba el patio para ir a los establos en busca de su vieja mula, una tela de tenue claridad cubrió el cielo de un azul espeso y mate. En esa quietud, empezó a nevar con silenciosa parsimonia. No era muy normal ver nieve en aquel valle a finales de septiembre. Los monjes íbamos en silencio detrás de fray Guillermo, abatidos por la huida de Teobaldo, por el robo de la reliquia y sobre todo, por la marcha de aquel hombre fascinante, del que habíamos apenas empezado a aprender algo. Desde la puerta principal del monasterio, lo vimos atravesar el puente y tomar la senda del norte. Era seguro que fray Teobaldo habría hecho el camino inverso, hacia Roda, o más allá, hacia la villa de Graus. En ningún momento se giró para vernos, la nieve arreciaba y él avanzaba lentamente, encogido a lomos de aquella mula. Cuando desapareció de nuestra vista, supe que debía ir con él, que mi destino, por voluntad de Dios, estaba indisolublemente unido al de aquel monje. Me giré un instante para mirar al prior, que me observó fijamente, con los ojos húmedos por el llanto. No hizo falta que le dijese nada, ya había leído en mi rostro la decisión que mi voluntad había tomado. De modo que se anticipó a mis palabras.

–Hace un mes, el hermano Guillermo me dijo que debíamos postergar tu profesión, pues todavía te estaba reservada una dura prueba antes de que estuvieses preparado para aceptar libremente nuestro hábito... Apresúrate, hijo. Corre al dormitorio y toma dos mantas viejas, luego coge algunas vituallas de la cocina. El camino puede ser largo y penoso.

Cuando regresé a la puerta de entrada, abracé uno a uno a aquellos bondadosos monjes, que eran la única familia que había conocido, y luego, tras bajarme la caperuza, empecé a andar al encuentro de fray Guillermo.

–Ve con Dios, Ramón –me gritó García de Artasona, cuando me disponía a

entrar en el puente

–Volveré, Garci, no tengas cuidado –le repuse.

Pero ambos sabíamos perfectamente que ya no habríamos de volver a vernos.

Fray Guillermo me esperaba detrás de un repecho, cobijado bajo la copa frondosa de una carrasca.

–Creí que tardarías un poco más –me dijo sonriendo–. No nos demoremos, quisiera dormir esta noche en el valle de Benasque.

–Con esta nevada, maestro... –repuse.

Se rio al oírse llamar de tal modo. Sacudió la cabeza, no sé si por librar a su capucha de copos de nieve o por borrar graciosamente de su cabeza aquella palabra, y luego, tirando a su mula del ronzal, salió al camino y empezó a andar hacia al norte.

–Vamos. Y no te preocupes por el cielo, en la hora prima dejará de nevar.

Y tenía razón. Como siempre.

7

En Bizancio, trece de febrero del año de Nuestro Señor de 1183.

Fray Arnau de Torroja, Maestre del Temple:

Me complace escribiros para contaros que he hecho un hallazgo determinante en el caso que me encargasteis averiguar. Hace dos semanas encontré en la biblioteca de un príncipe bizantino la vasta Historia General *de aquel Polibio del que os hablé en mi anterior carta. El caso es que en la parte undécima de su libro segundo, que titula La avaricia de los romanos, este cronista griego explica cómo Escipión tuvo noticia de que Indíbil (al que él llama Andobeles) antes de aquella batalla en la que perdería la vida había escondido un inmenso tesoro en algún lugar de la Ilergecia. Polibio dice exactamente: supimos que Andobeles había escondido un fabuloso tesoro en algún rincón de la Ilergecia. Lo había hecho harto de sus onerosas obligaciones de vasallaje con Roma y sobre todo para que los romanos no pudiesen hacerse con unas riquezas que necesitarían para mantener y pagar las soldadas de sus legiones en caso de que los íberos fuesen derrotados. No habrían de alimentar al monstruo insaciable y avaricioso de sus vencedores. A tal efecto, cuenta Polibio que tanto los ilergetes como los pueblos que se confederaron con ellos para aquella batalla final, así los indigetes, los ausetanos, los layetanos, los lacetanos, los cosetanos, los bergistanos y los ilercavones tomaron todas las monedas de oro y plata que tenían los suyos y las preseas y joyas de los hombres y mujeres principales, y las partes del ajuar y la vajilla que fuesen de orfebrería áurea y argéntea, y separados los objetos de uno u otro metal, los derritieron todos e hicieron con ellos unos enormes sillares que bastaran para construir un templo. Dice Polibio que el Segre tenía fama de ser el río más aurífero de todos los conocidos por los romanos. Sólo Indíbil y una especie de sacerdote ausetano, llamado Arbararbán, sabrían donde quedaría oculto aquel fabuloso tesoro. Se eligieron a cincuenta jóvenes íberos para que, una noche oscura como cuervo, acompañaran a Indíbil hasta aquel lugar secreto. Luego de sellar la cámara, los jóvenes se inmolaron ante los pies de su venerado caudillo, el cual los fue cargando*

uno a uno en dos de las muchas carretas que llevaban y con ellos regresó a su campamento para que fueran incinerados y sepultados con los honores que merecían. Escribe Polibio que algún espía íbero de los romanos corrió a contarles esto, por lo que, movidos por la codicia, muchos legionarios se aventuraron en pequeños grupos en tierra ilergete, y buscando aquella inaudita riqueza no hallaron sino la más vulgar y común de las muertes. Esto dice: así las llamas consumieron a muchos romanos que andaban en busca del oro y la plata derretidos. En aquel libro de Quinto Fabio Píctor que me prestó el hermano Zenón del monasterio de Studion se confirma esta historia casi punto por punto, aunque este romano afirma que todo se trató de una farsa ideada por el artero Andobeles (como también él llama a Indíbil) para despertar la avaricia de los soldados romanos y hacerlos desertar y atraerlos a su territorio para poder matarlos sin esfuerzo. Este Quinto Fabio habla de un escritor amigo suyo, de nombre Lucio Quinto Alimento, que fue hecho prisionero de Aníbal y que según él tuvo gran amistad con los ilergetes, llegando a conocer muy bien sus costumbres y a hablar incluso su idioma. Empiezo pues, ilusionado, la búsqueda de este autor. Por otra parte, un erudito bizantino me ha hablado de un escritor romano, de nombre Julio César, que fue general y tirano de aquel pueblo y que estuvo en la ciudad de Ilerda en el trascurso de una guerra civil contra otros generales gentiles. Quizás halle en este César alguna noticia sobre ese desaparecido tesoro.

Fray Guillermo de Féval, vuestro servidor y amigo.

8

Fray Guillermo quería atravesar el puerto de Francia, por el valle de Benasque, y dirigirse al sur de la Aquitania, donde había un monasterio en el que creía que estaríamos seguros y tranquilos para proseguir nuestra labor de copistas y alumbradores de códices. Pasado un tiempo, cuando se hubiesen olvidado de él, iríamos a algún puerto del Mediterráneo y nos embarcaríamos rumbo a la espléndida Bizancio. Apenas me dijo nada más hasta la hora sexta, cuando paramos para comer algo en un prado junto al camino, a media legua de Laspaúles. No quise preguntarle de qué huíamos ni quiénes eran los que debían olvidarse de él, aunque supuse que se refería a los templarios. Me sentía el ser más afortunado de la tierra. Acompañaba al hombre que era para mí el más avisado y sabio del mundo, en la que ya me parecía una extraordinaria aventura. Porque yo nunca había estado antes tan lejos del monasterio.

Mientras nos partíamos unos mendrugos de pan, unos trozos de tocino y una cebolla, me determiné a contarle la historia de mi llegada a Santa María de Obarra, cómo había sido abandonado, poco después de nacer, en una fragosidad cerca del monasterio, y cómo, casi por milagro, un monje que pasaba por ahí me había librado de una muerte horrenda. Hacía tiempo que quería referirle mi caso, por saber si él sabía darme razón de aquel cuchillo partido que alguien había dejado sobre mi pecho desnudo. Me escuchó con atención, asintiendo con la cabeza de cuando en cuando. Cuando terminé mi relato, me pidió que le enseñara aquella marca del hombro. Luego guardó silencio y siguió comiendo, la vista acá y acullá en los prados y árboles verdigualdos del otoño, como distraído y olvidado de cuanto le había contado. Guardadas las escudillas y el cuchillo, fray Guillermo se tendió boca arriba, con las manos en el cogote y la mirada en la cumbre canosa de una montaña cercana.

–Eres de un valle angosto y cerrado que está cerca de aquí. Tu madre murió probablemente al darte a luz. Entonces, con fuerza de armas, a tu padre le desposeyeron de su casa y de sus tierras. Era un hombre libre, un antiguo señor que al pronto se vio con poco más que sus armas, y con el mucho

estorbo de un niño apenas destetado. Como tantos hombres que bajaron y bajan de estas montañas a combatir a los moros, tu padre se dirigió al sur a unirse a cualquiera de las muchas huestes de reconquista. Era la única forma de volver a empezar, de conseguir medrar, de hacer fortuna, de levantar una nueva hacienda. Primero guerrero y al cabo colono y dueño de alguna posesión entregada por el noble al que sirviera fielmente. De ese modo fundaría una nueva casa donde podría renacer su estirpe. Entonces volvería a buscarte. Porque debes saber que en ningún momento te abandonó a tu suerte, que hubiese sido una muerte segura. Antes de salir te hizo ese estigma de la cruz con un cuchillo y luego cauterizó la herida con un hierro candente. Quería poder reconocerte más adelante. Al llegar cerca de Obarra, se descaminó y se ocultó entre la maleza. Cuando vio que se acercaba aquel monje, te hizo llorar desconsoladamente y se escondió. Te dejó a salvo y continuó su viaje al sur. Supongo que tu padre moriría en alguna batalla contra los infieles. Por eso nunca regresó a por ti.

Me quedé absolutamente sorprendido y debo añadir que también algo molesto, por primera vez, con fray Guillermo. Me pareció que su relato no era más que una sarta de embustes que perseguían confortarme muy en vano, pues no era consuelo lo que buscaba al referirle mi historia, sino algo de luz que me ayudase a entender aquel suceso. Como cuando nos contara el origen del fragmento del *Lignum Crucis*, se le había vuelto a disparar, como un bodoque de catapulta, aquella libresca imaginación de hombre tan leído. Pero esta vez me dolió y llegué a pensar que quizás fray Guillermo no era un hombre tan discreto y grave como yo había creído. En mi rostro debió de leer estos pensamientos, pues no tardó en decirme:

–Verás, Ramón, todo cuanto te he dicho se infiere de hechos ciertos. Son como piedras de un lienzo de muralla en ruinas que hay que recolocar de nuevo. Así razonaban los filósofos gentiles: en base a unas premisas establecían una *deductio*. Debes pensar que aunque aceptásemos que todo se hace por voluntad de Dios, ésta no siempre tendría por qué ser inescrutable.

–No entiendo nada de lo que decís, maestro –le atajé con un deje de disgusto en la voz.

–Lo sé –rio francamente–. Escucha el razonamiento. Lo que para ti es un

misterio, que parece obra del diablo, para mí es comprensible. ¿Por qué? Porque yo conozco ese rito del cuchillo partido en dos en el suelo (de ahí la suciedad de tierra). Es una vieja costumbre pagana de los godos. El sagrado vínculo de la familia con su terruño. Cuando por la fuerza de las armas, o por deudas, les era arrebatada la tierra de sus antepasados, rompiendo de tal modo esa unión ancestral que entendían indisoluble, clavaban un cuchillo en el solar perdido y lo quebraban. Con este rito se desvinculaban del terruño patrio y, liberados de él, ya podían abandonar aquel lugar y buscar otro donde empezar de nuevo.

–¿Decís que mi padre era un godo de esos?

–¡Algo así! –volvió a reír–. Pero que vienes de godos lo supe el primer día que te vi. Mira tu aspecto… Eres alto, robusto, de tez clara, cabellos rubios y ojos muy claros.

–Bien, vengo de godos –le apremié a continuar, incómodo con aquella descripción.

–De antepasados godos, de alguna comunidad en la que han conservado costumbres, como esa del cuchillo, que en otros lugares hace siglos que se perdieron. Por eso me ha sido fácil suponer que eres oriundo de algún valle cercano, de difícil acceso, donde sus gentes apenas se han mezclado ni han tenido influencia foránea. Pero sigamos. De haber vivido tu madre, tu padre no se hubiese visto en la necesidad de dejarte en Obarra. Ella te hubiese criado. Piensa que a los guerreros, si no tienen arraigo, mercenarios o segundones, sus esposas y prole les siguen en las campañas. Otro hecho cierto, esa marca ha sido hecha con un filo cortante y luego cauterizada con hierro candente. La premura que se dio en que te cicatrizase la herida nos dice que a tu padre le urgía salir de ese valle, luego lo razonable es pensar que le arrebataron sus tierras por la fuerza. Quizás tu madre muriese entonces… Aunque eso sí es una mera hipótesis. Una conjetura, por que me entiendas. Más hechos ciertos. Comúnmente los hombres son marcados con hierro como señal de aviso a otros de que son esclavos de tal casa o bien gentes que cometieron delitos de hurto o adulterio. Pero son siempre estigmas a la vista de todos, pues de otro modo carecen de todo sentido. Esa marca en tu pecho, oculta como las letras en un libro sellado, es una misiva que sólo los monjes y tú

debíais leer. Aunque por lo visto, no entendisteis el lenguaje en que estaba escrita. La cruz en el pecho es el distintivo de los que luchan por Cristo contra los infieles. Tu padre iba al sur a la guerra contra los muslimes. Eso te dejó escrito. Y dejando contigo el cuchillo que había roto en las entrañas de su solar arrebatado, os refería la causa de esa decisión. Y todo ello, en definitiva, proclamaba a gritos su firme voluntad de regresar algún día a buscarte. Si no lo ha hecho, después de tantos años, es porque posiblemente moriría en alguna batalla.

–O porque se olvidó de mí –musité.

–No lo hizo, Ramón –me contestó, al tiempo que se levantaba–. Si algún día regresas a estas tierras, busca ese valle donde la gente conserva los rasgos de los germanos. Ese día sabrás que tu padre no se olvidó de ti.

Me puse en pie y me sequé con el dorso de la mano dos lágrimas inoportunas. Le di las gracias y le dije cómo me parecía el hombre más bueno y sabio del mundo.

–De lo cual podemos concluir sin temor a equivocarnos que muchas veces las apariencias nos engañan –dijo riendo.

Volvimos al camino y echamos a andar hacia el norte, hacia el valle de Benasque, en la frontera con el Condado de Comminges.

Cerca de la hora nona, se detuvo de nuevo, y tras decirme que le aguardase un momento, salió del camino y por un talud pedregoso bajó a un riachuelo que pasaba por ahí. Subió al cabo de un rato con un pequeño trozo de tronco ennegrecido, uno de esos que quedan trabados entre las rocas y con el tiempo se endurecen hasta parecer varas de piedra. Sin decirme nada, secó un poco aquella madera en la tela de su casulla, y ya sacó del fardo que colgaba del lomo de la mula una preciosa pañoleta de tafetán, con la que la envolvió. Volvió a atar el fardo y prosiguió sin más la marcha.

–¿Para que queréis ese viejo palo? –me atreví a preguntarle.

–¿Palo le llamas? No, Ramón, es un fragmento del sagrado *Lignum Crucis*. Muy parecido a aquel que se llevó fray Teobaldo…

Me miraba con una sonrisa burlona que me desconcertó.

–Esto es un sacrilegio, fray Guillermo –dije sin ocultar mi indignación.

–No seas ingenuo, Ramón. Las reliquias son para el vulgo crédulo y para los necios. Muchos son los que estos días se están enriqueciendo con ellas, y pocas hay que sean auténticas. ¿En verdad crees que la

madera de un árbol muerto es capaz de durar más de mil años sin descomponerse? Reliquias… Yo he visto venerar en Tierra Santa un cacho del timón que usó Noé en su arca, cenizas de la zarza ardiente que vio Moisés, una pluma del arcángel Gabriel, el rabo del asno con el que Jesús entró en Jerusalén, cuatro lentejas de la Última Cena, gotas de leche de la Virgen María, un suspiro del bueno de San José encerrado en una botella, uñas de María Magdalena, Santos Prepucios, Santos Ombligos, Santas Lágrimas, incluso un zurullo salido del santo ojete de San Pedro. Patrañas, falsas mercadurías con las que unos cuantos codiciosos sin escrúpulos se hacen ricos a costa de la ingenua devoción de la buena gente. Estoy seguro de que dentro de unos años habrá tantos trozos de la Vera Cruz como para componer un bosque más extenso y frondoso que ese que llaman de Los Monegros.

–Pero vos también habéis abusado desatentamente de los pobres creyentes. Nos habéis utilizado, mentido, habéis hecho escarnio de nuestra fe…

–No dramatices, Ramón. Ni hice ostentación, ni mercadeé, ni tenía intención de que se enterase nadie más que el prior. Y ese pequeño leño hubiese ayudado más adelante al monasterio sin que ninguno de vosotros fuese cómplice de engaño alguno. Por mi parte, me hallo en una extrema necesidad. Los templarios me buscan y no puedo dejar que me encuentren. Esa supuesta reliquia abre puertas, gana voluntades, obliga a silencios. Dios, en su infinita bondad, sabe comprender y perdonar.

Me asusté. De pronto tuve la sensación de que éramos fugitivos. En mi ingenuidad había pensado que nos alejábamos del monasterio para evitar algún pleito por el *Lignum Crucis* y, quizás, para no tener fray Guillermo que defenderse de las falsedades de que le iba a acusar el hermano Teobaldo, que sin duda delataría a la autoridad eclesiástica a la que acudiese que el misterioso monje tenía libros malignos, contrarios a Dios, escritos en la réproba lengua de los infieles. Pero en modo alguno había sospechado que la verdadera causa de nuestra partida era que a fray Guillermo le estaban buscando porfiadamente los poderosos caballeros templarios.

–¿No dijisteis, maestro, que ya les habíais contado a los monjes de esa Orden cuanto sabíais sobre aquella leyenda?

–Muchas cosas dije, apremiado por la necesidad –me contestó

encogiéndose de hombros.

–Huisteis de ellos en Marsella… –murmuré para mí–. Y todavía buscan el tesoro de los íberos.

Al oír aquellas palabras, me miró no sé si con curiosidad o con asombro. Y ya me revolvió bruscamente los cabellos con sus enormes manos de franco hacedor de libros.

–¿No os creeréis el único que sabe recolocar los sillares de un muro derruido? *Deductio*, maestro, *deductio* –le dije fingiendo seriedad.

Anochecía, y en la quietud crepuscular de aquel valle montañoso, la risa de fray Guillermo sonó alta y ruidosa como una desbandada de estorninos.

8

En Misr al-Fustat, cuatro de julio del año 570 de la Hégira.

Venerable Mohammed el Segundo, Viejo de las Montañas, luz y guía de los nizaríes:

Sabed que mi padre, el gran Al-Nāsir Salāh ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb, sultán de Egipto, Siria y Palestina, murió el pasado cuatro de marzo de este año 570 de la Égira. Alegraos conmigo, pues somos de Alá y a Él volvemos.

Hace poco me escribíais para decirme que os sentís en deuda conmigo por haber favorecido a uno de los vuestros en la corte de Al-Fustat. Debéis saber que si lo hice fue en virtud de aquel pacto de amistad que años atrás mi padre firmó secretamente con vuestro predecesor. Me decíais en vuestra carta que si alguna vez tenía menester de vuestros servicios no dudase en solicitároslos, que me complaceríais por muy dificultoso que fuese el encargo. Me lo tomé entonces como una prueba más de vuestra gentileza y sentido del honor y no de otro modo os lo agradecí, con sinceridad. Hace unos días llegó una carta a nombre de mi difunto padre en la que se le informaba de un plan secreto de los caballeros cristianos del Temple, una misteriosa y callada empresa que me interesaría abortar sin dilación, pues de otro modo quizás estuviese en peligro la victoria de nuestra yihad. Si mantenéis aún aquella voluntad manifiesta de servirme, y con ello al Islam, quizás pudieseis ayudarme en este delicado asunto. Hace casi dos años regresó a Occidente un cristiano converso de nombre Guillermo de Féval, que aquí llamaban Omar al-Damasquí. Al parecer, los templarios necesitan del concurso de este converso para poder concluir satisfactoriamente su plan. Ahora este Omar al-Damasquí está huido, escondiéndose de los caballeros templarios, a quienes acusa de la muerte de una hija suya que hace unos años les había dejado en cargo. Es extraño que todavía no lo hayan atrapado, pero sin duda lo harán pronto. En Occidente los templarios son más poderosos que muchos de sus reyes y no hay señorío donde no tengan muchas fortalezas y tierras, y donde no sean muy temidos del vulgo. Cuando los monjes templarios lo capturen, han de llevarlo a una ciudad ahora cristiana de Al-Andalús que se llama

Larida. La muerte de este hombre supondría una seria contrariedad para los templarios y por ello causaría en mí un gran contento y alivio. Y bien sabéis cuán generosos podemos ser los ayubíes cuando nos sentimos de tal modo.

Vuestro amigo, Alik al-Aziz Utman, Sultán de Egipto.

9

Dormimos entre las ruinas de una torre albarrana que se alzaba mutilada en medio de un prado, a una legua escasa de la aldea de Castejón. Me costó mucho conciliar el sueño, y cuando lo hice tuve un sueño espantoso. Todavía hoy lo recuerdo con sorprendente nitidez.

Estoy cabalgando a tumba abierta en la vanguardia de un imponente ejército. Llevo unas esparteñas, unas grebas, una falda corta, una coraza de escamas y un casco de cuero. Ondea al viento la pelliza de piel de lobo que llevo anudada al cuello con una fíbula de plata. Empuño una pequeña espada corta, de hoja curva. Es una vasta explanada, ahora cubierta de polvo y de aullidos desgarradores. Yo sólo grito por dentro, el miedo atenaza mi voz en la garganta. De los altozanos que se levantan a nuestros flancos nos cae, en rachas apenas espaciadas, una intensa lluvia de flechas que aquí y allá derriba a hombres y desploma caballos. Enfrente, a nuestro brutal encuentro, vienen a galope tendido más de cinco mil jinetes. Llevan hermosas botas, relucientes petos de hierro y unos cascos rematados con unos preciosos penachos de plumas rojas. En su centro, un portaestandarte enarbola un espléndido gonfalón donde señorea una imponente águila de ojos perversos. Se produce el impacto demoledor de las fuerzas opuestas, como una piedra gigantesca que arrojara contra un muro una imponente catapulta. Las huestes se mezclan, se engullen una a otra, los cuerpos derribados estorban el paso de los caballos, la sangre se desboca, tiñe hedienta un polvo sofocante que me nubla la vista y ciega la garganta. Mi caudillo está rodeado de enemigos que le estocan y alancean como avispas enfurecidas. Es mi deber honrarle muriendo con él. Se deshace el plomo de mi garganta y consigo proferir un grito roto de desesperación. Me derriban, un hachazo me saja de cuajo la mano izquierda, pero consigo levantarme. Tambaleante, doy golpes ciegos a diestra y siniestra. Noto el fuego helado de una punzada en el costado, un escalofrío de hierro desgarrándome el hombro, un mordisco de luz en una pierna. Pero logro llegar adonde yace el cuerpo sin vida de mi amado caudillo y me arrojo sobre él, para ser el escudo que lo proteja de más golpes y punzadas, para morir tras él, como exige mi honor de guerrero.

Me desperté sobresaltado y temblando de frío. Fray Guillermo me miraba fijamente, ya calzado y aparejado para proseguir el camino.

–Has tenido una pesadilla –me dijo.

–Soñé que moría en una batalla a campo abierto. Cabalgaba en un precioso bayo y llevaba una extraña espada. Debía de ser una guerra muy antigua. Mi caudillo moría y yo no podía sobrevivirle…

Callé, avergonzado por estar contándole aquello, pues juzgué que fray Guillermo tendría ese relato por cosa infantil y baladí, fruto de mi florida imaginación de novicio. Pero lejos de mostrar indiferencia, me instó a que le contase más por extenso cuanto había soñado. Cuando acabé de hacerlo, vi que me miraba con el gesto lleno de incredulidad y desconfianza.

Me costó mucho tiempo llegar a entender y sobre todo a aceptar que Guillermo de Féval era un hombre que rara vez admitía sin más la intervención de la divinidad en las cosas terrenales, y que ante cualquier enigma o fenómeno extraño hurgaba en la memoria de sus venerados libros para darle una explicación racional. Y si no la hallaba asumía el más cerrado de los escepticismos. No creía ni en milagros ni en augurios, ni aceptaba que los fenómenos naturales, enfermedades incluidas, derivasen de la inescrutable voluntad de Dios. Lo mismo viese llover ranas, que sangrar por los ojos la talla de una Virgen. Como el apóstol Tomás no creía en nada que no pudiese tocar o ver por sí mismo o que no hubiese visto o palpado alguno de los sabios cuyas obras tenía por ley verdadera. Y no pocas veces decía cosas escandalosas como que Dios y el universo eran entidades distintas, o que Dios, en cuya omnipotencia creía, era un Ser inaccesible e inmutable. Demasiado puro para contaminarse con seres de corrompida materia, como nosotros. O quizás simplemente se hubiese desentendido de los hombres, se hubiese aburrido de nuestra estúpida insignificancia y nos hubiera desamparado en este lúgubre valle de lágrimas. Un mundo que le costaba creer que hubiese sido creado por un Ser bondadoso. Más bien le parecía obra de Satán, según señoreaban la maldad y el dolor.

Tardé un tiempo en saber que aquellas ideas eran propias de algunas sectas heréticas, como la de los bogomilos, los gnósticos y los cátaros. Cuando fray Guillermo decía cosas así, yo me santiguaba ofendido y le suplicaba que no blasfemase. En realidad lo que más me preocupaba es que alguien pudiese oírle aquellas palabras y que acabase ardiendo por hereje en alguna pira.

–Me cuesta creer que hayas podido soñar eso –me dijo esa madrugada en aquellas ruinas.

–Uno no elige lo que sueña, maestro. Decía el prior que los sueños son mensajes de Dios, señales difíciles de descifrar. Advertencias, premoniciones de futuro.

–Necedades. En todo caso no te preocupes, no has soñado ningún augurio. No es nada probable que vayas a morir en una batalla entre íberos y romanos…

–No entiendo –dije visiblemente confuso.

–Has soñado la muerte de un famoso caudillo íbero. Has presenciado la muerte de Indíbil, rey de los ilergetes.

–Y he muerto por él… –murmuré preocupado–. ¿Fue de este Indíbil el tesoro que buscan tan porfiadamente los templarios?

–No dejas de asombrarme –me contestó sonriendo–. Estoy seguro de que llegarás a ser un hombre sabio y prudente.

Fue entonces cuando me contó por extenso toda la historia de sus indagaciones sobre el soberbio tesoro de los ilergetes.

–Tú y yo somos los únicos que conocemos la clave para encontrarlo…

–Conocemos su lengua –musité para mí, empezando a comprender por qué fray Guillermo me enseñaba cada día aquellas siete palabras.

No era sólo por preservar la voz de los antiguos íberos, pues para ello a fray Guillermo le bastaba con sus pergaminos. Sólo tenía que hacer copias de lo que sabía y enviarlas a otros tantos monasterios o escuelas catedralicias. Pero por lo visto había hecho lo contrario, había destruido físicamente las hojas en las que la lengua de los íberos se hacía comprensible. Había memorizado aquella llave de tan complicada factura, que abría el mundo mítico de los ilergetes y la había arrojado luego a las fauces de un volcán hambriento. Me enseñaba aquellas palabras por protegerme, eran un seguro de vida en caso de que los templarios diesen con nosotros, y garantizaba también, que llegado ese momento, los monjes guerreros no habían de separarme de su lado. Todo ello me hizo inferir que fray Guillermo había echado mi suerte al tablero de la vida mucho antes de lo que yo imaginaba.

–No ibais a Obarra aquel día, ¿verdad, maestro? No soñasteis con ese lugar. Estabais de paso, camino hacia al sur. Quizás hubieseis parado a descansar con nosotros dos o tres días.

–Un día a lo sumo –contestó divertido–. Pero me encontré un diamante en bruto que tallar a mi gusto. Sólo con ver tus ojos supe que te consumía el más ardiente deseo de aprender, de alcanzar algún día la sabiduría. Me pareció tan rara esa mirada hambrienta de ciencia, en este mundo de porfiadas bestias... No podía dejarte ahí, como a un animal enjaulado, como a una mula sujeta a una noria, repitiendo día a día su terca rutina. Es cristiana obligación dar de comer al hambriento… De modo que decidí rescatarte de ese cautiverio de necedad, de ese redil de ovejas ciegas que no se plantean la existencia ni tienen voluntad de conocer la verdad de las cosas, abrirte el mundo de los libros, donarte en herencia lo poco que aún sé, tomarte por el hijo que nunca tuve.

Salió apresuradamente del interior de aquella torre arruinada, sin darme tiempo a decir nada. Me calcé, recogí las mantas y salí fuera. No tuve tiempo de comer nada. Fray Guillermo ya había echado a andar, camino abajo, hacia el valle de Benasque.

No llevábamos ni dos horas de viaje, cuando oímos el ruido seco de los cascos de varios caballos que se acercaban al trote. Al detenerse los jinetes, por preguntarnos quiénes éramos y a qué habíamos venido a aquel valle, me giré para mirar a fray Guillermo, pero para mi sorpresa me hallé con los ojos de la mula a un palmo de mis narices y ni rastro de mi maestro. Balbuceé una respuesta improvisada. Era un monje de Santa María de Obarra que iba al monasterio de San Martín a ofrecerle a su prior algunos libros píos. Fui a desatar el fardo para mostrarles alguno de los pergaminos que llevaba fray Guillermo, pero ya me miraron como a endemoniado y, aguijando a sus caballos, se alejaron en dirección al norte. De este modo, muchos hombres creían entonces que los libros eran cosa de brujería, que traían fatales desgracias a quienes se asomasen a su interior. Salió fray Guillermo tan alegremente de detrás de un peñasco que había en el talud que allí bajaba al río Ésera, y en volver a mi lado me dijo cómo había tenido que salir de estampida apremiado por un repentino aguijonazo en el vientre.

–Me ha parecido escuchar cómo mentías a esos caballeros… –me dijo meneando teatralmente la cabeza.

Pero no le contesté, hacía un instante que había empezado a rezar veinte Padrenuestros y treinta Avemarías como penitencia por haber faltado a la verdad.

–Deja los rezos, Ramón –me dijo entonces–. Que aún podemos hacer que no hayas mentido. Vayamos al monasterio de San Martín y pues has dicho que hemos de ofrecerle algunos libros a su prior, eso haremos, que pronto vamos a tener necesidad de un poco de dinero. Y tal vez allí podamos descansar hasta mañana, antes de atravesar el puerto.

Pero a la entrada de la villa de Benasque, cuando cogíamos la senda que par del río Ésera llevaba al monasterio de San Martín, dos de aquellos hombres con los que había hablado hacía un rato salieron de detrás de un muro y nos dieron el alto. Llevaban las espadas desenvainadas y nos miraban de través con cara de no haber tenido jamás amigos.

–¡Guillermo de Féval! –gritó uno de ellos–. ¡Daos preso en nombre del señor de esta villa!

–¿Y quién es ese señor que de modo tan desabrido prende a dos humildes benedictinos? –preguntó mi maestro, visiblemente compungido.

Por toda respuesta fray Guillermo recibió un recio mandoble en el rostro, que le hizo trastabillar y caer al suelo. Supliqué yo clemencia y piedad, diciendo que éramos gente de Dios que no sabíamos de violencias, y me pagaron en el acto con la misma moneda. Luego nos condujeron a empellones hasta el castillo de la villa y ahí nos arrojaron a una mazmorra hedionda, húmeda y de una oscuridad rotunda. A tientas busqué el cuerpo de fray Guillermo y cuando di con él lo abracé lleno de un miedo cerval y desconocido.

–No temas nada, Ramón –me dijo–. No van a hacernos daño. Los templarios vendrán pronto a por nosotros. Mientras nos necesiten estaremos a salvo. Nada nos ha de faltar, sino es la libertad.

De este modo nos vimos en poder de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo del Rey Salomón. Rodeados de ratas y de excrementos en las tinieblas de aquel frío calabozo, no cabía sino esperar pacientemente a que viniesen a buscarnos y nos llevasen a la ciudad de Lérida para ayudarles a encontrar el portentoso tesoro de Indíbil.

9

En Bizancio, doce de noviembre del año de Nuestro Señor de 1183.

Fray Arnau de Torroja, Maestre del Temple:

He recibido la carta en la que me comunicabais que debíais viajar sin demora a Occidente y en la me instabais a reunirme con vos en la ciudad de Verona. Me complace mucho saber que pronto hemos de reencontrarnos y máxime cuando hemos de hacerlo habiendo cumplido yo el encargo que me trajo a Bizancio. Pues debéis saber que creo haber completado finalmente mis investigaciones en torno al mítico tesoro de Indíbil. Ayer hice un extraordinario hallazgo que sin duda os ha de ayudar a encontrar lo que con tanta perseverancia estáis buscando. Pero permitidme que os cuente, ab ovo usque ad mala*, los pasos finales de mi escrutinio. No hallé en aquel Lucio Cincio Alimento, autor de quien os hablé en mi última carta, ninguna mención al rey de los ilergetes. Pero sí lo hice en un ameno libro de Lucio Casio Hémina, donde encontré algunos datos nuevos sobre esa materia. Dice este romano que tras la batalla del Ager Sedetanus, el general Lucio Léntulo permitió que los ilergetes se llevasen el cuerpo de su caudillo Indíbil, al que los suyos enterraron luego en una loma sagrada cerca de la ciudad de Ilerda. Por devoción a su rey, decenas de guerreros íberos estuvieron luchando a muerte encima de su túmulo durante ocho días y siete noches. Lucio Casio Hémina cuenta también algo del supuesto tesoro de ese régulo. Escribe este autor que los romanos, ya sometidos los ilergetes y tras ocupar sus tierras, estuvieron buscando algún tiempo a un anciano íbero de nombre Arbararbán. No dieron con él, pero prendieron a dos hijos que tenía y los torturaron para que dijesen qué sabían de aquel tesoro, cuya existencia era ya conocida de todos, tanto en Roma, como en Hispania. Los desdichados tan sólo pudieron decir cómo habían visto a su padre grabar con un pequeño cincel unos dibujos en una piedra azul que su pueblo adoraba desde tiempos inmemoriales, cuando una noche de lluvia había caído del cielo, enviada a los suyos por el dios Saur. Pero aquella piedra había desaparecido con su padre… No había aún acabado de leer a*

este Casio Hémina, cuando llegaron a mis manos varios libros de los Anales de Valerio Antias, un romano que vivió unos décadas antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. En esa crónica se cuenta que durante las obras de construcción del foro de Ilerda, en presencia del cónsul de la Tarraconense, de nombre Quintio Pisón, los esclavos que armaban los cimientos sobre los que se iban a estribar los edificios hallaron de pronto una pequeña cámara subterránea. Un estrecho hipogeo, dice textualmente Valerio Antias. En él toparon con el esqueleto de un hombre recostado contra un muro y sentado sobre un sillar azul que tenía extraños grabados. Sobre sus fémures reposaba una caja de plata que todavía sujetaba con las descarnadas falanges de las manos. En ella encontraron varias láminas de plomo con inscripciones en una lengua desconocida. No me cabe la menor duda de que ese cadáver fue un día aquel anciano Arbararbán, sacerdote o médico ausetano. Dice este Valerio Antias que la piedra fue utilizada para coronar la puerta de entrada del templo de Zeus. No vuelve a mencionar los grabados, posiblemente porque no debió de saber qué se hizo de ellos. De todos modos, convendréis conmigo en virtud de lo que os he explicado que ya podemos afirmar que aquel bloque azul y esa caja con las chapas de plomo, que según me dijisteis obran en poder de los templarios desde la conquista de Lérida, están sin duda íntimamente relacionados con el tesoro de Indíbil. Paso a relataros ahora, sin más fatigosa dilación, el extraordinario hallazgo que hice ayer en casa de un comerciante andalusí. Había acordado con este señor que, por cinco sólidos de oro, me permitiría leer en una sala de su mansión un ejemplar que poseía de De bello civile*, obra de aquel general gentil que os mencioné, Cayo Julio César. El opúsculo carece de todo interés al propósito que nos ocupa, aunque habla de una batalla crucial que César libró y ganó en la ciudad de Ilerda. Pero en el libro, digo, no hay el menor indicio de que los romanos buscasen ahí tesoro alguno ni que supiesen siquiera de su existencia. Pensad que desde la muerte de Indíbil habían pasado casi doscientos años. Pero al acabar el texto, el copista había aprovechado las muchas páginas que le sobraban al libro para transcribir un extraño glosario. Me llamó la atención de inmediato, pues una línea carmesí partía en dos todas las hojas finales del volumen. En una columna figuraba un largo listado de palabras que no pude reconocer, a pesar de estar escritas*

con el alfabeto de los helenos. A su lado, en el otro margen de la hoja, había otra columna ordenada, con dos palabras por línea, la primera en griego y la segunda en otra lengua que, parece, es la que hablaban los púnicos. Cuál no sería mi sorpresa cuando al leer el proemio aclaratorio a esta relación léxica, descubrí asombrado que me hallaba ante una especie de diccionario íbero-griego y fenicio. El autor anónimo decía que aquel glosario había sido compuesto por el sabio Sósilo de Lacedemonia, un griego que fue maestro y mentor del general cartaginés Aníbal, al que acompañó en todo momento durante la Segunda Guerra Púnica. Sósilo había compuesto el glosario por encargo de su señor, deseoso de agradar a sus aliados hispanos hablando con ellos en su propia lengua. El autor afirmaba también que este Sósilo había dejado escrito un libro en el que había recopilado los relatos orales de la mitología de los íberos. Un apasionante trabajo homérico, en palabras de ese copista. Por lo visto, Sósilo de Lacedemonia escribió esa suerte de iberíada, merced a lo que le contaron los trescientos guerreros ilergetes que, como ofrenda de Indíbil, acompañaron al general cartaginés en la mayor locura militar de la Antigüedad. Con un ingente ejército de setenta mil hombres, en el que marchaban también unos cuarenta elefantes, este Aníbal Barca partió de Hispania, atravesó los fríos Pirineos, la vasta Galia, los escarpados Alpes y se plantó casi ante las mismas puertas de Roma. En el transcurso de ese fabuloso viaje, Sósilo de Lacedemonia escribió ese libro que espero poder encontrar algún día. Como excusa al incluir ese antiguo glosario en el De bello civile *de César, el copista argumentaba que este general romano lo había llevado consigo durante su campaña militar en Ilerda. Al parecer, en aquella época sus moradores todavía hablaban mayormente el íbero.*

Ahora es el momento de confesar con rubor que mengüé con el filo de un cuchillo el peso del libro del comerciante andalusí. Libré así a De bello civile *de aquel extraño cuerpo añadido… No quiero ni imaginar cuántos besantes me hubiese exigido ese avaro musulmán por permitirme copiar el glosario. De modo que se lo hurté sin que se diera cuenta ni tenga ya que echarlo en falta. Al llegar a esta casa examiné con suma atención aquellas hojas amputadas. La mayoría de las palabras en íbero estaban escritas, como os he dicho, con el alfabeto de los griegos, pero aquí y allá algunas de ellas estaban compuestas con unos signos que reconocí de inmediato.*

Son los mismos que se pueden leer en esos dibujos de la piedra azul y de las chapas de plomo que me disteis en Chartres. Estoy seguro de que con paciencia y aplicado estudio podré deciros en breve qué hay escrito en ellas. Ojalá sea pronto, cuando nos reencontremos en Verona.

Vuestro amigo, Guillermo de Féval.

10

Estuvimos en aquella lúgubre mazmorra nueve días. Al rayar el alba nos sacaban para que paseáramos un rato por un embarrado patio de armas y luego nos volvían a acerrojar y ya no veíamos más la luz del sol hasta la hora sexta, cuando nos traían una pastosa refacción que olía y sabía a mil demonios. Fueron días desoladores para mí, pues a las penosas circunstancias en las que nos hallábamos se vinieron a sumar las confesiones lacerantes que mi maestro me hizo entonces. Quizás las provocó el amparo de la oscuridad de ese calabozo o tal vez que fray Guillermo tenía la certeza de que una vez capturados por los templarios era cuestión de días que yo terminase sabiendo la verdad. O simplemente quería sincerarse conmigo. El caso es que el segundo día de nuestro encierro me confesó que aquella desdichada Alix a la que llamaba sobrina era en realidad su hija.

–Yo nací el tercer hijo de un gran señor de Normandía, Hugo de Féval. De muy chico, mi padre, viendo mi gran curiosidad por saber la causa de las cosas y la agudeza de mis razonamientos, decidió que me consagraría al servicio de la Iglesia. Era un hombre terco y devoto de la disciplina, que pronto me puso un ayo y mentor para que me enseñase mis primeros latines. A todos cuantos querían oírle les decía que yo iba a ser un gran prelado. El próximo Papa normando, reía. Mi destino estaba escrito y sellado. Procesé en la orden de los benedictinos y fui enviado al monasterio de Saint-Remi, donde pronto un anciano hermano, de nombre Renaud, me hizo descubrir el apasionante mundo de los antiguos griegos y romanos. A su muerte me hice cargo de la espléndida biblioteca de aquel cenobio y ya decidí que habría de dedicar mi vida a los libros. Por lo demás, jamás tomé demasiado en serio unos votos monacales que me fueron impuestos y que pronto descubrí que eran contra natura. No creo que esta confesión te sorprenda. Has vivido toda tu vida en un monasterio y, a no ser que ese de Obarra sea distinto a todos, habrás visto a monjes que secretamente dar rienda suelta a sus apetitos más carnales. No digo que fuese mi caso, pues siempre he sido morigerado y austero.

Digo sólo que nunca creí que a Dios le importasen demasiado nuestras fervientes y estrictas abstinencias. Si Él nos creó (más bien parecemos obra de Satán), Él nos hizo de natura idénticos a las bestias. No creo que obrase así por fastidiarnos o por ponernos a prueba… Se trata de no ser esclavos de esos apetitos, para poder alcanzar la ataraxia de los antiguos, la tranquilidad del alma. Con una moderación y una templanza que nos pongan luego en el camino de la pureza. Ya me distraje de nuevo y temo que empiece a disgustarte tanto sermón. El caso es que, por orden del prior, fui una temporada a enseñar latines a las novicias de un convento de benedictinas. Allí, por los ardores y la inconsciencia de mi juventud vine a enamorarme de una de ellas, que era un regalo de ternura y belleza. No te santigües más, no sea que te quede en la frente la señal de ello… Dios sabe perdonar las flaquezas de la carne mejor que los hombres. Pronto fui correspondido por aquella novicia y entramos en secreto y dulce conocimiento. Pero no tardamos en ser descubiertos por la abadesa. Para ahorrar escándalos a nuestras comunidades, discretamente me enviaron a mí a Chartres y a ella a una remota clausura en un convento lombardo. Al cabo de unos meses, una monja caritativa de ese cenobio me escribió por decirme que mi dulce Alix había fallecido al dar a luz a una niña. Con la ayuda del obispo de Chartres, mi bondadoso amigo Jean de Salisbury, me permitieron que me hiciese cargo de mi hija, a la que bautizaron con el nombre de su madre. Por desgracia, no supe cuidarla como merecía. Dios me haya perdonado esa cruel negligencia.

Calló un rato, embargado por la emoción del recuerdo, y ya luego empezó a rezar en voz muy baja, con una devoción desconocida, una letanía que no pude distinguir. El sabio incrédulo de Guillermo de Morany tenía estas contradicciones, un día te decía que no creía que Dios se ocupase de los hombres y ya otro daba en rezar con el fervor de un santo. Oré con él por la remisión de sus pecados y por la salvación del alma de su hija Alix.

Al día siguiente, después de nuestro breve paseo matutito, me hizo aquella lacerante confesión que provocó que por primera vez me plantease en serio abandonarle en cuanto me fuese posible. Supongo que a esas alturas andaban ya totalmente desbocadas dos fuerzas opuestas que pugnaban abiertamente en

mi interior. Las había sentido, incipientes, la primera noche tras abandonar el monasterio de Obarra. Por un lado, la innegable devoción que sentía por aquel hombre, afición que me atraía a su lado, dispuesto a compartir su destino, a esponjar cuanto sabía, a hacerme a su imagen y semejanza; y por otro, una fuerza brutal, de raíces antiguas, que me impelía a alejarme de él, que encendía el fuego de todas las alertas, instándome a huir de su peligrosa influencia, a volver a mi remanso de oración y silencio, y vivir allí sin dudas ni tribulaciones en Dios. Salvarme, no verme arrastrado al suplicio eterno, condena a la que irremisiblemente se verían abocados los hombres sin fe, los herejes y los apóstatas. Esta última fuerza se impuso claramente en tal hora, cuando Guillermo de Féval me confesó que había renegado de Cristo en aquellos malditos Cuernos de Hattin.

–No quería morir. Sentí un miedo cerval. No podía morir decapitado, para que luego arrojasen mi cuerpo a los lobos famélicos del desierto. Morir así por la necedad y la vileza de Gérard de Ridefort… Él arrastró a sus hermanos templarios a aquella desastrada jornada, él los llevó hasta aquel arenoso patíbulo. ¡Y fue el único caballero del Temple a quien el gran Salah al-Din perdonó la vida! Ahí estaba ese indigno maestre observando impasible cómo nos iban a decapitar aquellos clérigos sufíes. No podía morir, no de ese modo.

–Y apostatasteis por cobardía. Negasteis a Cristo por salvar una vida que Le habíais consagrado –musité con tono de reproche.

–¡Y cómo no! ¿Tanto mal hice? ¿Y a quién? Será a los que viven de este indigno negocio de la cruz y la espada. Además sólo fingí, hablaba perfectamente el árabe y había leído el Alcorán muchas veces. Fue fácil pasar por musulmán en Damasco. Y más cuando fui acogido por gente sabia, que jamás puso bajo sospecha mi sinceridad, y ello porque como a hombres instruidos les importaba medio dátil mi franqueza en el cumplimiento de los preceptos musulmanes. En esto los muslimes son mucho más tolerantes que nosotros. Por otra parte, me niego a creer que Dios no haya perdonado mi cobardía o incluso que no prefiriese que salvara mi vida, regalo Suyo, aun a costa de negarle. San Pedro lo hizo tres veces, por el mismo motivo, por el miedo a morir violentamente. Imagino que se habrá salvado…

–¡Callad, dejad de blasfemar y de hacer mofa de lo que es sagrado! Ya me cansáis con vuestra incredulidad, que no es sino el menosprecio de la verdad

revelada, un pecado contra la virtud de la fe. Sois un apóstata que hace escarnio de Dios. Os habéis condenado sin remisión…

Al oír aquellas palabras, fray Guillermo se puso a reír sueltamente, lo cual acrecentó aún más la furia que sentía, una ira espesa que hizo que me temblase todo el cuerpo, que sintiese cómo me reventaba en las paredes del pecho y cómo me ataba un nudo de plomo en la garganta.

–Has sido bien adoctrinado, Ramón –me dijo desde la oscuridad de su rincón–. Te has puesto en camino de salvación, démos gracias al Señor.

Aquella fue la única vez que grité a mi maestro, que me rebelé contra su extraña manera de entender el mundo. Poco a poco, en la oscuridad de aquel calabozo la furia se fue desvaneciendo y con ella la decisión de abandonarle. Sabía que había iniciado un camino sin retorno, que estaba en la puerta de entrada de un mundo nuevo, en el que fray Guillermo habría de ser mi guía y mi seguro.

–Lamento haber mentido –dijo cuando oyó que mi respiración se sosegaba–. Piensa que pocos son quienes se enorgullecen de sus faltas y pecados, y que quienes lo hacen tratan de callarlo o disimularlo. Es peligroso descubrir las flaquezas. Y más en este mundo conquistado por fariseos, que una predican para el prójimo y otra bien distinta hacen ellos. Con la amenaza de la condenación eterna, amedrentan al infeliz vulgo, del que usan y abusan hasta la náusea. No otra cosa son las cruzadas, Ramón, decenas de miles de devotos, cristianos o muslimes, muertos o mutilados para satisfacer las mezquinas ambiciones mundanales de sus señores. A éstos, créeme, en nada les preocupa esa Vida Eterna que prometen las autoridades religiosas a los humildes, a los que nacieron para carne de guerra y de buitrera. Vanidad de vanidades. La guerra santa, la yihad, son invenciones con que se enriquecen unos pocos y mantienen sus privilegios algunos más. ¿Pues no hemos visto, por ejemplo, al Papa Alejandro III excomulgar al emperador de Alemania por un quítame aquí unas tierras? De manera tan vana usan los poderosos el nombre de Dios. Cuando les conviene se lo arrojan unos a otros como vulgar boñiga y todos dicen hablar en su nombre. Sacrílegos, idólatras de sí mismos, heréticos del mensaje verdadero de Cristo. En verdad te digo que el mundo va hacia atrás, que apenas queda nada de la grandeza y la lucidez de los pensadores antiguos. Han esclavizado al pensamiento, el don más preciado que regaló Dios al hombre. Lo han humillado con el látigo de la fe, de las

verdades reveladas que nadie ha de atreverse a poner en duda, pues será crucificado, ahorcado, decapitado o quemado en el nombre de Dios.

–Maestro, no digáis esas cosas –le supliqué sollozando.

–Yo sé que Cristo hubiese preferido a un hombre bueno, aun siendo descreído y renegado, que a un perverso santón babearreliquias.

–Cuando habláis así me dais miedo, maestro.

–Déjate vencer por la razón –me contestó–. No te resistas. Duda una y mil veces. Y luego vuelve a dudar. Sólo de este modo has de lograr ser libre, alcanzar esa absoluta libertad que derriba las puertas del miedo y nos pone en el camino de la sabiduría.

–No sé si quiero ser libre, maestro –dije.

Callamos entonces un rato, tras el cual le pregunté con gravedad:

–¿Qué os pasó en Tierra Santa? ¿Cuándo os convertisteis en un hombre sin Dios, que acarrea falsas reliquias y miente desatento con excusa de la hipocresía de los otros?

Pero fray Guillermo no había de contestarme. Desde el rincón donde estaba acurrucado me llegó el silbido afilado de sus ronquidos. Me puse a rezar atropelladamente, hasta que vencido por el sueño, afónico y desvalido, también yo me quedé dormido.

10

Monzón, a uno de octubre del año de Nuestro Señor de 1194.

Gentil hermano Gilbert de Erill, Maestre de los caballeros del Templo:

Me complace enormemente poder informaros de que por fin hemos dado con el fugitivo Guillermo de Féval. Está en poder del castellano de la villa de Benasque, que lo tiene en segura prisión a la espera de que los templarios vayamos en su busca. Dado que me hallo en nuestra encomienda de Monzón, no he de tardar mucho en hacerlo yo mismo y, si ésa es la voluntad de Dios, en bajarlo a la ciudad de Lérida para que nos ayude a dar con el paradero del muro. Hace unos meses supe que el renegado había estado un tiempo oculto en una ermita en ruinas, en un monte frondoso del condado de Comminges. Cuando unos pastores lo descubrieron y empezaron a hacerle preguntas, fray Guillermo desapareció de ese lugar. Suponíamos que había cruzado los Pirineos. Ahora sabemos que fue así y que ya en el Reino de Aragón se dirigió al monasterio de Obarra. Por lo visto, en este recogido y aislado cenobio ha permanecido más de un año. Lo curioso es que desde el primer momento les dijo a esos benedictinos quién era él y, mal que bien, con algunos silencios y embustes, les dio cumplida noticia de su vida. Y un detalle que os ha de sorprender tanto como a mí: ¡traía consigo un fragmento del Lignus Crucis! Por eso ha podido estarse en aquel lugar en tanta puridad, el muy artero. Había prometido donar a su muerte esa reliquia al monasterio. El asunto, claro, requería del más absoluto de los silencios. Les dijo que ese trozo de la Vera Cruz había sido un regalo del cadí de Damasco. El caso es que un monje, de nombre Teobaldo, que abrigaba la sospecha de que fray Guillermo era un fugitivo de la justicia, tomó una noche aquella reliquia, salió secretamente del monasterio y se fue a Roda de Isábena a denunciarlo. Fue ayer mismo cuando me enteré de todo esto, por un veloz recadero que enviaron nuestros amigos de Roda. Con esta esperanzada nueva, ya estábamos aparejándonos para partir sin demora hacia ese monasterio de Obarra, cuando llegó otro ganapán por decirme que venía por encargo del señor de Benasque a anunciarme que habían capturado y apresado a aquel

rubicundo benedictino y a un segundo, mozo éste, que viajaba con él. De modo que fray Guillermo había huido del monasterio nada más enterarse de la salida de él de fray Teobaldo, pero por suerte lo habían apresado por acaso cuando ya iba a cruzar de nuevo los Pirineos. Supongo que el joven benedictino que le acompaña será un monje de aquel monasterio de Santa María. Es extraño que fray Guillermo se lo haya llevado consigo. Me pregunto si sabrá algo de nuestra empresa y qué hacer en caso de que sea así. No he de tardar en averiguarlo. Espero que con el trato que le ofrecéis en vuestra carta, el renegado acceda finalmente a colaborar con nosotros. Otra será que su ayuda nos sea de algún provecho.

Vuestro hermano Guido de Périgord.

11

Algunas noches después, mucho antes de la amanecida, nuestros guardadores nos sacaron al patio de armas y nos dijeron que esperásemos ahí sin movernos. Recuerdo que hacía un frío salvaje que te mordía los huesos. Al cabo de un rato, de la puerta que se abría de la torre de homenaje salieron cinco caballeros templarios, armados con unas antorchas cuya tenue luz contribuía a darles un aspecto siniestro, casi fúnebre. Cuatro de ellos se detuvieron cerca de la entrada, en tanto el otro se llegaba a nosotros. Llevaba un calzón grueso, una saya, una hermosa pelliza y una capa blanca donde se veía cosida la cruz roja de los templarios. Se cubría con un bonete de fieltro del que no asomaba cabello alguno. Cuando se plantó frente a nosotros, pude ver que llevaba en el rostro, además del recuerdo de una cuchillada que le cruzaba la frente, un trozo cuadrado de cuero que le tapaba el ojo derecho. Por dar mayor testimonio de su rudeza y fealdad, traía la barba recia, aunque bien arreglada, y le faltaba toda la oreja izquierda.

–Gentil hermano Guillermo de Féval –dijo mirando al monje benedictino–, soy fray Guido de Périgord, enviado a Occidente por el nuevo Maestre del Templo, Gilbert de Erill, para ponerme a vuestro entero servicio.

Humilló entonces la cabeza en señal de respeto. Debo reconocer que tanta afabilidad me sorprendió, pues imaginaba a los monjes templarios como guerreros fieros, zafios y nada dados a cortesías. No tardé en averiguar que en realidad eran en extremo pulcros y considerados, y que en su disciplina era causa de castigo decir groserías, injuriar o causar daño a cristianos.

–Lamento el trato que os ha dado la gente de este castillo –prosiguió–, en nada conforme al que merece tan singular hombre.

Mi maestro miraba a aquel hombre con suma desconfianza. Era evidente que tanto agasajo y gentileza no le tranquilizaban lo más mínimo. No se dejaba engañar por apariencias. Después de lo sufrido en Tierra Santa, como escriba e intérprete del loco Gérard de Ridefort, fray Guillermo tenía poco aprecio a la Milicia de Cristo.

–Dejadme que cumpla el primer mandato que me dio fray Gilbert en San Juan de Acre –dijo entonces aquel Guido de Périgord, tras lo cual se echó al pronto sobre mi maestro y le abrazó estrechamente.

–Veo que en el fardo de arpillera que me quitaron esos soldados no habéis encontrado lo que esperabais… –dijo con severidad fray Guillermo.

–¿Y cómo, gentil hermano, había de hacerlo, si lo lleváis escondido bajo el hábito?

–Un trozo de cuero duro, para protegerme de los rigores del frío al que nos han sometido estos benasqueses y su desapacible clima –contestó mi maestro.

–Disculpad de nuevo, gentil hermano. Vayamos adentro, a la cocina del castellano, donde podréis calentaros y tomar alguna vianda. Nos espera hoy un largo viaje.

En la cocina, nos sentamos en unos escabeles frente a la chimenea. No tardaron en traernos unas hogazas de pan de centeno con algo de queso y fiambre. A un gesto de Guido de Périgord, los otros templarios y la gente del castillo salieron de aquella espaciosa sala.

–¿Coméis carne de guarro, fray Guillermo? –preguntó maliciosamente Guido de Périgord.

–Nada me sabe más rico en este mundo y pocas cosas he echado más en falta durante mi larga época de puerca abstinencia… Pero estoy seguro de que no estamos aquí para hablar de ayunos marranos ni de hartazgos, ¿verdad, fray Guido?

–Verdad –contestó el templario–. ¿Quién es este mozo y qué hace con vos, fray Guillermo?

–Es mi pupilo, Ramón, novicio de los benedictinos de Obarra. Hace unos meses que llevo enseñándole lo poco que sé…

En el tono de mi maestro se podía entender perfectamente que estaba diciéndole a Guido de Périgord cómo yo estaba al corriente del accidentado negocio que tenía con los templarios.

–Tiene una memoria prodigiosa y una destreza fuera de lo común para aprender otras lenguas…

–Ha encontrado entonces al mejor maestro posible –contestó el templario inclinando levemente la cabeza–. Pero lamentablemente ya ha llegado el tiempo de terminar tan provechosas lecciones. Tengo órdenes expresas de llevaros solo a la ciudad de Lérida. Nadie más puede estar al corriente.

–El caso es que ya hay alguien más al corriente, gentil hermano –contestó tranquilamente fray Guillermo–. Tengo la certeza de que vuestro Maestre cambiaría esas órdenes si supiese que este joven puede ser tan útil en esta

empresa como yo mismo. Estoy ya viejo, con no pocos achaques, y se augura un duro invierno. ¿Por qué no enviáis carta a San Juan de Acre por preguntarle a Gilbert de Ridefort al respecto?

–Me alegra mucho veros de tan buen humor –contestó Guido con un deje de ironía en la voz–. Me han contado que la última vez que os vio un caballero del Temple no estabais tan sosegado y jocoso.

–Es esta vejez de la que os hablaba antes, gentil hermano. Sosiega los ímpetus y atempera el ánimo de los más argadillos.

–Venerable edad, entonces.

Ninguno parecía sentirse impaciente en este hipócrita lance de cortesías. Un rato después, Guido de Périgord se quedó mirando fijamente a fray Guillermo, con la sonrisa aflorando en la boca, tras lo cual hizo un gesto con los ojos por señalar el interior de su casulla.

–Tened el libro, gentil hermano –dijo entonces fray Guillermo sin mirar al templario.

Metió una mano por el bajo de la falda y sacó al pronto aquel pequeño libro que traía tan escondido. Luego, como al descuido, siguió con el trasiego de desmigar el mendrugo de pan en su escudilla.

–No hay dentro lo que esperáis encontrar –dijo entonces–. Aquel antiguo trabajo que hiciera para el fallecido maestre Arnau de Torroja me lo borraron los muslimes después de capturarme en la batalla de los Cuernos de Hattin. Me lo cambiaron por un Alcorán miniado. Un espléndido volumen, por cierto. Y las hojas de Sósilo de Lacedemonia, que no llegué a copiar y que llevaba sueltas, cosidas por dentro de mi prestado hábito templario, las di al hambre del fuego en un arrebato de ira, unos días después de saber la muerte de mi sobrina.

–De vuestra hija, Alix.

–Sí, de aquella hija que me arrebató la negligencia de vuestra poderosa Orden.

–Sentimos y lloramos entonces aquella desgracia –contestó Guido, con una compunción que me pareció sincera.

Fray Guillermo agachó la cabeza y cerró los ojos, como si tratase de borrar el dolor del recuerdo y sellar así en su interior la puerta por la que podía asomar en cualquier momento la ira. Guido de Périgord había desanudado los tendones que ataban el libro y ya lo hojeaba con gesto de evidente fastidio.

–¿Qué es este galimatías de extrañas letras? –preguntó al cabo.

Fray Guillermo tardó un rato en contestarle.

–Es griego. No puedo creer que el gran Maestre de los Caballeros del Templo de Salomón haya encomendado esta misión a un hombre iletrado. Porque no sabéis leer, ¿verdad, gentil hermano?

–No todos los caballeros ignoramos las letras, fray Guillermo –murmuró el templario un tanto azorado–. Sé leer, pero romance y algo de latines. Soy un monje guerrero, no un capellán o un escriba. Mi Maestre me ha enviado aquí para que os ayude a encontrar el muro y llevármelo luego a Tierra Santa, no para gastar el tiempo, ocioso, en lecturas y otros solaces propios de damas provenzales.

–Pues teníais mucha prisa en leer este femenil libro –contestó mi maestro con la sonrisa recobrada–. Ya os dije que aquel trabajo fue raspado, destruido totalmente. No hubiese ocurrido si en su momento el magnífico Gérard de Ridefort se hubiese dignado a aceptar un libro que encarecidamente le intenté entregar una y mil veces. Pero vuestro Maestre estaba demasiado ocupado en arruinar la fama y el honor del Temple.

–¿Y qué hay entonces en el libro? ¿Por qué lo ocultáis de ese modo?

–Es una obra filosófica de ese sabio griego, Sósilo de Lacedemonia. No puedo permitir que se extravíe o se estrague. Es una obra única y extraordinaria, que encontré en Damasco y de la que ahora posiblemente no exista más que esta copia. Pensaba hacer algunas más este invierno en el monasterio de Obarra. Pero ya no va a ser posible. Quizás pueda hacerlas en otro lugar, si vos me lo permitís…

–Hablemos francamente, fray Guillermo –dijo entonces Guido de Périgord.

Se acercó a nosotros, tomó asiento junto a mi maestro y tras un rato que ocupó mirando las ascuas de la chimenea dijo:

–Olvidaos ya de rencillas pasadas. Necesitamos el muro. El Temple está haciendo un esfuerzo descomunal. Aquí mismo, más al sur, nos hemos hecho cargo de la defensa de la frontera con el reino moro de Valencia. Por el bien de la Cristiandad estamos derrochando hombres y recursos.

–Gentil hermano, ese esfuerzo es una espléndida inversión de futuro para vuestra orden, merced al pacto que tenéis con la Corona de Aragón y el Condado de Barcelona…

Guido de Périgord pareció no oír el razonamiento de mi maestro, pues tras

guardar un breve silencio, continúo diciendo como sigue:

–Hemos perdido muchas fortalezas en Tierra Santa, que necesitamos recuperar imperiosamente. Y no lo podemos hacer sin la ayuda de los reinos de Occidente. Necesitamos decenas de miles de soldados cristianos para poder hacer frente al sultán ayubí. La fuerza descomunal de la tercera cruzada se disolvió al poco como un puñado de sal arrojado al mar. Ricardo Corazón de León y el rey de Francia, Felipe Augusto, regresaron hace dos o tres años a sus reinos, dejando los santos lugares desamparados a merced del audaz y resuelto Saladino. El Sultán murió hace ahora algo más de un año, pero su hijo Malik Al-Aziz Utman, no muestra menor resolución en exterminarnos o echarnos de aquellas tierras. De no actuar con contundencia y sin dilación, en breve no ha de quedar allá un solo cristiano. Los reyes y señores de Occidente ven en Tierra Santa un enorme canasto desfondado por el que se pierden en vano riquezas y vasallos. Temen además que en su ausencia algún oportunista les arrebate aquí lo suyo. Pero si asumiésemos nosotros tan descomunal dispendio, pagando largamente el transporte, las vituallas, las soldadas de sus vasallos, y si asegurásemos a la par, con dinero y con armas, las posesiones que dejasen atrás, entonces lograríamos sin duda un apoyo ferviente y exaltado de los cristianos de acá. Por todas partes correría la nueva de la promulgación de una cuarta cruzada, la última y definitiva, la que haría de aquellos sagrados lugares una tierra cristiana hasta el mismo día del Juicio Final. ¡Deus lo volt!

–Sinceramente, fray Guido –le interrumpió mi maestro–, por lo que viví en Tierra Santa no creo que Dios esté mucho por esa labor.

Por primera vez, el templario miró con gesto enfurecido a fray Guillermo. Declaraciones como aquélla eran las que me hacían temer que pudiese venirle algún daño a mi maestro. Pues eran y son tiempos de guerras santas y en ellas no se tolera ningún resquicio de duda sobre la fe verdadera, de modo que la menor expresión vacilante es considerada un acto de vil traición, la más ligera desviación de los dogmas de la doctrina puede acarrear la muerte. Pero en aquella ocasión, Guido de Périgord no tardó en recobrar aquella cálida templanza que me tenía fascinado al venir de un rostro en apariencia tan fiero.

–Ya nos habéis mostrado sobradamente que en modo alguno pensáis ayudarnos, que os parecería una vileza el hacerlo, una traición al recuerdo de vuestra hija. Pero os necesitamos imperiosamente, fray Guillermo. Gilbert de

Erill cree que sois el único capaz de dar con el muro. Salvo en los años del maestrazgo de Gérard de Ridefort, los templarios no hemos dejado de buscarlo. Desde cinco años antes de la conquista de aquella Madina Larida mora. Han pasado más de cincuenta años de desesperante búsqueda. Hace tiempo, cuando ya empezábamos a creer que todo era una farsa, una más de las innúmeras invenciones del vulgo sobre…, sobre muros fabulosos, vos fuisteis capaz de averiguar su veracidad y de ponernos de nuevo en el buen camino hacia el muro.

–Podéis llamarle tesoro, hermano Guido –dijo sonriendo mi maestro–. Ya os dije que mi pupilo está al corriente de todo.

–Pero se supone que debe de ser un muro, fray Guillermo –respondió muy cortésmente el templario.

–Cierto –convino mi maestro sonriendo.

–En vuestra última carta al maestre Arnau de Torroja le decíais que teníais en vuestro poder una suerte de diccionario íbero, que en breve os permitiría leer la piedra azul y las planchas de plomo…

–Los dibujos estaban dentro del libro que me expurgaron los muslimes. No me los devolvieron. Y ya os dije que destruí ese glosario.

–¿Me permitís demostraros que mal que bien sé leer en romance? –preguntó entonces el templario.

–Nos ha de complacer mucho oíros –contestó fray Guillermo haciendo una leve cortesía con la cabeza.

11

San Juan de Acre, a doce de noviembre del año de Nuestro Señor de 1193.

Fray Guillermo de Féval:

Sabed que yo nací en el castillo de la aldea de Erill la Vall, en la comarca de la Ribagorza, en el Pirineo catalán. Siendo hijo segundón de otro terciario del Señor de Bohí, por decisión familiar pronto entré en la disciplina de los templarios, a los que he servido con humildad los más de mis días, primero en las guerras contra los muslimes de al-Andalus, luego como Provincial de la Orden y ahora como Maestre de todos ellos, aquí en nuestra adorada Tierra Santa. Hace ya muchos años que ayudé a Arnau de Torroja en su empeño por hallar el mítico tesoro de los ilergetes. Fray Arnau creía ciegamente en su existencia y estaba convencido de que con él el poder del Temple se acrecentaría hasta límites insospechados. Poder que jamás hemos querido para otra cosa que no sea para mantener para la Cristiandad los lugares sagrados de Oriente. A tal efecto, desde que los cristianos tomamos la ciudad de Lérida hemos venido nombrando como comendadores de Gardeny a los hermanos de esa Provincia más reputados por ser en todo muy avisados e instruidos. Pero ninguno ha hecho avances significativos en esta empresa. Uno horadó y vació una loma, en el camino de Montagut, sin hallar en ella sino algunas piedras de un antiguo enterramiento. Otro levantó una empalizada alrededor de la mezquita principal y excavó durante dos meses en su liwan, no encontrando más que un puñado de monedas de la época de los gentiles y algunas ánforas quebradas. En fin, palos de ciego por que no fuese dicho que no hacían nada. Hasta que Arnau de Torroja os envió a Bizancio... A cada nueva carta que le escribíais se renovaba en el anciano maestre la esperanza de dar finalmente con aquel tesoro. Cuando le dijisteis que en breve seríais capaz de descifrar la piedra azul y las planchas de plomo, que hacía ya casi cuarenta años que teníamos en nuestro poder, Arnau de Torroja fue presa del más infantil de los júbilos y olvidando su providencial comedimiento nos comunicó a sus más allegados que en poco el fabuloso tesoro de los ilergetes sería del Temple. Pero por desgracia aquel gran hombre murió y en su lugar fue nombrado Gérard de Ridefort, a quien ya no

ha de juzgar sino Dios Todopoderoso. Os diré tan sólo que ese Maestre ordenó que nos olvidásemos de búsquedas de falsos tesoros y nos dedicásemos en cuerpo y alma a dar muerte a las huestes de Saladino. Lo que ocurrió a partir de entonces lo conocéis tan bien como yo. Y lo que acaeció luego, tras la batalla de Hattin, y años después en Marsella, no lo recuerdo, que ya se nos ha olvidado totalmente a los templarios. Pero no así el muro de Andobeles, que necesitamos ahora con urgencia, pues de él puede depender nuestra permanencia en Tierra Santa.

Si leéis esta carta será porque el hermano Guido de Périgord ha dado con vos y ha ratificado que, porfiadamente, os negáis todavía a ayudarnos. Sé que pondréis como excusa que los muslimes os borraron aquel libro donde lo teníais anotado todo y que habéis perdido o destruido las cuartillas de Sósilo de Lacedemonia. No porfiéis más en ese pretexto. Amáis demasiado los libros como para que ese efugio sea creíble, y si acaso tales pergaminos ya no existen físicamente, sé que los conserváis en perfecto estado dentro de vuestra terca y memoriosa cabeza. Es el momento, pues, de ofreceros un trato. Si os prestáis a ir a Lérida y nos dais vuestro sabio auxilio en esa búsqueda, aun cuando ésta resultare a la postre infructuosa, los templarios os hemos de restituir vuestro antiguo cargo en la Catedral de Chartres y os hemos de asignar una sustanciosa renta anual por que viváis holgadamente y sin estrecheces y os hemos de regalar también una espléndida casa en dicha ciudad en la que podáis pasar vuestra vejez más descansadamente. Y si preferís volveros a Damasco, el Temple os llevaría sin riesgo hasta sus puertas y también os dotaría de la misma renta y os donaría allí una espaciosa casa con la más fabulosa de las bibliotecas. Si a pesar de esta generosa propuesta porfiáis en negaros a ayudarnos, sabed que ya no habéis de encontrar en Occidente una sola aldea, villa, iglesia o monasterio que se atreva a acogeros y que no hemos de permitir que atraveséis siquiera los puentes y puertas donde el Temple tiene derecho de pontazgo y portazgo. Y sabed asimismo que tampoco hemos de tolerar que crucéis las fronteras del sur para buscar refugio en las tierras de la morisma, ni que os embarquéis en ninguna nave para regresar a Oriente. Os tengo aprecio, fray Guillermo, sois un hombre singular, de una extraordinaria agudeza. Usadla ahora para entender cuánto os conviene ayudarnos. Rezo a Dios para que no os haga escoger como el hombre sabio que habéis sido casi siempre.

El hermano Gilbert de Erill, Maestre de la Orden del Temple.

12

Tres días después de dejar el castillo de Monzón, el veinticinco de octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1194, divisamos la casa-fortaleza de Gardeny, complejo que se alzaba vigilante sobre un extenso cerro muy cerca, al suroeste, de la ciudad de Lérida. Entonces rayaba el alba, por lo que las casas y campos de los arrabales que cruzamos empezaban apenas a desperezarse. Atravesamos aquel pequeño barrio que llamaban del Royal, en la hondonada entre la encomienda y el Podio de los Ahorcados, y dimos en el final del camino de Gardeny, en el punto en que ya se abría a las paredes arcillosas de la colina. Una leve neblina enturbiaba el cielo, pero permitía ver las torres puntiagudas de una villa que se desparramaba a nuestras espaldas desde la Roca Soberana, alta terraza donde señoreaba la Zuda, el majestuoso alcázar de los antiguos señores muslimes. Tomamos la escarpada senda que llevaba al magnífico recinto. Por aquella parte, adosadas a las recias murallas, se alzaban dos vertiginosas torres albarranas en las que ondeaba el gonfalón negro y blanco de los hermanos templarios. Unas torres y unos muros portentosos que parecían sostenerse exentos en el vacío, por lo que daban una sensación tal de poder y grandeza que causaba temor al fatigado caminante que se acercaba a ellos. Entramos en el recinto atravesando los batientes de un pórtico abierto en medio del cerco amurallado del recinto exterior. En el remate de aquella puerta estaba labrada la cruz patada de los Caballeros del Temple. Para la fábrica de aquel espléndido complejo, los monjes guerreros habían aprovechado los sillares de la antigua defensa que allí habían tenido los muslimes, torres albarranas y paramentos que había reforzado y ampliado más tarde Alfonso I el Batallador, cuando intentara conquistar la ciudad en la primavera del año 1123. Algunos edificios anejos estaban todavía en construcción, y aquí y allá, en el exterior del recinto, en la parte desarbolada de aquella vasta explanada, se veían, amontonados, grandes bloques de piedra, a la espera de que el maestro pedrero los labrase. El complejo, enteramente amurallado, constaba en realidad de dos recintos, situados a diferentes niveles. En la parte yusera, abriéndose a ras de suelo para adentrarse luego en él a modo de profundos sótanos, se veían algunos almacenes de aperos, y varias

bodegas, cisternas y silos. En la parte susera, además de las caballerizas, las cuadras, los establos y algunos talleres de artesanos, se alzaban los edificios principales, la sobria iglesia de Santa María y la Casa-Castillo. Todas las construcciones estaban adosadas unas a otras, en derredor de un gran patio de tierra pisada. Allí vimos a varios monjes y donados que se afanaban descargando fardos de unos carromatos. En la parte oriental, perpendicular al donjon, la torre cardinal del complejo, se levantaba robusta, con sus blancos sillares nuevos, la iglesia de Santa María. En ella entramos para postrarnos al pie del altar y rezar ante la imagen de Nuestra Señora, por agradecerle el habernos permitido llegar hasta ahí sin daño. Por doquier ardían lámparas y candelas, prueba de la devoción que los leridanos debían de tener por aquella Virgen. Guido de Périgord y los otros caballeros que nos acompañaban desaparecieron de pronto sin que viésemos por dónde habían salido. Fray Guido regresó al cabo de un rato, se acercó de nuevo al altar y nos pidió en voz baja que le siguiéramos. Al fondo, en un rincón de la nave, se abría una pequeña puerta que comunicaba con la Casa. A través de un estrecho pasillo, accedimos a la planta baja del donjon. En ella estaban la habitación de los sirvientes y donados, así como las cocinas y el refectorio. Desde éste, mediante unas escaleras móviles, de madera de roble, se accedía a la habitación de los frailes, que estaba junto a la sala de armas. En aquel dormitorio dejamos nuestro menguado fardo de viaje y por una puerta que había en un rincón entramos en la torre de homenaje, ya en su piso superior, en el que estaba la sala del comendador. Desde ésta una escalera de caracol invertida descendía a la sala del depósito, o cámara del tesoro, al decir del vulgo, pues allí se guardaban los dineros y preseas que los señores y villanos dejaban a los templarios para su custodia. En el extremo sur había una puerta cerrada que supuse que se abriría al aposento del comendador. En medio de la amplia sala reposaba una recia mesa de roble y frente a ella algunas sillas de aguja y varios escabeles bajos. En su pared este, a ambos lados de un gran ventanal, se veían unos anaqueles con algunos libros y pergaminos. Sin duda ahí debía llevarse el registro de los muchos negocios que tenía la encomienda templaria de Gardeny. Guido de Périgord nos dijo entonces que el comendador de la Casa, Bernat de Seró, estaría ausente durante un buen tiempo, pues había sido enviado por el Maestre Provincial a tierras de Teruel, fronteras con moros, para que catase en qué estado se hallaba el castillo de

Cantavieja, que el rey de Aragón, Alfonso II, había prometido donar al Temple. En breve se constituiría allí una poderosa bailía, con el beneplácito del rey, y nadie mejor que el experimentado comendador de Gardeny para organizarla.

–Se lo han quitado de encima –me susurró fray Guillermo al oído, con un tono evidente de burla–. El legado del Maestre Gilbert de Erill, nuestro desorejado y bizco Guido de Périgord, toma el mando de esta encomienda hasta que descubramos el *muro* de Andobeles…

–¿Qué cuchicheáis, gentil hermano? –demandó irónico nuestro guardián templario.

–Nada, fray Guido, le decía a Ramón que sin duda habéis de estar bien ancho y acomodado en esta espléndida planta.

–Me complace mucho que os preocupéis tanto por mi bienestar –contestó el templario inclinando la cabeza graciosamente–. Pero el caso es que si os he traído directamente a esta espaciosa sala es para que veáis el lugar donde desde hoy habéis de trabajar, leer y barruntar, el tiempo que no sea menester hacerlo fuera… Dormiréis con los hermanos en aquella habitación donde dejasteis ya vuestro equipaje. El hermano pañero os dará la ropa para el lecho, según la norma de nuestra Orden. Una sábana para meter la paja y un lienzo y una estameña para resguardaos del frío. También os dará hábitos templarios y las mudas que llevan los nuestros. La verdad es que no me agrada que os vistáis como caballeros del Temple, pero es el único modo de evitar curiosidad y habladurías. Todo lo que se os dé deberéis entregarlo en las mismas condiciones cuando abandonéis esta encomienda. Aunque es prioritario que cumpláis vuestro cometido con dedicación y diligencia, el tiempo en que estéis dentro de esta casa, os rogaría que acudieseis a la llamada a los Santos Oficios, rezos que como sabéis son casi idénticos a los de los hermanos benedictinos. Hablo por vuestro ahijado, ya sé que vos conocéis perfectamente nuestras normas. Cuando estéis fuera haced lo que os plazca, que supongo será reemplazar los oficios por los rezos que prescribe vuestra Regla… Por otra parte, os pido que no seáis indolentes al oír aquí la campana que llama a comer. Por la concordia de la Casa, os ruego que como el resto de los hermanos acudáis de inmediato al refectorio y

aguardéis de pie a que el capellán de esta encomienda dé la bendición. Luego podréis sentaros, cortar vuestro pan y serviros el vino que se os permita beber aquel día. Cortad los alimentos con precisión, así la carne, como el pescado o el queso, pues todo cuanto sobra es entregado luego a los pobres y éstos deben ser tratados con dignidad. Guardad silencio en la mesa y no pidáis nada que no os haya sido servido. El hermano Jocelin os dará una escudilla de encina, un velicomen, una cuchara y una servilleta. Después de la colación, deberéis ir con el capellán y los hermanos a la iglesia de Santa María para dar gracias al Señor por esos alimentos. No vistáis descuidados ni andéis por la fortaleza-convento con aspecto desaliñado. Y cuando vayáis a cantar las horas llevad el manto blanco anudado al cuello o cerrado con una fíbula. Pensad que mientras estéis aquí deberéis someteros a la disciplina del Temple, aunque no os hemos de juzgar ni amonestaros en los capítulos dominicales.

–No tendréis queja alguna de nosotros, fray Guido –dije con humildad.

Mi maestro no dijo nada, de hecho no había siquiera atendido al discurso del templario, rato que había aprovechado para ir de aquí a allá y otear el paisaje circular que se abría a través de las ventanas, de la que se asomaba al río Segre, de la que señoreaba la parte noroeste de la explanada de aquella colina, y de esa otra que enfrentaba a la torre con el vasto collado desde donde se derramaban los edificios de la ciudad de Lérida.

–Veo que hay muchas pequeñas colinas hacia el norte, hacia el oeste y también en el otro lado del río –murmuró de pronto.

Guido de Périgord le miró con la expresión de extrañeza del que no entiende qué se le está diciendo.

–Pedid sin dilación cualquier cosa que necesitéis para vuestro cometido. Los hermanos Pere y Arnau tienen orden de acompañaros a todas horas. Después de la tercia vendrán a esta sala a ofreceros sus servicios. Ahora quisiera que me acompañaseis hasta los muros de poniente. Allí, aprovechando una parte del lienzo, hemos levantado un cobertizo, techado con barda, donde guardamos todas las piedras, cerámicas y cobres con inscripciones en la lengua de los íberos que hemos podido encontrar durante estos años. Quizás halléis allí algo que os sea de utilidad.

–¿Están ahí la piedra azul y las planchas de plomo de Arbararbán? –

preguntó mi maestro.

–No, las guardan abajo, en la sala de depósitos –contestó fray Guido.

–Mandad luego a esos frailes-sombra que nos habéis asignado que las suban.

–Así se hará, gentil hermano.

Salimos entonces de nuevo al patio central y ya nos dirigimos a aquella parte de la muralla donde los templarios habían levantado aquel cobertizo. Era de hecho un recinto abierto, una especie de atrio con dos recias columnas de piedra en la parte frontera y sin más pared que el lienzo de la muralla que lo cerraba.

Al llegar ahí, el hermano Guido de Périgord se excusó diciendo que tenía que ocuparse de algunos asuntos en la Casa. Antes de dejarnos nos dijo que en los anaqueles de la sala del comendador había un libro donde figuraban los dibujos de las inscripciones de cada uno de aquellos objetos, así como el lugar donde habían sido encontrados.

–Después de vísperas subiré con vosotros a la sala del comendador, gentiles hermanos. Entonces, según acordamos en el castillo de Benasque, me habéis de dar un primer informe sobre vuestras pesquisas.

–Así ha de ser –contestó cortésmente mi maestro.

Entramos en aquel atrio. En su parte diestra se amontonaban las lápidas y los sillares de piedra; en el medio estaban los objetos de metal, láminas de cobre y de plomo, monedas, preseas y varias falcatas, muchas sin puño y quebradas; y en el lado diestro se hallaba la cerámica, vasijas, copas, escudillas y ánforas. Muchos de aquellos objetos eran fragmentos de una pieza mayor, otros estaban estragados por el paso del tiempo o por la mano del hombre. Estuvimos dos horas metidos en aquel cobertizo. Fray Guillermo me pidió que me ocupase de las piedras, en tanto él hacía lo propio con el resto de las piezas. Debo reconocer que no entendí gran cosa de lo que leí. Cuando tras grandes esfuerzos conseguía poner sonido a los signos de los íberos, no había modo de saber qué significaban esas largas líneas de letras.

–Los pequeños puntos en el pie indican la separación de las palabras –me dijo al cabo de un rato fray Guillermo consciente de mis dificultades y muchas limitaciones.

Pero ni con esa indicación se iluminaban y tomaban forma en mi mente aquellos vibrantes y oscuros vocablos. Revolvía en el arcón de mi memoria,

donde guardaba las palabras que me había enseñado fray Guillermo, pero apenas hallé alguna que estuviese ahí. Are take, aquí yace; seltar, tumba; beli, oscuro. Con el apuro de pensar que no le era de ninguna utilidad a mi maestro, terminaba por leer en voz alta los fragmentos de inscripciones, por si él encontraba en ellas mayor sentido. Cuando sonó la campana del castillo que anunciaba la hora tercia, salimos del atrio y a su puerta rezamos el oficio en silencio y recogimiento. Al acabar, fray Guillermo echó a andar hacia la Casa.

–No hay aquí ninguna información útil –me dijo, mientras caminábamos–. Tú has estado trasegando y leyendo piedras funerarias, de una época más reciente que la de nuestro Andobeles. Por eso apenas comprendías nada, lo más eran nombres de personas. Arskoroite Nisuniar, de Arskoro, para Nisunin. Nalbebiur ebanen…, los hijos de Nalbebiur, médico, le recuerdan en su noche. Tampoco yo he encontrado nada que nos pueda servir en este negocio. Aunque he leído nombres que aparecen en la Belíada de Sósilo de Lacedemonia. En un ánfora estaba escrito el lema: “Agua para el sol abrasador de Jatán”. En la hoja de una falcata quebrada por su punta he leído: “Ircadir mató su Otso”. En otra espada, “Por Asterbeles”, esto es, por mi Beles, Aster. Y en un hermoso plato he visto una inscripción que decía: “Protégete de Vael”. A partir de mañana ocuparemos un rato diario en leer y comentar la Belíada, de Sósilo de Lacedemonia. De ese modo podremos entender mejor a los antiguos ilergetes.

12

Un año antes de nuestra audaz marcha hacia Roma, mi señor y pupilo, el gran general Aníbal Barca, me encomendó una delicada embajada en la Ilergecia. Los púnicos necesitaban soldados con los que sostener la guerra contra los romanos y yo debía convencer al rey Andobeles para que nos permitiese reclutar a algunos de sus afamados y temibles guerreros. Estuve en Atanagrum y luego en Iltirta, donde me reuní varias veces con aquel caudillo, a la sazón, por ventura nuestra, enemigo acérrimo de la pérfida y avariciosa Roma. Finalmente, acordadas las soldadas que habían de cobrar los suyos, Andobeles permitió que se pusiesen bajo mando de los cartagineses unos seiscientos guerreros ilergetes, los más peones. La mitad fueron enviados a Asdrúbal Barca, que había de defender Iberia y el norte del África, y el resto partieron conmigo para unirse a ese descomunal ejército que había armado Aníbal, con la intención de llevar la guerra hasta las mismas puertas de Roma. Durante mi estancia en la Ilergecia quedé fascinado por las costumbres, el modo de ser y los ritos de este noble pueblo. Los ilergetes no parecen conocer el miedo ni la cobardía, de suerte que jamás huyen en la batalla ni retroceden ante el enemigo, ni dejan el puesto que se les asigna si no es muertos. A sus distintos caudillos, a los que serán fieles hasta la muerte, los eligen tras un extraño y cruento rito de iniciación por el que dejan de ser niños. En esa ceremonia se encierran en un gran cercado con decenas de lobos famélicos. Cada muchacho, que va armado tan sólo con una falcata, debe matar a un animal y sacarlo a hombros del recinto. Sólo si lo consigue podrá ser tenido por guerrero. Este salvaje rito se hace en cada uno de los territorios donde moran los distintos clanes ilergetes. Siempre en la primera luna nueva de la primavera. Tras la matanza de los lobos, los nuevos guerreros elegirán al más fuerte y temerario de entre ellos. A éste, al que seguirán hasta la muerte en todas las batallas por venir, le llaman Beles, su guardián y guía. Ellos serán sus Askatar, los que entregan la vida. Al pacto de unión indisoluble que hay entre ellos le llaman Iltuseltar. Estos grupos de nobles guerreros son, por

tanto, generacionales. Dependiendo del clan, los Iltuseltar pueden tener desde veinte a doscientos hombres. (...)

En la ceremonia sagrada donde se forja el vínculo indisoluble del grupo, los Askatar se hacen un corte en la palma de la mano con la espada de su Beles. Luego vierten su sangre en un gran cuenco de plata. Cada clan guarda esos cuencos en un santuario que suele erigir en la colina más prominente de su territorio. Cuando el Beles de un Iltuseltar muere, la tribu vierte sobre su túmulo esa sangre mezclada de sus Askatar. En ese momento el pacto sagrado queda roto. Los que no mueren con su Beles pueden entrar en otros Iltuseltar del clan. En el de su padre o en los de sus hermanos. Pero no todos se volverán a vincular a un grupo, muchos prefieren quedar como Otsatir, como lobos solitarios. Sin su Beles natural se sienten desamparados y no pocos de ellos no soportan la vergüenza que sienten por no haber acompañado en la muerte a su líder, por no haberle ayudado a atravesar el terrible desfiladero de Jatán. Son estos Otsatir los que normalmente se ofrecen para ir de mercenarios en ejércitos extranjeros o en otras tribus íberas o celtas. Otsatir eran casi todos los guerreros ilergetes que partieron con nosotros hacia Roma. Sólo había un pequeño Iltuseltar, de apenas unos veinte ilergetes, cuyo guía y guardián se llamaba Iturbeles. (...)

El rey de los ilergetes se escoge de entre los Beles de todos los Iltuseltar. Nada puede enorgullecer más a un clan que ver a uno de sus Beles nombrado rey de los ilergetes. Por eso siempre se presentan señalando el número de reyes que ha tenido la tribu a la que pertenecen. Atinbin, del Iltuseltar de Iturbeles, del clan de los Ur, el de los siete. La elección del régulo es bien sencilla, se nombra siempre a aquel a quien propone el clan que atesora un mayor número de manos de sus enemigos. Un sacerdote de un pueblo íbero vecino hace el recuento por toda la Ilergecia. Hay un dicho que estos guerreros repiten de continuo cuando algo les parece que no va a resultar del todo provechoso. Será como matar a un manco, dicen encogiéndose de hombros. Creen que su Iltuseltar se fortalece, se hace más poderoso y difícil de derrotar a medida que aumenta el número de manos amputadas a sus enemigos en los campos de batalla. Cuantas más posean, más les protegerá el dios Neithu, más vigor y destreza les dará, más cerca estarán de ser invulnerables. Cuando un nuevo rey es elegido, todos los

clanes llevan sus trofeos de manos al gran templo de Neithu, en Atanagrum. La cosecha empezará de nuevo. Los Iltuseltar de las tribus se afanarán por entrar en guerras, por conquistar territorios vecinos, por someter a otros pueblos. Y en las inevitables batallas harán nuevamente acopio de manos. Lucharán por las riquezas, por las mujeres, por los venerados caballos, pero también por alcanzar mayor poder y prestigio. Para que su Beles sea algún día proclamado rey de todos los ilergetes. (...)

Hace unos días, al atravesar un peligroso desfiladero de los Alpes, uno de los elefantes que llevábamos enloqueció de pavor y meneándose atropelladamente se precipitó al vacío, arrastrando consigo a muchos hombres, caballos y carromatos con vituallas. Desgraciadamente uno de los guerreros que cayó al abismo fue aquel Iturbeles. Cuando cesó el estruendo ensordecedor que levantó el despeño y se disipó la cortina de polvo y tierra que cegó aquella parte durante un buen rato, empezaron los gritos convulsos de los Iltuseltar que buscaban y llamaban a su Beles. Como no lo hallaron se convencieron de que Iturbeles había sido arrastrado al fondo del barranco por aquel gigantesco animal. El espectáculo que presenciamos en ese momento fue desgarrador. Los ilergetes sacaron sus falcatas, profirieron a una un feroz alarido y se arrojaron, uno tras otro, a las entrañas del desfiladero. No pareció que saltaban a una muerte segura, sino más bien que se abalanzaban sobre una hueste enemiga a la que pensaban derrotar.

(Fragmentos del proemio de la Belíada, de Sósilo de Lacedemonia)

13

Mi maestro había pasado todo el día en la sala del comendador, mirando aquella extraordinaria piedra azul y las planchas de plomo que los templarios habían encontrado en los días de la conquista de Lérida. Fray Guillermo sólo había salido de aquella sala para ir al refectorio a las llamadas de la comida y de la cena, y luego para cantar las vísperas en la iglesia de Santa María. Yo, por mi parte, había asistido a todos los oficios y el rato que los rezos me habían dejado libre lo había usado, por indicación de mi maestro, en visitar el recinto y en caminar extramuros por la vasta explanada arbolada de aquella colina de Gardeny.

–¿Qué debo buscar? –le pregunté cuando me hizo ese encargo.

–Siente el lugar, conócelo –me contestó enigmático.

No tuve la menor duda de que lo que pretendía era alejarme de la sala del comendador, para poder estar solo en su reflexiva labor.

En aquel castillo-convento la actividad era incesante. Por doquier se veían frailes, sirvientes y donados, entrar y salir de los edificios anejos. Unos domésticos traían horquillas de heno para el forraje, otros preparaban sacos de comuña, algunos serraban leños en el patio central, otros acarreaban tinajas de agua o costales llenos de trigo candeal. Olía a pan recién horneado, a hierba seca y a las cálidas heces de los establos. Supe después que en aquella espléndida encomienda había una veintena de vacas, siete terneras, dos novillos, diez becerros, dos toros, dos bueyes grandes, cuarenta corderos, cien cerdos, una cerda que amamantaba a ocho cochinillos, trece cabras, ocho yeguas de arnés, nueve potros, seis ligeros corceles y seis rocines para la labor y el tiro. En los corrales abundaban las gallinas, los pollos y las ocas. En las bodegas había muchos cuartos de estaño y toneles llenos de vino y de aceite de nogal. Tenían también en una sierra próxima veinte colmenas de las que extraían una miel suculenta, tanto como los aceitosos quesos que fabricaban en un cobertizo. Había grandes cantidades de tocino metido en tinajas de madera y mucha carne de buey en salazón, que guardaban en un aireado almacén. En otro tabuco, adosado al horno, había sacos llenos de almendras, de guisantes y de algarrobas. No había cosa o animal que no llevase la marca

de la cruz patada de los templarios. Cobraban rentas en mijo, en cebada y en avena, cereales que tenían guardados en varios graneros. También ellos cultivaban en sus tierras trigo candeal y lino, así en algunos predios que tenían cerca de la puerta Foradana, y sobre todo en las fértiles fincas de Rufea y de Remolins, donde poseían también extensas plantaciones de frutales y de viñas. Era, pues, la de Gardeny una muy rica encomienda, que había crecido sin cesar desde el mismo año de la conquista de Lérida, bien por la donación directa de los señores, que ansiaban con ello ser enterrados en el cementerio de la iglesia de Santa María, bien por compra directa, o bien por impago, al haber ofrecido sus anteriores dueños, en garantía de un empréstito, la propiedad o el alodio que fuese. De modo que los templarios tenían en aquella parte muchas tierras, molinos, huertas, riegos y bosques que explotaban directamente o tenían en arriendo. Algunos años atrás, ante la pujanza de la encomienda y su incapacidad de hacerse cargo de tan vastos dominios, se habían creado dos nuevas casas, una en Barberá y otra en Corbins. Pero aun así, la de Gardeny era de las más poderosas de Cataluña, con colonias, granjas y subencomiendas en las tierras más feraces de Sudanell, Torrefarrera, Malpartit, Alcanyisset y Torre Grallera. En épocas de hambruna era capaz de dar de comer diligentemente a centenares de pobres.

Deambulé ocioso durante buena parte del día por el recinto de la fortaleza-convento. Merodeé un rato por los alrededores de la iglesia de Santa María, que bullía de fervorosa actividad, pues eran muchos los villanos que entraban en ella a rezar y a encender candelas o lámparas a la Virgen. Por una puerta lateral se accedía al cementerio, donde estaban enterrados los frailes de la encomienda y muchos señores principales de la comarca. Antes de la hora quinta entré en la espaciosa cocina de la casa. En su parte central había una gran mesa de roble con dos largos bancos a ambos lados. En las alacenas que reposaban en la pared oriental se veían tarros de cerámica de todos los tamaños, enfrente, en el suelo o colgados de la ennegrecida pared, había toda suerte de útiles, pucheros, tinajas, calderos, ollas de barro y de cobre, sartenes, zafras y parrillas. La enorme chimenea estaba encendida y en ella, sobre dos trébedes, reposaban dos grandes calderos en los que hervía una olla de tocino y legumbres. Saludé al hermano cocinero, que me miró un instante sonriendo, antes de volver a lo suyo, que era entonces desplumar y trinchar unas perdices escaldadas. Visité también los talleres de los artesanos, el del hermano herrero

y el del guarnicionero, que era un donado, cojo y con malas pulgas. Luego entré en un pequeño cobertizo donde dos sirvientes alfareros estaban haciendo dos grandes tinajas de barro cocido. Uno de ellos me dijo que la arcilla con la que trabajaban, que era de una calidad extraordinaria, se extraía de allí mismo, de las laderas de esa colina de Gardeny. Después de la comida estuve deambulando extramuros, por el bosque que cubría la mayor parte de la explanada de la loma. Había aquí y allá trozos desbrozados o claros talados de donde se conocía que los monjes habían hecho provisión de leña. El bosque terminaba en el cortante mismo de la ladera, a poniente. Me asomé a la inmensa llanura salpicada de acequias, molinos y granjas que se abría ante mis ojos, una vasta y fértil planicie que los musulmanes llamaban el Maskikan.

Regresé a la casa-fortaleza por una pequeña senda que atravesaba a lo largo la loma, por encima de la vertiente oriental. Aquel lado, a los pies ya de la muralla, era usado por los templarios como muladar, por lo que se veían varias lenguas de escombreras desparramarse ladera abajo. No faltaban entre los desechos los restos de algunos animales muertos que alimentaban a negras bandadas de cuervos y cornejas.

Después de vísperas subimos a la sala del comendador con Guido de Périgord. Al entrar, el templario fue a sentarse detrás de la recia mesa de roble y tras cruzarse de brazos, instó a fray Guillermo a que le contase cuanto había averiguado. Mi maestro permaneció de pie, mirándole con una extraña sonrisa en los labios.

–Algunas cosas –dijo al cabo, sonriendo–. En primer lugar, que las diez planchas de plomo son un extenso inventario.

–¿Un inventario? –preguntó intrigado fray Guido.

–El inventario de un tesoro, por ser más preciso –contestó mi maestro, levantando teatralmente sus rubias cejas–. Cada una de las chapas fue elaborada por un pueblo íbero distinto. En la primera línea figura su nombre: indigetes, ausetanos, layetanos, ilergetes, lacetanos, cosetanos, bergistanos, airenosinos, ilervacones y jacetanos. Las demás líneas empiezan con distintas rayas verticales o bien con una letra. Sin duda se trata de números que refieren a alguna medida de peso, la que fuese que usaran los íberos. Junto a cada una de estas marcas figuran nombres de familias y de clanes del pueblo correspondiente, y a continuación aquello que entregaron, moneda, preseas o

vajilla, y si tales objetos eran de oro o de plata. Todo indica que debieron pesarlos antes de proceder a fundirlos. No puedo precisar el peso exacto de esa medida, pero puedo aventurar que se correspondería más o menos con una libra y tres onzas romanas. Lo infiero porque hay una familia bergistana, cuyo patriarca es Arkitibas, que da tan solo una vasija de oro. La línea que precede al objeto está partida con cuatro trazos horizontales. Suponiendo que el peso…

–Bien, fray Guillermo –le atajó el templario–. No me cabe la menor duda de que habéis hecho un cálculo preciso de esa medida. ¿Es pues ese supuesto tesoro tan fabuloso como imaginamos?

–Sin lugar a dudas –dijo fray Guillermo–. Lo que dio la familia del tal Arkitibas es una irrisoria minucia. Son escasas las líneas que vienen marcadas con rayas, esto es, con unidades. La mayoría se señala con letras. Hay hasta siete distintas. Supongo que la que indica mayor volumen es la i, signo que figura en la línea donde se inventaría el oro y la plata que donó el clan de Andobeles.

A pesar de tener un rostro inexpresivo, de gesto rígido, se adivinaba en sus ojos que Guido de Périgord estaba sorprendido y esperanzado. Quizás no había tenido de entrada demasiada fe en la capacidad y sabiduría de mi maestro para resolver aquella madeja de enigmas. Desde luego, al principio, no pareció compartir la convicción sin fisuras del difunto Arnau de Torroja y el nuevo Maestre, Gilbert de Erill, en que si había alguien capaz de encontrar el muro de Indíbil, ése era sin duda el sabio y perspicaz Guillermo de Féval. Pero era evidente que fray Guido había ido cambiando de criterio a medida que iba tratando al benedictino. Y ya empezaba a creer seriamente en la posibilidad de que mi maestro solucionara aquel oscuro enigma.

–¿Y la piedra azul? –preguntó entonces.

– Todavía no he tenido tiempo de enfrentarme a ella. Aunque supe ya en Bizancio qué ponía en su remate, pues allí tenía el dibujo que me diera el Maestre Arnau de Torroja. Un dibujo sencillo y fiable, por lo que he comprobado hoy. No así el de las chapas, que se copiaron de modo tan negligente que apenas pude entender entonces alguna cosa suelta.

–¿Qué pone en la piedra? –le atajó fray Guido, con visible impaciencia.

–He de deciros que la piedra no indica dónde está el muro. Es un

críptico mapa que ha de guiar al túmulo donde fue enterrado Indíbil. Eso es lo que lleva grabado en su parte superior: “Andobelesen seltari”. En la tumba de Andobeles.

–No entiendo –dijo el templario, sin disimular su decepción–. ¿Puede estar el muro en el túmulo de Indíbil?

–No –repuso fray Guillermo–. Cuando el rey de los ilergetes muere en la batalla del Ager Sedetanus, el tesoro lleva ya varios meses escondido. Lo más probable es que Arbararbán pusiese en el túmulo alguna clave o mensaje que indicase el lugar donde su señor ocultó el tesoro de los íberos. Mañana me pondré con ello.

Aquella noche dormimos por primera vez en la habitación de los monjes. Nos habían puesto dos camastros junto a la puerta que daba a la torre del comendador, al otro extremo de donde ardía, toda la noche, la antorcha de luz blanca que iluminaba tenuemente la sala. Recé treinta Padrenuestros y quince Avemarías. Tenía mucho que agradecer a Dios, me encontraba feliz, las dudas, los negros nubarrones que se habían formado en mi alma por la cínica incredulidad de mi maestro habían finalmente escampado. Me dije que fray Guillermo era un hombre atormentado, que había sufrido lo indecible, y que ello le había alejado eventualmente de Dios y del camino de la salvación. Pero no era más que una crisis, una rebelión momentánea, fruto del estallido de ira ante la criminal muerte de su hija. Pero mi maestro volvería a la senda de Dios, al manso redil de su Iglesia. Era un buen hombre, y sin duda el más sabio de todos los vivos. Una joya única, creada por el Todopoderoso, y el Portentoso Orfebre no iba a permitir que obra tan única se estragase y condenase a tormento eterno. Con estos esperanzados pensamientos, me dormí, arrullado por los silbos y ronquidos de los frailes templarios.

13

El dios Inur, el que todo lo ve, atrapó con un lazo de esparto a Favon, el espíritu del viento, y tras adormecerlo con palabras de miel y vino se lo tragó de golpe. Sopló entonces en el limo del gran río y de él surgió Zelcon, el veloz caballo. Pretendiendo a Lida, diosa de la caza, Inur le regaló el precioso animal a su padre, el dios Neithu, el que ama las manos. Así, tras las batallas los guerreros cortan las manos de sus enemigos muertos y las llevan en ofrenda a la loma sagrada de la Guardiana, donde mora el aire de todos los caballos por nacer, el viento blanco que cultiva Neithu, el dios guerrero.

(…)

El dios Awr, el que deja ver todas las cosas, se enamoró de la diosa Síker y en una sola noche de furioso deseo la preñó más de mil veces. Desde entonces Síker, cuyos cabellos de agua fluyen por la llanura de Iltirda, concibe grandes piedras de oro, los hijos deformes del dios del sol. Para poder visitarla otras veces, en dulce secreto, fuera de los ojos y de la furia de su esposa, la diosa Hebe, la argéntea vigilante de la noche, el dios Awr regaló a Síker un manto de humo y niebla con el que su amante debía cubrirse en los meses de frío, cuando más arde en el anciano Awr la pasión por poseerla. Los hombres que tienen la desdicha de ver a los amantes que yacen rotos de lujuria sucumben devorados por la procelosa Síker. Sus cuerpos son arrastrados hasta el mar y sus ojos entregados a los peces. Al terminar su frenética cópula, Síker se desborda llena y furiosa y arranca árboles y cercados y destruye los sembrados con la agitación de su cabellera ondulante. Y siente tal calor que de súbito se sacude de encima el manto de humo y niebla y entonces el dios Awr huye por esconderse de los ojos de Hebe, la Guardiana de la noche, la voraz comedora de cabras.

(Fragmentos de la Belíada, recopilada por Sósilo de Lacedemonia)

14

Después de la hora prima, fray Guillermo y yo subimos a la sala del comendador y nos sentamos en el duro suelo enfrente de la piedra azul, que mi maestro había colocado encima de dos escabeles. Por imitarle, estuve largo rato mirando fijamente aquel extraño sillar, sin bullirme ni apenas respirar, como si esperase que de pronto la piedra se echara a hablar para decirnos cortésmente dónde se ocultaba el tesoro de los ilergetes. Porque, en verdad, ni en cien siglos que hubiese estado allí quedo y atento a mirar esa piedra, hubiese sido capaz de ver algo más allá de los dibujos que tenía cincelados. Nada me decían aquellos perfectos agujeros, que semejaban salpicaduras de pequeñas gotas, diseminadas aquí y allá como por acaso, ni veía nada singular en la oronda figura femenina, boca arriba, sino era que estaba trazada de modo muy rudimentario. Sólo el lema tenía sentido, áNOîhéZéN ZéhdRi. En la tumba de Andobeles.

En tan distraída tarea estábamos inmersos cuando nos llegó de afuera un gran clamor, un bullicio de gentes que andaban alborotadas levantando la voz, profiriendo palabras que desde aquella sala nos resultaban ininteligibles, pero que llevaban el marchamo del escándalo, la sorpresa y la maravillada devoción. No tardó en subir Guido de Périgord por contarnos cómo se habían allegado a la casa muchos villanos por referir a los templarios el milagro que había acaecido en la iglesia de Sant Andreu durante la misa de laudes. Cuando un mozárabe de nombre Joan de Ribalta había ido a recibir la eucaristía, la hostia se había quedado pegada fuertemente en el cáliz y al pronto de la pila bautismal había empezado a brotar un humo denso y asfixiante. Los feligreses habían huido de estampida y el pobre capellán, que porfiaba en vano por desprender aquella hostia, había sufrido un repentino desmayo. El vulgo había tomado aquello por gran milagro y decía que era merecido enfado y serio aviso de Nuestro Señor a aquel Joan de Ribalta, porque había hospedado en su casa a un predicador cátaro y a su hija. Así advertía gravemente Dios a aquellos que acorriesen a herejes. Se echó a reír de buena gana mi descreído maestro y ya le dijo a fray Guido cómo le gustaría ir a aquella iglesia de Sant Andreu a ver con sus propios ojos tan extraordinario milagro. Accedió el

templario, sabiendo que en aquella parroquia andaría a la sazón el obispo de Lérida, Gombau de Camporrells, con quien el Temple tenía un pleito sobre los supuestos diezmos que debía pagar por los molinos que poseía en la ciudad. Antes de salir, el hermano pañero nos dio la ropa templaria que habíamos de llevar cuando saliésemos del recinto. Me sentí extraño, pero complacido y altanero, al vestirme el hábito templario. Un monje guerrero, un hombre poderoso. Es curioso el cambio que puede obrar en nuestro ánimo una simple vestimenta.

Atravesamos el Royal, el arrabal que cruzaba el camino de Gardeny. Pasamos junto al Peso del Rey y entramos en la ciudad por la puerta Foradana, que se abría bajo la aljama judía. Aquella calle, continuación del camino de Gardeny, era en realidad el término de la antigua vía augusta, cuyo trazado discurría paralelo al caudaloso río Segre. En recuerdo de aquella remota época de los gentiles, todavía pervivían en esa vía algunas casas, que los villanos llamaban Viletas. Dentro de la ciudad, hallamos el bullicio propio de una población nueva y rica por las bondades de su agricultura y de su comercio. Vimos judíos, muslimes y cristianos que subían al Assoc, el mercado árabe, por la calle que se abría delante del imponente edificio de la Alhóndiga. Pronto llegamos hasta aquellos baños que llamaban del Rey, al pie mismo del Romeu, el antiguo barrio de los mozárabes. Muy cerca se alzaba, imponente, el Palacio de Guillem de Cervera, el que fuera gobernador de la ciudad tras ser conquistada, en representación de su señor feudal, el conde de Urgel, Ermengol VI. Subimos por la calle principal del Romeu hasta llegar a la iglesia de Sant Andreu, donde encontramos gran cantidad de clérigos y villanos que habían llegado ahí al olor del milagro. Al ver a caballeros templarios (que así íbamos vestidos los tres), esas gentes se apartaron y nos dejaron llegar a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada. Llamó resuelto fray Guido y al poco nos abrió un presbítero asistente del obispo. Sin decir palabra nos franqueó la entrada, cerrando luego a nuestras espaldas por estorbar que entrase la clerecía y el vulgo curiosos. La iglesia estaba pálidamente alumbrada por las velas y candelas que ardían en las capillas y en el altar. En éste vimos al obispo atendiendo a las explicaciones del sacerdote que había presenciado el milagro. Sentado en un banco, con el rostro escondido tras las manos y el cuerpo en constante balanceo, había un hombre que musitaba una sibilante letanía. Se presentó fray Guido como un legado del Maestre del

Temple, Gilbert de Erill.

–He venido a presentaros mis respetos, Reverendísima –dijo cortésmente el templario–. En breve os pediré licencia para tratar ese delicado asunto que, por malentendido, nos tiene en tan triste disputa…

Gombau de Camporrells era un orondo y sonrosado prelado, más ancho que largo, que miraba torcido, con cara de sentir un profundo desagrado, cual si estuviese olisqueando sin tregua una fétida carroña. Era de una flacidez desmayada, lívida y femenil, que agravaba con continuos y afectados suspiros. Tenía el rostro lampiño, tanto que le faltaban cejas y pestañas; su nariz era roma, llena de granos purulentos, y sus ojos, chicos, semejaban almendras rojas.

–Aguardaré impaciente –contestó con una voz plañidera, de flauta destemplada.

El sacerdote que estaba junto al Obispo era un hombre de edad avanzada, con el cabello ralo y escaso, la nariz aguileña, prominente, y una mirada que me recordó al instante aquella del hermano Teobaldo de Obarra. A decir de mi maestro, estos sujetos llenos de inquina tenían en el cuerpo un exceso de bilis, humor que, por lo visto, hace coléricos, de fácil enojar, a los hombres.

Presentó Guido a mi maestro como a fray Guillermo, un monje templario llegado con él de Tierra Santa, de tanta agudeza y tan instruido en las cosas naturales, que el Temple le encargaba resolver todo tipo de misterios y sucesos extraños.

–¿Y qué rareza os trae a Lérida? –preguntó el Obispo con su voz mujeril.

–Unos curiosos ruidos que salen de los árboles de Gardeny, Reverendísima –mintió fray Guillermo–. Que parecen sollozos de mujeres que estén atrapadas en su interior.

El sacerdote se santiguó como aquejado por el mal de San Vito.

–Hemos sabido de vuestro milagro –intervino fray Guido–, y nos hemos aprestado a venir, por si precisarais de la sabiduría del hermano Guillermo en estos menesteres.

–No creo que sea necesario, hermano. El milagro está claro. Yo doy fe de la simpleza y honradez de este sacerdote.

Y dicho esto, disparó un dedo acusador hacia el hombre que se tapaba el rostro en aquel banco.

–Nuestro Señor ha hablado –tronó con un tono apocalíptico que movía a

risa viniendo de voz tan delicada–. Aquellos que traten con demonios herejes han de probar su ira divina. Se pudrirán en el infierno, abrasados eternamente en el más cruel de los suplicios.

Mientras clamaba el Obispo, augurando condenas y tormentos, mi maestro se había llegado junto al sacerdote y sin decirle palabra cogió las manos, que miró con gran curiosidad. Luego le pidió que le dejase ver el cáliz donde la hostia se había quedado pegada.

–¡Negándose a entrar en la boca de este asqueroso pecador! –bramó el sacerdote en un arrebato súbito de ira.

Pero fray Guillermo no cejó en su empeño hasta que le entregó aquel cáliz. Lo examinó detenidamente, mirando desde todos los ángulos a su interior y metiendo finalmente su dedo índice para tocar el pan ácimo y las paredes de fina plata de la copa donde se había enganchado. Luego se dirigió al baptisterio y husmeó a su alrededor un buen rato.

–La pila está vacía –dijo al pronto, mirando al sacerdote.

–El agua estaba corrompida, desprendía el humo hediondo del demonio, el que mora en el corazón de ese asqueroso hombre. Dios lo atrajo hasta el agua bendita para que a su contacto se achicharrase.

Sonrió mi maestro al oír esas palabras. Luego se agachó por mejor mirar la piedra del suelo y al cabo se levantó y fue a sentarse junto al hombre que se ocultaba el rostro tras las manos.

–¿Eres tú el que hospeda a esos cátaros en su casa?

El infeliz abatido meneó la cabeza por asentir.

–Dejad que se marche, Reverendísima –dijo entonces para indignación del prelado, que empezó a protestar con todo el ímpetu de que eran capaz sus blandas carnes.

–Creedme que es mejor que este hombre no oiga cuanto he de deciros –le atajó fray Guillermo–. Y miradle: está seriamente compungido, arrepentido, e imagino que con ello, después de este desagradable incidente, ya habrá hecho propósito de enmienda y sabrá a quién no conviene tener hospedado en su casa en este nuevo Obispado.

El tono de fray Guillermo era tan decidido y severo que el indolente Gombau de Camporrells se asustó de lo que mi maestro pudiese decir y, pensando que quizás podría ser en detrimento de su notoriedad entre los villanos, acabó por permitir que aquel hombre saliese por la puerta trasera de

la iglesia y volviese a su casa.

–Guardaos mucho de menoscabar la honra de este humilde y bondadoso sacerdote –protestó luego, aunque sin ninguna convicción.

–Este humilde y bondadoso sacerdote –repitió fray Guillermo, golpeando a macha martillo las sílabas de aquellas palabras–, tiene aún los dedos de la mano diestra manchados con la resina que tan indignamente ha usado para pegar esa hostia a la plata del cáliz. Un engaño sacrílego que no ha dudado en cometer para vejar a ese pobre hombre, para ponerlo en la picota del escarnio público y en grave riesgo de haber sido vapuleado y apedreado por la exaltada turba. Mientras montaba su farsa de juglar con el cáliz, estando los feligreses distraídos por su desvergonzado griterío, alguien que estaba escondido tras el baptisterio, quizás un diácono con quien sin duda este réprobo sacerdote ha concertado ese burdo y falso milagro, ha arrojado al agua un azafate lleno de brasas ardientes. Eso es lo que ha provocado las humaradas. Todavía hay en el suelo diminutos restos de carbón, trozos de tizne que han dejado pequeñas manchas negras en la piedra del suelo. Se debieron caer cuando retiraron las ascuas, una vez consumado el milagro.

El sacerdote había agachado la cabeza y miraba el suelo con el rostro encendido de rubor. El muelle obispo parecía más contrariado que perplejo. Fray Guido, sin embargo, estaba visiblemente contento, ante lo que debía considerar una primera victoria de los templarios en la pugna que mantenían con el prelado de Lérida.

–Ya os dije que el hermano Guillermo era un hombre avezado a resolver todo tipo de misterios.

Fray Guillermo inclinó la cabeza en señal de cortesía, como si no hubiese hecho otra cosa que servir al Obispo. Por primera vez vi cómo el templario Guido de Périgord miraba con admiración a mi maestro.

–Vayámonos, gentiles hermanos –dijo entonces–. Su Reverendísima tendrá mucho que hablar con este humilde sacerdote de su diócesis.

Cuando salimos de la iglesia y ya nos abríamos paso entre la muchedumbre que estaba congregada a su puerta, noté que alguien me tiraba de la túnica. Era una figura menuda, que iba enteramente cubierta con una túnica carmesí y vedaba a la vista su rostro, ocultándolo tras una gran

capucha. Torció levemente la cabeza por indicarme que me apartase con ella, cosa que hice sin pensar demasiado, lleno de infantil curiosidad. Entró medio cuerpo en el zaguán de una casa que tenía la puerta abierta y ahí se desembozó para mostrarme el rostro de una joven de hiriente hermosura. Tendría mi misma edad, si no algún año menos. Un ángel de esbelta figura y rasgos perfectos, con los cabellos sacados de una vena de oro, la sonrisa hecha de nieve y los ojos de la más dulce de las mieles. De repente mi rostro se llenó del más cálido de los bochornos. La muchacha me dijo que la enviaba su padre por darnos las gracias a los templarios, sobre todo a aquel altísimo y rubicundo caballero.

–Joan de Ribalta es un hombre de gran corazón, que se ha visto en un grave peligro por hospedarnos.

–¿Sois la hija del predicador cátaro? –pregunté sorprendido.

–Disculpad que me presente así, pero me he descuidado los cuernos y el rabo en esa casa –me contestó graciosamente, en tanto me guiñaba un ojo.

Tenía un franco y alegre desenfado, fuera de lo común en una doncella de su edad. Me pareció un ser tan hermoso, atrayente y turbador, que bajé al pronto la cara, dispuesto a no mirar más su doliente rostro. Debió de entender mi desasosiego, porque cuando volvió a hablar su voz tenía un deje de limpia tristeza.

–Gentil caballero, me llamo Blanca de Albi. Mi padre, además de agradecer a ese gigantón templario lo que ha hecho por nuestro amigo Joan de Ribalta, quiere que le digáis que quizás corre algún peligro. Un comerciante de la aljama mora nos ha contado que hay en la ciudad tres musulmanes venidos del remoto oriente que buscan a gentes que conozcan la encomienda de Gardeny, que trabajen o tengan tratos en ella. A un ganapán moro que a veces lleva recados para vosotros le preguntaron ayer si en el castillo se estaba un caballero muy alto, rubicundo y con una gran cicatriz que le partía el gesto. Está claro que hablaban de este honorable monje que tanto bien nos ha hecho hace un rato. El aspecto de estos musulmanes causa espanto. Tienen la mirada fría, profunda y amenazadora, y hablan con la voz de los que nada temen ni conocen piedad alguna. Un olor intenso a hierba dulce, fermentada, emana de sus cuerpos. Nada bueno puede esperar ese hermano templario de ellos.

–Gracias, gentil doncella –dije con voz trémula–. Mi nombre es Ramón, nacido para serviros… No tengáis cuidado, los templarios sabemos cómo

protegernos.

Dije aquellas palabras sin apenas pensarlas, aunque me di cuenta al instante de que trataba con ellas de impresionar a aquella angelical criatura. Me sentí ridículo. Yo, Ramón de Ninguna Parte, Ramón de las Breñas, pobre novicio benedictino, me amparaba en aquel níveo hábito con la cruz roja al pecho para hacerme pasar por un poderoso caballero templario. Entonces entendí por qué los templarios tenían aquella norma, cuyo incumplimiento era objeto de censura o castigo, que obligaba a no mirar nunca a una mujer a los ojos, aunque fuese la propia madre o una hermana. Maldita sea la carne, pensé luego, fuente de estulticia, torrente de todas las tentaciones.

Mientras Blanca de Albi se alejaba, me puse a rezar atropelladamente. Pero no pude evitar mirar cómo andaba grácil y leve Romeu arriba, ni pude impedir pensar que me iba a morir de dolor si no volvía a verla.

14

Eran los tiempos en que Awr aún no dominaba altivo a las Urgas, las diosas negras, los hálitos de la oscuridad, que se metían furtivas por las bocas de los hombres y de sus veloces caballos y se los comían voraces por dentro, con sus afilados dientes de piedra. Beles, el de la mirada oscura, llegó del sur con los suyos a la tierra donde mora la diosa Síker, la de la cabellera de agua. Venía huyendo de la saña de Bakur, el que arrasa las mieses y pudre las vituallas. Al llegar, Beles sacrificó a todos los primogénitos de las familias que acaudillaba por ablandar el corazón de Síker y hacer así que la diosa le fuese propicia. Luego atacó a los Otso, los hombres de piel de lobo, que vivían en cuevas y se alimentaban de raíces y carroña, pues Saur no les había confiado los secretos de la piedra y del hierro, ni Árcone el modo con que preñar a Emur, la de las entrañas de agua y tierra. Eran los Otso criaturas muy amadas de Vael, el dios de los bosques, que al saber la desgracia que se estaba abatiendo sobre sus desprotegidas criaturas, salvó a cuantos pudo de la saña de Beles, al convertirlos en lobos y esconderlos en los montes donde moraba. Desde entonces, por venganza, los Otso entran por las noches en los poblados y matan el ganado. Los hombres les tienden arteras trampas y cuando capturan a alguno lo enjaulan. Apenas le dan de comer ni beber y las mujeres le arrojan duras piedras cortantes. En el día de la séptima Hebe, la blanca Guardiana, los hombres levantan en su monte sagrado una gran empalizada y allí sueltan a los Otso cautivos. Los niños que han de dejar de serlo y al alba llamarse guerreros de la tribu de Beles deben entrar en la empalizada con su falcata y matar un Otso. Algunos no lo consiguen, mueren devorados por los sirvientes famélicos de Vael. Los que vencen, sacan a los animales vencidos en brazos y se los entregan a sus madres, que los despellejan y hacen de sus pieles un manto recio que habrá de protegerlos de las Urgas y de sus enemigos. Esas noches, Vael aúlla desconsolado, con las fauces mirando el rostro níveo de Hebe, la Guardiana de la noche. Se queja doliente a la diosa por la muerte de los suyos.

Todos los otrora niños que se convierten en guerreros durante el largo tiempo en que Hebe se muestra sesenta y seis veces enteramente desnuda

tendrán que elegir luego entre ellos al caudillo que les guiará en las batallas, su Beles. El espíritu aullador de los Otso abatidos los mantendrá unidos en un pacto indisoluble de vida y muerte. Por eso, cuando su Beles muere, sus aguerridos Askatar combaten hasta la muerte sobre su túmulo. Es una extraña lucha en la que todos tratan de morir a manos de los otros. No deben cometer la indignidad de quedarse de brazos cruzados, deben dar golpes y tratar de pararlos. Pero lo hacen con indolencia y desgana, pues todos ansían tener el honor de morir para acompañar a su caudillo en su última batalla, la que ha de librar contra los soldados de Tagotis, los feroces Míleos, gigantes que tienen cuerpo de caballo y cabeza de león. Vigilan el paso del desfiladero de Jatán, a cuya salida está la puerta de entrada al valle de Bondé, donde moran las dulces Kirias, las que aman y cuidan a los guerreros. Cuantos más Askatar mueran combatiendo y acompañen así a su Beles, más probabilidades tendrán de atravesar el desolado paso de Jatán y vivir eternamente en los brazos de las hermosas y complacientes Kirias.

(Fragmentos de la Belíada, recopilada por Sósilo de Lacedemonia)

15

Bullía en mi interior un torbellino de sensaciones nuevas y contradictorias. Por una parte sentía el aguijón de un deseo desconocido, hecho de brasas y ruido de tormentas; y por otra, me acometía una inquietante desazón por el convencimiento de haber pecado. Sin remisión ni arrepentimiento… Con ese dulce tormento eché a correr para alcanzar a fray Guillermo y a fray Guido. Lo hice cuando ya salían por la puerta Foradana y tomaban la vía de Gardeny. Traté de contarle a mi maestro por qué me había demorado y con ello la advertencia que me había hecho la hija del predicador cátaro. Pero nada más empezar a hablar fray Guillermo me atajó diciéndome que era muy descortés interrumpir conversaciones ajenas. Callé avergonzado. Fray Guido le estaba refiriendo a mi maestro el estado de los intereses del Temple en Tierra Santa. Las fortalezas que habían perdido a manos de los ayubíes y que esperaban recobrar en breve, su difícil relación con los caballeros hospitalarios y con los dignatarios francos que gobernaban ahí los distintos señoríos cristianos. Sorprendentemente, fray Guillermo parecía seguir con sumo interés las explicaciones del templario. Me puse a caminar a par suya, la mente todavía invadida por la imagen de Blanca de Albi alejándose paso a paso de mí. Fue un poco antes de llegar a la loma de Gardeny cuando de súbito me golpeó en la nariz aquel extraño olor a hierba. Como un relámpago se alumbró en mi mente el recuerdo de las palabras de la doncella cátara. Olor a hierba dulce, fermentada. También mi maestro pareció percibirlo, pues ambos nos volvimos a una. Eran tres muslimes de turbia y porfiada mirada. La mano del que iba en medio se extendió al pronto con una velocidad vertiginosa. Fray Guillermo recibió una puñalada certera en el corazón. Trastabilló un poco y de súbito se desplomó en el suelo. Los tres musulmanes echaron a correr, saltaron con sorprendente agilidad la tapia de un huerto, lo atravesaron, saltaron otro muro y ya se perdieron de mi vista. Huían en dirección al Podio de los Ahorcados. Fray Guido se inclinó un instante sobre el cuerpo inmóvil de mi maestro, se incorporó luego, sacó un puñal que llevaba oculto en el hábito y, profiriendo un grito desgarrador, echó a correr detrás de los asaltantes fugitivos. Me dejé caer al suelo. Sentado junto a fray Guillermo, empecé a balancearme

ligeramente, en tanto acariciaba los cabellos de arcilla de mi venerable maestro. Después se desbocó en mí el caballo indómito e irrefrenable del llanto. Al descomunal alarido que había proferido Guido de Périgord, no tardaron en bajar del castillo cinco monjes templarios, que se allegaron donde yo estaba, blandiendo inquietos sus relucientes espadas. Entre ellos venían fray Arnau y fray Pere, aquellos hermanos a los que el legado del Maestre había encargado nuestra vigilancia y protección. Se quedaron estos dos conmigo y los otros tres, tras mirar como avezados cazadores las huellas del camino, partieron raudos en pos de fray Guido. Se quejaba amargamente el hermano Arnau diciendo cómo Guido de Périgord les había ordenado aquella mañana que se quedasen en el castillo, cuando, al pronto, fray Guillermo empezó a menearse, a tener convulsiones y a dar en toser luego como el desdichado que se atraganta comiendo. Tenía el rostro crispado por el dolor y apenas conseguía abrir los ojos.

–No puedo respirar –musitó con la voz rota.

Fray Pere le rasgó con la punta de la espada la tela del hábito por librar algo a mi maestro de esa opresión que sentía en el pecho. Al desnudarle el torso vimos cómo la daga estaba firmemente clavada en aquel libro que fray Guillermo llevaba siempre consigo. Su adorada Belíada, del griego Sósilo de Lacedemonia. El puñal había atravesado por su medio el libro, pero su afilada punta apenas había alcanzado a provocarle una pequeña hendidura en el pecho, de la que manaba un fino hilo de sangre. Pero la brutalidad del golpe le había hecho perder el sentido. Ahora que lo recobraba parecía no tener otra preocupación que saber en qué estado había quedado aquella preciada obra.

–Hubiese podido ser peor –musitó tras incorporarse un tanto, arrancar el puñal y hojear el libro.

Me lo entregó sin decirme nada. El arma había destrozado la madera de las cubiertas y había dejado una gran resquebrajadura en las hojas de pergamino del interior. Pero aquella incisión, de un pulgar de largo, era tan delgada que en ningún momento estorbaba la lectura de las páginas.

Fray Guillermo hacía de cuando en cuando gestos que avisaban del dolor que todavía sentía en el pecho. Apoyado en los hombros de aquellos dos templarios, consiguió subir la cuesta y entrar en el convento-fortaleza. Ahí lo llevaron directamente a la enfermería, donde quedó acostado en un lecho. No tardó en dormirse por el dolor y la fatiga. El hermano enfermero le lavó y le

cerró la herida. Tenía en el pecho la marca amoratada del libro, una contusión rectangular con aquella pequeña hendidura en su centro. La Belíada, de Sósilo de Lacedemonia, le había salvado la vida. Y su celo en guardarla a buen recado, su devoción por ella. Al cabo de un rato, los otros templarios volvieron al recinto. Fray Guido de Périgord traía el brazo derecho ensangrentado. Había recibido una recia cuchillada, que el hermano limpió y suturó luego con una aguja muy fina y un largo hilo de seda. Jamás había visto coser una herida, por lo que, viendo mi extrañeza y curiosidad, aquel templario me dijo que era un nuevo y práctico método que había aprendido en Salerno del cirujano Rogerius Salernitano. El Temple tenía fama de contar con excelentes físicos, que habían aprendido esa ciencia de los mejores médicos cristianos, judíos y, sobre todo, árabes.

Fray Guido había dado alcance al musulmán que iba a la rezaga cuando éste alcanzaba las primeras casas de la loma del Mohallakat, el Podio de los Ahorcados. El hombre se había girado en el acto, dándoles grandes voces a los dos que iban delante, por decirles sin duda que escapasen ellos, que él contendría a aquel monje templario. Armados ambos con sendas dagas, ahí habían estado un rato dándose recias cuchilladas. Eran muy parejos en destreza, por lo que habían luchado con cuidado y alerta, hasta que el hábil musulmán le había hecho una presa con ambos brazos, dejándose caer luego al suelo sobre un sorprendido e inmóvil fray Guido. Quedó el templario boca abajo, la boca llena de tierra y sintiendo en el lomo las duras rodillas del árabe. Cuando éste le levantó levemente la cabeza, asiéndole de los pelos, Guido de Périgord tuvo la certeza de que iba a degollarlo. Su mano diestra topó entonces con la daga caída, la aferró y, doblando el brazo con presteza, fue a clavarla entera en el muslo de su enemigo. El musulmán aulló de dolor y se desplomó a un lado. En ese preciso instante se allegaron a él aquellos otros templarios. Tomaron entre dos al herido y se lo llevaron a rastras, con la intención de subirlo al castillo para interrogarlo. Pero había muerto por el camino, desangrado por aquella recia cuchillada. Le conté yo entonces la advertencia que me había hecho en el Romeu la hija de aquel cátaro. Al oír mi relato, Guido de Périgord pareció totalmente contrariado. En ese momento vino a despertarse mi maestro. Rogó que le trajesen agua, lo cual vine pronto a hacer yo, con diligencia. Cuando hubo saciado su sed, el templario le preguntó si por ventura sabía quiénes eran aquellos tres locos que habían

intentado matarle.

–Tengo la misma sospecha que vos, fray Guido. Aunque os parezca tan absurda que no os atreváis siquiera a expresarla –dijo mi maestro con voz débil y entrecortada.

–Nizaríes… –murmuró entonces el templario–. ¿Hashashins en Occidente? No puede ser.

–Vos habéis vivido en Tierra Santa más años que yo, supongo. Les vi los ojos, olí el olor del hachís, de esa sustancia que sacan del cáñamo índico y que les ha dado nombre.

Los otros templarios que estaban en la enfermería y yo estábamos en ascuas, pues no entendíamos nada de lo que hablaban mi maestro y Guido de Périgord. Se dio cuenta fray Guillermo y por no parecer descortés, tras pedir licencia para ello a fray Guido, nos contó cuanto sigue:

–Entre los muslimes hay fundamentalmente tres grandes ramas religiosas, que se diferencian entre sí, sobre todo, por el rigor en que creen que deben ser cumplidos los preceptos del Islam. Son los suníes, los chiíes y los jariyíes. Los nizaríes o hashashins son una escisión de la secta de los ismailíes chiítas, una suerte de gnósticos árabes que son considerados herejes por los demás musulmanes, pues creen que el Corán es un libro esotérico, con un mensaje oculto que hay que descifrar de modo místico. Los nizaríes han abandonado, de hecho, el cumplimiento de los preceptos musulmanes y no siguen la sharia. Ni ayunan en el Ramadán ni son precisamente abstemios. Intentaron incluso convertirse interesadamente al cristianismo, abjuración de su fe que impidió el poder de la Orden del Temple… El padre de esta secta fue Hassan-i-Sabbah, más conocido como el Viejo de las Montañas. Creó una suerte de milicia religiosa, muy parecida a las tres órdenes cristianas de monjes guerreros que hay en Tierra Santa, templarios, hospitalarios y estos teutónicos recién creados. Los nizaríes poseen muchas fortalezas en el Oriente Medio, así en Siria, como en la antigua Persia. Su mayor baluarte se halla en un lugar secreto que llaman Alamut. Desde allí, su maestre (guía al que ellos llaman el Viejo de las Montañas, en honor a su fundador) intenta extender su gran poder e influencia sobre el mundo musulmán, al que sus acólitos tienen atemorizado. Para ello se han significado en el

homicidio selectivo. Son pocos, pero letales. Guerreros extremadamente eficientes y temerarios, combatientes ágiles y silenciosos capaces de matar a quien sea y donde sea. No temen nada, uno solo se lanza alegremente contra un ciento, si tal locura le pide su venerado guía. Pues no hay cosa que más ansíen que morir cumpliendo el mandato del Viejo de las Montañas. Sólo de ese modo renacerán en el Jannat, el dulce y eterno Paraíso.

Mi maestre estaba fatigado de tanto hablar y jadeaba y detenía su relato continuamente. Viendo el gran esfuerzo que debía hacer por proseguir, fray Guido de Périgord tuvo a bien continuar por él.

–Hace unos veinte años, en los primeros de su sultanato, el gran Saladino les declaró la guerra y marchó contra ellos con gran número de tropas. Sorprendentemente no consiguió tomar ni una sola de sus fortalezas y al cabo de un mes escaso se volvió a al-Fustat. Los nizaríes no eran precisamente muchos en número y, contra toda razón, el poderosísimo sultán se retiró sin más y firmó luego un pacto con ellos, por el que se comprometía a no volver a combatirles. ¿Qué ocurrió para que el resuelto ayubí tomase tan sorprendente decisión? ¿Qué retrajo a un hombre que fue siempre espejo de voluntad inquebrantable, de terca determinación? Lo que se dijo entonces fue que recibió la secreta visita de un hashashin… El sultán había puesto sitio al baluarte nizarí de Masyaf, a poniente de Hama, cuando una noche en que dormía despreocupadamente en su fastuosa jaima, le despertó de súbito un fuerte estallido que venía de la zaga del pabellón. Vio entonces una sombra que huía precipitadamente de su tienda. Se levantó, tomó su espada y salió al exterior. Allí reinaba la más absoluta confusión. Al ruido de aquel estruendo muchos soldados se habían despertado alarmados y habían salido prestos de sus tiendas. Empuñaban armas y antorchas, y daban fuertes voces, en tanto corrían sin ningún concierto. No encontraron a nadie. Al volver a su tienda, Saladino vio que alguien había clavado una daga en el mástil central, un extraño puñal con hermosos gavilanes, que resultó estar envenenado, y que atravesaba un trozo de pergamino en el que estaba escrito: “Morirás si no levantas este sitio”. Sea esto cierto o habladuría, el caso es que el sultán no volvió a molestarlos. Entre las últimas hazañas de estos locos se cuenta el homicidio, hace apenas dos años, de Conrado de Montferrat, al que dos hashashins apuñalaron en plena calle. Ese marqués iba a ser coronado en

breve como nuevo rey de Jerusalén, a pesar de la férrea oposición de Ricardo I de Inglaterra, que defendía los derechos del antiguo monarca, Guido de Lusignan, uno de los causantes del desbarato de Hattin. Los hombres de Conrado consiguieron atrapar con vida a uno de los atacantes, que terminó confesando bajo tortura que detrás del crimen estaba el rey inglés. Aquella acusación contra Ricardo Corazón de León no pudo probarse, pero causó un gran escándalo en Tierra Santa.

Se incorporó entonces un tanto mi maestro para decirnos que los hashashins tomaban aquella droga, el hachís, para alcanzar un estado de conciencia que les hacía insensibles al dolor y temerarios hasta el suicidio.

–Se dice que el Viejo de las Montañas tiene una curiosa e infalible manera de crear adeptos dispuestos a cualquier mortal sacrificio. El rumor entre los cristianos de Tierra Santa es que los nizaríes tienen en ese baluarte de Alamut, en un rincón muy secreto, un fabuloso jardín que simula en todo aquel del Jannat que Mahoma describiera en el Alcorán. Ahí fluyen pequeños arroyos cantarines de agua cristalina, y hay árboles frutales de frescas y amenas sombras, cuyos abundantes frutos están al alcance de la mano, y aquí y allá, se levantan, entre exóticas plantas, lujosos pabellones con tiendas hechas de perlas, en cuyo interior hay alfombras forradas de brocado y camas cubiertas de seda y mullidos almohadones. El lugar está lleno de hermosísimas doncellas de grandes ojos, que a guisa de huríes regalan y cuidan a los hombres. Ninguna cosa les niegan. Llevan grandes bandejas de oro, con carnes de ave y copas de delicioso vino. Una perfecta recreación del paraíso que prometiera Mahoma a los creyentes. Un anhelado Jannat al-na’im. Un Jardín de las delicias. Dicen que los hashashins invitan una noche a un gran banquete a sus nuevos adeptos. Allí les cuentan que ellos poseen los secretos que abren las puertas del paraíso y que Alá ha concedido a los suyos, pues son sus únicos elegidos, poder visitarlo en vida. Sólo una vez. Los adeptos se miran maravillados, los ojos henchidos por el humo del hachís que arde en los pebeteros. Cuando se acaban las viandas les dan a beber una deliciosa y fresca hidromiel en la que han echado un potente narcótico. Al amanecer despiertan en aquel simulacro de paraíso. Toman hachís, beben vino, comen suculentas carnes de ave, yacen con

aquellas deliciosas doncellas, expertas en las artes amatorias. Gozan durante un día del Jannat en vida. En la madrugada, las muchachas echan el mismo narcótico en las ánforas de vino y de leche. Los jóvenes adeptos se despiertan esta vez en el austero dormitorio del alcázar de Alamut. El Viejo de las Montañas les pregunta entonces: "¿Visteis el jardín eterno de las delicias?". Los discípulos asienten y plañen suplicantes que les deje volver a él. Entonces su guía les dice: "Sólo aquel que muera por mí podrá regresar al Jannat al-na'im".

Estuvimos un rato callados. Supongo que todos pensábamos en lo cerca que había estado fray Guillermo de morir a manos de aquellos locos. Era casi un milagro que hubiese sobrevivido a un ataque tan preciso y fulminante. Yo todavía temblaba por la conmoción que había sentido al pensar que mi maestro estaba muerto. Me había visto al pronto desvalido, en el más absoluto de los desamparos. Huérfano por segunda vez. Y aunque el azar, en forma de oportuno libro, había conjurado entonces el peligro, sentía que fray Guillermo se hallaba todavía en extremo riesgo de sufrir una nueva agresión. Y ya nos habían contado lo eficientes y letales que eran aquellos hashashins… Sería ciertamente difícil que sobreviviese a un nuevo ataque.

Estaba claro que alguien en Tierra Santa deseaba la muerte de fray Guillermo. ¿Pero quién? Mi maestro parecía sinceramente sorprendido con aquel caso, lo cual nos hizo suponer que no sabía quién había ordenado a aquellos hashashins que atravesasen medio mundo para allegarse a Lérida a matarlo.

–No creía que tuviese otro enemigo que el difunto maestre Gérard de Ridefort –dijo de pronto fray Guillermo, consciente de nuestras tribulaciones.

–Es en verdad un caso extraño –convino fray Guido–. Todo indica que alguien trata de abortar nuestra búsqueda… Puedo aseguraros, empero, que los templarios hemos obrado con absoluto secreto y discreción en todo este asunto.

–Yo también he sido en extremo discreto –contestó fray Guillermo, con severidad, como si las palabras del templario hubiesen supuesto algún velado reproche.

–Los dos nizaríes que han huido, lo han hecho con la certeza de que os han dado muerte –intervino entonces el hermano enfermero–. Lo más seguro es que ya estén camino del reino moro de Valencia, donde supongo que

intentarán embarcar para regresar a Oriente.

Aquellas palabras me consolaron un poco. Aunque no tardaría nada fray Guillermo en devolverme a mi anterior estado de desasosiego, de inquieta preocupación.

–Esos nizaríes tienen a alguien dentro de esta casa que les ha informado de que estoy aquí –dijo convencido–. Quizás en este mismo momento ya sepan que sigo vivo.

Fray Guillermo durmió aquella noche en la enfermería. Aunque pronto se habían disipado los temores de que la daga del nizarí estuviese untada de venenos, el hermano enfermero no permitió que se levantase hasta que hubiese recobrado enteramente sus fuerzas.

Al día siguiente llegó la niebla.

15

Siendo Beles ya casi un anciano, se llegó a visitarle Gerión, rey de los etartos. Venía con su hija pequeña, Luma, de la que Beles se enamoró perdidamente nada más verla. Encendido de juvenil deseo, pidió a Gerión que se la diese por esposa, a lo que el rey de los etartos accedió, pues quería trabar fuertes lazos de amistad con el pueblo de Síker. Para no tener que pagar su dote, Beles llamó secretamente a Gerión y, atrayéndole con engaños al llano donde crecen los oscuros abismos, lo arrojó a un pozo de carbón ardiente. Nadie sospechó nada, Beles se casó con Luma y los etartos lloraron la desaparición de su sabio rey. Creyeron que Hebe se lo había llevado a su lado, pues era Gerión el hombre al que más amaba la diosa guardiana de la noche, a la que siempre hacía magníficas ofrendas. No había visto la diosa lo que le había ocurrido al malogrado Gerión, hasta que un día, estando enteramente desnuda, asomó su níveo rostro por aquel pozo y vio el hermoso colgante de plata, que en su honor llevaba en el cuello el rey de los etartos. Preguntó la diosa a las criaturas de la noche si por caso alguien había visto a Gerión, pero ninguna supo darle noticia de su desastrada fortuna. Se fue entonces a ver a Inur, el que todo lo ve, que le contó cómo Gerión había muerto a manos del avaricioso Beles. Al saber qué le había ocurrido a su amado Gerión, la comedora de cabras lloró durante cien días grandes manos ensangrentadas que se fueron amontonando, acá y acullá, hasta formar las lomas sagradas donde deben ser enterrados los muertos. Cuando acabó su lastimero luto, Hebe envió a su hijo Neithu para que matase a Beles. El dios tomó la forma de una gigantesca águila, con garras y pico de cortante hierro bruñido. Cuando se lanzaba en vertiginoso picado sobre Beles, el de la mirada oscura, la diosa Síker, que detestaba a Hebe con odio negro, se puso al pronto el manto de niebla que le había regalado Awr. Cegado en aquella gris oscuridad, Neithu se estrelló contra una de las lomas hechas de manos amputadas, las lágrimas de su madre, fuente de todo vigor y poder. Comió de ellas Neithu y así pudo salvar su vida, su cálido soplo de luz, entonces atrapado en el mortal cuerpo del águila. Esa noche, Beles, ensoberbecido por haber escapado a la furia de la diosa y ebrio al haber bebido del río de fuego

que corre por las entrañas de la uva, confesó a gritos su crimen y bramó al cielo palabras hirientes con las que el insensato se burlaba de Hebe, la Guardiana de la noche. Luma, al conocer la muerte de su padre, corrió hasta aquel pozo de carbón hirviente y se arrojó a él. Guiado por la sacrílega voz de Beles, Neithu pudo allegarse a su lado y, destrozándole el clamoroso pecho, se comió su viejo y tierno corazón. Una muerte digna de aquellos que ofenden a los dioses. Tomó Neithu a Beles entre sus garras y alzó el vuelo por entregarle el cuerpo, ya augurio de barro, a la diosa Hebe, la que vigila la noche. Pero en su ascenso, por la fuerza de las garras de cuchillo, el cuerpo de Beles se partió en ocho pedazos que al romper en el suelo alzaron una colina de arcilla, roja por la sangre del insensato Beles, el primer caudillo de los ilergetes. Ninguno de sus Askatar quiso acompañarle en la última batalla, la que habría de librar contra los Míleos en el desfiladero de Jatán. Ya que su muerte había sido exigencia de la diosa, el pueblo de Síker llamó a aquella colina La Blanca Guardiana, pues es Hebe la nívea vigilante de la noche. Y en votiva ofrenda, tras cada batalla, esparcen en ella las manos de sus enemigos muertos, esperando que con ellas se alimente y sacie Neithu, el dios de la guerra, y así les sea propicio en los combates por venir. El oráculo de Urbaca, en el santuario oriental, dijo entonces que un día, cuando Neithu deje de amar las manos, el hijo de Hebe volverá en forma de gigantesca águila y dará la más horrible de las guerras al pueblo de Síker. Ese día será el fin de los ilergetes.

(Fragmento de la Belíada, recopilada por Sósilo de Lacedemonia)

16

Los templarios interrogaron a donados y sirvientes, y rastrearon tanto la aljama de la morisma como aquel arrabal del Cap Pont, lugar en el que se habían asentado muchos de los muslimes expulsados de la ciudad tras su conquista cristiana. Con unos fueron rudos y amenazantes, con otros, gentiles y sonsacadores. A éstos prometieron riqueza, a aquéllos ruina. Pero todo fue en balde. Casi nadie supo o quiso darles razón sobre esos extraños árabes allegados del remoto Oriente. Sólo algunos confesaron haberlos visto, aunque ninguno después del día en que habían atacado a fray Guillermo. Y únicamente dos de ellos confirmaron que esos hombres iban preguntando por un franco de altura descomunal y cabellos rubicundos. De seguir en la ciudad, quien fuese que los estuviese ayudando no estaba dispuesto, de ningún modo ni a ningún precio, a delatarlos.

–Creo que los moros temen y respetan tanto a estos nizaríes, como a nosotros los cristianos –decía desesperado fray Guido.

Después de las pesquisas que hiciesen en la casa de Gardeny, los monjes caballeros habían llegado a la conclusión de que si alguien había avisado a los hashashins desde dentro, había de ser alguno de muchos villanos con los que trataban a diario. De modo que hicieron correr la voz de que a quien hablase con extraños de lo que veía en el castillo se le vedaría la entrada y se atajaría toda relación o negocio con él.

Esas indagaciones y amenazas se me antojaban tan baldías, que a cada día que pasaba se acrecentaba en mí el miedo a que fray Guillermo sufriese un nuevo y, esta vez, mortal ataque. La espesa niebla que había llegado al pronto la mañana siguiente a la agresión, y que persistía terca en borrar día tras día el paisaje, contribuía a crear en mí una sensación de indefensión y desamparo que me mantenía en una desazón continua. Así mi alma se me antojaba rodeada de recia niebla, en la doblada tribulación de pensar que podía perder a mi maestro y que ya no había de volver a ver a Blanca de Albi. Porque pensaba en la joven cátara a todas horas. Me mortificaba saber que era una hereje condenada al fuego eterno, una criatura engañada por el demonio, y me sentía sucio, lleno de fétida podredumbre, por tenerla, a pesar de todo, por la

criatura más hermosa y dulce del mundo.

También el hermano Guido abrigaba el temor de que los nizaríes intentasen de nuevo matar a fray Guillermo, pues pronto decidió que mi maestro debía ser confinado día y noche en la sala del comendador, la más segura sin duda del recinto. No saldría de ahí bajo ningún pretexto, ni siquiera para comer o para asistir a los oficios, hasta que no diesen con los dos hashashins. Le armaron una pequeña yacija en un rincón y le subieron una jofaina para que se asease y un bacín para sus necesidades, menores y mayores. En aquella torre de homenaje no había puerta alguna que se abriese al exterior. Se accedía a ella a través del dormitorio de los monjes, en la segunda planta del donjon, y a ése se ascendía por unas escaleras móviles, que en cualquier momento podían inutilizarse o desarmarse. De modo que, en caso de ataque, la torre de homenaje podía quedar estanca, clausurada y aislada del resto del castillo. Todo un complejo y avisado sistema defensivo que a la sazón se iba a utilizar para proteger a Guillermo de Féval del posible ataque de un ejército de dos hombres…

–Mi vida es una sucesión de cautiverios –me decía con una leve sonrisa de resignación.

En ese nuevo confinamiento, fray Guillermo pasaba los días mirando la piedra azul de Andobeles y leyendo aquel libro de Sósilo de Lacedemonia. Cuando subía a verle le hallaba hundido en un ensimismamiento reflexivo del que era difícil sacarle. Era evidente que no conseguía descifrar el críptico mensaje que suponía que contenía la piedra, a pesar de lo cual no estaba dispuesto a darse por vencido. Abstraído de cuanto le rodeaba, se devanaba los sesos por encontrar la interpretación correcta de aquel enigma. Se levantaba, daba nerviosos y grandes pasos por la sala y se volvía a sentar, para quedarse de nuevo inmóvil, mirando fijamente alguna muesca de la pared. Luego miraba la piedra y al cabo, se ponía a leer aquel acuchillado libro, creyendo que quizás entre sus páginas estuviese oculta la solución. A mí no dejaba de sorprenderme ese cambio de actitud. Hacía tan sólo unos meses que me había dicho que jamás ayudaría a los templarios a buscar el tesoro de los ilergetes. Y ahora no parecía haber otra cosa en el mundo que le preocupase en mayor medida, ni siquiera que estuviesen en algún lugar de ahí fuera, ocultos y al acecho, dos implacables hashashins dispuestos a darle muerte. Yo sabía bien que aquel repentino interés por descubrir el muro de Andobeles era

en el fondo un acto de pura vanidad, que poco tenía que ver con la generosa oferta que le había hecho por carta el Maestre del Templo, Gilbert de Erill. Cuando se le pasó la rabia y el desconsuelo que sintió ante la noticia del homicidio de su hija, se había vuelto a despertar en él la viva curiosidad por resolver un enigma contra el que los templarios, con todo su poder, se habían estrellado una y otra vez durante los últimos cincuenta años. Fray Guillermo no rendía sus armas, no capitulaba, cuando se trataba de resolver un complicadísimo misterio o acertijo. Estaba claro que se trataba ahora de un reto personal, de un astuto combate que libraba contra aquel sacerdote ausetano que había ideado y trazado el mapa de la piedra. Porque fray Guillermo tenía la certeza de que se trataba de un mapa que indicaba el lugar donde estaba el túmulo de Indíbil.

–Te voy a vencer, astuto Ardabarán –musitaba de tanto en cuando por incitarse a redoblar el esfuerzo mental de dar con la clave.

Desde el día del ataque de los hashashins, fray Guillermo no me había vuelto a enseñar ninguna otra palabra íbera. Una semana después me atreví a preguntarle el motivo de aquel repentino silencio. Temía que hubiese decidido que yo no le era ya de ninguna utilidad o ayuda en aquella empresa. Tardó un rato antes de salir de su habitual distracción, y fue para contestarme que ya no sabía más vocablos, que ya me había enseñado todos cuantos en su día recogiera Sósilo de Lacedemonia para uso del gran general Aníbal Barca.

–Ya puedes cerrar ese arcón en tu memoria –me dijo antes de sumirse de nuevo en la profunda lejanía de sus cavilaciones.

Yo, por mi parte, viví esos días en el más absoluto desasosiego, librando una batalla interior que me tenía exhausto, sin sueño ni apetito. En aquella calle del Romeu, mirando a Blanca de Albi había pecado gravemente de lujuria, de pensamiento y omisión. La lujuria, *usus vel appetitus inordinatus venereorum*. El hecho de que en mi caso no hubiese uso sino apetito no me consolaba lo más mínimo, pues la magnitud de mi falta se medía precisamente en que a todas horas me aquejaba el ferviente deseo de pecar por entero, de obra, de manos y de boca. Ceder a la tentación de aquel vicio capital, más propio de bestias que de criaturas de Dios. La condición de hereje de Blanca de Albi agravaba sin duda la falta y mi mortificación. Aunque empezaba a dudar de que una criatura de tan perfecta belleza pudiese ser obra o

secuaz del demonio.

El día siguiente al ataque de los nizaríes había ido a hablar con fray Guillermo por que me explicase en qué consistía aquella herejía de los cátaros. Bien entendió por qué le preguntaba aquello, a pesar de lo cual, tras mirarme un rato divertido, me dijo cuanto sigue:

–Los puros recogen las antiguas creencias del dualismo de los gnósticos. Dios creó el cielo y las ánimas, lo demás, el mundo material, incluida la Iglesia Católica, claro, fue obra exclusiva de Satanás. Entendiendo que la carne es fuente de toda corrupción, niegan la encarnación de Cristo. Éste fue sólo una apariencia, una ilusión corpórea. También creen que el Dios del Antiguo Testamento fue en realidad el demonio, pues no sólo creó el mundo material sino que además de contino muestra su satánica crueldad. Con la idea de que el pecado se perpetúa en la carne, es inútil, para salvarse, tener fe en Dios. Las almas han de desprenderse de su envoltorio carnal corrompido, se han de purificar para alcanzar esa gnosis, ese conocimiento intuitivo de su origen, de Dios, en suma, para regresar a su morada primigenia después de tan largo destierro corporal. Porque las almas se reencarnan una y otra vez hasta lograr ese propósito. De hecho alguno de ellos no duda en recurrir al suicidio para acelerar el proceso. Entenderás por todo lo dicho que los cátaros no tienen sacramentos, ni iglesias, ni autoridades religiosas. Como detestan la procreación, reniegan del matrimonio. Dicen que es un asqueroso lupanar donde se engendran diablos.

–Pero ese predicador tiene una hija –murmuré.

–Entre los cátaros los hay puros o perfectos y creyentes. Los primeros están ya en el último estadio de su purificación. Se someten a un extraño ritual por el que renuncian a los apetitos carnales, se visten entonces con un hábito negro y están obligados durante un tiempo a la predicación en tierras ajenas. Ese cátaro hará poco tiempo que es un perfecto. Los creyentes deben alimentar a esta casta superior. Aunque ellos, los simples creyentes, son extremadamente libres. No pagan impuestos ni diezmos, se vuelcan en sus negocios y comercios, viven en lujurioso concubinato. Ya vendrá otra vida en la que ser perfecto y pasar estrecheces carnales…

Fray Guillermo se echó a reír con desacordado ímpetu y lo estuvo haciendo tanto rato como se lo permitió el dolorido pecho.

Quince días después de que empezase el confinamiento de mi

maestro, burlado el sentimiento de culpa y vencido por el deseo de volver a ver una vez más a Blanca de Albi, me determiné a pedirle licencia a fray Guido para allegarme a la ciudad a visitar a Joan de Ribalta. El templario me miró con tanta curiosidad como extrañeza. Antes de que objetase nada le dije que recordase cómo, en gratitud por la ayuda que fray Guillermo había prestado a ese villano en la iglesia de Sant Andreu, el predicador cátaro había mandado sin dilación a su hija a decirme que mi maestro podía correr un serio peligro.

–Ya hablamos hace unos días con esos herejes –me replicó–. No saben más que lo que te contaron.

–Quizás hayan tenido ahora noticia de algo más… –dije en voz baja, sin poder evitar sonrojarme.

A pesar de que la huella de aquel rubor delataba los pasos de mi falta, fray Guido sonrió de pronto, extrañamente comprensivo.

–Tal vez podamos complacernos mutuamente –me dijo luego con gesto meditativo–. Si te lo permiten, cosa que dudo, tú has de ver de nuevo a esa muchacha cátara, y al tiempo echas allí para nosotros las redes de una artimaña que he ideado para atrapar a esos infames hashashins.

–No os entiendo, gentil hermano. Yo sólo pretendo ayudar…

–Pues eso has de hacer, Ramón –me contestó divertido–. Ve a la ciudad vestido como villano seglar, por así disimular mejor, y pregúntale a esa gente discretamente si sabe algo más de aquellos muslimes. Haz lo propio luego con sus vecinos y con cualquiera que te topes y te pregunte qué buscas en ese arrabal. Diles a todos, como por acaso, que estás apenado por este asunto de los musulmanes foráneos, pues es causa de que debas partir con tu maestro de esta ciudad. Diles que el lunes próximo, para protegerlo, a punta de alba, los templarios han decidido llevar a fray Guillermo a su inexpugnable castillo de Monzón.

–Procuraré hacerlo así –murmuré humildemente.

–Y ve con cuidado, Ramón. Entiendo tus tentaciones y sé que tú solo has de vencerlas. Pero toma este sabio consejo. Haz oídos sordos a lo que esos pestilentes herejes te digan. No te fíes de hermosuras ni de dulces palabras, pues está en la naturaleza del reptil ser ponzoñoso. Esas serpientes están siempre al acecho de nuevas víctimas a las que inficionar con su veneno. Sé

prudente.

Aquellas palabras de Guido de Périgord me impresionaron hondamente. Lo cierto es que empezaba a sentir un afecto especial por aquel monje guerrero, pues a pesar de esa condición me parecía un hombre comedido, en nada exaltado, y muy comprensivo e indulgente con las tachas ajenas. Sabía, en suma, entender y perdonar las debilidades de los otros, aun siendo él hombre morigerado, devoto en extremo y muy solícito en el cumplimiento de los preceptos de su Orden. Pero en aquella ocasión tuve la sensación de que no era ni mesurado ni cabal. En mi fuero interno yo había decidido finalmente que era un despropósito pensar que detrás de la belleza y ternura de Blanca de Albi pudiese esconderse algún mal. Supongo que después de haber sufrido la incredulidad de mi maestro, y de haber librado exhaustas batallas contra mí mismo sobre la fe y la salvación, algunas de mis antaño férreas creencias empezaban a tambalearse. O quizás aquel súbito enamoramiento me hacía tramar pretextos que calmasen el hambre de aquel monstruo voraz que era el remordimiento. El deseo repentino, hiriente y desaforado era capaz de hacer que disculpase la herejía de Blanca de Albi. Me dije que Dios, en su infinita sabiduría, daba a las serpientes el asqueroso aspecto de serpientes y a los ángeles el suyo, reflejo de la pureza de su Creador. Aunque a veces la fealdad y la belleza extremas pudiesen doler por igual a quien las contemplase.

Una hora después, ya pasada la nona, salí de Gardeny ataviado a guisa de mozo ganapán. Fray Guido me había dado las señas de la casa de Joan de Ribalta. Hice el camino con el corazón desbocado ante la posibilidad de volver a ver a Blanca de Albi. No sabía qué iba a decirle, aunque en verdad no me importaba demasiado, pues sería difícil que se presentase una ocasión para hablarle en privado. Me conformaba con poder solazarme una vez más contemplando su esbelto talle y su angelical gesto. Luego ya tendría toda una vida entera para arrepentirme, enmendarme y rezar por que Nuestro Señor me perdonase aquel desordenado y juvenil apetito.

16

Cuando la acalorada Síker se despoja del manto de Awr, en el cielo libre aparece la serpiente de Hebe, la espigada Bedirta, la que todo lo cura. Se alza altiva sobre el cerro de la diosa y mira amenazante el gran castro de Beles. Ella custodia las manos de Neithu. En el tiempo en que Bedirta era una diosa dulce y cantarina que moraba en el lecho del gran río, había seducido al poderoso dios de la guerra atrayéndole con el hechizo irresistible de su voz. Con arrebatada pasión, en un beso turbio de aguas desatadas, Neithu, desarmado y desnudo, estuvo a punto de perecer ahogado en los brazos de la seductora. Cuando ya exhalaba su postrer suspiro, su madre, Hebe, la voraz comedora de cabras, secó de un soplo el vientre inflamado de la lujuriosa Bedirta. Salvó así a su hijo de una muerte segura. Como castigo al atrevimiento de aquella diosa cautivadora de sinuosas curvas la convirtió en una serpiente de puntiagudos cuernos y la encerró en una cueva de aire. La condenó a custodiar el alimento de su hijo Neithu y a sanarle con el sacrificio de su sangre siempre que fuese herido en las batallas. Por eso Bedirta, la que todo lo cura, es llamada también la despensera de Neithu.

(Fragmento de la Belíada, recopilada por Sósilo de Lacedemonia)

17

A pesar del húmedo embozo de la niebla, que protegía, escondiéndolas, las casas de la ciudad, logré, tras mucho preguntar y aguzar la vista, encontrar la de Joan de Ribalta. Estuve un buen rato llamando a su puerta, sin que nadie me abriese ni oyese yo ningún ruido que viniese de dentro. Ya estaba por volverme, confuso y triste, cuando de una celosía de la parte de arriba me llegó el sonido de una voz:

–Creí que ya no vendrías, joven templario. ¿Has decidido finalmente condenarte?

En la estepa de mi pecho vino a desbocarse el caballo loco del corazón.

–Vengo a hablar con vuestro padre… –grité con voz trémula.

No contestó. Volvió de nuevo el frío y doliente silencio a llenar esa casa. Al cabo de tan interminable instante se abrió el recio portón de la entrada. A pesar del frío, Blanca de Albi iba descalza y no llevaba más ropa que una camisola larga que no alcanzaba a taparle las rodillas. Sentí en las entrañas el brutal aguijón de un violento deseo.

–Estoy sola en la casa. Joan y mi padre están en la villa de Fraga. No regresarán hasta mañana.

Me sonreía con calculada malicia. Me quedé inmóvil, incapaz de articular palabra, atenazado por el deseo, por las dudas y por la esperanza.

–Pero quizás quieras entrar y coger aquello que en verdad has venido a buscar –remató sin dejar de sonreírme.

Luego se dio la vuelta, dejando el portón abierto, y empezó a andar lentamente escaleras arriba. La alcancé cuando llegaba al piso superior. La cogí torpemente por detrás, pero ella se zafó de mi abrazo. Entró en una pequeña habitación, una sala sumida en una fría penumbra que apenas hería la menguada luz de una candela, y se metió bajo las mantas de una yacija coja y destartalada. La poseí con la atropellada pasión de un loco endemoniado. Ella apenas se movió en todo aquel dulce rato. Sin dejar de sonreír, permaneció mirando el techo en una apacible parálisis. Al final, cuando me oyó jadear y sollozar, hecho un ovillo en el borde de aquella cama, me acarició suavemente los cabellos.

–No te mortifiques, gentil caballero. Todavía no estás preparado para recordar de dónde saliste. La abyecta carne te tiene ciego y esclavizado. A mí me ocurre lo mismo. Estoy aún demasiado lejos.

Me besó en el cuello. Las diminutas agujas de una caricia febril vinieron a clavarse en mis nervios. Y ya se iluminó de nuevo aquella oscura habitación, ardió alta la hoguera en la que había de volver a quemarse mi alma condenada.

Antes de irme le conté el ataque que había sufrido mi maestro y le pregunté si nos haría la merced de ayudarnos a atrapar a aquellos musulmanes, haciendo correr la voz, como por acaso, de que aquel alto y rubicundo caballero templario abandonaría la ciudad el próximo lunes, al rayar el alba, para ser trasladado a la villa de Monzón. Blanca de Albi asintió con un ligero gesto de su grácil cabeza. Luego le pedí licencia para volver a verla cuando tuviese ocasión de salir de nuevo de Gardeny. Ella se limitó a sonreírme. Se puso boca abajo en tanto yo me vestía en el umbral de la puerta. Así la dejé, en una espléndida desnudez, tendida en aquella humilde yacija. Si hubiese sabido que no iba a volver a verla, me hubiese quedado con ella. Ni el más fiero de los ejércitos me hubiese arrancado de su lado.

Bordeando el Podio de los Ahorcados, los templarios llegaron a la puerta de Monzón, que se abría en la nueva parroquia de San Martín. Venían delante fray Pere y fray Guido, que montaban sendos caballos blancos. Llevaban las espadas al cinto y, en la mano diestra, una antorcha de sebo. Les seguía un gran carro, tirado por dos mulas atadas a las pértigas, en cuyo pescante estaban sentados fray Arnau y el falso Guillermo de Féval. Los adrales del carromato los remataba un gran toldo que ocultaba la supuesta carga del tablado. Era el impostor un donado de la misma estatura y talle que fray Guillermo, al que habían tintado los cabellos y las barbas con alumbre de roca. Aunque su rostro no tenía ninguna semejanza al del benedictino, la niebla hacía creíble el engaño. La pequeña comitiva templaria se había detenido en aquella puerta, antes de la amanecida, y ahora reanudaba la marcha por el camino de Monzón. No tardaría mucho en alejarse de la ciudad. Una hora más tarde, los monjes caballeros habían recorrido casi una legua. Fue entonces, cuando acababan de pasar la aldea de Castellblanc de Llitera, que oyeron de pronto, a su diestra, el chasquido de unas ramas secas al quebrarse. Se detuvieron por aguzar más los oídos, pero no les llegó sino el

rumor del fluir de las mansas aguas del pequeño río Noguerola, que bajaba por aquella parte. Fray Pere y fray Guido se miraron un momento, los rostros advirtiendo recelo y alerta. Reanudaron de nuevo su lenta marcha. Entonces, sin que ninguno se percatase, uno de los hashashins se allegó a la zaga del carruaje. Por ahí pensaba subir al tablado, atravesarlo y dar sigilosamente en las espaldas del falso Guillermo de Féval. Pero el carro venía preñado de hermanos templarios, que se ocultaban, tumbados, bajo el toldo de arpillera, por lo que al poner allí un pie el confiado nizarí, creyendo ir a pisar madera, topó con el hombro de uno de los ocho monjes que allí había. Hubo un súbito revuelo y el hashashin desapareció al momento bajo aquella tosca tela. Volvió la calma, aquel silencio denso en medio de la niebla que sólo rompía el monótono traqueteo del carro. En el ancho tablado de éste, yacía, acuchillado y sin vida, uno de aquellos temibles hashashins. Había recibido unas veinte puñaladas, las más en las piernas, las menos, las últimas, en el cuello, el rostro y el corazón. El carro no se había detenido. Cien pasos después, un cimbreo de metal, un silbido agudo de flecha vibró un instante en el oído diestro de fray Guido. El proyectil se quebró, con gran ruido, al impactar violentamente en la recia tabla de hierro que el donado llevaba debajo del holgado hábito blanco. Fray Guido arrojó la antorcha hacia la oscuridad del camino.

–¡Está en aquel árbol! –gritó entonces.

Los monjes templarios que venían en las entrañas del carro se alzaron al pronto, dejando caer el toldo de arpillera al polvo del camino. Los cuatro de delante llevaban ya fuertemente tensados los largos arcos de tejo. Dispararon. Luego se agacharon y los otros cuatro de atrás hicieron lo propio. Un gran bulto se desplomó al suelo del camino desde la copa de un imponente nogal. A pesar de la brutalidad del impacto, el hashashin no tardó en ponerse de pie. Llevaba una fecha clavada en la axila siniestra y otra que le atravesaba el costado. Se había roto una pierna en la caída, pero aunque parecía aquejado de un cansancio infinito, su rostro no dejaba adivinar dolor alguno. De pronto sacó una daga de una correa que llevaba sujeta en un muslo y echó a andar paso a paso hacia ellos. Renqueaba, arrastrando penosamente la pierna fracturada, pero caminaba con inaudita determinación. Allahu Akbar, aulló como loco. Volaron raudas cuatro fechas más a refrenar su marcha. Mas a pesar de que todas dieron en su ya maltrecho cuerpo, incomprensiblemente, el nizarí siguió andando, acercándose poco a poco a ellos. Miraba porfiadamente

a aquel donado. No parecía ver otra cosa, cual si concentrase en ese punto todas sus fuerzas, cual si le fuese la salvación eterna en allegarse ahí. Fray Guido había alzado su espada y se bullía inquieto sobre su nervioso alazán. Cuando el nizarí iba a pasar junto a él, el templario le gritó:

–¡Dales recuerdos a las huríes, infiel hermano!

Y ya le dio un fuerte mandoble que lo decapitó. El cuerpo flácido se desplomó de súbito y la cabeza dio en rodar algunas varas por el polvoriento camino. Cuando se detuvo, los templarios pudieron ver que tenía los ojos muy abiertos y que sonreía como si fuese el hombre más feliz del mundo.

Los monjes guerreros cargaron el cuerpo y la cabeza en el carro y regresaron a la casa-fortaleza de Gardeny. Amparados por el embozo de la niebla enterraron a los muslimes en uno de los calveros de la loma. Después, ya cerca de la hora sexta, fray Guido subió a la sala del comendador para darle la nueva a mi maestro. El peligro había sido conjurado, ya tenía licencia para moverse libremente por el recinto. Fray Guillermo se encogió de hombros. Todos aquellos días había estado tan absorto en sus cavilaciones que se diría que en nada le había incomodado aquel obligado confinamiento. Yo, por mi parte, traté de arrimar el ascua a mi sardina. Al ver cómo se me aparejaba una espléndida ocasión de volver a ver o tratar a Blanca de Albi, le pedí al templario que me dejase ir a la ciudad, por agradecerles a Joan de Ribalta y a sus huéspedes la gran ayuda que nos habían prestado. Fray Guido me la concedió a regañadientes. Antes de dejar la casa, me entregó unas monedas para que se las diese a aquel cristiano, en justa señal de nuestro agradecimiento. Cuando salí del castillo de Gardeny, habían pasado cuatro días desde mi secreto encuentro con aquella angelical criatura.

Esta vez la casa estaba vacía. Muy en vano estuve dando aldabonazos a la puerta. Al cabo de un buen rato me convencí de que no había nadie dentro. Pero cuando ya iba a marcharme, se allegó a mí una anciana que semejaba un arco de junco, según era flaca y encorvada de espinazo. Torcido el cuello, en ese penoso doblamiento, estuvo un rato mirándome porfiadamente.

–¿Qué quiere el Temple de este pérfido Joan de Ribalta? –me preguntó, mostrándome una boca purulenta y desdentada.

–Decirle algo que en nada os importa, señora –contesté molesto.

–Ya vinieron ayer a hablarle los hombres del Conde de Barcelona, pero el pájaro había volado –me dijo entonces.

Entendí que aquel hombre estaba huido de la justicia y me aterró pensar que a Blanca de Albi le hubiese podido ocurrir algo malo.

–¿Y los cátaros que hospedaba? –pregunté con voz trémula.

–Ya veo, joven caballero, que no estáis enterado de lo que ha ocurrido en esta casa…

Guardó un interesado silencio. Pronto comprendí qué es lo que buscaba, por lo que le di aquellas monedas que llevaba para Joan de Ribalta.

–Ese Oto, el maligno predicador cátaro, salió ayer a mediodía a la calle, se sentó en esa piedra de la entrada y allí se abrió las venas de las dos muñecas. La niebla era en ese momento muy espesa, de modo que si alguien pasó cerca de él, no debió verlo. Cuando Alegret, el chico del panadero, se tropezó con el cuerpo, el cátaro ya llevaba un buen rato muerto. Dio voces el muchacho, al ruido de las cuales nos llegamos aquí algunos vecinos. Uno de ellos nos dijo que hacía un rato se había cruzado con Joan de Ribalta, que caminaba apresuradamente, sollozando con el rostro crispado. Como la puerta de su casa estaba abierta, entramos en ella. La muchacha estaba en la cocina, completamente desnuda. Su cuerpo se mecía lentamente. Blanca como la luna. La barragana de Joan de Ribalta, la pequeña puta cátara se había ahorcado con una cincha de brida.

18

A finales del mes de febrero se fue la niebla. Amaneció un día de sol tibio que desperezó de golpe a la ciudad. La espléndida Lérida recobró su regio aspecto, el portentoso trazado de sus murallas, el perfil de sus muchas torres defensivas, el contorno de sus casas y palacios. El caudaloso río Segre dejó de ser aquel día un inmenso rumor entre las sombras de la niebla, se despertó nítido a la luz y apareció abundante y bravo, promesa de inminente riqueza. Volvieron los villanos a laborar sus fértiles campos, regresó el trajín de los mercados y el ir y venir de los comerciantes. También yo desperté entonces de la inmensa y desconsolada tristeza en la que había estado sumido aquellos meses tras conocer la noticia de la desastrada muerte de Blanca de Albi. Fue tanta la aflicción y el desaliento que llegué a sentir que pronto fray Guillermo se había alarmado al ver mi abandonada actitud.

–La carne no fue concebida para durar –me dijo–. Lleva dentro la negra semilla de la muerte. En unos brota antes que en otros, pero a todos ha de alcanzar por igual su fruto de podredumbre.

–Pero esa joven cátara se quitó la vida, murió en pecado mortal. Por hereje y suicida está condenada irremisiblemente al tormento eterno.

–Ella no lo creía así. Era cátara, pensaba que con su muerte aceleraría el proceso de su salvación. Una nueva reencarnación la pondría más cerca de la pureza, de la gnosis.

–Eso es un sacrilegio, una herejía… –murmuré lleno de desprecio.

–Claro –me contestó con cierta amargura–, y eso es lo que en realidad te mortifica más: que ardías de pecaminoso deseo por una hereje. Pues bien, Ramón, Dios Todopoderoso te ha librado ya de esa hiriente tentación. DaLe las gracias.

Quise contestarle que sus palabras eran puñales de crueldad, pero un nudo de llanto me cerró de súbito la garganta.

–Reza por ella –me dijo entonces con recobrada dulzura–. Piensa que Dios es infinita misericordia. Esa joven actuó tan desacordadamente con el solo propósito de salvarse. Si el acto fue horrible, la intención, aunque errada, era buena. Dios sabrá perdonar su necedad.

Debo reconocer que aquellas palabras consiguieron calmar un tanto el desasosiego de mi espíritu, pero en modo alguno aliviaron el dolor que sentía al saber que ya no volvería a ver ni a tocar a la hermosísima y dulce Blanca de Albi. En ningún momento quise creer las palabras de aquella anciana. Blanca no podía ser la concubina de Joan de Ribalta ni de nadie. Me dije –y me convencí de ello– que había sido un dechado de castidad y pureza hasta aquel amoroso rato en que habíamos yacido juntos. Yo la había corrompido y quizás por ello, rota por la culpa, había decidido ahorcarse. No he dejado de rezar por la salvación de su alma ninguno de los días de mi larga vida. Por aquel tiempo renové en mi fuero interno el voto de castidad que había quebrantado en aquella habitación de la casa de Joan de Ribalta. Y debo decir que, a pesar de que nunca llegué a profesar en la orden de los benedictinos ni en ninguna otra que exigiese tal obligación, no he cometido desde entonces ningún acto lujurioso o impuro, ni de palabra ni menos de obra. Aunque algunas veces, en la oscuridad de la noche, mi memoria ha vuelto a trazar la imagen de aquella angélica criatura. Sólo en esos ratos se han avivado en mi cuerpo los rescoldos de aquel antiguo y desordenado apetito.

El mismo día en que se disipó la niebla, fray Guido determinó que los monjes templarios debían volver a ejercitarse un poco en su natural oficio de las armas. Llevaban días entregados a la molicie, sin apenas acometer ningún esfuerzo físico, y era menester desentumecer los músculos y despertar la agilidad de los miembros. No debe olvidarse que a pesar de estar sometidos a una rígida disciplina clerical, aquellos templarios eran ante todo guerreros. Todos provenían de familias nobles, por lo que eran caballeros que desde muy niños habían sido instruidos en las artes de la guerra. Además, algunos de ellos serían enviados pronto a Tierra Santa, o a las fronteras moras del sur, y de su condición física y destreza en el manejo de las armas habría de depender, en buena medida, no sólo su supervivencia sino la de la propia Orden.

Para realizar aquellos ejercicios fray Guido mandó a sirvientes y donados que despejasen el patio central y que arreasen los caballos con jaeces y guadralpas. Pidió luego a sus hermanos que se ataviasen como requería aquel juego militar. No tardaron los monjes en aparecer en el patio, alborozados y parleros como infantes ante unos buñuelos. Todos llevaban una reluciente loriga con almófar, sobre el que descansaba el yelmo, y unas esquinelas

puntiagudas, anudadas a la parte trasera de las piernas. Venían armados con unas lanzas de madera de fresno, cuya punta era roma y carecía de hierro, con unas adargas de cuero muy negro y con unas pequeñas espadas sin corte, de esas que llaman corteses o graciosas, pues no alcanzan a causar heridas. Fray Guido dividió a los monjes en dos cuadrillas, que fueron luego a colocarse enfrentadas, cada una en un extremo del patio. Montaron entonces los templarios y, a la voz del hermano Guido, se vinieron con gran ruido los unos contra los otros con las lanzas en ristre. En el primer encuentro algunos caballeros dieron con sus huesos en el suelo. En tal caso, quienes los habían derribado desmontaban a su vez, arrojaban las lanzas y seguían la lucha con las espadas graciosas. A caballo o a pie, todos se combatían con alegre brío y contagioso entusiasmo.

Al reclamo del vocerío y del choque de las armas, mi maestro y yo nos habíamos bajado al patio a presenciar aquel improvisado torneo. Allí nos mezclamos con los sirvientes y donados que presenciaban absortos aquella magnífica escena. La confusión de los golpes, de los gritos y relinchos, el frenético movimiento de los lances, con el quiebro de los cuerpos y el piafar de los caballos, todo enardecía el espíritu, todo provocaba en el atónito espectador una intensa excitación anímica. Tan sólo fray Guillermo parecía inmune al embrujo de aquella lucha. Lejos de mostrar la menor emoción, miraba el devenir de la fingida batalla con ojos tristes y cansados.

–Sin duda es una vistosa exhibición… –murmuró al pronto–. Lástima que sea preparación y anticipo de la más cruenta y devastadora de las ceremonias, la despiadada guerra, fuente de todo dolor, de muerte y de podredumbre.

Vi cómo se alejaba hacia la puerta que se abría a la casa. Imaginé que volvería a sus sesudas cavilaciones y ya me olvidé de él, la vista y el corazón vueltos de nuevo a aquel simulacro de batalla. Cuando todos los caballeros estuvieron descabalgados, las cuadrillas se replegaron e intentaron formar en un cierto orden de combate. Tan sólo un templario se retiró renqueando, la mano en el lomo magullado por una violenta caída del caballo. Los demás, a escasas varas unos de otros y resollando por el cansancio, estuvieron un rato mirándose porfiadamente, con disimulada fiereza. Los sirvientes y donados ya habían tomado partido por uno u otro grupo y con desmedida pasión los jaleaban para que se acometiesen. El primero en lanzarse contra la

cuadrilla contraria fue el hermano Arnau. Saludó cortés y teatralmente a la entregada concurrencia, profirió luego un grito desgarrador y con la espada en alto se abalanzó contra el rival que parecía más descansado. Sus compañeros le siguieron en el acto. Jocosos y exultantes, todos volvieron a pelear, a esgrimir, a acometerse, a dar y detener recios mandobles. Sirvientes y donados estaban fuera de sí. Cual si fuesen los más expertos guerreros del mundo, no dejaban en ningún momento de aplaudir golpes y quiebros, de corregir posturas, de censurar fallos.

–¡Alzad más el broquel, fray Bernardo!

–¡Hacedle una presa, hermano Pere!

–¡A vuestra diestra!

Dependiendo del lugar donde recibieran las espadadas o mandobles, los templarios que eran alcanzados por las armas de los contrarios simulaban estar heridos o fingían una cruel muerte. En este último caso, con ademanes juglarescos, aullaban de dolor, se retorcían, se persignaban mirando al cielo, se tambaleaban y se desplomaban finalmente en el suelo. Entonces se retiraban discretamente, ante el aplauso del público.

Yo estaba embelesado viendo y escuchando todo aquello. Me parecía el espectáculo más excitante del mundo. Pronto tan sólo quedaron esgrimiendo fray Guido y el hermano Arnau, que se acometían con más risas que resuello. Guido de Périgord era sin duda el más diestro, fuerte y brioso de cuantos templarios habían participado en aquel torneo, por lo que no tardó en hacer que su oponente tropezase y diese con sus ya maltrechos huesos en el suelo. Y ya levantaba el monje desorejado su espada por concluir teatralmente aquel juego, cuando del ventanal de la sala del comendador salió un destello metálico que lo cegó un instante. Entonces todos miramos hacia ahí y pudimos ver las sombras de dos personas que parecían estar peleándose. No hubo tiempo para que nadie se moviese siquiera, porque de súbito un cuerpo salió despedido a través del ventanal y vino a golpearse violentamente contra el suelo. Pronto reconocimos en aquel cuerpo inerte, horriblemente flácido y dislocado, a un sirviente que se llamaba Pacheco y que trabajaba en el horno con un donado panadero. Asomado al ventanal pudimos ver a un fray Guillermo sudoroso y con el gesto crispado. Su rostro traslucía todo el horror que sentía en ese momento. Aunque en legítima defensa, el bondadoso y

pacífico benedictino acababa de matar a un hombre.

19

Con ese talento resolutivo que le era propio, fray Guido ordenó a algunos templarios que fuesen a vigilar las puertas de la fortaleza y a otros mandó que estorbasen que nadie entrase en la casa. Llamó luego a fray Pere para que le acompañase y ya dieron en correr ambos hacia la torre de homenaje. Me fui tras ellos sin pensarlo. Al entrar en la sala del comendador, vimos que mi maestro continuaba de pie, asomado al ventanal, mirando el cuerpo que yacía descoyuntado en el patio. Al oír pasos a sus espaldas, fray Guillermo dijo en voz baja, sin girarse:

–Cuando he vuelto aquí, tras presenciar vuestro torneo, he sorprendido a ese hombre derramando algo en aquella jarra de agua. Le he preguntado qué hacía aquí y si acaso no sabía que esta estancia estaba vedada a los criados. No me ha contestado. Me miraba lleno de odio, con la cabeza agachada, y acezaba como un animal acorralado. He entendido qué había venido a hacer a esta sala y le he preguntado por qué quería matarme. Entonces ha sacado una daga y se ha abalanzado contra mí. Dios le haya perdonado.

Guido de Périgord estaba visiblemente preocupado, aunque no parecía sorprenderle, como a mí, que fray Guillermo se hubiese deshecho con tanta rapidez y contundencia de su atacante. Yo no salía de mi asombro. Siempre había pensado que mi maestro era incapaz de causar daño a nadie, amén de que suponía que estaba poco o nada avezado en las artes de la lucha. Aunque supongo que aquella resuelta defensa no hubiese tenido que sorprenderme demasiado. Fray Guillermo era un hombre en extremo alto y fuerte. Además, aunque muy en su contra, había estado en Tierra Santa, cabalgando a par del loco temerario Gérard de Ridefort. A saber la de peligros que debió de conjurar allí y la de hombres a los que tuvo que herir o matar por defender su vida.

–De no haberlo visto no lo creería –dijo entonces fray Guido–. Alguien de la casa intentando mataros…

–Pacheco llevaba dos años con nosotros –intervino el hermano Pere–. Y aunque era un hombre callado y taciturno, nunca tuvimos queja de él ni fue

menester castigarlo por negligencia o pereza.

Por un momento, fray Guido pareció no saber cómo proceder ante aquel nuevo y peligroso imprevisto.

–Ese infeliz no ha actuado por cuenta propia, eso está claro… –dijo tras meditar un rato.

–Quizás el inductor sea el mismo villano que tenía hospedados a los hashashins –me atreví a sugerir.

–Dudo que en esta ciudad haya alguien que sepa de nuestro secreto cometido –dijo Guido de Perigord–. Ha de ser un muslim venido de Oriente con encargo de mataros.

–Es así –intervino entonces mi maestro–. No sé cómo, pero está claro que los musulmanes de Tierra Santa saben qué es lo que estamos buscando en esta ciudad.

–Y han enviado a gente para tratar de impedirlo –concluyó fray Pere.

–Y creen que ello ha de conseguirse con matarme a mí –murmuró el benedictino con voz triste.

–Lo más razonable es pensar que enviaron aquí a alguien al mando de esos tres nizaríes –dijo fray Guido–. Pero aquél no debe de ser hombre de armas, por lo que conjurado el peligro de los hashashins, busca ahora otras formas de cumplir el mandato de los suyos.

–Un hombre artero y con recursos –dijo fray Guillermo, girándose por primera vez hacia nosotros–. Un hombre que se hace pasar por mercader oriental y que no levanta sospechas entre los villanos… Ha corrompido a este Pacheco, con promesa de riquezas.

–O a saber cómo –le atajó fray Guido, que era muy poco dado a conjeturas–. Lo que más me preocupa ahora es saber si hay algún otro traidor en la casa, si este sirviente tiene aquí dentro a otros compinches.

–Eso ha de ser fácil de averiguar, gentil hermano –dijo entonces mi maestro–. Hacedlos entrar de uno en uno, cuidando que luego de salir no hablen entre ellos, y en nada os he de decir si ese desdichado actuaba solo o en pérfida compañía.

Fray Guido sonrió, cual si entendiese qué es lo que pretendía el astuto benedictino.

–Sin duda, este Pacheco ha echado venenos en esa jarra de la que llevo bebiendo desde que me asignasteis la sala del comendador como lugar de

reflexión y trabajo –continuó fray Guillermo–. De no hacerle sorprendido, ahora el difunto sería yo. Si Pacheco tiene algún compinche en el castillo esperemos que tuviese noticia de su intención de envenenarme…

–Cambiaremos la jarra… –murmuró fray Pere–. Y la dejaremos en el mismo lugar donde ha estado todos estos meses.

–Hacedlo, gentil hermano –le mandó entonces su compañero templario.

En la sala del comendador íbamos a quedarnos mi maestro, fray Guido y yo. Los demás caballeros monjes se encargarían no sólo de vigilar a sirvientes y donados para que ninguno de ellos saliese de Gardeny, sino también para que no hablasen entre sí hasta que los de dentro no terminásemos de interrogarlos a todos.

El primero en entrar en la sala fue el donado panadero con quien el tal Pacheco había trabajado desde que se pusiera al servicio de la encomienda. Mi maestro le hizo sentar en un escabel que había colocado en medio de la sala y, tras un momento de tenso silencio, le preguntó:

–¿Cuál crees que es el motivo de mi presencia en Gardeny?

–Lo desconozco, gentil hermano –contestó el donado.

–La gente habla, murmura… El hombre es por natura curioso. Contesta con sinceridad y no temas entonces daño alguno. Dime, ¿qué decís entre vosotros de mí?

–Se dice que estáis buscando una tumba antiquísima donde hay oculta una fabulosa espada de oro que hace invencible al caballero que la empuña.

Mi maestro sonrió al oír aquello.

–¿Eso es todo?

–Otros dicen que buscáis una fuente subterránea por la que corre fría plata líquida. El que se sumerja en ella será por siempre invulnerable, el filo de ningún arma podrá penetrar su carne, ninguna herida habrá de recibir su cuerpo.

–¿Y fuera? ¿Algún villano te ha preguntado por mí? –preguntó entonces fray Guillermo.

–Ciertamente muchos, gentil hermano –contestó aquel hombre–. Ellos creen que sois un templario a quien la Orden encarga la resolución de enigmas, una especie de desfacedor de misterios. Como desenmascarasteis al presbítero milagrero de San Andreu... Aunque hay quien afirma que sois un

legado del Maestre de Jerusalén que ha venido a mediar en el conflicto de los diezmos con el obispo Gombau de Camporrells.

–¿Y nadie os ha preguntado por mis costumbres? ¿Si salgo del castillo y a qué horas?

–Nadie, gentil hermano.

–Háblanos de Pacheco… –dijo entonces mi maestro.

El donado se explayó entonces contando anécdotas de su trabajo en el horno, habló de pequeños roces, de rencillas sin importancia que había tenido con su ayudante. Pero cuando fray Guillermo le atajó por preguntarle si sabía si ese Pacheco frecuentaba la ciudad o si tenía tratos con villanos, el donado no supo darle razón alguna.

–Era un hombre muy reservado y solitario que nunca hablaba de sí mismo con nadie –dijo encogiéndose de hombres.

Entonces, a la vista del donado, fray Guido se acercó a la mesa del comendador, tomó la jarra y vertió un poco de agua en un velicomen que había allí. Se lo alcanzó después a aquel hombre diciéndole que bebiese, lo cual hizo el donado sin inmutarse y tras darle las gracias.

–Ahora vuelve a lo tuyo –le dijo fray Guido afablemente.

–Quedad con Dios, gentiles hermanos –contestó con humildad el panadero.

Los siguientes interrogatorios trascurrieron más o menos de la misma forma. Donados y sirvientes vinieron a confirmar que fray Guillermo había despertado no sólo su curiosidad sino también su profusa imaginación. Respecto al atacante de mi maestro, todos coincidían en considerarlo un hombre muy reservado, taciturno y celoso de lo suyo. Sólo unos pocos dieron algún dato nuevo, aunque dicha información nos pareció entonces poco relevante. Un donado le había visto hablar con una pareja mora en una calle del Assoc, otro se había cruzado con él en el puente romano, un sirviente se lo había encontrado en la calle de Carcasona, en la Puebla de Cappont. Nada más. Todos terminaban bebiendo el agua que les ofrecía fray Guido sin dar muestras de la menor sospecha o preocupación.

20

Una hora después de iniciada aquella parlera indagación, empezábamos a creer que no iba a ser de provecho alguno. El gesto de decepción e inquietud del hermano Guido era más que evidente. En verdad, no era para menos. Pues cuando ya creíamos que fray Guillermo estaba a salvo, toda vez que los templarios habían eliminado a los hashashins, inesperadamente mi maestro había vuelto a sufrir un nuevo ataque. Y lo peor de todo era que, sin dar ni acabar con el adalid de aquella conjura, todo parecía indicar que en breve se producirían otros intentos de acabar con la vida de mi maestro. Habría que volver a encerrarlo y a vigilarlo fuertemente, lo cual estorbaría la libertad de movimientos en búsqueda del muro y por tanto demoraría aún más su hallazgo. Pero no quedaría más remedio que poner en custodia a fray Guillermo. El hecho de que esta vez la agresión hubiese venido de las mismas entrañas de la fortaleza-convento hablaba bien a las claras de la perseverancia y osadía de aquel desconocido enemigo. Parecía como si algún magnate muslim hubiese dado una orden en el remoto Oriente y ya nada ni nadie fuese capaz de revocarla. Como la fetua de un muftí que obligara a ser cumplida. Inexorable, ajena a quién fuera la mano ejecutora, la orden había intentado ser obedecida primero por los hashashins y luego por ese donado de los templarios. Aunque la Orden podía ser momentáneamente anulada si moría el cabecilla de aquellos esbirros…

Con estas tribulaciones estábamos, cuando los de fuera hicieron entrar a un criado que trabajaba de pintor y yesero en las construcciones de la encomienda. Era un muchacho de apenas diecisiete años, que se llamaba Ponce Berri. A pesar de que la conversación no fue muy distinta a las anteriores, la voz de aquel sirviente tenía un cierto deje de arrogancia y casi de desprecio que nos llamó pronto la atención. Era como si albergase una indisimulada animosidad hacia nosotros. Cuando fray Guido le ofreció el agua, el criado negó tranquilamente con la cabeza.

–Has hablado mucho –insistió el templario.

–No tengo sed, gentil hermano –contestó desapacible.

Ponce Berri sonreía con la boca algo torcida y parecía sosegado, aunque

unas gotas de sudor le perlaban el rostro.

–Eres el único a quien hemos ofrecido un poco de agua –dijo mi maestro–. Estás sudado y algo ronco. Bebe, no seas descortés.

–¡Bebe! –ordenó entonces fray Guido, poniéndole el vaso a un palmo de la nariz.

De pronto, el criado apartó de un manotazo la copa (que fue a estrellarse contra la pared), se levantó de un salto y echó a correr hacia la puerta. Pero no llegó a atravesarla. De súbito su cabeza pareció chocar violentamente con algo, como contra un muro invisible, que frenó en seco su veloz carrera e hizo que se desplomase en el suelo, la nariz partida, sangrando copiosamente. En el umbral de la puerta apareció entonces fray Pere. Había golpeado al criado con el puño de su bruñida espada.

Guido de Perigord se quedó mirando un instante a mi maestro. Luego se acercó a él, apoyó sus manos sobre los hombros del benedictino y ya le dijo en voz muy baja:

–En breve el peligro habrá pasado. Aguardad aquí, los templarios tenemos una cuenta pendiente con este traidor.

–¿Qué vais a hacerlo, gentil hermano? –preguntó el benedictino–. Tened piedad de él, es apenas un muchacho.

–Ha mancillado nuestra Orden, le hospedamos, le dimos de comer y beber, le proporcionamos abrigo y cobijo. Sus ropas y enseres llevan la venerada cruz de los templarios. Cuidamos de él y nos lo ha pagado con fiera alevosía. De todos modos, no temáis por su vida, pues sería terrible pecado que matásemos a un cristiano desarmado, por mucho daño que haya hecho a la Orden. Ya deberíais saber cómo los monjes guerreros obramos siempre con caridad y atentos sólo a la salvación de las almas de los nuestros. Primero nos dirá lo que sabe, después será azotado según manda nuestra disciplina, y más tarde lo arrojaremos desnudo fuera de esta casa.

–Sois un hombre justo y clemente –dijo fray Guillermo haciendo una ligera reverencia.

–No yo, gentil hermano, sino mi Orden –contestó humildemente el templario–. Aguardad aquí tranquilos.

Y ya él y fray Pere cogieron al sirviente, que seguía inconsciente en el suelo, y se lo llevaron a rastras fuera de la sala. Entonces, para mi sorpresa, mi incrédulo maestro se arrodilló en el duro suelo y empezó a rezar con recogida

devoción. Me hinqué a su lado y le acompañé en sus atropelladas oraciones. Pedía por el perdón y la salvación de aquellos hombres que habían intentado matarle, el malogrado Pacheco y aquel infortunado y altanero Ponce Berri, al que los templarios acababan de llevarse como a fardo. No sé cuánto rato pasó hasta que regresaron fray Guido y fray Pere, pero a mí se me antojó interminable.

–Sentaos, gentiles hermanos –nos dijo el desorejado templario, sin esconder una cierta preocupación en su rostro.

Hicimos expectantes lo que nos pedía.

–Ponce Berri nos ha confesado que han sido unos muslimes de esta villa quienes les han instigado a mataros. Por lo visto, aquel Pacheco estaba perdidamente enamorado de una mora, hija de uno de los hombres que tramaron vuestra muerte. Incluso se había convertido secretamente a la ímproba religión de los infieles, con la esperanza de que así, tras acabar con vuestra vida, podría desposarse con la muchacha. A Ponce Berri lo corrompió este Pacheco una tarde que lo sorprendió blasfemando por lo bajo en nuestra iglesia de Santa María. Ponce creía que estaba solo, Pacheco entró por casualidad buscando al capellán y oyó aquellos réprobos reniegos, que no puedo en modo alguno repetir. El pintor se azoró al verse descubierto y le suplicó que lo delatase a los monjes. Pacheco necesitaba un cómplice en la casa, de modo que decidió correr el riesgo con Ponce. En acabar los ruegos del blasfemo, Pacheco se echó a reír y dirigiéndose a nuestra venerada Virgen repitió en voz alta cuanto había oído del otro. Veo que no sois un buen cristiano, le dijo Ponce, riéndose a su vez. Por azar, Pacheco había descubierto a alguien de la casa que, según acaba de escupirnos, desprecia profundamente a los cristianos y siente en particular un odio irracional por nosotros, los monjes templarios. Ponce Berri afirma ser hijo natural de un caballero del Temple…

En este punto, fray Guido se calló y miró unos instantes, con complicidad, al hermano Pere. Parecía dudar sobre si era conveniente darnos aquella información. Finalmente, tras pedirnos suma discreción y reserva, asintió levemente con la cabeza por darle a entender a fray Pere que podía hacernos la siguiente revelación:

–Este Ponce Berri afirma ser hijo de Berenguer de Segarra, un caballero

templario que, tras pasar algunos años en Tierra Santa, derrengado y tullido en un encuentro con los muslimes, fue enviado a esta fortaleza-convento. El caso es que tres días antes de vuestra llegada a nuestra casa, el hermano Berenguer murió tras unos días en la enfermería aquejado por unos terribles dolores en el vientre…

–¿Queréis decir que Ponce pudo envenenar a ese monje? –pregunté de pronto.

–Eso dice él mismo… Se confiesa homicida y…

–Y como tal va a ser tratado –le atajó fray Guido, mirando afligido a mi maestro.

–Según Ponce –prosiguió fray Pere–, fray Berenguer de Segarra estuvo destinado de joven en la encomienda que nuestra Orden tiene en Irún, una casa-hospital que fue fundada para acorrer y proteger a los peregrinos del Camino de Santiago. Este condenado criminal nos ha contado que allí, y durante al menos tres años, fray Berenguer tuvo trato carnal con su madre. Fruto de aquel yerro de la flaqueza de la carne nació Ponce.

–En realidad se llama Iltor –intervino fray Guido–. Su familia materna vive en un recóndito valle de Guipúzcoa, en Vasconia. Parece ser que todos los de aquel valle son paganos.

–¿Paganos? –pregunté sorprendido.

–He oído hablar de ello… –dijo entonces mi maestro–. Valles de Vasconia donde todavía no ha llegado la cruz, la religión verdadera. En ellos vive gente fiera, de natura bestial, que hostiga y asalta a los peregrinos francos que pasan cerca de donde moran ellos. Por eso cuando los devotos caminantes llegan a Álava dan en cantar todos el Te Deum. Agradecen a Dios haber pasado sanos y salvos por aquellos agrestes y peligrosos parajes.

–Es como decís –convino fray Pere–. La Orden del Temple está ahí, entre otras cosas, para proteger a los peregrinos de los ataques de esos salvajes.

–Por lo visto –prosiguió Guido de Périgord–, los crueles dioses de estos paganos exigen la muerte de aquél que abandona o traiciona a los suyos… Estén donde estén hay que encontrarlos y matarlos, sólo así se recupera el honor del clan. Pero volvamos a nuestro caso. Resulta que aquel día, en esta iglesia de Santa María, pagano y renegado hicieron un pacto por el que se prestarían ayuda mutua para ejecutar sus respectivos designios… Trabaron, en suma, una maligna

amistad que gracias a Dios se ha visto hoy definitivamente truncada. Pero, por desgracia, antes tuvieron tiempo de envenenar vilmente al pobre fray Guillermo de Segarra y, días más tarde, de dar a esos tres hashashins aviso o recado de que estabais ya en esta encomienda. Más tarde corrieron a decirles que habías salido de Gardeny, ese día que fuimos a curiosear en el milagro de San Andreu… Y, cuando finalmente los templarios conseguimos eliminar a esos nizaríes, estos dos felones asumieron ellos mismos el encargo de mataros.

–No alcanzo a entenderlo –me atreví a decir–. ¿Afirmáis que esa especie de pacto entre Ponce y Pacheco tuvo lugar antes de que nosotros llegásemos a Lérida?

–Así es –me repuso fray Pere–. Está claro que la orden de matar a fray Guillermo no llegó a Occidente mucho más tarde de que lo hiciera él mismo. Ponce nos ha dicho que vio a los nizaríes en una casa de la Puebla de Cappont una semana antes de vuestra llegada a Lérida. Os estaban esperando, gentil hermano, pues sabían que en poco los templarios os traeríamos a Gardeny.

–Sí, fuiste muy convincentes… –murmuró mi maestro, visiblemente triste.

El avisado benedictino no podía soportar ser el objeto de tanto odio, no podía entender aquel denodado empeño en acabar con su vida. Supongo que en el fondo creía que aunque él muriese, tarde o temprano los monjes guerreros terminarían por encontrar el muro de Indíbil. Luego su muerte habría sido muy en vano.

–¿Pero vinieron solos? ¿Buscaron ellos, al llegar aquí, a villanos moros que les ayudasen? –pregunté sin acabar de entender todo aquello.

–Salvo los hashashins, todos los hombres con los que trató Ponce eran de Lérida –me contestó fray Pere–. No tiene la menor duda sobre ello. Son cuatro moros de una misma familia, dos hermanos y los hijos mayores de uno de ellos. Querían irse de estas tierras, ahora cristianas, pero no tenían dinero ni medios para hacerlo. Son muy religiosos y es sabido que el Alcorán dice que es asqueroso y reprobable que un musulmán viva en tierras gobernadas por infieles.

–¿Y los nizaríes les dieron ese dinero? –pregunté.

–Así es, una pequeña bolsa llena de dinares de oro –contestó.

–Pero los nizaríes están muertos…

–Cierto, pero no hay musulmán que no sienta un miedo cerval por los

hashashins. No se atrevieron a quedarse con ese dinero, toda vez que fray Guillermo seguía vivo. Y en verdad que esos locos de Alamut lo hubiesen considerado una grave ofensa. No hubiesen tardado mucho en dar con ellos. Estaban obligados, pues, a ejecutar por sí mismos el encargo.

–Pero no hay que preocuparse demasiado de ellos. No dejan de ser unos inofensivos plebeyos, que se han equivocado de bando… –intervino fray Guido, sonriendo–. Mañana habremos conjurado definitivamente este peligro.

Con estas palabras, Guido de Périgord trataba de apaciguar la desazón que notaba en mi maestro.

–Tarde o temprano… –empezó a murmurar el benedictino.

–No, gentil hermano –le atajó el templario–. No habrá tarde ni temprano. Acabaremos con estos infieles mañana y luego encontraremos el muro. Y lo haremos mucho antes de que puedan enviar a alguien más para que intente impedirlo. Una vez tengamos los sillares, os esconderemos en un lugar seguro. Secretamente, llevaremos el tesoro a Tierra Santa, y cuando ya lo tengamos a buen recado en alguna de nuestras inexpugnables fortalezas, de algún modo sutil y velado, les haremos saber a los nobles musulmanes de Oriente que descubrimos en la antigua Larida de al-Ándalus el fabuloso tesoro de Indíbil. Entonces, ya no tendréis interés alguno para ellos. Seréis libre.

No pareció que aquel discurso consolara la aflicción de mi maestro.

–¿Qué haréis con ese muchacho? –preguntó al pronto, dejando traslucir un infinito cansancio.

–Es un réprobo homicida, gentil hermano –contestó fray Guido–. Y el hecho de saber, por propia confesión, que no es cristiano simplifica mucho las cosas…

Al oír aquellas palabras, mi maestro agachó la cabeza y se persignó con devota lentitud.

–Quedaos aquí, gentiles hermanos –dijo entonces fray Guido–. Voy a reunir ahora a los caballeros en la cocina para ver cómo cumple llevar a cabo esta delicada empresa. Hay que obrar con suma cautela. El rey Alfonso el Segundo acaba de llegar a la ciudad y no podemos arriesgarnos a llamar su regia atención con un escándalo.

Dicho esto, fray Pere y el hermano Guido salieron apresuradamente de la

sala del comendador. Mi maestro y yo nos quedamos un buen rato en silencio, la vista puesta en aquella enigmática piedra azul que reposaba en el centro de la estancia.

–Tenemos que resolver este maldito misterio ya –me dijo fray Guillermo al cabo de un rato, sin esconder una honda preocupación–. Está muriendo gente. Y yo no quiero otra vez esta absurda carga. Deseo regresar cuanto antes al apacible y sereno mundo de mis libros.

–Sí, maestro –contesté con fingida resolución, pues en verdad no tenía la menor idea de cómo podía ayudarle.

21

Al final del día, después de completas, permanecimos junto a los monjes en la iglesia de Santa María, donde estuvimos rezando durante casi una hora. La reunión que los caballeros habían mantenido en la cocina no había servido para gran cosa. El resuelto y diligente Guido de Périgord no tenía nada claro cómo proceder en aquel caso. No acababa de hallar la forma de concertar la imprescindible desaparición de aquella familia mora con la necesidad de que ello no causase un gran revuelo en la ciudad. En modo alguno convenía llamar la atención de los villanos, ni mucho menos despertar la curiosidad o la indignación del rey. El éxito de nuestra búsqueda dependía de que se realizase en el más absoluto de los secretos. Los templarios rezaron en tal hora para que Nuestra Señora les avivase el seso y les permitiese encontrar la forma de obrar en aquel asunto de modo muy conforme a su conveniencia, mi maestro y yo, por nuestra parte, oramos por que aquella familia mora no pagase con su vida la torpeza y codicia que les había llevado a tramar la muerte de mi bondadoso mentor.

Un día después, poco antes del alba, ardió una casa de la calle al–Zaidí, en la Puebla de Cappont. Hasta Gardeny llegó el sonido de las campanas de San ………… llamando a fuego a los vecinos del lugar. Poco pudo hacer aquella gente por sofocar unas llamas que ya habían mordido con la fiereza de un león la techumbre de bardo y las vigas de madera de aquella modesta construcción. Muy en vano hombres, mujeres y niños arrojaron pequeños cubos de agua a las fauces espantosas del fuego. Los vecinos moros de la calle gritaban llenos de espanto, se mesaban los cabellos y llamaban desesperados a los miembros de la familia propietaria de aquella casa. No veían por fuera a ninguno de ellos, por lo que suponían que no les habría dado tiempo de salir y de ponerse a salvo. Se habrían visto atrapados en aquel mortal simulacro de infierno. No tardó nada en desplomarse el techo, liberando al pronto una enorme humareda, preñada de polvo y cenizas. Luego se vinieron abajo la mitad de las delgadas paredes de adobe. Un anciano que miraba horrorizado la escena, observó de pronto que en el suelo había varias huellas de pringue negro que salían de la casa y se alejaban hacia el pequeño puente que comunicaba La

Puebla de Cappont con la ciudad. El moro aguzó la vista y no tardó en ver que en pegadas a aquellas huellas se veían diminutos restos de plumas. También descubrió que junto a las pisadas parecía haber, aquí y allá, un rastro discontinuo de vómitos. Pensando que quizás ahí se había cometido un crimen, a la luz del menguado incendio, el anciano siguió las grasientas huellas por ver adónde conducían. Las pisadas y los vómitos se detenían frente a la única puerta del recinto amurallado. Al anciano le habían seguido otros vecinos que ahora miraban extrañados al suelo, a la puerta y a las murallas. El rastro moría ahí, pero no había huellas alineadas que indicasen que los hombres que habían salido de la casa se hubiesen detenido frente a aquella puerta. Todo parecía indicar que la habían atravesado y que lo habían hecho casi corriendo, pues en ese último tramo la distancia entre unas huellas y otras excedía de una vara. Los vecinos se quedaron asombrados, mirándose entre sí. Aquella puerta se había cerrado al anochecer y no volvería a abrirse hasta poco antes del alba.

Cuando media hora más tarde, los hombres del alcaíd abrieron la recia puerta de la isla de Mallorca, una procesión de curiosos vecinos la atravesaron por seguir las enigmáticas huellas que, como por brujería, continuaban extramuros. Lo curioso del caso es que fuera sólo se veían las pisadas de un hombre, a las que se unía ahora un reguero difuso de sangre. Las huellas, además, estaban mucho más juntas, como si ese hombre hubiese caminado entonces muy lentamente, casi arrastrando los pies. Siguiendo aquellos rastros, los vecinos llegaron hasta el muro de piedra de un huerto que estaba a escasos pasos de la orilla del río. Al levantar la vista del suelo, aquella gente se quedó atónita y llena de espanto. En medio del huerto, había dos hombres crucificados. Sus cuerpos se veían suspendidos en unos recios maderos clavados en el suelo. La tenue luz del alba les daba una espectral placidez amarillenta. Estaban enteramente desnudos, con las cabezas grotescamente desplomadas hacia delante, y tenían ambos un enorme tajo en el pecho, un profundo corte que les rodeaba el vientre, trazando una especie de semicírculo. Al acercarse, los vecinos pudieron ver los recios clavos que les atravesaban las muñecas. Los pies, sin embargo, aparecían fuertemente anudados a las tablas con un trozo de soga. También pudieron observar que uno de aquellos crucificados tenía las piernas quebradas y todo el cuerpo lleno de moratones. Y para su sorpresa, a los dos crucificados les habían arrancado

salvajemente el pene y los testículos.

Fray Guido no se había equivocado. Tal como esperaba, poco después de la hora prima se allegó al castillo un criado del obispo Gombáu de Camporrells, que pidió licencia para hablar con él. El sagaz templario lo hizo pasar a la sala del comendador, donde a la sazón nos encontrábamos también mi maestro, fray Pere y yo.

–Muy venerable micer Guido de Périgord –dijo pomposamente el recadero–, sabed que esta noche ha acaecido un horrendo y misterioso suceso en la Puebla de Cappont, en esa parte que llaman la isla de Mallorca. Allí…

Y ya contó aquel criado del obispo cuanto he relatado arriba, por lo que me ahorraré ser prolijo y fatigoso repitiéndolo.

–El pérfido crimen ha llegado a oídos del Rey, nuestro señor Alfonso el Segundo, que se ha mostrado profundamente preocupado y conmovido. Hace un rato ha enviado a ese lugar al Senescal de Barcelona para que averigüe qué ha sucedido y castigue con rigor y muy ejemplarmente a los culpables. También está en la isla de Mallorca un legado del conde de Urgel.

–Bien –le atajó con frialdad fray Guido–. Estoy convencido de que tan altos dignatarios no tardarán en tener cumplida noticia de lo que allí ha ocurrido.

–Veréis, valeroso caballero –dijo entonces el criado–, mi señor el Obispo también está en aquel lugar, pues estima que habiendo aparecido crucificadas las víctimas, es éste un asunto que en parte también le compete a él, ya que es la máxima autoridad eclesiástica de estas tierras.

–Sabia estimación –murmuró fray Guido con ironía–. Aunque muchas narices me parecen a mí ésas para oler un incendio… ¿Y qué se supone que podemos hacer los templarios?

–Este suceso es ciertamente extraño, gentil caballero. Y muy delicado… Dos cristianos que posiblemente han sido muertos y crucificados por muslimes... Los ánimos en Cappont empiezan a estar encendidos y el rey teme que pueda haber alguna asonada contra los moros o los judíos de ahí.

–Es algo común en estos casos –dijo fray Pere, encogiéndose de hombros.

–Mi señor Obispo ha recordado que se está aquí en Gardeny un caballero templario llegado de Tierra Santa en quien vuestra Orden confía la resolución de complicados misterios o fenómenos poco comunes…

–Fray Guillermo –dijo Guido de Périgord, señalando con la mirada a mi

maestro.

–Fray Guillermo –repitió el criado, en tanto hacía una leve reverencia–. Mi señor Obispo le ha contado al Senescal de Barcelona cómo este avisado templario solucionó hace poco un complicado misterio en la parroquia de San Andreu y, tras tanto encarecer la perspicacia y agudeza de este monje, el Senescal del Rey me ha mandado traerles este mensaje.

Calló el criado, por darle mayor solemnidad a las palabras que le había confiado el adalid real, y con voz teatralmente impostada dijo:

–Venerables caballeros de la Orden del Temple, mucho nos complacería si discretamente vuestro sabio monje nos ayudase a entender qué ha pasado esta noche en la Puebla de Cappont.

–Hermosa y acordada voz la del Senescal de Barcelona –murmuró fray Pere simulando una gran seriedad.

–Que aparejen prestos los caballos. Pues nos reclama el obispo y ese gran señor de Moncada, corramos a su encuentro, gentiles hermanos –dijo solícito fray Guido.

22

A aquella parte de La Puebla de Cappont la llamaban la isla de Mallorca, porque en la primavera, al aumentar el caudal del Segre, quedaba toda ella aislada en medio del río. La comunicaba con la ciudad un pequeño puente romano de cuatro arcos que daba al camino que iba al Mercadal, entre la parroquia de San Juan y la Magdalena. Por la otra parte, se levantaba otro puentecillo que…

Poco antes de llegar a la pequeña muralla del Cappont pudimos ver esas huellas grasientas de pingue, que se alejaban por una estrecha senda hacia el río. Al ir a atravesar la puerta del recinto tuvimos que dejar paso a un carro de dos bueyes que salía tranquilamente del arrabal. El hombre que maneja las riendas desde el pescante nos hizo una exagerada reverencia. Iba vestido a fuer de mercader y llevaba un parche en el ojo, en todo igual a aquel que lucía fray Guido. No pude dejar de sonreírme al ver aquel detalle.

–Muy burlón y donoso, este disfrazado fray Pere –murmuró el desorejado templario, no sé si divertido o molesto.

En verdad que el hermano Pere era el hombre más alegre y chancero de cuantos he conocido jamás. Fray Guido, mi maestro y yo nos giramos unos instantes por ver cómo el templario vestido de mercader se dirigía al puente que llevaba hasta las murallas de la ciudad. Un monje de Gardeny le aguardaba en la torre de ese puente para que el carro tuviese por ahí paso franco y los hombres del conde de Urgel no husmeasen en su interior. Si los seis moros que yacían ocultos en él, amordazados y ebrios de zumo de adormidera, no se bullían demasiado, en breve el carro llegaría al camino de Mequinenza, donde se harían cargo de él dos donados de la Orden, que lo llevarían hasta el castillo que los caballeros tenían en esa villa.

Llegamos a aquella casa arruinada de la calle al-Zaidí poco antes de la hora tercia. Allí esperaban efectivamente el Senescal de Barcelona, con algunos de sus hombres, un legado del conde de Urgel y el muelle obispo Gombáu de Camporrells. Todos nos hicimos mil reverencias y nos dimos no menos parabienes. El Senescal había hablado con todos los vecinos, amenazándolos seriamente si le ocultaban algo, pero todos le habían

asegurado no saber ni haber visto nada. Sólo que les parecía que los hombres crucificados eran dos cristianos que frecuentaban a aquella familia desaparecida.

–Poco más sabemos –dijo entonces el legado del conde de Urgel–. Sino que aquí vivía un matrimonio con tres hijos, dos varones y una joven, y el hermano mayor del marido, que era quien por lo visto tenía arrendada la casa.

–También nos han contado que hace tiempo que rumiaban salir de estas cristianas tierras… –añadió asqueado el flácido obispo Gombau de Camporrells.

Tras escuchar atentamente cuanto le dijeron aquellos altos dignatarios de la ciudad, mi maestro empezó a escudriñarlo todo, ruinas y suelo, como si no supiese ya de antemano qué había ocurrido y qué cumplía decirles a aquellos señores. Los presentes seguimos con sumo interés los pasos que fue dando fray Guillermo. Hurgó entre las ruinas calcinadas de la casa, anduvo encorvado y despacio tras el rastro de aquellas huellas, se detuvo en la puerta de la muralla, escudriñó los sillares, salió extramuros donde miró entre los abrojos de un descampado, y ya llegó a aquel huerto donde habían crucificado a aquellos dos hombres. El Senescal de Barcelona había ordenado que derribasen las cruces y tapasen los cuerpos con unas lonas, por que no fuesen vistos por los vecinos. Cuando mi maestro los destapó, fray Guido empezó a lamentarse diciendo cómo esos pobres desgraciados eran dos criados de los templarios, que habían desaparecido de la casa el día anterior, posiblemente tras haber robado en ella.

–¿Y qué? –preguntó el Senescal.

–Una bolsa de dinares de oro acuñados en Damasco, micer –contestó fray Guido–. Me los dio mi Maestre. Debía donarlos al obispo Gombáu como contribución templaria a la construcción de la nueva catedral. La verdad es que olvidé hacerlo la primera vez que nos vimos…

El obispo Gombáu de Camporrells le miró con el rostro visiblemente enrojecido.

–¿Es posible que tramaran el robo con esos muslimes y que luego los moros los matasen de modo tan cruel por esconder el verdadero motivo? –preguntó el legado del conde de Urgel.

Mi maestro afirmó con la cabeza. Estuvo un rato inspeccionando los cuerpos de Pacheco y Ponce. Les palpó los miembros, les miró los ojos y los

dedos de las manos, observó atentamente su piel, y les abrió las bocas, por meter los dedos en ellas, cual si buscase algo adentro. Luego pidió a los hombres del Senescal que los desclavasen y los envolviesen con alguna sábana.

–No tenían familia –dijo fray Guido–. Los templarios nos haremos cargo de enterrarlos.

–¡Nunca en sagrado! –exigió el obispo, con su enervante voz femenil.

–No en sagrado –convino fray Guido, sonriendo afablemente.

–¿Y bien, fray Guillermo? –preguntó entonces el Senescal de Barcelona–. ¿Podéis decirnos qué ha ocurrido aquí?

–En virtud de cuanto he visto, y conociendo el robo de las monedas, podría ciertamente aventurar una explicación. Pero no puedo asegurar a ciencia cierta que sea la verdadera.

–Me complacerá mucho escucharos, gentil monje.

Mi maestro sugirió entonces que regresásemos a la casa, para así poder contarles, paso a paso, lo que él creía que había acaecido aquella noche en el arrabal de Cappont.

–Este criminoso acto ha sido sin duda planeado de antemano. Así lo indica el hecho de que no haya en la casa ningún utensilio de valor. Entre las ruinas no hay ni rastro de arcones, ni de ropa, ni de enseres… Vaciaron la casa antes de prenderle fuego. Se llevaron hasta los jergones. Por eso el fuego tardó tan poco en consumirse. Eran dos hombres jóvenes que tenían las llaves de la casa, pues aunque la puerta está calcinada se puede ver que aún tiene el cerrojo echado.

–Cierto… –murmuró el señor de Moncada–. Luego es de suponer que fueron los propios moros.

–No, micer –le corrigió mi maestro–. Fueron los criados.

–¿Y ello? –preguntó asombrado el legado del conde de Urgel.

–Cuando interrogamos a los donados y sirvientes de Gardeny, tras la desaparición de estos dos hombres, uno de aquéllos nos dijo que habían visto varias veces a Pacheco en compañía de una joven mora…

–Nos han dicho que la hija de estos moros era una moza de unos catorce años… –dijo entonces el Senescal.

–Estaba seguro de ello –dijo con cierta arrogancia mi venerado maestro–. Quizás esto explicaría la causa del suceso… Pacheco está perdidamente

enamorado de esa niña, a la que pretende con insistencia. La familia mora lleva tiempo buscando dinero para salir de estas cristianas tierras. El sirviente les cuenta que puede ayudarles si, a cambio, le dejan irse con ellos y tomar por esposa a su hija. Quizás el criado ya ha abusado de la niña… El caso es que le engañan diciéndole que lo harán de buen grado, pues ya lo tienen por hijo. Pacheco convence a Ponce para que le ayude.

–Podría haber sucedido así… –convino el Senescal.

–No es más que una conjetura, micer –contestó mi maestro, encogiéndose de hombros–. Lo que son hechos ciertos es que alguno de los dos sirvientes tuvo cuando fuera trato carnal con la niña. Y que antes de cerrarse la puerta, la familia mora ya estaba extramuros, esperándolos en ese huerto, con las cruces aparejadas para llevar a cabo su crimen. Posiblemente, alguno de los hermanos habría salido dos o tres días antes con todas las pocas pertenencias de la familia. Los sirvientes se quedarían en la casa hasta que cerraran la puerta de las murallas. Tenían que quemarla para distraer la atención de los villanos mientras huían con los moros y esos codiciados dinares. Sus verdugos habían decidido que se hiciese de ese modo. En la casa les habían dejado un ánfora con vino, bebida maldita para ellos, pero a la que los criados no iban a poder resistirse. La jarra estaba envenenada.

–¿Y cómo podéis saber eso? –preguntó incrédulo y burlón el Obispo.

–Lo único de cerámica que queda entre esas ruinas es un ánfora –contestó mi maestro, mostrando un trozo de arcilla combada y ennegrecida que había cogido antes en el solar calcinado de la casa–. ¿Por qué iban a dejar sólo eso? Y luego están esos vómitos que apestan a vino, junto a las huellas, y asimismo el hecho de que los pasos se vayan haciendo más lentos afuera. Y sobre todo, Reverendísima, el rostro tan hinchado y las lenguas amoratadas de los crucificados, señales inequívocas de envenenamiento. Seguidme, señores.

Mi maestro echó a andar de nuevo hacia las murallas.

–Los sirvientes llegaron a la puerta de la muralla, se descalzaron y arrojaron las botas a la otra parte. Estaban ya mortalmente enfermos.

Traspasó la puerta y se apartó un poco del camino por enseñarnos una mancha de sangre que había en un descampado lleno de abrojos, al pie del muro.

–Por el efecto del veneno, a Pacheco le fallaron las fuerzas ahí arriba y se cayó al vacío. Por eso su cuerpo está descoyuntado. Ponce

lo arrastró como pudo hasta el huerto. Tampoco a él le debían de quedar demasiadas fuerzas. Ni siquiera intentó volver a calzar a su compinche.

Mi maestro hurgó entre la maleza de aquel descampado y no tardó en salir con un par de botas, con la suela llena de pringue y de plumas pegadas. Aquellos altos dignatarios lo miraron llenos de sorpresa y admiración.

–Ponce llegaría casi sin aliento al encuentro con los moros. Y lo haría para descubrir que les recibían con un cristiano patíbulo hermosamente aparejado. Posiblemente ambos ya estaban muertos cuando los clavaron a las cruces. Izaron éstas, les arrancaron luego sus partes pudendas, que arrojarían a los perros, y les marcaron con la señal de la media luna, emblema del Islam.

–¿Pero por qué los castraron? –preguntó el legado del conde de Urgel.

–Por decirles a todos los que los viesen el pecado que habían cometido… –murmuró el Senescal–. Haber deshonrado a esa niña mora.

–¿Y dónde están sus partes…? –preguntó con vivo interés Gombau de Camporrells.

–La venganza exige que sean arrojadas a los perros –contestó el Senescal, quien por lo visto conocía aquella cruenta forma de desagravio.

23

Aquella farsa había sido ideada por mi maestro para que la familia mora no sufriese ningún daño físico, viéndose forzada a la vez a no poder regresar jamás a la ciudad de Lérida. Acusados de crimen tan atroz, aquellos moros deberían esconder sus nombres y su procedencia incluso en tierras de muslimes. Los templarios los llevarían desde Tortosa a Tierra Santa, donde los desembarcarían y los abandonarían a su suerte, sin dinero ni ninguna de sus pertenencias. Lo que les ocurriese después ya no sería asunto del Temple.

Mi maestro estaba moderadamente contento. Entendía que los monjes guerreros no podían permitir que Ponce siguiese con vida. Les había sugerido que le hiciesen beber del agua envenenada que el mismo criado había aparejado para acabar con su vida. Luego, los templarios habían puesto en obra el plan del benedictino.

La tarde del día siguiente al ataque sufrido por mi maestro, había salido de Gardeny un carro con las cruces y los cuerpos de los criados muertos. Lo guiaban dos monjes, que, bien conocidos por los hombres del conde de Urgel que cobraban el pontazgo y revisaban las mercancías, no tuvieron problemas para llegar a La Puebla de Cappont sin que nadie les detuviese ni pidiese razón. Escondieron el carro tras unos álamos, en aquel huerto de extramuros que era propiedad del Temple, y ya se dispusieron a esperar a fray Pere y fray Arnau. Éstos habían entrado en la isla de Mallorca vestidos a fuer de mercaderes y se habían dirigido a una casa que los monjes tenían ahí, en la calle Carcasona, una antigua propiedad de un colono franco, que los templarios se habían quedado tras el impago de un empréstito. Cuando anocheció, fray Pere y fray Arnau entraron con sigilo en la casa de aquellos moros, que dormían plácidamente. Los amordazaron y les ataron las manos a todos, excepto al padre. Con la amenaza de que matarían uno a uno a los suyos hasta que no les contase por qué habían tramado la muerte de fray Guillermo, el moro les dijo más o menos lo que ya les había confesado el pagano Ponce Berri. Pero insistió en que había sido aquel Pacheco quien se había ofrecido a ayudar a los nizaríes. El criado había hecho un trato con ellos, por el que les ayudaría a cambio de veinte dinares de oro. A ellos, los

hashashins les habían pagado apenas la manutención por alojarlos. En ningún momento supieron qué habían venido a hacer a Lérida. No preguntaron, pues preferían no saberlo. Un día regresaron sólo dos nizaríes, días más tarde ninguno. Estuvieron esperándolos una semana, hasta que Pacheco vino a su casa para contarles que había visto a los templarios enterrarlos en un calvero de Gardeny. Los moros registraron los fardos de los nizaríes y hallaron varias bolsas, todas llenas de monedas de oro y de plata. Había dinero más que suficiente para que toda la familia se pudiese marchar por fin a algún reino musulmán donde empezar una nueva y holgada vida. Pero los hashashins les habían dicho que habían escrito a los suyos por hablarles de ellos… Quizás se lo dijeron tan sólo por asustarles y borrar de sus cabezas cualquier tentación de entregarlos a los cristianos. Sea como fuere, habían conseguido meterles el miedo en el cuerpo. Estaban convencidos de que, si huían sin más, los nizaríes los encontrarían y les reclamarían las bolsas y la vida. Fue el mismo Pacheco quien se prestó a matar a fray Guillermo. Los nizaríes eran muy avezados en las artes del envenenamiento. Si emponzoñaban al benedictino, parecería como si el crimen lo hubiesen cometido los hashashins. Cuando la nueva llegase a Alamut, el Viejo de la Montañas pensaría que sus hombres habían cumplido con su encargo y que quizás habrían muerto luego en algún naufragio de regreso a Oriente. Ellos se encargarían de hacer correr la voz.

Cuando terminó de contarles esto, los templarios amordazaron también al padre, no sin antes preguntarle si había en la casa algún sótano o escondrijo. El moro les dijo que en la cocina había una trampilla escondida bajo un arca que se abría a un pequeño sótano medio inundado por el agua. Allí arrojaron los templarios todas las pertenencias de aquella familia. Dejaron luego en el suelo, aquí y allí, algunos trozos de cerámica y, tras comprobar que no había nadie por las calles, hicieron salir en apretada fila a los moros. Los llevaron a toda prisa a su casa de la calle Carcasona. Nadie los vio. La puerta de las murallas ya estaba cerrada a cal y canto. Dieron a beber a los moros el zumo de la adormidera que había preparado el hermano enfermero. A los que sintieron náuseas los hicieron vomitar dentro de una jofaina en cuyo interior había dos dedos de vino. Luego les volvieron a dar de beber el brebaje, hasta que visiblemente quedaron todos aturdidos, blandos y con la voluntad anulada. Entonces atados y amordazados, los dejaron boca abajo en el suelo de la cocina y volvieron a la calle al-Zaidí para prenderle fuego a aquella casa.

Cerraron la puerta con llave, para que las llamas tardasen más tiempo en ser visibles, se untaron con pringue el cuero de las botas, pisaron un manojo de plumas de gallina que traían y ya se fueron hacia la puerta de la muralla, en tanto iban esparciendo, aquí y allá, el hediondo contenido de la jofaina. Tal como esperaban, en la muralla no había vigilancia alguna. En llegar, Fray Pere se descalzó y le dio las botas a fray Arnau, que se las ató al cuello. Entonces fray Pere regresó a la casa donde había dejado a los moros, mientras su compañero saltaba la muralla, arrojaba aquellas botas al descampado y caminaba muy despacio hacia el huerto, a par del rastro de sangre que ya habían dejado los templarios de fuera. Éstos, en cuanto habían visto a fray Arnau asomarse en lo alto del muro, habían dado en izar las cruces con los cuerpos de los criados clavados en ellas. Cuando llegó fray Arnau, los tres templarios cogieron el carro y salieron de nuevo al camino. Allí aguardaron vestidos como humildes villanos a que los de adentro abriesen la puerta de la muralla. Con el escándalo y el espanto de los vecinos, nadie reparó en ellos. Entraron en el recinto de la isla de Mallorca y dejaron el carro en la entrada de la calle de Carcasona. Todos los vecinos estaban en tal hora extramuros, viendo a los dos infelices crucificados, por lo que los templarios pudieron cargar y cubrir a los moros sin que nadie los viera. Después se fueron a mezclar discretamente con los vecinos. Se quedó únicamente fray Pere. Pronto llegaron a aquel huerto el obispo y el Senescal, que se dedicaron a preguntar a unos y a otros. En la calle de Carcasona, el donoso templario se colocó el parche de cuero en el ojo, se subió al pescante del carro, arreó a los bueyes y salió tranquilamente de la Puebla de Cappont. En la puerta, se cruzaría con nosotros.

Aquella misma tarde, el rey envió a Gardeny dos hermosos venados, en gratitud por la ayuda prestada por los templarios en la resolución de aquel caso. En un hermoso pergamino, con la lacra real, Alfonso el Segundo escribía que lamentaba la traición y el robo de los criados del Temple y que se comprometía a hacer cuanto estuviese en su mano por apresar y castigar a esos pérfidos moros, que sobre haber ofendido a la sagrada cruz habían huido con las monedas destinadas tan generosamente a la construcción de la futura catedral.

Mi maestro escuchó las palabras del rey, que leyó fray Guido, esbozando una enigmática sonrisa.

–Celebro saberos de tan buen humor –dijo el templario, al ver el rostro del benedictino.

Era evidente que mi maestro quería decirnos algo.

–Dejé en esa farsa un cabo suelto, un detalle a todas luces innecesario –explicó sin dejar de esbozar aquella infantil sonrisa–. Creí que alguien me preguntaría por él…

–Yo noté algo extraño en esa historia, maestro –dije humildemente–. ¿Para qué se supone que los criados se pringaron y emplumaron las suelas de las botas?

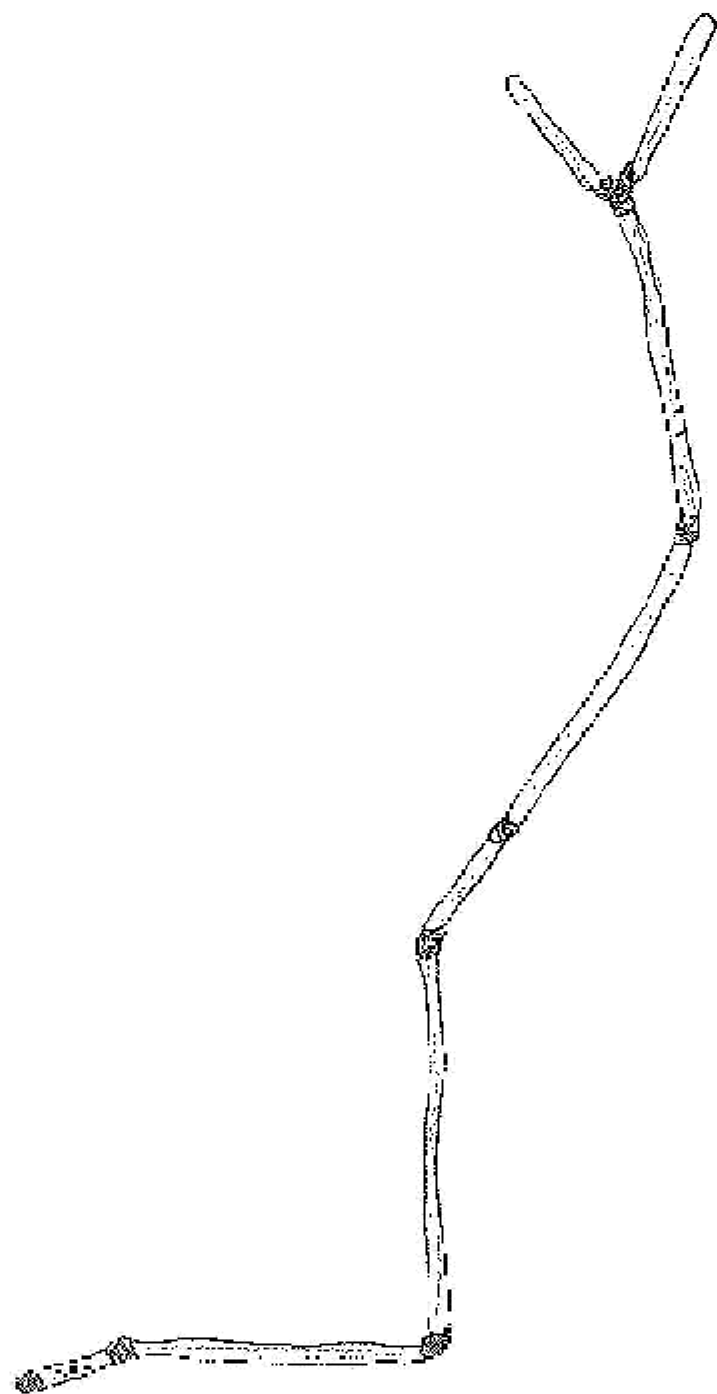
–Astuto pupilo… –murmuró fray Guillermo–. Ese va a ser ahora vuestro enigma particular, gentiles amigos…

Y ya dio en reírse muy sueltamente, cual si hubiese tenido la más graciosa ocurrencia del mundo.

24

No sé si fue por la llegada del buen tiempo o por el apremio que le urgía ya a resolver el enigma de la piedra, pero el caso es que tras los sucesos acaecidos en La Puebla de Cappont, fray Guillermo pareció despertar de su letargo. Salió finalmente de aquel reflexivo ensimismamiento en el que había estado sumido esos largos meses de niebla. Como si la claridad del cielo hubiese venido de pronto a alumbrar su prodigiosa mente, una semana después de que escampase la niebla, mi maestro consiguió finalmente descifrar la piedra azul de Andobeles.

Antes de la hora prima, fray Guillermo le dijo al hermano Guido de Périgord que debía salir del recinto para hacer algunas comprobaciones. El templario lo miró esperanzado. La franca sonrisa de mi maestro permitía augurar un nuevo avance en sus pesquisas. Fray Guido llamó a los hermanos Pere y Arnau para que nos acompañaran y, tras coger algunas vituallas, por si nuestra labor se demoraba en demasía, dejamos la casa-fortaleza de Gardeny. Yo iba armado con un lápiz de plomo y una hoja de pergamino enrollada, en la que debía escribir o dibujar cuanto me dijese mi maestro. Éste, por su parte, llevaba en la mano un extrañísimo entramado hecho con finos palos de distintos tamaños que había unido entre sí con tendones de animal y tiras de pergamino. El armadijo tenía un aspecto precario, pero milagrosamente iba a aguantar toda aquella jornada sin descoyuntarse. Medía una vara de largo y estaba formado por siete palos que semejaban el trazado de una serpiente doblada, en distintos sesgos, y que terminaba, en uno de sus cabos, en dos pequeños cuernos. Me reí por dentro, aquello parecía uno de esos burdos artilugios que llevan los zahoríes para descubrir dónde hay manantiales subterráneos de agua.



–¡Un buscador de tesoros! –exclamó muy serio fray Pere al ver aquel frágil armazón.

Y ya todos dimos en reírnos muy sueltamente. En verdad, el hermano Pere era el hombre más alegre y donoso que he conocido nunca, de aquellos pocos que a la sazón hacían el mundo menos oscuro y mucho más ameno. Jamás lo vi taciturno o malhumorado. Supe años después que él y fray Arnau habían muerto en un encuentro con los muslimes, allá en Tierra Santa. Dios los tenga a ambos en su Divina Gloria.

Al salir de Gardeny, nos dirigimos al rabal del Podio de las Horcas, un extenso tozal así llamado pues ya desde antes de la llegada de los árabes era el lugar donde se colgaba a los condenados por la justicia. Fray Guillermo buscó allí una casa que se asomase a la vega del Royal y tuviese así una buena vista del flanco derecho de la loma de Gardeny. Dio al cabo con aquella que le parecía más apropiada y ya los monjes guerreros llamaron a su puerta y hablaron con su dueño, que muy cortésmente, y no menos asustado, nos permitió entrar en ella. En la planta superior del edificio había una ventana que se abría a los campos y casuchas de la vega. Sosteniendo en posición horizontal aquel burdo entramado de palitroques, mi maestro extendió el brazo diestro hacia delante y ya cerró un ojo, cual si apuntase con el armatoste a la loma de Gardeny. Parecía uno de esos vulgares ballesteros cuando se aprestan a disparar.

–Cuidado, fray Guillermo –dijo el hermano Pere–, que esos chirimbolos

los carga el diablo…

Fray Arnau y yo nos reímos disimuladamente y por lo bajo.

–No creo que sirva… –murmuró mi maestro, sin hacer caso a la chanza del templario.

Fray Guillermo me mandó entonces que sacase aquella hoja de pergamino y que trazase un bosquejo de la ladera de Gardeny que se veía desde allí. Debía concentrarme sobre todo en la línea horizontal del remate, tanto del ancho frontero, como del lado diestro.

Cuando hube acabado, tomó el pergamino y, tras echarle un vistazo rápido, sacudió con decisión la cabeza por decir que aquel dibujo no le servía. Yo había trazado una especie de ele invertida, bastante recta en sus líneas.

–Lo que suponía… Estamos en un lugar demasiado bajo para que se pueda divisar la escenografía exacta de esa ladera.

–¿La escenografía? –pregunté, al ignorar por completo aquel término.

–La perspectiva lineal –me contestó–. Desde esta posición de inferioridad no es posible apreciar los ángulos o desviaciones en las líneas del remate.

–Yo veo dos líneas más o menos rectas, maestro –dije sin acabar de entender a qué se refería exactamente.

–Por eso mismo, la perspectiva es engañosa, no sirve –sentenció–. Debemos buscar un lugar mucho más elevado que nos permita ver con precisión, al menos, todo el trazado del flanco diestro…

No bien hubo terminado de decir estas palabras echó a andar apresuradamente escaleras abajo. Los templarios se miraron un instante con teatral resignación y ya se fueron en pos de él. Yo me acerqué de nuevo a la ventana y miré otra vez, con suma atención, aquella ladera de la colina de Gardeny. No acababa de comprender de qué hablaba mi maestro ni qué importancia podía tener la *escenografía* de esa colina en el caso que nos ocupaba. Me encogí de hombros, enrollé de nuevo el pergamino y salí corriendo de aquella casa. Fray Guillermo y los templarios andaban en dirección a la ciudad. No tardé en alcanzarlos. Atravesamos aquel rabal del Podio de las Horcas y, por un camino que iba a par de las murallas, llegamos a la Puerta de los Boteros, que se abría al camino de Montagut. Entramos por ahí y fuimos a buscar la Costa de Sant Andreu que subía, fatigosamente empinada, hasta el elevado centro de la ciudad.

La vieja Lérida se asentaba en la llanura de un imponente y escarpado cerro. A esa gran explanada, la más antigua y poblada de la ciudad, los cristianos la llamaban comúnmente con el nombre de la Zuda, pues allí se hallaba aquel impresionante alcázar de los muslimes. Aunque de hecho el baluarte tan sólo ocupaba una pequeña parte de la explanada. Además, en sentido estricto, la llanura de aquel cerro no era tal. La conformaban en realidad tres planicies o terrazas con distinta extensión: la Roca Soberana, la Roca Mediana y la Roqueta. La cima del alcor era aquella Roca Soberana, donde se alzaba el espléndido alcázar de los sarracenos. En la Roca Mediana, estaba la antigua mezquita mayor, que el primer obispo de Lérida, hasta entonces prelado de la diócesis de Roda de Isábena, Guillem Pere de Ravidats, había consagrado como catedral cristiana, bajo la advocación de Santa María la Vieja. Entonces, en aquel año de 1194, el maestro Pere de Coma proyectaba en ese mismo lugar, por mandato del obispo Gombau de Camporrells, la construcción de una catedral mucho mayor, que fuese más acorde a la grandeza e importancia que a la sazón tenía Lérida. En la Roqueta estaba la única plaza del cerro, trazada por las paredes de dos palacios y de varios albergues. Salvo este rincón abierto, en la Zuda apenas se veían solares ni patios vacíos. Todo estaba densamente edificado, al calor defensivo del alcázar, hasta el punto de que algunas casas y albergues daban a los mismos muros de aquellos dos sobresalientes edificios, el alcázar y la antigua mezquita. Salvo el magnífico palacio de los Moncada, el resto eran sobre todo casas donde vivían las dignidades religiosas y la clerecía de la nueva catedral. Parecía que no quedase más espacio, entre las construcciones, que para unas pocas calles, muy estrechas e intrincadas. De modo que aquel lugar era una confusa maraña de callizos ciegos, de angostas habitaciones que ponteaban entre dos casas, formando pasos cubiertos, de callejas por las que no pasaba un hombre grueso, de zaguanes con arco de estibo que eran boca techada de alguna embarrada costanilla. Un barullo de paredes y muros apretujados que daban una agobiante sensación de estrechez. Sólo entre los suaves cortantes de las planicies escalonadas se adivinaban claros y el trazo de algunas pequeñas sendas, a cuyos lados crecían los abrojos.

Cuando llegamos arriba, mi maestro estuvo un rato buscando el lugar más apropiado para llevar a buen término aquella empresa, un sitio desde el que ver el flanco derecho de la colina de Gardeny. Tras mucho mirar, se decidió

finalmente por un pequeño y alto palacio que se levantaba en la parte occidental de la Roca Soberana, justo al borde de la vertiente de la terraza. El edificio resultó ser propiedad de los canónigos de San Ruf de Aviñón, que a la sazón usaban el palacete para dar hospedaje a los religiosos agustinos, provenzales o catalanes, que visitaban la ciudad o que estaban de paso en ella. Se cuidaba de la casa un afable presbítero, que en ver los hábitos templarios accedió de buen grado a dejarnos entrar. Como era ya la hora tercia, fray Pere y fray Arnau se quedaron en el zaguán rezando el oficio. Subimos mi maestro y yo a la parte superior de la casa, a un pequeño desván que usaba aquella gente para guardar arreos viejos. Allí, un estrecho ventanuco se abría al tejado del palacete. Me aupó a él fray Guillermo y después de un rato en que estuve forcejeando torpemente con piernas y brazos conseguí meterme por aquel pequeño hueco y así salir al exterior. Mi maestro me alcanzó el pergamino y el lápiz de plomo. Desde el tejado, la vista de la ciudad y de sus aledaños era en verdad sobrecogedora. Vi los distintos y deformes anillos de las murallas que serpenteaban a diestra y a siniestra hasta unirse entre sí, constriñendo la ciudad como un cinturón el talle de una hermosa mujer; oteé el trazo de culebra del caudaloso río Segre, que zigzagueaba en anchas curvas, hasta perderse en el horizonte difuso del suroeste; vi las casas de los arrabales más lejanos, que se iban diseminando y espaciando cada vez más, hasta desaparecer en los límites de bosques, montes y breñas; divisé los rectángulos de los campos y huertos, de muy distintos tamaños, que colocados unos junto a otros formaban un paisaje troceado, multicolor, que semejaba un gran manto hecho con retazos irregulares de tela; y vi las líneas de agua de las acequias y del pequeño río Noguerola que rayaban aquí y allá los retales de aquel magnífico lienzo. Miré luego la colina de Gardeny, desde la que el majestuoso castillo templario señoreaba el arrabal del Royal. Y comprendí entonces a qué se refería mi maestro cuando hablaba de escenografía y perspectivas. En ese tejado me hallaba en una posición no mucho más elevada que aquella loma, pero esa ligera diferencia de altura era suficiente como para que pudiese divisar con precisión el trazado del remate de su flanco derecho. Ya no vi, en aquella parte, una línea más o menos regular, sino varias que se abrían y cerraban en distintos ángulos. Las dibujé lo mejor que pude y ya me descolgué, por el hueco del ventanuco, al interior del altillo, donde mi maestro me aguardaba impaciente. Sin decirme palabra, me cogió el pergamino y lo

desplegó un momento. Sonrió satisfecho y lo volvió a enrollar. No dijo nada, ni me miró siquiera, tenía demasiada prisa en volver al convento-fortaleza de Gardeny. Recorrimos a la carrera casi todo el camino de vuelta. A pesar de su ya avanzada edad, fray Guillermo parecía no fatigarse nunca. Iba entonces tan resuelto y alegre que cuando entramos en el recinto, los monjes con los que nos cruzamos lo miraban entre sorprendidos y esperanzados. No se equivocaban al pensar que fray Guillermo de Féval había descifrado la piedra azul de Andobeles.

25

Al llegar al recinto fuimos a subirnos a las distintas torres albarranas que había en la fortaleza. No tardé en entender la preocupación de mi maestro por conseguir una buena perspectiva del flanco derecho de la colina. En esa parte, la opuesta a la que albergaba el castillo templario, la vertiente era muy escarpada, lo cual, unido a la propia altura del cerro, hacía que no tuviese ningún sentido alzar allí ni torres defensivas ni atalayas. En mis paseos por la explanada del alcor, había visto en aquella parte alguna que otra defensa, pero eran muros bajos de piedra con aspilleras abiertas aquí y allá para permitir el tiro de los arqueros en caso de ataque. El sistema defensivo se concentraba en el otro extremo, en la parte donde se alzaba el castillo. Allí, adosadas a sus altas murallas se alzaban exentas seis altas torres albarranas, dos de las cuales se asomaban a la ciudad, otras dos al flanco ancho del sur, mirando al río, y las restantes, en la parte trasera de la fortaleza, a las tierras del oeste.

Desde aquellas imponentes torres terminé de completar el perímetro del remate de toda la colina. Cuando le enseñé el dibujo a mi maestro, sonrió satisfecho.

–Lo sabía, astuto Arbararbán –murmuró con un deje de orgullo en la voz.

–¿Ya habéis descifrado el mensaje de la piedra? –pregunté entonces, muerto de curiosidad.

–Sí, Ramón. Sé exactamente dónde está el túmulo de Andobeles.

Mientras nos dirigíamos a la sala del comendador, a darle aquella buena nueva al hermano Guido de Périgord, mi maestro se echó de súbito a reír muy sueltamente.

–Cincuenta años buscando el muro y tenían la clave prácticamente debajo de sus sandalias…

Al entrar en la sala, vimos con sorpresa que allí estaban reunidos todos los monjes templarios de la casa. Por lo visto había corrido rauda la noticia de que fray Guillermo de Féval había conseguido descifrar el críptico mensaje de la piedra. A pesar de que mi maestro no había afirmado tal cosa, su alegría y su apresurado y extraño proceder habían bastado para que fray Arnau y fray

Pere se hubiesen convencido de ello y hubiesen luego divulgado la nueva. Cuando vieron a mi maestro, los templarios humillaron un tanto la cabeza en señal de reconocimiento y respeto. No me cupo la menor duda de que todos ellos, fray Guido incluido, lo tenían ya por un hombre de extraordinaria sabiduría. Se sentaron al cabo en los escabeles y aguardaron expectantes y en silencio a que mi maestro hablase.

–Desde el principio he basado todas mis pesquisas en una conjetura, pues no encontré otro modo de salir de las profundas tinieblas en las que mi mente se hallaba al enfrentarse a esa piedra. Había que establecer una hipótesis e indagar a partir de ella. ¿Qué teníamos? Una figura femenina, tumbada boca arriba, en medio de unos agujeros distribuidos sin orden ni concierto aparentes. Todo lo que yo sabía de los ilergetes estaba en ese libro de Sósilo de Lacedemonia, de modo que decidí que era en sus páginas donde debía buscar la clave para descifrar el mensaje de la piedra. En la Belíada se habla en varias ocasiones de la diosa Hebe, la celosa mujer de Awr. Hebe es, de hecho, la luna. La figura femenina de la piedra es sin lugar a dudas una antigua diosa de la fertilidad. Esa preñez, esos pechos llenos… Pues bien, hasta el vulgo sabe que la luna influye en los cultivos y en los partos de humanos y animales. De modo que establecí esa hipótesis de partida. Supuse que la figura de la piedra era una representación de la diosa Hebe. Los ilergetes que acompañaron a Aníbal en su penosa marcha hacia Roma le contaron al griego Sósilo una sanguinaria leyenda que viene a justificar la existencia de una colina sagrada, a la que su pueblo puso el nombre de la diosa y donde en su honor realizaban toda suerte de ritos y sacrificios. Allí le dejaban, por ejemplo, como macabra ofrenda votiva, las manos que, tras las batallas en las que vencían, los ilergetes amputaban a sus enemigos, muertos o vivos. Alimento para su hijo Neithu, el dios de la guerra. Ya tenía, pues, establecida la conjetura inicial. El túmulo de Andobeles estaba en aquella colina consagrada a Hebe. Lo siguiente fue pensar que los puntos esparcidos por toda la piedra indicaban de algún modo el lugar donde se alzaba aquel cerro. ¿Veis este agujero de aquí? –mi maestro señaló uno de los puntos de la piedra–. Es el único que tiene mellado un tanto su contorno. Como si hubiese tenido algo

incrustado dentro que le fue extraído tiempo después.

–Una pequeña piedra –le interrumpió fray Guido.

–No, no creo que la hubiesen arrancado de tratarse de una simple piedra. Quizás un zafiro o un rubí… No sé, aunque no importa demasiado. El caso es que parece como si Arbararbán hubiese distinguido ese agujero de los otros incrustándole lo que fuese en su interior.

–Por señalar el punto donde estaba la colina… –dijo entonces Guido de Périgord.

–Eso creí entonces, lo cual era profundamente descorazonador. La antigua Ilergecia es un territorio vastísimo, de límites imprecisos, pero en todo caso de más de cuarenta leguas de sur a norte y casi ochenta de este a oeste. ¿Cuántas colinas, montes o pequeñas elevaciones puede haber entre esos límites? Sin duda demasiados. Suponiendo que esos diez puntos marcasen otros tantos cerros y que en el agujero mellado se hallase el túmulo de Andobeles, ¿en qué parte de la Ilergecia buscar? Desde luego no aquí. Antes de que llegase la niebla pude comprobar, desde esta sala y luego desde las torres albarranas, que hasta donde alcanza la vista, que no es poco, no hay una disposición orográfica semejante. De modo que si los puntos representaban colinas habría que ser un águila para poder localizar, desde las alturas, tal lugar. Quizás sólo el agujero mellado señalase el cerro y el resto fuesen antiguas villas, o castros, de los ilergetes o, quién sabe, el trazado del río en alguna de sus partes. Cualquiera de estas posibilidades convertía la búsqueda en un imposible. Podíamos haber estado buscando meses o años, de aquí para allá, sin tener la menor garantía de éxito. De modo que me decidí un buen día a cambiar el enfoque de mis indagaciones. Debía buscar la explicación más sencilla posible, una que acotase la búsqueda a un espacio mucho más reducido. Intentar elaborar la teoría más simple, una que hiciese que el hallazgo del túmulo fuese en verdad factible. Que la piedra se adecúe a mi conveniencia, pensé. Para volver a interpretaciones intrincadas siempre estaría a tiempo. ¿Y qué era lo más conveniente al propósito que perseguía? Sin duda que la piedra simulase la propia colina y que el punto mellado indicase el lugar exacto donde estaba la tumba. Debo decir que ya había pensado en esta posibilidad al inicio

de mis indagaciones, pero la había desechado pronto, pues implicaba una dificultad que en ese momento me pareció insalvable.

–Saber entonces dónde estaba la colina –dijo con convencimiento el hermano Arnau.

–Claro… –intervino el hermano enfermero–. De ese modo se establece una incongruencia, una incompatibilidad que hace del misterio algo irresoluble. Porque siendo esos puntos la única indicación posible, o ubican el cerro o ubican el túmulo.

–¡Exacto! –exclamó mi maestro, que estaba disfrutando a las claras en aquella improvisada reunión–. De ahí la dificultad de descifrar el mensaje de la piedra. Era como un laberinto que me hacía regresar una y otra vez a su punto de entrada. Pero yo, insisto, había decidido acomodar la piedra de Arbararbán a mi provecho, darle, en suma, una interpretación simple. El sillar representaba de algún modo la llanura de la colina de Hebe.

–Quizás eso bastaba –dije yo entonces, tímidamente–. Me refiero a que los ilergetes ya sabían dónde estaba ese cerro. Para ellos era un lugar sagrado, como una catedral para nosotros. Luego, ¿para qué mostrarles una ubicación que conocían de sobras?

–Cierto, Ramón. Es tal como dices. Pero entonces no tendría ningún sentido que Arbararbán hubiese cincelado esa especie de mensaje. Si hasta los romanos de aquella época sabían sin duda dónde estaban enterradas las cenizas de Indíbil… Ellos permitieron que se trajese su cuerpo a la Ilergecia tras la batalla del Ager Sedetanus.

–Quizás la piedra no fue más que un modo de llamar la atención sobre el túmulo de Andobeles –dije entonces–. Como decirles a los suyos: en esa tumba está la clave para llegar al tesoro.

–Es posible –admitió mi maestro, no muy convencido–. Pero el caso es que, fuere como fuere, nadie dejó escrito el lugar donde levantaron su túmulo… Además, nuestro abnegado sacerdote se escondió de los romanos, se lapidó en aquella pequeña cripta, que estaba en algún solar cerca del río, en la actual parroquia de Sant Joan… Arbararbán decidió inmolarse, al encerrarse en aquella cripta subterránea. Sacrificó su vida para que los romanos no diesen con él, para que no encontrasen el tesoro de los íberos. Tuvo que sopesar la posibilidad de que no lo encontrasen hasta después de mucho tiempo… Tal vez había dejado indicaciones para que de alguna manera los

ilergetes (cuando los romanos se hubiesen olvidado ya del tema) diesen con aquella secreta cárcava y hallasen en ella la piedra que había de guiarles hasta el túmulo de Andobeles y luego a ese portentoso muro de oro y plata. ¿A quién confió aquel secreto? ¿A esos dos hijos que dice Lucio Casio Hémina que los romanos torturaron para que confesasen dónde estaba su padre? Eso es algo que nunca ha de saberse. Lo único cierto es que ningún ilergete entraría ya en ese sótano tumba de Arbararbán a buscar la piedra azul. Cuando los romanos hallaron la cripta, durante la construcción del foro de Ilerda, habían pasado casi doscientos años. Ya poco quedaba de los antiguos ilergetes. ¿No pensó Arbararbán en esta posibilidad?

–¿Pensó? –preguntó fray Guido con impaciencia.

–No sabría decirlo a ciencia cierta… –contestó fray Guillermo sonriendo y encogiéndose de hombros.

Era más que evidente que mi maestro estaba disfrutando con aquello más que un niño noble con una espada de fuste.

–Lo que hice fue pensar de nuevo qué es lo que resultaría más sencillo de verificar. Así que me dije que los puntos podían indicar también el lugar donde estaba la colina. Ubicar el cerro y el túmulo a la vez.

–Imposible… –murmuró fray Guido.

–No, gentil hermano. Ha resultado ser así. Los agujeros marcan la ubicación de la colina y son a la par la propia colina.

–¡Sorprendente! –exclamó uno de los monjes.

–Lo descubrí al releer una vez más la Belíada. En ese libro está atrapada la cultura ancestral de los ilergetes. Pensé que quizás encontrase en él alguna pista que me ayudase a situar el lugar donde se alzaba el cerro de Hebe, que me permitiese, en suma, interpretar el mensaje cifrado en los agujeros. De modo que releí el libro de Sósilo, al tiempo que iba anotando cuantas referencias a la diosa Hebe salían en él. De pronto di con una que me llamó poderosamente la atención. Decía así: *“Cuando Síker se despoja del manto de Awr, aparece en el cielo la serpiente de Hebe, la que todo lo cura. Se alza altiva sobre el cerro de la diosa y mira amenazante el gran castro de Beles”.*

»Awr y Síker es un mito que viene a dar una explicación al porqué de la espesa niebla que en invierno cubre estos parajes. Síker parece ser el río Segre y el manto de Awr con el que se cubre simbolizaría ese

fenómeno de la niebla. De modo que el texto vendría a decir que en la época del año en que se disipa la niebla se ve en el cielo, desde el gran castro de Beles, la serpiente de Hebe. Pensé que ese castro bien podía ser Iltirta, la fortaleza principal de los ilergetes. Y de súbito tuve aquella intuición… En mi mente fue tomando forma aquel trazo. Me apresuré a unir los agujeros de la piedra de izquierda a derecha. Lo cierto es que ya lo había hecho antes, en ambos sentidos, sin que los dibujos resultantes me dijesen nada. Pero esta vez no uní el agujero mellado y dejé sueltos los dos últimos, formando una uve. Mirad, este palitroque es el resultado de juntar, con líneas rectas, los demás puntos de la piedra.

Los agujeros serían los nudos con los que están sujetos los distintos palos. Aquí tenéis, de pie, altiva, a la serpiente de Hebe…

–Pero en la piedra, ese dibujo está en horizontal –dijo entonces fray Guido, que parecía seguir con dificultad las explicaciones de mi maestro.

–No, en ese aspecto hemos estado equivocados desde el principio. La figura femenina no está tumbada, sino de pie. Son las letras las que están invertidas, escritas en vertical, en el lateral derecho. Desde abajo hacia arriba. Eso es lo que genera confusión e induce a una colocación errónea de la piedra. El sillar debe mirarse a lo largo, no a lo ancho. No es una basa, sino una columna.

»El caso es que, al componer ese entramado, reconocí al pronto la extraña forma de aquella serpiente. Ayer amaneció un día de sol. Después de completas, salí al patio de esta casa y me puse de espaldas a la ciudad, en la misma dirección en que estaría si desde su Roca Soberana mirase este castillo. Y allí estaba, delante de mí, la Serpens Caput, la Constelación de la Cabeza de la Serpiente. Para los griegos este animal había revelado al dios Asclepios los secretos de la medicina. La serpiente de Hebe, la que todo lo cura… Me puse a reír, porque en ese preciso instante tuve la certeza de que me hallaba precisamente en la colina que buscábamos. Gentiles hermanos, el cerro de la diosa Hebe es Gardeny. Aquí está el túmulo de Indíbil.

Al oír aquella revelación, hubo en la sala un revuelo de cuerpos girándose a diestra y siniestra, y ya se alzó un murmullo de cuchicheos, como el rumor sibilante de un enjambre de abejas. Los monjes estaban sorprendidos y no menos confusos. Imagino que pesaba en su ánimo aquella hiriente ironía.

Llevaban décadas buscando un tesoro y ahora se enteraban de que la clave para dar con él se escondía prácticamente debajo de sus pies.

–¿Estáis seguro de ello, fray Guillermo? –preguntó a la sazón un esperanzado Guido de Périgord.

–Completamente –afirmó mi maestro.

Entonces el templario miró a un monje guerrero que estaba sentado cerca de la puerta, cuyo nombre ya he olvidado, y le hizo una ligera señal con la cabeza. Asintió el fraile caballero y ya se levantó y salió apresuradamente de la sala. Tres días después iba a regresar con diez templarios de la encomienda de Monzón.

–Además está el nombre… –prosiguió mi maestro, tras la marcha de aquel monje.

–¿El nombre? –preguntó fray Guido lleno de curiosidad.

26

–Sí, el nombre –repitió fray Guillermo–. Por desgracia he caído en la cuenta esta misma mañana. De haberlo hecho antes, me habría evitado muchas de esas sesudas y desesperantes cavilaciones. Sósilo de Lacedemonia llama a Hebe con varios apelativos, la voraz comedora de cabras, la argéntea vigilante de la noche, la guardiana de la noche, la blanca guardiana, la celosa esposa de Awr... Hay un momento en que el tutor de Aníbal dice: *“el pueblo de Síker llamó a aquella colina La Blanca Guardiana, pues es Hebe la nívea vigilante de la noche”*. La mayor parte de la Belíada está escrita en íbero, pero con caracteres griegos. Pero en algunas partes, por desconocimiento de Sósilo o por lo que sea, las propias palabras son griegas. Ya sé que puede parecer extraño que ese sabio escribiera el texto en la lengua de los íberos, pero pensad que recogía la narración oral de aquellos ilergetes. Además, los helenos ya tenían a Hesíodo y a Homero. Sósilo quiso escribir una épica íbera y para ello debía usar el idioma de ese pueblo. Pero, como decía, hay partes en que el relato está narrado enteramente en griego. Así ocurre, por ejemplo, con los epítetos con los que identifica a los distintos dioses. En el caso de Hebe, el apelativo que más se repite es ἡ φυλάσσουσα, la que vigila, la guardiana. En su expresión más larga, Η λευκὴ φυλάξ τῆς νυκτόξς, la blanca vigilante de la noche. Estas formas, fylássousa o fýlax, hicieron que no asociase en ningún momento el nombre con nuestro Gardeny. No sé muy bien cuál debió de ser su denominación en la lengua de los ilergetes. Tal vez mizpen o alguna palabra con la raíz bel, que remite a cuidar, vigilar. Los beles, los caudillos de los ilergetes, tienen ese nombre porque de hecho son los que custodian y protegen a sus Askatar, a los fieles y sacrificados guerreros que les acompañarán en las batallas, en la vida y en la muerte. Sósilo, insisto, no dice el nombre en íbero. Lo traduce al griego, ἡ φυλάσσουσα. Eso mismo es lo que sin duda han hecho los pueblos que han ido ocupando este lugar de los antiguos ilergetes. Traducir a su propia lengua el nombre de La Guardiana. De este modo

llegamos al actual Gardeny, que es traslación de los godos. Wardyan o wardyeñ, la que cuida, la que vigila. La Guardiana. Pensad que este fenómeno es de uso común desde que unos pueblos ocupan las tierras de otros. Así, por ejemplo, ocurre en ese río Flumen, que lo es dos veces, en lengua vernácula y en latín; o ese del sur de Hispania, el río Guadix, que lo es triplemente, pues wad es río en árabe e Ix, en púnico.

–Sois en verdad el hombre más sabio del que tengo noticia… –dijo fray Guido, mostrando una profunda admiración.

Supongo que el templario hablaba con sinceridad, aunque sospecho que con esas palabras buscaba más bien atajar aquella larga disertación de mi maestro. Los templarios no estaban para las entusiastas lecciones de fray Guillermo. Ellos eran guerreros, no escribas. En el fondo les importaba bien poco el modo en que el benedictino había descifrado el mensaje de la piedra. No querían sino que les dijese de una vez dónde estaba el túmulo de Andobeles.

–¿Sabéis el lugar exacto donde está esa tumba, gentil hermano? –inquirió un impaciente Guido de Périgord.

Mi maestro asintió con un leve movimiento de la cabeza.

–Ya sé que resulta cosa de brujería… –murmuró entonces fray Guillermo como para sí–. Por muchas vueltas que le doy no consigo encontrarle una explicación racional. Es sin duda lo más extraño y fabuloso a lo que me he enfrentado nunca…

Al oír aquellas palabras no pude menos que sonreír con alegre satisfacción. Porque en esa confusión que parecía sentir mi maestro, quizás se encontrase finalmente la semilla de un necesario y cristiano aprendizaje. La realidad de que muchas de las cosas que acaecen en el mundo escapan al escrutinio de la razón, pues son precisamente obra inescrutable de Dios.

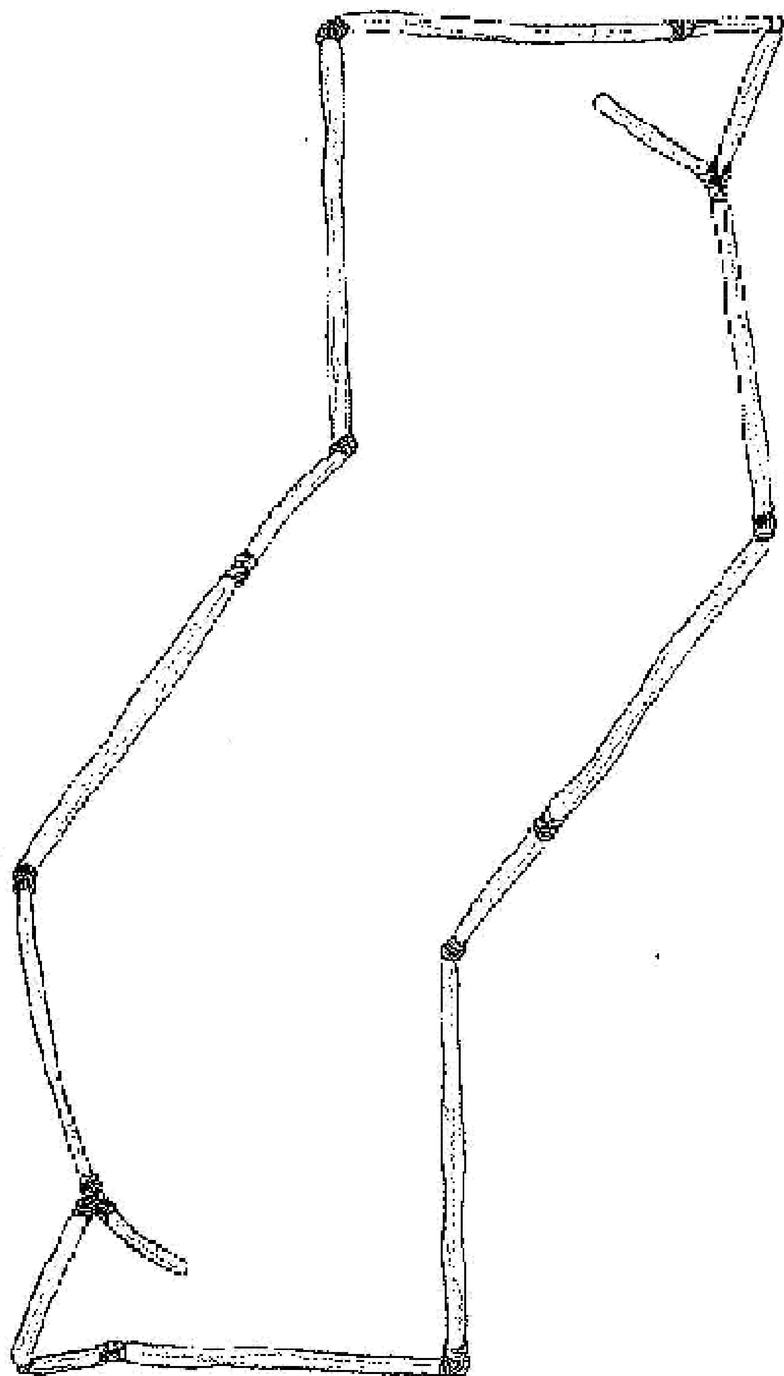
–El caso es que los vértices del remate de la colina, que Ramón ha trazado –continuó–, coinciden exactamente con esa constelación de la Cabeza de la Serpiente. Ya os dije que la piedra representaba también la propia colina, pero en verdad me ha sorprendido que sus contornos tengan con tal precisión esa forma.

–Ciertamente parece cosa de brujería –convino el hermano enfermero.

–Observad –prosiguió fray Guillermo, antes de coger el pergamino y

extenderlo en el suelo–. Aquí está el dibujo que Ramón ha hecho del cerro. He armado otro palitroque idéntico a este que tengo aquí… Está en aquel anaquel de la izquierda. ¿Podéis acercármelo, fray Arnau? Gracias, gentil hermano. Mirad ahora…

Mi maestro colocó aquellos dos armadijos al lado del pergamino. Los juntó invertidos, uniendo sus extremos, el uno del derecho y el otro del revés. Los armatostes conformaban más o menos esta figura:



La traza coincidía efectivamente con el dibujo que yo había hecho de los contornos de la colina. Era sin lugar a dudas un hecho sorprendente. El cerro tenía la misma forma que la constelación que entre febrero y marzo se divisaba, desde la ciudad, encima de él. Prodigioso, inaudito.

–¡Alabado sea el Señor! –exclamó uno de los monjes, persignándose asustado.

–Los cuernos forman una suerte de recintos, tanto en su parte norte como en la del sur –observó fray Arnau.

–Cierto –convino mi maestro–. Lo más probable es que los ilergetes tuviesen allí algún tipo de construcción. Quizás dos atalayas de vigilancia.

–O dos monumentos o pequeños santuarios donde guardar aquellas manos amputadas… –añadió fray Pere, no sé si en serio o en chanza.

–Entonces, gentil hermano –dijo Guido de Périgord–, ¿el agujero mellado que no forma parte de la constelación de la Cabeza de Serpiente indica dónde está la tumba de Indíbil?

–Exacto.

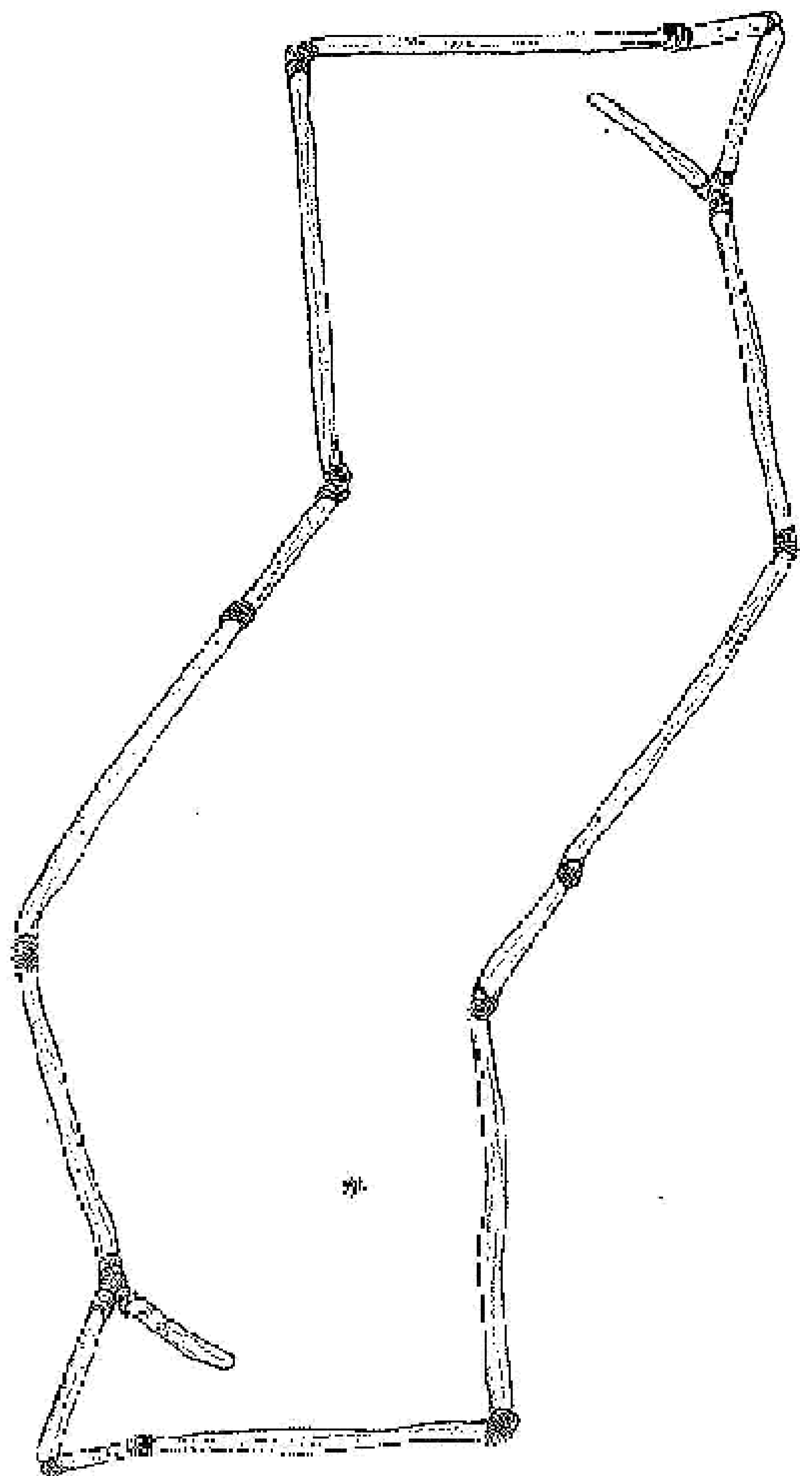
–Pero al oponer dos trazos de los mismos puntos nos quedan dos marcas distintas… –sugerí.

–Dos dibujos al revés, dos puntos –concluyó fray Arnau.

–Sí, pero lo razonable es suponer que la traza que cuenta es la que está del derecho, en el mismo sentido que la constelación. La vertiente del noroeste. Ahora sólo hace falta medir sus lados, para establecer, en un cálculo proporcional, las varas que hay entre los distintos puntos. Y luego ya podremos determinar con precisión dónde está exactamente el túmulo que marca ese agujero mellado. Aunque a ojo de buen cubero ya se ve la zona en

la que buscar… Más o menos ahí.

Y ya señaló la ubicación de aquel punto que no formaba parte de la Constelación de la Cabeza de la Serpiente, pero que estaba en la piedra.



Fray Guido de Périgord no necesitaba saber nada más. Se alzó presto y empezó a dar órdenes a unos y a otros. Era fácil de entender por qué el maestre Gilbert de Erill le había encomendado a él aquella difícil misión. El tuerto y desorejado templario era un hombre de acción, que estaba dotado de una descomunal fortaleza y de una voluntad terca, jamás vencida por el desaliento. Tenía el tesón necesario para no abandonar ninguna empresa, por penosa y complicada que ésa resultase. En un momento organizó los preparativos de la inminente excavación. Mirando a simple vista el rudimentario mapa, parecía que la tumba estaba en el pequeño bosque que había en el extremo de la colina opuesto al castillo. A buen seguro habría que talar algunos árboles y desbrozar el terreno. Luego, aunque tal lugar estuviese oculto a la vista por los demás árboles, convendría alzar igualmente una empalizada que encerrase el perímetro donde habría que picar y cavar. Así lo determinó allí Guido de Périgord. No quería arriesgarse a que alguien descubriese lo que buscaban. No quería testigos, ni sirvientes ni donados, ni menos gente ajena al castillo. Nadie debía tener noticia de lo que hacían en aquel lugar. Si alguien preguntaba le dirían que estaban abriendo un pozo para alcanzar una balsa subterránea. A tal sitio se acercarían únicamente los monjes, y ellos solos habrían de realizar las pesadas labores de la excavación. Aunque podrían turnarse, pues pronto se sumarían a los trabajos aquellos frailes de la encomienda de Monzón a los que había mandado ir a buscar.

Los templarios salieron prestos a las distintas tareas encargadas y ya nos quedamos a solas mi maestro y yo con Guido de Périgord.

–Gracias, gentil hermano –dijo entonces el monje guerrero–. Debo reconocer que no creí que fueseis capaz de descifrar los garabatos de

esa piedra. Me equivocaba. Id ahora, haced las mediciones que habéis dicho y señaladme luego el lugar donde está la tumba de ese pagano.

Pero mi maestro no se movió, se quedó ahí, plantado frente al templario, sonriéndole de un modo extraño.

–Antes quiero que me aseguréis que ha de cumplirse aquello que me prometisteis en la cocina del castillo de Benasque.

–Tenéis la palabra del Maestre –replicó el templario.

–Por escrito, gentil hermano… –añadió fray Guillermo sin dejar de sonreír.

–La misma carta de Gilbert de Erill, que os leí y os entregué luego, sirve para dar fe documental de ello.

–No me entendéis. Hablo del trato que hicimos cuando nos quedamos vos y yo a solas, cuando le rogué a mi pupilo que saliese de aquella estancia…

Guido de Périgord lo miró un instante con el gesto pensativo. Yo recordaba bien aquel momento al que se refería mi maestro, porque me había dolido que me excluyese de lo que entonces pensé que era una secreta confesión que fray Guillermo quería hacerle a aquel fiero monje. Fui así de susceptible e ingenuo. En ningún momento se me ocurrió pensar que yo era en realidad el motivo de tal confidencia.

–¿Por qué ahora, gentil hermano? –preguntó fray Guido–. ¿Ocurre algo? ¿Os encontráis bien?

No me quedó ninguna duda de que el templario parecía sombríamente preocupado.

–¿Qué más da cuándo? –contestó mi maestro, encogiéndose de hombros, aunque no pudo evitar que su voz sonase con un deje de tristeza.

–De acuerdo –convino al pronto fray Guido–. Le diré ahora mismo a nuestro capellán que redacte el documento. Lo firmarán como testigos algunos de los monjes y vos mismo, si así lo deseáis.

–Sea de ese modo –aprobó mi maestro.

–Y ahora id a marcarme ese lugar. Quisiera iniciar los trabajos esta misma tarde.

–Claro, gentil hermano –repuso fray Guillermo, al tiempo que hacía una ligera reverencia.

Salimos de la casa y fuimos a uno de los almacenes que había en el patio principal. Colgadas de las paredes había varias canas, que eran las varas con las que medían los leridanos, que equivalían a ocho palmos. Tomó una mi

maestro y ya luego cogió la soga más larga que encontró. Entonces fue midiendo la cuerda, marcando con tinta de minio cada una de aquellas unidades, hasta completar veinticinco canas. Corto el sobrante, que era apenas palmo y medio, plegó la cuerda, me la colgó del hombro derecho y ya nos fuimos al otro extremo de la colina a medir aquel flanco que miraba al noroeste. Durante el breve trayecto le pregunté de qué habían estado hablando él y fray Guido en la sala del comendador.

–No entendí nada de cuanto decíais –me excusé.

–Verás, Ramón. Piensa que yo soy ya un hombre de edad avanzada que no ha de tardar en rendir su alma al Dador. Ya oíste en Benasque qué es lo que me ofrecía el Maestre de los Caballeros del Temple. No quiero que llegada mi hora, estos monjes se sientan libres de ese compromiso. Ni deseo que entonces tú te veas en una situación de desamparo. Bien sabes que te tengo por hijo, Ramón. Si acepté finalmente este encargo, perdonando la humillación y atemperando la inquina, fue en gran medida por ti. Desde el principio he querido protegerte e instruirte, hacer por ti lo que no fui capaz de hacer por mi hija Alix. Quizás he obrado así por lavar mi atormentada conciencia. No sé. Debí haberla llevado conmigo a Bizancio…

Calló un momento, rota la voz por el dolor del recuerdo. Luego me miró sonriéndome con amargura y me dijo cuanto sigue:

–Hace días que sé que no deseas volver al monasterio de Obarra, ni creo que tuvieses interés en procesar en orden religiosa alguna si pudieses dedicarte por tus medios a la que sé que es ya tu pasión. Los libros. Pues bien, cuando yo falte, has de heredar el trato que me propuso Gilbert de Erill o, en caso de que ya sean mías, las propiedades y la renta que me donasen los templarios. No sé si querrás ir a Bizancio. Si prefieres quedarte en Occidente podrás elegir entre Chartres, en cuya escuela catedralicia podrías acabar de formarte, aprender la lengua griega e instruirte en toda suerte de materias, o quedarte aquí en esta ciudad. El Temple te donaría una casa que tienen en la Zuda y unas fértiles tierras cerca de Corbins, con cuyo arriendo podrías vivir holgadamente.

–Maestro –contesté embargado por un sentimiento de tristeza inconsolable–, vos vais a vivir aún muchos años. Volveréis a ver los palacios y las bibliotecas de la magnífica Bizancio. Y yo espero estar con vos en tal hora, si todavía no os habéis cansado de mi necedad y de mi torpe compañía.

27

Cinco días después, los templarios dieron con el túmulo de Andobeles, rey de los ilergetes. Mi maestro no había tardado ni una hora en hacer sus mediciones y en marcar luego el sitio en el que, a tenor de sus deducciones, debía de estar la tumba. Antes de terminar esta tarea, los templarios ya se habían allegado a aquel pequeño bosque, cargados con toda suerte de trebejos. Para talar y desbrozar el terreno, traían hachas, hoces, guadañas, azadones y rastrillos; llevaban martillos, sierras de bastidor y otros útiles de carpintería con que hacer los postes de la empalizada; cargaban asimismo con picos y palas, para abrir el hoyo, y con espuertas y grandes cubos de dovela para ir retirando las piedras y la tierra, que habrían de elevar con una enorme carrucha. En mostrarles mi maestro el punto aproximado donde debía de estar enterrado el túmulo, los templarios trazaron a su alrededor un perímetro de más de treinta canas. Entonces empezaron unas pesadas tareas que iba a dirigir con esmero fray Roger, un maestro de obras normando, que estaba en Gardeny desde hacía tres años para concluir los trabajos de edificación del convento-castillo. En tan sólo tres días, los templarios desbrozaron el terreno y levantaron una alta estacada con no más de ocho postes que fueron enlazando entre sí con unas grandes lonas de cáñamo. Justo cuando terminaban esta tarea, se allegaron a Gardeny los templarios de la encomienda de Monzón. Entonces, fray Guido dispuso turnos de trabajo por los que los monjes habían de excavar sin tregua, día y noche, hasta dar con el túmulo. La actividad fue tan febril que no tardaron más de dos días en topar con las piedras que techaban el túmulo. Estaba a seis varas de profundidad, cuatro pasos a la diestra del lugar exacto que fray Guillermo había marcado con yeso. El hallazgo se produjo durante la noche, dos horas antes de maitines. Fray Guido envió a un templario para que nos despertase y nos diese la nueva. Nos vestimos apresuradamente y fuimos a la empalizada. Ardían allí varios hachones de sebo que daban una luz tenue y amarillenta al interior del cercado. La cuerda de la carrucha levantaba en ese momento una gran espuerta cargada de tierra arcillosa. Nos asomamos a aquel enorme agujero. Una estrecha escalera bajaba hasta su fondo. Junto a ella vimos a un

desaliñado y sucio fray Pere, con una pala en las manos y sobre el pecho, un mandil roto y polvoriento.

–Dispensad este grosero aspecto, gentiles hermanos –dijo sonriendo según su costumbre–. A pesar del babero no consigo comerme esta colina sin emporcarme…

Bajo las botas del templario se veía una tosca estructura de piedras, todavía medio cubierta de tierra en algunas partes.

–¿Creéis que el túmulo será muy alto de dentro? –le preguntó a la sazón el hermano Guido a mi maestro.

El caballero templario quería averiguar el tamaño de esa construcción por saber si se perdería mucho tiempo en excavar alrededor del túmulo, para dejarlo todo exento de tierra.

–No creo que sea necesario hacer tal cosa –dijo fray Guillermo–. Molestemos lo menos posible el reposo de tan excepcional guerrero…

–¿Qué sugerís entonces, gentil hermano? –preguntó fray Guido–. ¿Quitar algunas piedras del techado para entrar por ahí?

–Sí, con eso será suficiente. Miraremos qué contiene, buscaremos la clave para dar con el muro (si es que está ahí…) y luego volveremos a cubrirlo.

–Pero es posible que al hacer eso, la construcción se derrumbe… –contestó Guido de Périgord–. Fijaos que el techo describe un ligero arco que parece sostenerse tan sólo por la presión de las piedras que lo cierran. Quizás al sacar alguna, todo se venga abajo.

–No si quitamos una sola. Aquélla, por ejemplo –señaló hacia un rincón del hoyo–. Parece que está entre el remate de la pared y el inicio del arco. No es muy grande y en ella el techado no descarga fuerza alguna. Por el hueco que quedase bien podría pasar un hombre delgado…

–Es así, gentil hermano –convino fray Roger, el maestro de obras, que también se hallaba allí en aquella hora.

–Bien –dijo fray Guido, no muy convencido–. Ahorraremos sin duda tiempo y penoso esfuerzo. Hagámoslo así.

Determinó fray Roger cómo había que obrar para reducir al mínimo el riesgo de que aquella milenaria construcción se desmoronase. Y sería que, con un fino pico de cantero, se limpiaría primero bien de tierra los contornos de aquella piedra de la esquina, después se procedería a despejar totalmente el techado y finalmente se ataría a un hombre a la soga de la carrucha, para que

suspendido en el aire quitase aquella piedra. Todo esto vino a hacer al cabo el hermano Pere, con alegre y cautelosa diligencia. Cuando el templario hubo sacado la piedra convenida, lo izaron de nuevo con la polea y lo dejaron fuera del hoyo. Entonces, todos cuantos estábamos allí nos inclinamos para ver el pequeño agujero que había quedado en ese extremo del techado. A la tenue luz de unas teas, el hueco se abría ante nosotros negro como ala de cuervo.

–¿Quién bajará? –preguntó fray Guido.

–Ramón lo hará –contestó sin titubear mi maestro–. Es delgado y pasará sin problemas por el agujero. Y una vez dentro sabrá encontrar la clave, sea lo que sea y donde sea que esté…

–Seré vuestros ojos ahí adentro –murmuré con humildad.

Mi voz sonó desacordada y trémula. Sombras de inquietud y de miedo tenían sobrecogido mi corazón. No había apartado en ningún momento la vista de aquella angosta y fúnebre entrada. Parecía la boca de una peligrosa alimaña durmiente, cuya fiereza no era conveniente despertar. Saqué fuerzas de mi mucha flaqueza y en nada me vi atado a la soga de aquella carrucha, con la que poco a poco me fueron bajando hacia las tinieblas de esa lúgubre oquedad. Para pasar por ahí tuve que pegar los brazos al cuerpo, lo cual no me libró, por la estrechez del paso, de rasguñarme las manos y los codos con los agudos salientes de las lajas. De pronto di en el suelo, y fue para notar cómo algo se partía en diminutos pedazos bajo mis pies, provocando una serie atropellada de crujidos, cual si hubiese pisoteado un montón de ramas secas. Me desaté y permanecí quieto en medio de aquella escalofriante oscuridad. Me costaba respirar, el aire estaba enrarecido y olía a arcilla y a piedra húmedas. Pronto bajaron a fray Pere hasta el techado del túmulo, desde donde me alcanzó un hachón de sebo, que vino al pronto a iluminar, con una palidez amarillenta, la tumba ilergete de Andobeles.

Al mirar al suelo advertí que había caído sobre un rimero de pequeños huesos. Lo que me habían parecido ramillas secas eran en realidad falanges descarnadas de manos amputadas. Horrorizado, di un salto hacia atrás, hasta quedar apoyado en la pared. Desde allí, con el corazón desbocado, pude contemplar el túmulo. La construcción era mucho más compleja y sofisticada de lo que esperaba. El interior del monumento era circular y en su centro se levantaba una columna que sostenía el techado. Tanto el suelo como los muros del conjunto estaban construidos con sillares regulares de piedra.

Flanqueaban la puerta de entrada, que estaba tapiada con adobe, dos recias pilastras en cuyos capiteles eran visibles la parte trasera y lateral de dos leones labrados con sorprendente maestría. En la pared enfrentada a esta puerta ciega, reposaban, una junto a otra, veinte vasijas de cerámica de un palmo y medio de alto. Todas tenían tapaderas de adobe y una inscripción en íbero bajo el cuello. Lakerkes, Nalbebiur, Aurbekon, Bastartin, Airberon, Atinbin, Biubetin, Basibes, Tautinkon, Belteker, Atinkere, Balkenius, Laurko, Aiunortin, Iltutas, Selkinius, Niosilker, Bekoiltum. Supuse que se trataba de los nombres de los guerreros ilergetes cuyas cenizas debían reposar en el interior de aquellas urnas de barro. Encima de estas vasijas, justo en medio de la pared, se abría una enorme hornacina que contenía la escultura del busto de una mujer. Esculpida en piedra caliza, la figura estaba pintada con colores vivos. La cabeza y el cuello, ricamente ataviados, contrastaba con el torso desnudo, que lucía unos descomunales pechos y un abultado y orondo vientre. Tuve la sensación de que los pétreos ojos de la talla me escudriñaban con severidad. Obviando la tosquedad del dibujo cincelado en la piedra azul que tenían los templarios, no me quedó la menor duda de que se trataba de la misma figura. Ese busto era una representación de la diosa Hebe, la blanca guardiana de la noche. Aquel rimero de huesos que había pisado al dar en el suelo era de hecho uno de los cuatro montones que, separados dos palmos de la pared, conformaban las cuatro esquinas de un cuadrado, cuyas líneas estaban trazadas con una sucesión de espadas, ya oxidadas. Dentro de este cuadrado se veían de pie muchísimas estatuillas de bronce, ya minúsculas figuras de caballos, ya de guerreros desnudos que empuñaban en la mano diestra una espada curva y en la siniestra un diminuto escudo redondo. Miré en el interior de las vasijas, pero no vi sino cenizas; metí luego la mano dentro de aquellos montones de huesos, sin topar con otra cosa; inspeccioné con atenta minuciosidad las pilastras y el muro circular del monumento; miré en cada pulgada del techo, en las paredes de la hornacina, en la turbadora escultura de Hebe; observé las figurillas una a una; di la vuelta a todas las espadas por ver los dorsos que tocaban el suelo… Mas todo fue en vano, pues en ninguna parte hallé nada que remotamente pudiese parecer un mapa o algo semejante. No había en toda la tumba más inscripciones que aquellos nombres de los Askatar de Andobeles raspados en la arcilla de las vasijas. Pensé que quizás, de algún extraño modo, la clave podía estar escondida, encubierta, en

la distribución de las figurillas de bronce. Aquellos diminutos hombres y caballos parecían representar un ejército marchando hacia una batalla. Pero fui incapaz, por más que me devané los sesos, de darle algún sentido a aquella inerte escena, alguna interpretación que pudiese indicar dónde se ocultaba el muro de Indíbil.

La soga de la carrucha había vuelto a entrar por el agujero abierto en el techado y ya cimbreaba nerviosa y ondulante, como una culebra fugitiva. Entendí que me reclamaban arriba, que mi maestro andaría impaciente y deseoso por saber qué había en las entrañas de la tumba. Apagué el hachón y lo dejé en el suelo, luego puse el pie diestro en la argolla anudada al extremo de la cuerda y tras sujetarme a ella con ambas manos, le di un pequeño tirón, por indicar a quien manejaba la carrucha que ya podía izarme.

Nunca en mi vida me han recibido con tanta agitación como en aquella hora en que salí del túmulo de Andobeles. Mi maestro y fray Guido me martillearon a preguntas.

–¿Qué hay ahí abajo? ¿Qué has visto? –preguntaba con insistencia fray Guillermo.

–¿Lo tienes, muchacho? ¿Has dado con la clave? ¿Sabes dónde está el muro? –inquiría el templario al mismo tiempo.

Hablaban atropellándose el uno al otro, pero no tardaron en enmudecer, al ver a las claras, en mi gesto compungido, que no había encontrado en ese fúnebre lugar nada que fuese de utilidad a nuestro secreto cometido. Era evidente que fuese lo que fuese lo que el sacerdote Arbararbán había dejado en la tumba de Andobeles yo había sido incapaz de dar con ello. Me sentía triste y un tanto humillado. Tenía la hiriente sensación de ser un necio inepto que había defraudado las expectativas de mi maestro. Con tal ánimo, les conté con toda suerte de detalles cuanto había visto en el interior del túmulo. Fray Guillermo me escuchó atentamente. Cuando hube terminado mi prolija descripción, estuvo un rato en reflexivo silencio, tras el cual nos dijo:

–Veamos… Los leones de las columnas de la entrada son animales sagrados encargados de custodiar la tumba. Las espadas cerrando el cuadrado son el símbolo de la unión indisoluble de las fuerzas del clan guerrero de Indíbil, en particular de los Askatar que le acompañaron tras su muerte… Algunos morirían en la misma batalla del Ager Sedetanus, otros lo harían en los combates funerarios que hubo después sobre este túmulo, sobre la tumba

de su adorado Beles. Es probable que las figurillas de los guerreros y de los caballos sean una suerte de ofrenda votiva o quizás representen la marcha del clan hacia el terrible desfiladero de Jatán, donde Andobeles y los suyos habían de librar su última y más dura batalla. En las vasijas están, en efecto, las cenizas de esos fieles guerreros ilergetes…

Calló de nuevo un instante, tras el cual vino a preguntarme si no había echado en falta algo primordial durante mi meticulosa inspección. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no había leído el nombre de Andobeles en ninguna de aquellas vasijas.

–Las cenizas del caudillo ilergete… –murmuré.

–Exacto –exclamó fray Guillermo–. Si no están en esas urnas de cerámica, hemos de suponer que sus restos se hallan en el interior de esa estatua de Hebe. No cabe otra posibilidad. Ese busto es la urna cineraria del gran caudillo íbero. Hay que buscar en su parte trasera. Seguramente vaciarían un trozo de su interior y en esa oquedad pondrían las cenizas. Allí debió de esconder la clave, o lo que sea, el astuto Arbararbán.

Me sentí avergonzado al ver con qué facilidad había deducido mi maestro dónde debía de estar oculto lo que buscábamos. Y ello sin haber visto siquiera el túmulo. Dios le había dotado de una inteligencia prodigiosa que le permitía comprender cosas que para la mayoría de los hombres eran misterios o enigmas insondables, ver con relativa claridad allí donde los demás estábamos en la más absoluta de las tinieblas.

–Por las dimensiones que dices, y teniendo en cuenta que en buena parte está hueca, calculo que la talla no pesará ni dos quintales, quizás seis o siete arrobas, a lo sumo. Pero aun así se necesitarán dos hombres para alcanzar su interior. Deberán reclinar entre ambos la estatua y luego uno habrá de meter la mano en la oquedad de la espalda…

–Yo bajaré con Ramón –dijo en el acto el hermano Pere.

Media hora después subíamos de nuevo al exterior, llevando con nosotros una plancha de plomo enrollada, que habíamos encontrado efectivamente dentro del busto hueco de la diosa Hebe. Habíamos reclinado, no sin esfuerzo, la estatua hacia delante y mientras fray Pere la sostenía, la cabeza de piedra apoyada en su hombro derecho, yo había metido la mano en un agujero que se abría a sus espaldas. Allí estaba oculta aquella lámina de plomo, metida entre

las cenizas mortales de Indíbil. La retiré cogiéndola con la punta de los dedos índice y pulgar, pero a pesar de esta escrupulosa cautela, no pude evitar ensuciarme con esas grisáceas motas de polvo. Me llevaba en las yemas de los dedos un resto diminuto del que fuera el gran caudillo de los ilergetes.

Amanecía. Fray Guillermo tomó la fina plancha de plomo con reverencial cuidado, cual si le entregásemos el objeto más delicado del mundo. Luego le dijo a fray Guido que sería conveniente volver a colocar aquella piedra del techado y luego enterrar otra vez el túmulo.

–Andobeles ha sido sumamente generoso con vosotros, los templarios. Honrad su nombre, respetad su reposo y sus paganas costumbres. Que tornen a crecer los árboles y la hierba verde sobre la milenaria tumba donde descansa en compañía de sus fieles Askatar.

–Así ha de hacerse, gentil hermano –contestó Guido de Périgord–. Mientras vos descifráis, en la sala del comendador, el mensaje de esa lámina…

28

Extendimos sobre la mesa la plancha de plomo y la limpiamos bien con un fino pincel, por librarla del polvo que la ensuciaba en alguna de sus partes. Al hacer aquello sentí un escalofrío. Esas cenizas que tan concienzudamente quitábamos no dejaban de ser minúsculos restos del gran Andobeles. La lámina medía casi una vara de largo, apenas un cuarto de ancho y estaba enteramente grabada. A pesar de que todo era perfectamente inteligible, mi maestro me mandó copiar en un pergamino los signos que contenía la plancha. Luego reconvertimos aquellas grafías al alfabeto latino. El texto resultante decía más o menos así:

Awrta Hebei Iltirtante. Urruna usita, leku tikiarasi jaien, lekua uruerri ulranen abiegüen, IIIII harrie indar artalte ilergedun jarei zutundukuai. Ate au elreta isbezen.

Creo recordar que no comprendimos alguna de aquellas palabras, pero fray Guillermo no tuvo demasiadas dificultades en deducir finalmente su significado, merced al contexto. Antes de la hora sexta, habíamos traducido el mensaje de Arbararbán:

El sol y la luna se hicieron en Iltirta. Más allá del bosque, allí donde nace nuestro pequeño río, en las colinas de piedra donde anidan las águilas, las cinco rocas custodian la fuerza con que los ilergetes se levantarán para ser libres de nuevo. La puerta, en el agujero de la raíz del rayo.

Cuando sonó la campana que anunciaba la comida, bajamos diligentes al refectorio. Allí mi maestro apartó un momento a fray Guido para contarle que ya sabíamos qué decía la plancha. Guido de Périgord lo miró esperanzado. Después de la colación fuimos cumplimos el precepto de ir a rezar a la iglesia por agradecer a Dios su generosidad por regalarnos los alimentos ingeridos. Acabadas las oraciones, subimos todos a la sala del comendador. Allí, fray Guido rogó a mi maestro que les dijese lo que ponía en aquella plancha. De pie y en sumo silencio, los monjes guerreros escucharon la sosegada lectura de la inscripción que hizo fray Guillermo. Al terminar, un murmullo de decepción recorrió la estancia. Los templarios se miraban los unos a los otros,

por buscar entre ellos a alguien que hubiese entendido algo. Pero todos estaban desconcertados, pues ninguno conseguía siquiera imaginar de qué modo se podía hallar un tesoro con tan sólo aquellas vagas indicaciones. Pero Guido de Périgord no había perdido de vista a mi maestro, y en su rostro, alumbrado por una pueril satisfacción, había leído que el sabio Guillermo de Féval ya sabía dónde buscar el muro de Andobeles.

–Iluminadnos con vuestra sabiduría, gentil hermano –le pidió sonriendo.

–En realidad es bastante simple –contestó mi maestro–. Aunque ello no implica que vaya a ser una empresa fácil. Arbararbán no marca esta vez un punto concreto, sino las paredes escarpadas de un cerro. De todos modos, éste no es excesivamente grande. Tarde o temprano encontraremos la cueva donde está oculto el muro. Desde luego, nos costaría mucho menos si siguiese ahí la fulgurita…

–¿La fulgurita? –preguntamos cuatro o cinco al unísono.

–En el agujero de la raíz del rayo, dice Arbararbán. Creo que se trata de fulgurita o piedra de rayo. Hace algunos años pude ver en el desierto de an-Naqab este extraño fenómeno. Al caer los rayos sobre la arena o las rocas forman unos extraños tubos que semejan de cristal.

–¿Y dónde hay que buscar esa fulgurita, gentil hermano? –preguntó Guido de Périgord.

–El sol y la luna se hicieron en Iltirta –contestó fray Guillermo, encantado de nuevo en su labor de maestro–. Ésta es, sin duda, una gran noticia.

–Sin duda –repitió fray Pere, fingiendo una seriedad que nos hizo sonreír a cuantos estábamos ahí.

–El oro y la plata se fundieron en Iltirta –dijo entonces mi maestro, provocando la admiración de los templarios–. Eso significa. De ser cierto lo que narra la crónica de Polibio, cuando dice que Andobeles escondió el tesoro durante el transcurso de una noche oscura, es evidente que el trayecto no pudo ser excesivamente largo. Poco más de una legua, me atrevería a asegurar, pues semejante carga obliga a ir sumamente despacio. Además tuvieron que descargar luego los bloques de los carromatos y ocultarlos en la cueva. De modo que ese escondrijo no puede estar a más de una legua de aquí, pues es en algún lugar de Lérida donde fundieron todos aquellos objetos preciosos y donde se elaboraron los sillares.

–Sí, tiene sentido –murmuró fray Guido–. Un cerro a poco más de una

legua de Lérida. Donde nace nuestro pequeño río.

–Cuando vinimos a Lérida, por el camino de Monzón –prosiguió mi maestro–, atravesamos una sierra que se extiende de norte a sur separando los valles del Cinca y del Segre. La parte sur, que es la más cercana a aquí, estará a apenas una legua y media de distancia…

–Conozco bastante bien esa zona–dijo entonces fray Domènec, un templario que era oriundo de Lérida–. Es la sierra de La Sardera. Y en esa parte sur que decís, gentil hermano, nace en efecto el pequeño río Noguerola, que viene a desembocar al Segre delante de esta ciudad. Os sugeriría que buscaseis primero en la vertiente más al sur, en su parte oeste. Allí está sin duda la zona más escarpada de esa sierra. En ese lugar las coscojas y carrascas llegan hasta sus mismas paredes rocosas, en las que anidan águilas y otras rapaces. Además, la cima está por allí muy fragmentada y forma algunas angostas y frondosas vaguadas, donde no deben faltar las cuevas. Las tierras de los aledaños no son de regadío, por lo que los pocos campesinos que se aventuran por ese paraje inundado de cochinillas lo hacen para cortar furtivamente algún que otro árbol con el que proveerse de leña.

–Es en verdad el mejor lugar para empezar nuestra búsqueda –convino mi maestro.

Hubo entonces un revuelo de hábitos, un súbito e impaciente ajetreo, parecido al que se levanta cuando las campanas tocan a fuego. Los monjes estaban inquietos y tenían prisa en aparejarse para partir en busca del fabuloso muro de Andobeles. No tardó Guido de Périgord en apaciguar aquella urgencia.

–Hermanos, éstos han sido días de mucho esfuerzo y trabajo, en los que hemos descuidado un tanto los santos oficios. Temo, además, que quizás no hayamos sido tan discretos como el caso requería. La empalizada y nuestro ininterrumpido ejercicio habrán sido sin duda motivo de murmuración. No vamos ahora a exponernos aun más a las habladurías del vulgo, saliendo todos los monjes a pleno día a rebuscar y husmear por las vertientes de aquel cerro. Hay que volver más bien a nuestra rutina conventual, pasar lo que queda de la jornada en recogida oración, por dar gracias a Dios de la merced que nos ha concedido permitiendo que encontrásemos ese milenario

túmulo. A partir de ahora obraremos en la búsqueda del muro con toda cautela y discreción. En media hora, cuando hayamos aderezado los caballos y nos hayamos provisto de lo necesario, saldremos fray Pere, Ramón, Guillermo de Féval y yo a inspeccionar aquel lugar. El cerro no es excesivamente grande y las partes rocosas que pueda tener la vertiente serán más bien escasas. Empezaremos por donde nos ha indicado fray Domènec. Si en los aledaños de la sierra nos topamos con algún campesino le diremos que estamos buscando por ahí aljez para hacer yeso, pues algunos muslimes de la ciudad nos han dicho que en ese lugar hay algunas cuevas y grutas donde encontrarlo. Con un poco de suerte, quizás demos con el muro de Indíbil hoy mismo. Si no es así, regresaremos mañana al rayar el alba. Cuando lo encontremos miraremos qué hemos de necesitar para sacarlo de donde esté y para acarrearlo hasta este castillo. Pero esos trabajos los haremos con nocturnidad y sigilo, tal como los hizo Andobeles a la inversa hace mil cuatrocientos años. Llegada esa hora, será menester la ayuda de todos. Hasta entonces, rezad, gentiles hermanos.

Un rato después, los cuatro susodichos salíamos de la fortaleza-convento de Gardeny. Mi maestro y yo íbamos exentos de carga, fray Pere llevaba, burdamente atados con un cinto a la cincha de su caballo, un zapapico, un escoplo y una maza, y fray Guido cargaba con una soga y un morral en el que había puesto algunas vituallas. Los dos templarios iban armados con sus espadas y fray Pere llevaba además un arco y una aljaba con flechas.

–Para las alimañas –dijo el hermano Guido ante la cara de sorpresa con la que mi maestro miró aquellas armas.

Los templarios despreciaban y prohibían a los suyos la caza de animales, pues la consideraban un ejercicio cobarde y, por ende, innoble. La sola excepción era la caza de leones, que no faltaban en algunos desiertos de Tierra Santa. Enfrentarse a uno de ellos con la única ayuda de una daga o de una pequeña espada era una demostración de arrojo y fortaleza, que causaba asombro en musulmanes y cristianos, y de este modo acrecentaba la fama de fieros guerreros que ya tenían los caballeros del Temple.

–Son armas defensivas. A buen seguro abundan ahí los jabalíes, los perros salvajes, las serpientes y otras dañinas criaturas –añadió fray Guido.

Fuimos a tomar el camino de Monzón y, al trote, en apenas una hora y media llegamos a los pies de aquel cerro de la sierra de La Sardera. Cuando se iniciaba la pendiente que salvaba el collado, dejamos el camino y nos adentramos en un carrascal que había en su margen izquierda. Al principio seguimos una estrecha senda natural, pero ésta vino pronto a desaparecer entre la mucha maleza. Volvimos atrás por dejar los caballos en un pequeño claro que habíamos pasado antes. Los atamos al árbol más recio que vimos y decidimos reposar allí un poco, antes de abrirnos paso por aquellos abrojos. Fray Guido sacó del morral que llevaba unos tarugos de pan, unos trozos de queso y una calabaza vinatera que contenía agua fresca. Bebimos y comimos un poco, por reponer fuerzas. Entonces, mi maestro, que había hecho todo aquel viaje en silencio, nos dijo a qué señales de la vertiente debíamos prestar mayor atención.

–Oigo desde aquí el chillido de las águilas, lo cual no indica sino que, por esta parte, el cerro contiene altas y escarpadas paredes. Pero el hecho en sí no es determinante. Después de mil cuatrocientos años, los lugares de anidación de las aves rapaces en esta extensa sierra han podido cambiar… Nos debemos fijar ante todo en alguna gran roca donde haya tubos de fulgurita o que tenga alguna parte visiblemente ennegrecida por el efecto de un rayo. Recordad, además, que la cueva o gruta que buscamos está sellada, oculta con cinco grandes rocas. El problema es que puede que su boca ya no esté al mismo nivel del suelo…

–¿Y ello, gentil hermano? –preguntó Guido de Périgord.

–Han pasado demasiados años –contestó mi maestro–. El agua de la lluvia, las torrenteras, han podido ablandar y retirar buena parte de la tierra. O quizás haya sucedido lo contrario, que los desprendimientos de rocas, o el arrastre de árboles y demás, desde la cima a esta especie de cuenco natural, hayan sepultado la entrada… Todo es posible.

Fray Guido dejó el morral en el suelo y cargó con la soga que llevaba en su caballo, en tanto fray Pere acarreaba con el pesado fardo de los trebejos. Luego, empezamos a abrirnos paso penosamente entre las zarzas y abrojos que infestaban aquel agreste bosque.

No tardamos mucho en llegar a la escarpada vertiente del cerro. A sus pies, las rocas y piedras desprendidas de las paredes habían despejado un buen

trecho de árboles y maleza. Entre las rocas del suelo correteaban algunos escorpiones. Seguimos ese ancho y pedregoso pasillo, en tanto escudriñábamos meticulosamente las paredes que se alzaban majestuosas ante nuestros ojos y observábamos que en lo alto de las rocas, que a ratos nos estorbaban el paso, no hubiese esos extraños tubos de fulgurita o partes chamuscadas y hendidas por los rayos. El chillido afilado de las águilas se hacía cada vez más cercano y persistente. Encontramos algunas cavidades en la pared, algunas a ras de suelo, otras a diferentes alturas. Pero ninguna de ellas estaba oculta o sellada con bloques de piedra. De pronto, al salvar un pequeño saliente nos topamos con un árbol inmenso. La colina formaba allí un alto y prolongado cobertizo, un inmenso corredor excavado en la roca. En aquella profunda cavidad, crecía un retorcido y ancho tejo que casi impedía el paso. Al verlo, mi maestro pareció profundamente impresionado.

–Este árbol es sin duda la prueba de la reconditez de este lugar. De haber estado a la vista, ya habría sido talado hace siglos. Por el grosor del tronco puede tener fácilmente dos mil años. En mi tierra, el vulgo cree que los tejos son árboles inmortales.

–No desde que el hombre hace arcos –dijo con ironía fray Pere, en tanto palpaba aquél que llevaba colgado a su espalda–. De él salen sin duda los mejores del mundo.

–Es en efecto una auténtica joya –murmuró Guido de Périgord, acariciando su rugoso tronco.

Debía de estar calculando cuántos arcos saldrían de aquella dura madera…

–Tú los viste, ¿verdad, hermoso Taxus Baccata? –preguntó entonces en voz alta mi maestro, para sorpresa de todos–. Tú viste a Indíbil y a los suyos, tú viste los sillares del muro.

–No creo que esté dispuesto a hablar –murmuró muy serio, el que lo era tan poco, fray Pere–. Quizás si lo torturamos convenientemente, se le desate su enmaderada lengua.

Nos reímos todos sueltamente y ya sorteamos como pudimos aquel frondoso paso. Por aquella parte el suelo estaba infestado de escorpiones. Habíamos andado apenas veinte pasos, cuando, al mirar en la pared de aquella cavidad, fray Guido descubrió unas extrañas pinturas. Nos acercamos para verlas mejor. El dibujo, de trazos muy rudimentarios, parecía representar una escena de caza. Había cuatro figuras humanas, levantando hachas y lanzas,

que corrían en pos de un animal gigantesco, dotado de dos grandes cuernos curvados como una herradura. Yo jamás había visto ni oído hablar de un animal semejante, de modo que miré a mi maestro con gesto interrogante.

–Parece un elefante –dijo.

–Algún pastor aburrido al que le ha dado por ensuciar las paredes… –murmuró fray Guido, por dar una explicación a aquellas burdas pinturas.

–Dudo de que por aquí haya pasado algún pastor últimamente. Además, hace muchísimos siglos que no hay elefantes en estos parajes –contestó mi fray Guillermo–. Quizás los últimos que vio la gente de este lugar fueran aquellos que el púnico Aníbal trajo del África para marchar contra Roma…

Seguimos andando un buen rato, hasta llegar al extremo de la cara sur de esa colina. Allí la vertiente se suavizaba lo suficiente como para poder subir, no sin riesgo ni esfuerzo, a la loma del cerro. Los templarios tuvieron que socorrer en varias ocasiones a mi maestro, que no era capaz de trepar los pasos rocosos más complicados. Pero finalmente todos dimos en el remate, que era un inmenso coscojar no exento de maleza. Desde allí la vista de Lérida y de sus fértiles aledaños era impresionante. Nos internamos un poco en aquel bosque hasta dar en una angosta y profunda vaguada que parecía no tener salida. Era como una inmensa depresión estanca, en cuyas paredes crecía toda suerte de arbustos y alguna que otra higuera. No faltaban tampoco cuevas y cavidades que abrían sus negras bocas al abismo arbolado. De su fondo, que la fronda impedía ver, llegaba el ruido del agua de algún arroyo. Buscamos un lugar desde el que poder observar mejor las dos paredes de la vaguada. Terminamos situándonos en una de las cabeceras de esa imponente hendidura. La del otro extremo formaba una pequeña cascada, de piedras escalonadas, por la que manaba un delgado hilo de agua turbia. Tras cuatro o cinco peldaños naturales, había una gran losa saliente, desde la que el reguero se precipitaba hacia el fondo del barranco. Creo que todos lo vimos al mismo tiempo. Esa laja tenía en su medio una gran mella que estaba visiblemente quemada en sus contornos. La vieja herida de un rayo. Y debajo de aquella lápida se abría una gran cavidad casi circular, que mediría, de lado a lado, una cana y media. Era del tamaño, pues, de la muela o volandera de un buen molino. Según dijo más tarde fray Guillermo, por la situación de la cueva,

nunca daba ahí el sol ni entraba apenas la luz. Pero no sé si por la cerrada oscuridad que exhalaba su oronda boca o por lo que fuera, daba la sensación de que aquella cavidad había de ser enorme. En la entrada, se podían ver cinco losas blancas, de unos dos pies de largo cada una. Tres de ellas hacían de base sobre la que reposaban las otras dos, formando así una pequeña pirámide inconclusa. Era evidente que alguien había colocado a propósito aquellas piedras ahí, con la intención sin duda de señalar o marcar tal lugar, a modo de esos rústicos mojones con que se indica la dirección correcta en las intrincadas sendas de los puertos de montaña. Al ver la quemadura de la losa y después aquellas cinco piedras, el corazón nos dio un vuelco. Fray Guido se quedó mirando a mi maestro por demandarle si creía que aquella cueva podía contener el tesoro de los ilergetes.

–Las señales son inequívocas, gentil hermano –dijo mi maestro, sonriendo con una cierta amargura–. Debo reconocer que mi íbero no es tan bueno como presumía. No hay cinco rocas que sellan la entrada, sino cinco piedras blancas que la señalan.

–Siempre se aprenden cosas nuevas, fray Guillermo –exclamó entusiasmado el templario, dándole a mi maestro una fuerte palmada en la espalda.

Era visible que mi maestro no compartía la alegre exaltación de Guido de Périgord. Antes bien, parecía afligido y miraba al templario con gesto taciturno. Viendo esa actitud, tuve la sospecha de que estaba arrepentido de haber guiado hasta allí a los Caballeros del Temple, de haberles conducido hasta la misma puerta de la cueva en cuya oscuridad se levantaba el muro de Andobeles.

29

Fuimos al otro extremo de esa frondosa quiebra, tan rápido como nos lo permitió la maleza. Al llegar a la pequeña cascada los templarios ataron fuertemente la soga que traía fray Guido a un viejo pino que crecía en una de las márgenes. Mientras, mi maestro elaboró una tea con una recia rama seca de coscoja que impregnó de abundante resina. Luego, para mi sorpresa, sacó de debajo de su hábito un pedernal y un eslabón, con los que no tardó en prender fuego en aquella rústica antorcha.

Fray Pere mordió la tea y, con ésta sujeta de modo tan perruno, se descolgó en un santiamén por aquella soga, haciendo gala de una inusitada habilidad. Aguardamos su regreso con una angustiosa expectación. Un rato después vimos cómo la tea, apagada, caía al fondo de la maraña y, tras un breve instante, apareció un fray Pere transfigurado por la emoción. Temblaba como un junco zarandeado por el viento y en su rostro era visible la huella de las lágrimas. No hizo falta que dijese nada. Cuando se vio en la losa, se arrodilló y, elevando el rostro al cielo, empezó a rezar fervoroso un Padrenuestro. Fray Guido, embargado por una honda emoción, no tardó en sumarse a su compañero de orden. Rezaron diez Padrenuestros y diez Avemarías. Luego recitaron otras tantas veces aquella conmovedora letanía templaria. Non nobis, Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam.

Habíamos encontrado el fabuloso muro de Andobeles.

Cuando fray Pere se hubo calmado, nos contó que aquella cavidad tenía una forma bastante regular y que vendría a medir unos veinte pasos de largo. De dentro, su altura era mucho mayor que la de la puerta, quizás de cuatro varas.

–Pues debéis saber que toda esa superficie, salvo el techo, está cubierta por ladrillos de oro y plata, mezclados unos con otros sin orden ni concierto. No sabría decir qué metal abunda más, pero la combinación de sus brillantes colores es algo que maravilla ver. Ese dorado intenso, veteado por todas partes del blanco radiante de la plata... Hay ahí dentro la más fabulosa fortuna que en mucho tiempo haya visto hombre alguno.

Ahora era fray Guido el que se sentía aquejado de una agitada impaciencia. Horas después de haber calmado la urgencia de los monjes templarios, se le veía inusualmente excitado, cual si sintiese el aguijón de un hiriente apremio que le impulsara a actuar sin dilación. Los templarios de Gardeny iban a necesitar tres o cuatro noches para sacar de aquella cueva el tesoro de los ilergetes. La gruta tenía difícil acceso y no había modo de acercar a ese lugar ni tan sólo una carretilla. Tendrían que traer una carrucha para sacar los sillares de la cueva y luego trasportarlos en sacas y talegos hasta el camino, en el que quedarían los carromatos. Fray Guido tenía prisa por iniciar aquellos trabajos cuanto antes.

–Hay que empezar esta misma noche –dijo–. La discreción que requiere el caso obliga a no traer aquí más de dos o tres carros de vez. Vamos a tardar más de lo que había imaginado…

Decidió entonces que volvería él al galope a Gardeny por aparejar y disponer lo necesario para regresar ahí con los hermanos aquella misma noche. No tardaría ya en oscurecer. A nosotros nos dispensaba de trabajos hasta el día siguiente, podíamos volver al castillo con calma y descansar.

–Ha sido un día agotador y lleno de emociones. Es de justicia que reposéis ahora un poco. Vos, fray Pere, quedaréis a cargo del convento-fortaleza, en tanto los hermanos hacemos esta labor de lechuzas…

Guido de Périgord miró un momento a mi maestro, con devoción y profundo agradecimiento, y luego dio en salir a toda prisa de aquella cascada, para adentrarse en el coscojar y perderse al pronto de nuestra vista. Recogimos la soga, que escondimos entre la maleza, y echamos a andar hacia la vertiente por la que habíamos subido. La bajamos con cautela y nos adentramos en el pasillo que se abría a los pies del cerro.

Al llegar a aquel tejo milenario, fray Guillermo pidió licencia al hermano Pere para hablarme en privado.

–No le regañéis mucho –contestó alegremente–. El caso es que yo también quisiera hablar secretamente con ese caballo que me trajo. Os esperaré ahí.

Cuando nos quedamos solos, mi maestro vino a abrazarse al tronco del imponente tejo.

–Leí en Bizancio otro libro de aquel general gentil, Cayo Julio César, titulado De Bello Gallico, sobre la conquista de los antiguos galos por los romanos. En él se cuenta que el viejo Cativulco, rey de los eburones, se quitó

la vida bebiendo una infusión de tejo. Hay en este árbol una lección ejemplar sobre la naturaleza humana. De cómo, por codicia, el hombre es capaz de hacer un uso criminal de aquello que en apariencia es bello e inofensivo. Este árbol consigue ser tan extraordinariamente longevo merced a ser venenosísimo en todo, excepto curiosamente en sus bayas. Es un mecanismo natural para sobrevivir. Pero esa misma fortaleza que le da la ponzoña hace que su madera sea incorruptible y por tanto no haya ninguna mejor para fabricar arcos y empuñaduras de armas. Hete aquí el uso que el hombre ha sabido encontrar a este árbol prodigioso. Su tósigo para envenenar a los enemigos o para quitarse la propia vida, su madera para confeccionar armas con las que matar o mutilar. Todo lo que la sabia naturaleza hizo para su mantenencia y preservación, lo ha terminando utilizando el hombre para la destrucción, la desolación y la muerte.

Mi maestro hablaba con una tristeza infinita. Tras un rato en que estuvo en un recogido silencio, prosiguió:

–Me temo que estos templarios tampoco van a hacer un buen uso de esa maravillosa cueva. Me ha podido la vanidad y quizás un exceso de celo en protegerte. No sé, espero que Dios sepa perdonarme si con ese tesoro se cometen en un futuro toda suerte de crímenes y atrocidades.

–A mí, maestro –le dije–, estos caballeros del Temple me parecen gente noble, incapaz de injusticias. Son guerreros que luchan por defender la Cristiandad de los atropellos de los infieles.

–No olvides que yo viví entre infieles, como uno de ellos. Puedes creerme si te digo que la mayoría era también gente noble e incapaz de injusticias… Sienten, eso sí, un odio y un terror animal por los cristianos. El mismo odio y el mismo terror que nosotros sentimos por ellos.

Se calló. Cogió unas hojas del tejo y las estuvo amasando un buen rato, con la mirada perdida en algún lugar del fragoso carrascal. Por un momento temí que se llevase aquel manojo verde a la boca. Pero terminó por arrojarlo a la maleza.

–Quiero que me prometas una cosa, Ramón.

–Claro, maestro –murmuré.

–Quiero que algún día, cuando lo juzgues oportuno, escribas el relato de estos extraordinarios acontecimientos que hemos vivido. Deseo que dejes

constancia de qué artero modo dimos, tú y yo, con el mítico tesoro de los ilergetes. Las generaciones venideras deben conocer su existencia. Eres muy joven todavía, quizás llegues a saber qué uso harán los templarios de esta nueva fortuna. Líbranos de culpa, deja bien claro que el benedictino Guillermo de Féval pasó los años de su búsqueda lleno de oscuros recelos y de dolientes remordimientos. Cuenta que si colaboré con los caballeros del Temple fue a condición de que luego tuvieses tú una vida holgada y sin estrecheces que te permitiera continuar mi labor, asumir con diligencia mi legado. Fabricar armas de paz. Trasladar libros de los antiguos y de los árabes, para que, de ese modo, orientales y occidentales se conozcan mejor, y así se traten con menos odios y sospechas. Aprende griego y árabe. Hazte sabio. Y no permitas tampoco que muera el legado de los íberos. Cuando llegue el momento, busca un pupilo que prosiga esta incansable e inagotable labor. Y sé libre, hijo mío. Que la verdad de los libros te haga libre.

Le volví desatentamente la espalda, para que no pudiese ver las lágrimas que resbalaban por mis mejillas. Todo cuanto me había dicho llevaba el sello de una despedida. Parecía como si fray Guillermo supiese que su fin era inminente y tratase de apaciguar su ánimo, de dejar en orden lo poco que le importaba ya de este mundo. Los libros y mi insignificante persona.

Volvimos en silencio al claro donde habíamos dejado los caballos. Fray Pere dormitaba recostado bajo una coscoja. Mi maestro carraspeó suavemente por despertarle.

–Meditaba un poco, gentiles hermanos –dijo sonriendo–. Sobre las sabias cosas que me contó hace un rato mi caballo…

Salimos al camino de Monzón, con los animales sujetos por las bridas. Al ir delante, fray Guillermo y yo no nos percatamos de que el templario se rezagaba, por mejor atar a la cincha de su caballo los trebejos que llevaba. El sol se escondía a nuestras espaldas, tras la sierra fragosa de La Sardera. De repente las águilas habían enmudecido, los pájaros habían dejado de trinar y ya no nos llegaba el sonido del correteo del agua por las barrancas. Había en el aire un silencio denso, extraño. Una calma súbita e inesperada, como esas que anticipan un gran ruido.

Al dar en el camino de Monzón, nos detuvimos a esperar a fray Pere. En ese instante una bandada de cuervos nos sobrevoló por el lado siniestro. Sus repentinos graznidos vinieron a romper aquel silencio sobrecogedor. Me

santigüé nervioso. Esta vez mi maestro no sonrió incrédulo, según su costumbre. Se le veía extrañamente inquieto.

Fue entonces cuando vimos a aquel hombre que salía de detrás de un vallado cercano. Al principio no pareció vernos, tan entretenido como estaba ajustándose el cinto a su túnica de seda. Un caminante solitario que ha aliviado las tripas en aquel huerto, pensé. Al alzar los ojos y vernos, el hombre mostró de súbito una gran sorpresa y alegría. Y ya, con los brazos muy abiertos y sonriendo alborozado, se vino aprisa hacia nosotros.

–¡Fray Guillermo! ¡Viejo amigo! –exclamó cuando se hallaba a menos de cuatro pasos.

Mi maestro no pareció menos sorprendido.

–¡Mufamat!

Reconocí inmediatamente ese nombre. Aquel muslim que se acercaba era el leridano que había sacado furtivamente a fray Guillermo de Damasco. Cuando el musulmán se hallaba a dos pasos de mi maestro, tuve la certeza de que iba a ocurrir una fatalidad. Miré hacia atrás y para mi desesperación vi que fray Pere todavía no había salido del carrascal. Se había rezagado por atar mejor los trebejos a la cincha de su caballo. Todo ocurrió con extraordinaria rapidez. Vi el brillo del metal de la daga asomar por la bocamanga de la túnica del muslim y al pronto, como movido por el resorte de una catapulta, me arrojé desesperado sobre mi maestro. Lo derribé. Quedamos abrazados en el suelo del camino. Sentí entonces un dolor agudo en el costado y, al instante, una luz cegadora vino a nublarme la vista. Había quedado boca abajo, encima de fray Guillermo. Como un relámpago se alumbró en mi mente la imagen que había soñado en aquella torre en ruinas, camino de Benasque. El guerrero íbero que moría intentando proteger a su Beles de la furia de los legionarios romanos. En realidad, había soñado la escena que vivía en aquel momento. Había soñado la muerte de mi maestro y la mía.

Mufamat no tardó en agacharse junto a nosotros. Le oí cómo murmuraba con una voz que me pareció compungida:

–Lo siento, hermano, me debo a mi señor y a Alá, el Dios verdadero.

Intenté gritar pidiendo auxilio, pero fui incapaz de articular palabra. Instintivamente empecé a moverme de un lado a otro, por proteger a mi venerado maestro. Noté otro terrible pinchazo en la espalda y luego otro en el

estómago. Cubrí con las manos la cabeza de fray Guillermo. De nuevo sentí el aguijón del hierro, esta vez clavándose en mi muñeca izquierda. El réprobo Mufamat buscaba el cuello de mi maestro. Tenía que salvarlo fuera como fuera. Por eso, a pesar de que el dolor se iba haciendo poco a poco insoportable, en ningún momento dejé de bullirme. Tenía que aguantar un poco más hasta que llegase fray Pere. Daba manotazos y patadas al azar. El musulmán parecía no tener prisa, esquivaba los torpes golpes y aguardaba a encontrar espacio donde asentar a fray Guillermo una certeza puñalada mortal. Supongo que mi maestro vería mi gesto crispado por el dolor y la confusión, pues de repente me tomó la cabeza entre sus manos y, sonriéndome extrañamente, me dijo:

–Tu Beles debe morir en esta batalla, hijo mío.

Y entonces de un enérgico empujón me apartó de encima de él, destrabándose y quedando totalmente desprotegido, a merced de la daga del musulmán.

Apenas alcancé a oír cómo mi maestro le decía:

–Llegas tarde, Mufamat, infame huésped de hashashins. Me matas por nada.

De súbito el mundo se desvaneció, un cielo de plomo se derrumbó sobre mi pecho. No pude ver cómo el infame musulmán apuñalaba seis veces el impar corazón de mi maestro. No pude oír el grito desesperado de fray Pere, ni ver cómo se abalanzaba espada en mano contra ese Mufamat, ni cómo lo descuartizaba, loco de ira y de dolor.

Epílogo

Estuve más de tres meses convaleciente de mis muchas y graves heridas. Me quedó desde entonces una leve cojera, una mano torpe y una tristeza mansa y tranquila que me ha acompañado fielmente hasta el día de hoy. Al despertar del delirio de la fiebre, lloré amargamente la muerte de mi maestro y me culpé por no haber sido capaz de salvarlo. El día en que recuperé la consciencia, fray Pere estaba junto a mi lecho. Parecía como si se le hubiese acabado la alegría, marchitado el ingenio y enturbiado esa naturaleza tan acordada a hacer bromas. Su otrora contagiosa sonrisa movía ahora a tristeza y a compasión.

–Era yo quien debía protegerlo –me dijo un día–. Y también a ti.

Cuando me vi con ánimos le pregunté si por ventura habían sabido algo de aquel infame Mufamat.

–Llevaba casi un año en la ciudad –me contestó el afligido templario–. Vivía cerca del Assoc, donde todos sus vecinos lo tenían por un mercader andalusí, afable de trato y muy caritativo. No parece que tuviese relación alguna ni con los hashashins ni con la familia mora de La Puebla de Cappont. Como si hubiese obrado por su cuenta. Lo que es seguro es que compartía con ellos el mismo criminal propósito y que nos estuvo espiando muy discretamente todos estos meses. Se enteraría, ciertamente, tanto de los intentos de los nizaríes, como de su fracaso y merecida muerte. Quizás también supiese cuanto acaeció en La Puebla Cappont… Fuese o no testigo de todo ello, el caso es que este Mufamat estaba esperando la ocasión en que fray Guillermo se viese solo, sin la compañía de ningún templario. No era él hombre de armas, ni por tanto adversario para ninguno de nosotros. Sabía que lo mataríamos en cuanto nos percatásemos de que el benedictino corría peligro. Por eso acechó paciente, agazapado en la niebla, a la espera de una oportunidad…

Calló fray Pere aquejado por un punzante sentimiento de culpa y ya me acarició los cabellos y salió precipitadamente de la enfermería sin decir nada.

Pensé en la insoportable ironía de aquel desastrado caso. Cuando por fin

Mufamat había visto la ocasión aparejada para matar a mi maestro, estando éste tan sólo en mi frágil compañía, su muerte ya no tenía de hecho ningún valor para quien fuese que la hubiese ordenado en Oriente. El sabio benedictino ya había descubierto los muros de Andobeles.

Un mes después de la muerte de mi maestro, fray Guido entró en la enfermería para despedirse de mí. Apenas lo había visto desde aquel infausto día, aunque sabía que era suya la sombra que a menudo veía inmóvil en el umbral de la puerta.

–Deploro lo ocurrido, Ramón. Y los templarios nos culpamos por ello, como en su día nos culpamos por la muerte de la pequeña Alix. Nacimos para proteger a los cristianos, pero no siempre conseguimos hacerlo.

–No es culpa vuestra fray Guido –murmuré–. Es la voluntad inescrutable de Dios.

–Difícil de aceptar, tantas veces… –me contestó con una leve sonrisa–. Debo irme, Ramón. He esperado a saberte fuera de peligro. Ahora es menester que lleve el muro a Tierra Santa.

–Lo sé, fray Guido. Os echaré de menos –dije con infantil sinceridad.

Se levantó y salió de la enfermería. No volví a verlo, aunque estuvimos escribiéndonos hasta el mismo día de su muerte, acaecida en Inglaterra mientras cumplía otro secreto encargo de su Maestre. El día en que entré en esta casa, regalo del Temple, me encontré sobre una silla de la cocina un bulto envuelto en fino tafetán. Al abrirlo, descubrí maravillado un pequeño sillar de oro, con una nota de Guido de Périgord en la que me decía:

–Daría cien mil muros de Indíbil por ayudar a construir a alguien a semejanza de Guillermo de Féval.

Vano afán hubiera sido intentarlo. Dios dotó a mi maestro de una inteligencia asombrosa e irrepetible, de una lucidez que le permitía ver con claridad allí donde los demás andábamos desamparados y a tientas en las más profundas tinieblas. Traté, sin embargo, de parecerme a él, intentando, mal que bien, proseguir su labor de traductor de libros. Donde me faltó la ciencia, puse el empeño, donde la agudeza, el estudio, cuando topé con dificultades, puse arduas vigilias, cuando me sentí ignorante, redoblé esfuerzo y diligencia. Y en este fatigoso menester tuve siempre la ayuda de los templarios. Porque a ellos debo el haber podido vivir sin estrecheces, libre de toda

preocupación material, lo cual me ha permitido dedicarme en cuerpo y alma a los libros. Además, ellos me proveyeron de muchas de las obras de autores griegos y árabes que he ido trasladando al latín durante todos estos años. Guido de Périgord, fray Pere, fray Arnau y otros monjes de la encomienda de Gardeny me fueron enviando con asiduidad y gentileza pergaminos y manuscritos. Algunos eran propiedad del Temple, otros los encontraron, o compraron para mí, ya en Occidente, ya en Bizancio o en Tierra Santa.

Siempre tuve las puertas de Gardeny abiertas y dentro se me recibió y trató cual si fuese un profeso caballero templario. Desde que vivo en esta casa de la Zuda, no ha habido semana en que no haya subido, todos los viernes, la fatigosa cuesta que lleva al castillo, para allegarme al cementerio de Santa María, donde está enterrado mi maestro Guillermo de Féval. Tomé pronto la costumbre de hablarle allí, cual si siguiese vivo. Quise compartir con él mi entusiasmo ante el hallazgo de nuevos pergaminos, le hablé de mis avances en el cultivo de las letras griegas y árabes, le conté mis muchas cuitas con las traducciones… Incluso hubo un año en que me dediqué a recordarle todas aquellas palabras en ibero que él me había enseñado tanto tiempo atrás, en el lejano de mi mocedad, cuando tuve la inmensa fortuna de conocerlo. Ya sé que poco menester tenía él entonces de aquellos recios vocablos de los ilergetes, pero quise así hacer memoria de ellos, por cumplir con el mandato que él me diera de no olvidarlos. Cuando acababa mi descansada y solitaria plática, me arrodillaba a la diestra de la tumba y rezaba, por la salvación de su alma, cincuenta Padrenuestros y otros tantas Avemarías. Luego entraba en la casa, ya para rezar los oficios con los monjes, ya para platicar con los muchos caballeros avisados que han ido pasando por ahí. Con algunos, venidos de Oriente, pude practicar el árabe, con otros he tenido noticia de muchas cosas de ciencia. En verdad que en estos tiempos, aquí en Occidente, no ha habido gente más instruida y llena de agudeza que los caballeros del Temple. Muchas horas he pasado en Gardeny para solaz de mi mente y de mi espíritu. Pero debo reconocer que en ninguna de ellas me atreví a preguntarles a los monjes si por ventura sabían qué se hizo del fabuloso tesoro de Indíbil. Supe por fray Guido que él mismo se encargó de llevarlo a Tortosa, desde cuyo puerto lo embarcó rumbo a Tierra Santa, donde al parecer fue ocultado en la inexpugnable fortaleza de San Juan de Acre. No supe nada más, ni, como

digo, tuve el valor de preguntar sobre ello. No quise saberlo. Porque me hubiese afligido hasta el llanto si algún monje me hubiese confesado que tan fabuloso tesoro había servido para financiar, siquiera en una parte irrisoria, aquella infausta y abominable Cuarta Cruzada que promulgó el Papa Inocencio III, no mucho después, en el año de Nuestro Señor de 1198. Siempre me dije que no, que en modo alguno los monjes guerreros participaron, ni con dinero ni con hombres, en aquella infame expedición. Es bien sabido que los cristianos de Occidente que formaron parte de ella jamás llegaron a Tierra Santa. Por la codicia de venecianos y genoveses, la ingente flota cruzada se desvió y terminó saqueando y destruyendo la rica y cristiana ciudad de Bizancio. Aquellos condenados guerreros desolaron iglesias, palacios y bibliotecas, y causaron una gran mortandad entre sus cultos hermanos bizantinos. Mi maestro se hubiese revuelto en esa tumba de la iglesia de Santa María de Gardeny de haber sabido que toda su sabiduría y agudeza se habían usado finalmente para destruir una ciudad que amaba como a ninguna otra. No hubiese soportado saber que, en parte, él había sido acicate y sostén de tanta brutalidad, maldad y codicia. ¿Cómo iba yo a contarle que sus peores miedos y sospechas se habían cumplido sobradamente? No quise saberlo, para no tener que ocultárselo, para poder continuar hablando con él y rezando por él, sin que me rondasen sombras de vergonzosa hipocresía.

Unos años después del criminal saqueo de Bizancio, la guerra se acercó a estos lugares. Esta vez la santa cruzada fue contra los territorios cátaros. Promulgada por el papa Inocencio III, contó con el apoyo entusiasta del rey franco Felipe Augusto, que vio en tal cristiana guerra una ocasión inmejorable para hacerse con la parte de la Occitania que estaba a la sazón bajo vasallaje del Reino de Aragón. De modo que al rey Pedro II no le quedó otro remedio que correr a proteger a sus vasallos de Tolosa, Cominges y Foix. Los cruzados, capitaneados por Simon de Montfort, derrotaron a occitanos y aragoneses en la batalla de Muret. Más de veinte mil hombres murieron a manos de francos y cruzados, entre ellos el mismo rey Pedro II. Su hijo, Jaime, que en aquella funesta hora tenía cinco años de edad y era rehén del señor de Monfort, siguió en manos de los franceses, hasta que al año siguiente, por mandato expreso del Papa, lo libraron a los templarios. Los monjes guerreros lo llevaron a su castillo de Monzón, donde lo criaron y educaron según sus normas. En aquella época no pude evitar pensar a menudo

en Blanca de Albi, en la hiriente beldad de su rostro. Me dije que de no haberse quitado tan desacordadamente la vida en aquel lejano día de niebla, a buen seguro los exaltados cruzados la hubiesen forzado, masacrado o quemado con el mismo criminal fervor con el que lo hicieron con su herética gente. Y pensé que en cierto modo los cristianos francos les habían dado la razón a esos cátaros. ¿Qué otra cosa debieron de pensar cuando todos, hombres, mujeres, ancianos y niños, ardían espantosamente en las piras purificadoras que se alzaron por todo el Languedoc, sino que el mundo era en efecto obra del impío, cruel y criminal demonio? ¡Y qué hecho no habrá más absurdo que ver cómo aquellos que defendían la vida, pues la creían obra divina, aniquilaban brutalmente a quienes la despreciaban, al tenerla por vil invención de Satán!

La paradoja del tejo. La religión de los cátaros había fomentado un auge comercial envidiable que había hecho que sus creyentes viviesen con bastante holgura. Pero esa misma fortaleza había sido causa de su destrucción. Su abundancia había atraído la codicia de los poderosos, su pujanza les había traído finamente la ruina. La paradoja del tejo. Mi maestro tenía razón, como casi siempre.

Hace muchos años, conocí en el Mercadal a un montañés que me dijo que junto al valle de Benasque había otro más chico, llamado de Chistau, en el que todos los lugareños tenían aspecto germano. Hablaban un idioma extraño y eran altos, rubicundos y de aspecto fiero. Cada invierno de mi juventud me decía que cuando llegase la siguiente primavera subiría a ver el lugar de donde tengo la certeza que fueron mis antepasados. Pero siempre terminé por posponer ese viaje. Quizás fue por comodidad o por cobardía, o porque en el fondo ya no tenía ganas de saber quiénes fueron antaño los míos. El cuchillo estaba quebrado definitivamente, roto por siempre el vínculo con la tierra de mis ancestros. No se regresa a lugares desconocidos, no se añoran paisajes que jamás se vieron ni a gente a la que nunca se trató. Muy pronto empecé a firmar mis cartas como Ramón de Lleida. De aquí me siento. Mis padres fueron los bondadosos benedictinos de Obarra y mi venerado Beles, el sabio Guillermo de Féval. Dios no quiso que muriese por él, pero desde entonces no conocí adalid ni tuve otras ataduras que los libros. He sido un Otsatir, un lobo solitario. No entregué mi cabeza al ronzal de los poderosos ni tuve que practicar la adulación por mendigar prebendas. Mi Beles decidió que fuese un

hombre libre. De él heredé la única nobleza posible, la que nace de la bondad y de la virtud.

La única vez que salí de esta villa, fue por complacer a los templarios. Cuando los monjes caballeros se hicieron cargo del párvulo rey Jaime, me rogaron que fuese algún tiempo a su encomienda de Monzón por ayudarles en su educación. La petición no dejó de sorprenderme, habida cuenta de que poco sabía yo de fueros y nada de armas. De modo que les dije que consideraba tal encargo un inmerecido honor, aunque no sabía muy bien de qué modo podía un humilde traductor de libros contribuir a aleccionar a un rey. El comendador de Gardeny, sabiendo bien de qué pie cojeaba, me convenció diciéndome que querían arraigar en el corazón del monarca el fermento del amor por los libros.

–Un rey que ama los libros no quema bibliotecas, no destruye monasterios, no arrasa Bizancios.

Fue en la primavera del año de Nuestro Señor de 1218. Estuve apenas cuatro meses tratando de inculcar a aquel niño de diez años la pasión por las obras de los antiguos. Poco caso me hizo, pues era de natura bullicioso y más amante de armas que de letras. Tan sólo conseguí captar su regia atención cuando me determiné a enseñarle las palabras de los iberos. Fue un día en que me trató desatentamente, haciendo burla de un libro que le comentaba. Estábamos a la sazón solos, sentados en unos escabeles en el patio de armas. Harto de su infantil proceder, me levanté, le miré con desprecio y ya le di la espalda por entrarme en el refectorio.

–¿Cómo osáis darle la espalda a vuestro rey? –me gritó el regio niño.

Me volví para mirarle altivo y decirle:

–Vos sois sin duda un gran rey, mi señor. Pero en el mundo hay otros reyes tan grandes y poderosos como vos. Sin embargo ya no existe más que un solo hombre que conoce el antiguo lenguaje de los iberos. Sus palabras son altas, radiantes, y a su sonido se espantan los animales más fieros, se derrocan los muros más altos y se alzan frondosos árboles milenarios.

–¿Y quién es ese hombre que conoce semejante prodigio? –me preguntó con los ojos maravillados, lleno de curiosidad infantil.

–Su Excelentísima Yo Mismo –contesté con voz impostada, cual si fuese un nuevo Estentor.

Y ya me volví a girar y empecé a andar, altivo y tieso como un pavo real.

En esa hora encontré al pupilo a quien había de confiar el lenguaje muerto de los íberos. En septiembre de ese mismo año, regresé a Lérida con el párvulo rey. Aquí se celebraron las Cortes Generales en las que catalanes y aragoneses le concedieron la mayoría de edad. Luego regresé a mis libros. Pero siempre que el rey venía a la ciudad, después de alguna de sus muchas conquistas, me llamaba sin falta a su palacio de la Zuda y allí le enseñaba palabras nuevas o leímos juntos fragmentos de la Beliada. Hace poco le regalé el libro de Sósilo de Lacedemonia y le encarecí para que, llegado el momento, buscase a otro pupilo a quien enseñar el idioma de los ilergetes. Ese mismo mes empezó a instruir a su hijo Pedro.

Miro a través de la ventana las obras de la nueva catedral de Lérida. Hace ya años que murió Pere de Coma, el maestro que trazó y empezó a construir esta maravilla. Imponente, señorea altiva la ciudad y las fértiles tierras aledañas. Pronto dejaré de verla, pronto la niebla entrará en mis ojos. Va siendo hora de morir, tiempo de volver junto a mi Beles. Seguro que consiguió atravesar el desfiladero de Jatán y me espera en el valle de Bondé, donde vive en la eterna gloria de Dios altísimo. Cumplí con la promesa de escribir esta crónica, confié las palabras de los iberos para que no las engulleran las fauces polvorientas del tiempo. Va siendo hora de morir. Lástima que no esté aquí Guillermo de Monray para descifrar y revelarme el insondable misterio de la muerte.

En Laspaúles, a 28 de enero de 2023.

SOBRE EL AUTOR

Joaquín García Albero

Joaquín García Albero (Lérida, 1966) ejerce de profesor de Lengua y Literatura española en un instituto de su ciudad natal. Es coautor de la novela políaca La *Virgen de los Sicarios* y autor de las novelas históricas El *Llibre del Llamp, El caballero insomne y Donde mueren los ángeles*. Ha publicado también algunos relatos breves en libros de cuentos, entre ellos *Relatos en rojo y negro* y *Contes de terror 2*.

Como dramaturgo es autor de la obra *Ojos entre los tulipanes*, estrenada en el marco de la Noche de los Museos, en la Fundación Sorigué.

En su faceta de cantautor, con el nombre artístico de Conde Boira, ha editado hasta la fecha cuatro trabajos discográficos: el homónimo *Conde Boira*, *Novia de Calencdario*, *La memoria de los dedos* y *Lobo entre nieblas*.